

Ⓜ LASSE HOLM Ⓜ

LOS HIJOS DEL REY VIKINGO

VENGANZA




ESPASA

Índice

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

LOS REINOS INGLESES ESCOCIA E IRLANDA

LAS PATRIAS DE LOS NÓRDICOS Y LOS REINOS CIRCUNDANTES

LISTA DE PERSONAJES

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. Primavera de 866

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
OTOÑO DE 861

SEGUNDA PARTE. Primavera de 866

CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
PRIMAVERA DE 865

TERCERA PARTE. Otoño de 866

CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
INVIERNO DE 865-866

CUARTA PARTE. Invierno de 866-867

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
INVIERNO DE 866

QUINTA PARTE. Primavera de 867

CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
INVIERNO DE 866

SEXTA PARTE. Primavera de 867

CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
NOTAS HISTÓRICAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Primavera 866. Un pueblo del norte de Inglaterra es atacado por los vikingos. El ataque no ha sido una casualidad: Bjørn, Ivar, Sigurd, Ubbe y Halfdan, los cinco hijos de Ragnar Lothbrok, el primer rey vikingo, han desembarcado en Inglaterra para vengar a su padre, que fue capturado por el rey de los ingleses y arrojado a un pozo de serpientes venenosas. En sus últimas palabras antes de morir aseguró que sus cachorros lo vengarían. Y la venganza acaba de empezar.

Una épica aventura histórica para los fans de Vikingos o de Juego de tronos.

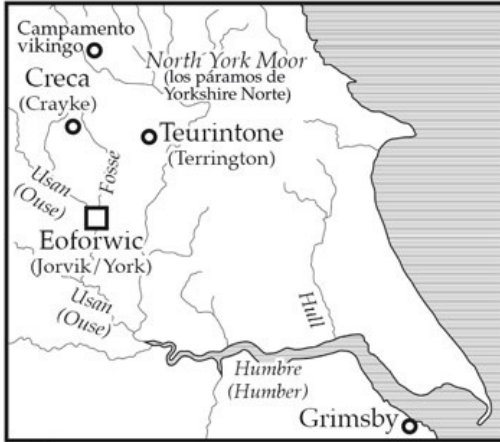
LASSE HOLM

LOS HIJOS DEL REY VIKINGO.
VENGANZA

Traducción de Victoria Alonso y Rodrigo Crespo



LOS REINOS INGLESES ESCOCIA E IRLANDA



Hjaltland
(islas Sheitland)

Islas Orkney
(islas Orcadas)

Islas del Sur
(Hébridos)

ESCOCIA

Lindisfarne

Gyruum
(Jarrow)

Tynemouth

NORTHUMBRIA

IRLANDA

Dyflin
(Dublín)

Isla de Man

Deilginis

Lymrek
(Limerick)

Cork

GALES

MERCIA

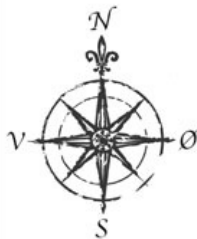
ANGLIA
ORIENTAL

Cirecaestre
(Cirencester)

Theodford
(Thetford)

WESSEX

Lundene
(Londres)



LAS PATRIAS DE LOS NÓRDICOS Y LOS REINOS CIRCUNDANTES



LISTA DE PERSONAJES

ALTON: Herrero del pueblo de Teurintone, padre de Bella.

BELLA: La más hermosa joven de Teurintone, hija de Alton.

BJØRN COSTADO DE HIERRO: El hijo mayor de Ragnar Lodbrog, padrastro de Hastein.

BRAGE HIJO DE BODDA: Maestro escaldo y famoso narrador de historias.

EGBERT: Carcelero en el obispado de Eoforwic.

ELDRID: *Reeve* (alcalde) de Teurintone.

HALFDAN CAMISA BLANCA: El hijo más joven de Ragnar Lodbrog.

HASTEIN: Hijo adoptivo de Bjørn Costado de Hierro.

INGRITH: Madre de Rolf/Wulf.

IVAR SIN PIERNAS: El hijo más astuto de Ragnar Lodbrog.

JARVIS: Hermano lego y sanador del monasterio de San Cuthbert.

KRAKA/ASLAUG: Segunda esposa de Ragnar Lodbrog.

LADGERD: Escudera y madre de Bjørn Costado de Hierro, abuela de Ylva.

MERTON: Monje y cocinero del monasterio de San Cuthbert.

OFFA: Monje fallecido y escribano del monasterio de San Cuthbert.

OLAV EL BLANCO: Noruego y conde de Dyflin.

OSBERT: Exrey de Northumbria.

ROLF/WULF: Hijo de Ingrith.

SELWYN: Monje y copista en el monasterio de San Cuthbert.

SIGURD OJO DE SERPIENTE: El hijo mediano y más lento de Ragnar Lodbrog.

THORA: Primera mujer de Ragnar Lodbrog.

UBBE HIJO DE CORTESANA: El penúltimo hijo más joven de Ragnar Lodbrog.

WALTHEOF: Monje ambicioso en el monasterio de San Cuthbert.

YLVA: Escudera y condesa. Nieta de Ragnar y Ladgerd.

ÆLLA: Rey de Northumbria.

ÆTHELBERT: Abad del monasterio de San Cuthbert.

PRÓLOGO

Tiembla de frío en su cárcel subterránea. Sólo le cabe adivinar el tiempo que lleva aquí. Podrían ser horas o días. Incluso semanas. Su percepción del tiempo ha desaparecido en la oscuridad.

Un estridente chirrido le hace levantar la cabeza. Le deslumbra el parpadeo amarillo y naranja de una antorcha en el lejano hueco de la parte superior. Se estira hacia la luz. Una mano sostiene un cestillo y vacía su contenido. Algo blando le cae encima. Primero cree que son cuerdas, trozos de soga, que se enredan en sus brazos y hombros, allí donde tocan. Hasta que con un estremecimiento se da cuenta de que son serpientes.

Grita instintivamente, apartando lejos de sí los huidizos reptiles, que se enroscan sobre el suelo junto a los laterales del pozo. Con la respiración agitada se queda quieto para inspeccionarse. No le han mordido. Sus gruesas calzas de piel y la túnica de cuero lo han protegido.

La trampilla da un golpe y la oscuridad vuelve. Las serpientes reptan por los costados curvos del suelo. Como él, ellas tampoco pueden escapar.

Después de algún tiempo, las bisagras vuelven a chirriar. En esta ocasión él se aparta. Ya no espera nada bueno del mundo de arriba.

Para su sorpresa, un columpio desciende. Choca un par de veces contra las paredes curvas del pozo antes de llegar hasta él. Agarra el asiento de madera. Alguien tira del otro extremo de la cuerda..., una llamada impaciente. Con lentitud, como temiendo ser engañado, coloca los brazos a través del nudo

corredizo, estira el columpio más abajo, alrededor de su tronco, y empuja el asiento debajo de él.

Enseguida obtiene la recompensa. Las suelas escapan del enlosado. Por un instante se deleita con el soplo de libertad del ascenso. Entonces se ve rodeado por la luz de la antorcha. Unas manos fuertes lo agarran por ambos lados sujetándolo firmemente. Con premura y rudeza cortan su túnica de cuero en pedazos. Revientan sus calzas de piel. Cercenan las tiras de cuero que atan sus zapatos. Al final se encuentra desnudo delante de sus dos guardianes. Aunque las facciones de los hombres se diluyen ante su mirada, acierta a ver que uno de ellos tiene un gran chichón amoratado en la frente.

Las manos tiran de él. Piensa que ahora lo llevarán ante un tribunal, que escuchará las acusaciones inventadas y será condenado según una sentencia pronunciada de antemano. Irá a su encuentro con empeño y desdén. Todo lo afrontará con la cabeza alta. Se reserva una vigorosa respuesta para cuando le pregunten si tiene algo que decir. Se ha preparado para todo, con excepción de lo que va a suceder.

La tierra se abre bajo sus pies. Sin otra reacción que un gruñido de sorpresa desaparece de su superficie. Tras bajar la mitad de la longitud de un hombre, el nudo del columpio se tensa fuertemente en su pecho y en sus axilas al detener la caída. Aturdido cuelga libremente en el aire mientras se da cuenta de que lo han vuelto a meter en el agujero. Un instante después se encuentra otra vez de pie sobre el enlosado. La frialdad de éste sube a través de las desnudas plantas de los pies. Se libera y sigue el vuelo del columpio hacia el cielo. Se protege con la mano de la luz de la antorcha mientras se sorprende de que no hayan cerrado la trampilla de inmediato.

Una antorcha proyecta la sombra de una cesta trenzada. Agitan la cesta hasta vaciar su interior.

Cuando las serpientes lo alcanzan se ve dominado por el pánico. Nota un mordisco que penetra a través de la piel de un tobillo. Después, un nuevo mordisco en el antebrazo. Y un tercero en el muslo.

Sabe que todo ha terminado.

Al abrirse la trampilla por tercera vez apenas tiene conciencia. Su cuerpo entero runrunea y zumba como si tuviera hormigas bajo la piel. Sus párpados están tan hinchados que apenas puede ver. Su garganta, casi obstruida. El hedor

del vómito y las deposiciones que no ha sido capaz de retener hace retroceder de manera instintiva a las siluetas de la parte superior. Con su último aliento logra recitar una mezcla de maldición y juramento que había preparado en la oscuridad.

«Si los cerdos supiesen lo que el verraco tiene que padecer —exclamó—, llamarían a la lucha y asaltarían la pocilga.»

Yo no estaba presente. Sólo escuché de otro lo que sucedió. Pero estoy convencido de que fue así como Ragnar Lodbrog terminó sus días.

Y su muerte conllevó la caída de un reino.

PRIMERA PARTE

Primavera de 866

1

Nada hacía presagiar que se avecinaba una masacre. En la serena mañana, el cielo era azul y límpido como la superficie de un lago recién helado. Sobre los campos se extendía una suave neblina matinal. El leve manto blanco, que tornaba los árboles del paisaje en distantes gigantes sombríos, se extendía en suaves ondas entre las chozas de Teurintone, se apretaba en torno a sus paredes minadas por la intemperie dejando, de manera completamente inusual para la tardía primavera, una fina capa de escarcha sobre los techos de paja y las cercas trenzadas. Columnas de humo se elevaban en el aire por las salidas de humo. Habían encendido los hogares. Los hombres se acurrucaban en torno al calor y las gachas.

Sólo cuando el sol adquirió la fuerza suficiente para ahuyentar la neblina, la gente de la aldea se aventuró a marchar de uno en uno o en pequeños grupos. Las espaldas de los adultos estaban encorvadas por el duro trabajo en el campo. Las miradas de los niños, oprimidas por el hambre y las palizas. Yo los observaba a través de las rendijas que había entre los tablones de la puerta del salón donde esperaba. Me incliné hacia delante para apoyar la frente contra la madera. Cuando vi que Eldrid se acercaba, me erguí y respiré profundamente.

Vinieron hacia mí contentos. La ocasión era para ellos sin duda festiva y se esforzaban por sacarle el mayor partido. La luz me hacía cerrar los ojos. Eldrid me puso una cálida mano sobre el hombro y movió la cabeza para indicarme que lo acompañara afuera, donde los más de cien habitantes de la aldea se habían reunido de pie en un semicírculo. El silencio era opresivo.

Un solo rostro rompió el hielo. Después, un par más. Al final todos sonreían.

Los niños se movían de modo más desenvuelto. Riendo y bromeando entre sí. Incluso un grupo de muchachos se adelantaron corriendo hacia la pequeña elevación con el enorme roble en la cima que constituía el centro del desigual anillo de edificaciones. Se había encargado a los chavales que lo prepararan todo. Las sucias caritas resplandecían de orgullo. Uno solo —se llamaba Holl— me miró directamente con sus ojos azules bajo el pelo grasiento. Pero de inmediato dirigió nuevamente la vista hacia el suelo, como si se hubiera apoderado de un honor al que no tenía derecho.

Se produjo un momento solemne mientras el propio Eldrid culminaba los preparativos bajo el follaje verde claro del roble. Después se volvió hacia la concurrencia para decir algo. Antes de que las palabras hubieran abandonado sus labios, otro sonido las ahogó. Un bramido gutural de múltiples voces desgarró la paz de la mañana en un instante.

Los habitantes de Teurintone se quedaron petrificados mientras los hombres que habían permanecido ocultos avanzaban entre las bajas casitas con techo de paja en dirección hacia la asamblea. Pero sólo cuando el líder de los foráneos —un gigante barrigón de enorme barba gris que le cubría gran parte de la cara— partió con su hacha la cabeza de un hombre al azar, el pánico se extendió. Los campesinos intentaron huir o esconderse, pero el anillo alrededor de ellos se había cerrado. No tenían por donde escapar.

Gritos de angustia se mezclaban con los sonidos de las espadas y hachas al caer. Algunas víctimas se hincaban de rodillas suplicando por su vida, otras aceptaban sus destinos: todos fueron abatidos. La sangre de sus heridas empapaba la tierra. De pie, sin moverme, yo miraba el desarrollo de las tragedias menores en el interior de la principal.

Holl vino corriendo hacia mí como si esperara que pudiera protegerlo. Fue derribado de camino, cayó sobre la hierba, luchó durante un instante por volver a ponerse en pie, antes de derrumbarse y expirar.

La mujer que hacía poco supe que era mi tía paterna tampoco escapó. Un hombre, cuya barba trenzada llevaba los extremos sujetos por huesecillos, le perforó el diafragma con un puñal. Ella contrajo el rostro desgastado en una máscara de dolor. Su silencio me hirió más hondamente que cualquier grito.

El líder de barba gris que comandaba el ataque y no llevaba ni cuero ni cota de malla nos contempló a Eldrid y a mí bajo el roble durante un momento. Su

mirada se deslizó sosegadamente por nuestros rostros. Con ademán de cumplir un deber fastidioso apuntó y lanzó. El sonido del hacha al alcanzar el tórax sonó hueco como el golpe sobre un tambor. Detrás de mí, Eldrid cayó al suelo con un gemido.

El rostro del barbudo gris no revelaba sentimiento alguno, mientras el tumulto se extinguía poco a poco. Su sucia saya de lana era de manga corta. Aros de plata retorcida rodeaban sus brazos. El adorno del borde del casco representaba dos pequeñas serpientes contorsionándose alrededor de su frente que sacaban sus lenguas rajadas sobre la protección nasal. Se detuvo a escasos pasos de distancia con las piernas abiertas y los dedos pulgares metidos bajo el cinturón que le mantenía la panza en alto. Bajo las pobladas cejas, sus ojos gris pálido seguían la cuerda desde la gruesa rama sobre mi cabeza hasta el nudo corredizo tensado alrededor de mi cuello. Reposaron un instante en mis manos atadas. Después siguió bajando la vista hasta deslizarla sobre mis botas de piel de cabra para finalizar en el barrilito que me sostenía y que él podía volcar de una simple patada.

—¿Quieres salvar tu vida? —me preguntó en sajón—. ¿O prefieres que te cuelguen, como habían pensado hacer contigo tus congéneres?

2

La pregunta del gigante de barba gris fue el inicio de los viajes de mi larga vida, que hicieron que dejara de ser un joven solitario, traicionado y abandonado por todos para convertirme en un fuerte y poderoso conde con un ejército personal de trescientos hombres.

He participado en expediciones a lejanos reinos. He visto ponerse el sol sobre los tejados y capiteles de Miklagård. He pasado mis manos entre la hierba de las interminables estepas rusas, caminado por las altas montañas noruegas, he visto un volcán escupir humo y piedras incandescentes por encima del hosco paisaje islandés, he comandado a millares de guerreros en batallas tan grandes y sangrientas que sólo unos pocos atisban su alcance y crueldad. He vivido más experiencias que la mayoría. No me quedo a la zaga del emperador del poderoso reino de los francos ni en riqueza ni en renombre. Y sin embargo sé, mientras escribo estas líneas en el atardecer de mi vida, que jamás he sentido nada tan intenso como la alegría de vivir que me invadió cuando, de pie sobre el barril con la soga al cuello en aquella mísera aldea sajona, comprendí que había salvado la vida gracias a una casualidad inverosímil que sólo podía achacarse a la intervención de los dioses, de cuya benevolencia yo gozaba en ese instante, pues los nórdicos, que de tiempo en tiempo asolaban la comarca, nunca antes habían hablado sajón, del mismo modo que rara vez prestaban atención a los míseros campesinos y sus magras cosechas. Su meta siempre habían sido los monasterios con sus reliquias de plata, así como las abundantes provisiones y animales domésticos de las enormes granjas de los *ealdormen*. La pregunta del hombre de la barba gris fue tan inesperada como insólita la masacre en la aldea.

Me esforcé por responderle de un modo que pudiera despertar su interés.

—Si tengo elección, elijo vivir.

Por vez primera rastree una emoción en su mirada. Era sorpresa.

—¿Cómo es que hablas nuestra lengua? —preguntó.

—¿La respuesta a esa pregunta será lo que pueda salvarme?

—Difícilmente —gruñó—. Pero a lo mejor lo hacen tus conocimientos de la zona. ¿Conoces la ciudad de tu rey?

Yo aún tenía la sogá alrededor del cuello. El pie derecho del gigante de barba gris acariciaba el barril. No tardé demasiado en responder.

—Nosotros los sajones llamamos a la ciudad Eoforwic. Y por supuesto que la conozco. Conozco cada camino y sendero de Northumbria. —Me contemplaba con mirada dubitativa, así que exageré—. De hecho, he viajado por todo el país de los anglos.

Mi empleo de la terminología propia de los nórdicos para referirse a Inglaterra no convenció al tipo de barba gris. Quizá él supiera que únicamente los *thegns* y aquellos que poseían condados tenían permiso para desplazarse fuera de sus tierras. El barril crujía bajo mis pies. El nudo me apretaba el cuello.

—El monasterio de San Cuthbert en Creca está mucho más cerca que Eoforwic —continué, con miedo de que el favor de los dioses hubiera sido breve y pasajero como sucede en demasiadas ocasiones—. Es el monasterio más rico de la comarca. Los monjes poseen reliquias de plata maciza. Tapas de libros cubiertas de piedras preciosas. Cálices bañados en oro y cuentas de vidrio.

—Vamos a verlo.

El rostro del gigante de barba gris permaneció neutro. Reflexionó un instante antes de volverse y llamar.

—¡Ylva!

Se acercó un guerrero de anchas espaldas, el único del grupo que no tenía barba, y cuyo pelo rubio asomaba bajo el borde de su casco.

—Ylva, ¿cuál es la situación actual de los tesoros del monasterio de San Cuthbert?

Es cosa bien sabida que los nórdicos tenían nombres raros, de manera que no fue hasta el momento en que respondió el barbilampiño cuando abrí los ojos como platos. Su voz era clara y cantarina. Perteneía a una mujer.

—Sus bandejas adornan las paredes de nuestro vestíbulo —dijo ella—. De

los cálices bebo mi hidromiel todos los inviernos. Mi madre utiliza el relicario de plata con la gema roja para sus cosas personales, y frente al gran espejo de bronce se sienta mi hermana cada mañana durante largo rato, aunque en ella no es cosa digna de asombro. ¿Por qué te interesa?

Mientras la mujer hablaba se había quitado su casco revelando que estaba lejos de ser una belleza. Su rostro era tosco y anguloso, las mejillas tenían cicatrices, los ojos pequeños estaban demasiado juntos. El tórax plano no revelaba forma alguna bajo la cota de malla y tampoco parecía muy joven. Calculé que andaría por la mitad de la veintena.

—Porque aquí el mozo campesino afirma —respondió el de barba gris— que a los monjes de San Cuthbert les quedan todavía más bienes de los que te llevaste hace diez años.

Ahora yo gozaba además de la atención del resto. El grupo se había reunido bajo el roble y me observaba asombrado, a pesar de no ser yo ni por asomo una visión tan peculiar como ellos mismos.

Los hombres eran barbudos de pelo largo. Su ropa y pertrechos atestiguaban los múltiples azarosos saqueos. Algunos llevaban la cabeza cubierta con objetos imprecisos, abollados y agujereados, otros iban a cabeza descubierta, mientras que algunos más, como Ylva y el guerrero de barba gris, portaban distinguidos cascos con adornos y protección sobre los ojos. Sus armas eran tan dispares como su vestimenta; historiadas hachas de hierro nórdicas y lanzas colgaban de las manazas callosas junto a elegantes espadas de acero francas o irlandesas con mangos en forma de cruz dentro de fundas plateadas. Si el grupo no acabara de aniquilar a la población entera de una aldea hacía unos instantes, se los podría haber tomado por una tropa ambulante de saltimbanquis.

—¿Podría haber más tesoros en el monasterio? —preguntó Ylva mientras se rascaba la indómita mata de pelo rubio. Sonrió con una hilera de enormes dientes irregulares cuando se dio cuenta de mi sorpresa por su condición sexual.

—Los monjes tienen una cripta secreta —respondí yo— donde guardan las reliquias de mayor valor y dejan a la vista algunas bagatelas para engañar a los ladrones.

—Quizá valdría la pena llegar hasta el fondo de esta historia —dijo ella con algo en la mirada que parecía hambre.

—Desde luego que sí —gruñó el gigante de la barba gris—, y muchos otros

aparte de ti se alegrarían de ello. Pero nuestra misión aquí es distinta, por eso será mejor que tú y el resto de los curiosos os moderéis, dejando a los monjes en paz hasta más adelante. —Alzó la voz para dirigirse a todos—. ¿De acuerdo, muchachos?

La tropa rezongó y asintió de mala gana. Ylva fue la única que protestó. Su saya de cuero crujió al cruzarse de brazos. Por fuera de las largas mangas refulgían al sol las esclavas de plata.

—Si los monjes guardan más tesoros, nos pertenecen a mis escoltas noruegos y a mí, que los saqueamos hace diez años sin llevárnoslo todo. Sería injusto que ahora tuviéramos que repartirlo con otros.

El tipo de barba gris entornó los ojos para mirar a la mujer de anchas espaldas.

—El botín —ronroneó él de forma pausada— que en aquella ocasión lograste llevarte a casa te pertenece mientras lo puedas mantener. El que dejaste aquí en Inglaterra es de cualquiera. Te recuerdo que has hecho el mismo juramento que los demás. Si lo rompes, tendrás que atenerte a las consecuencias.

Ylva y el guerrero de la barba gris se miraron fijamente un rato. La mirada de él era firme e inescrutable. La de ella estaba llena de reflexiones y reparos. Por fin Ylva abrió los brazos.

—Es una suerte —dijo ella— que sea tan mansa. Otro podría tomarse a mal esa manera de hablar y retarte en duelo con facilidad.

—Entonces tu mansedumbre nos beneficia a ambos —respondió él—, porque los desafíos suponen a menudo un importante problema para la parte ganadora a la hora de compensar a la familia del perdedor. Aunque al menos en tu caso no se podría hablar de la obligación de resarcir por el varón.

Por un instante estuve convencido de que Ylva iba a sacar la espada, pero se tragó su ira y dijo:

—Me encargaré gustosa del prisionero procurando que no se escape.

—Ya me lo figuro. Sin embargo, creo que otro guardián será el más indicado para nuestro objetivo común. —Sin apartar de ella la mirada gritó—: ¡Hastein! Ven.

El silencio siguió al grito. El resto de los hombres miró alrededor con ojos interrogantes.

—¡Hastein! —bramó de nuevo el gigante.

Una esbelta silueta se tambaleó hasta la luz a través de la pequeña puerta de la herrería. Un joven de mi edad se sujetaba las calzas con una mano, mientras con la otra palpaba su espada, apoyada en la puerta.

—¿Qué haces ahí dentro, Hastein?

La piel del rostro del jovencito era lisa y delicada. Los pelos diseminados de la barba que se concentraban en el mentón y la larga cabellera que asomaba bajo el borde del casco tenían el color del heno. Vaciló, pero al fin introdujo el brazo detrás de la puerta y sacó afuera a una mujer. Jadeé de forma involuntaria al ver a Bella, la hija de Alton, el herrero de la aldea, y su proporcionado rostro ovalado con la pequeña nariz, los gruesos labios, los enormes ojos azules y la larga cabellera oscura. Había permanecido escondida en la herrería de su padre durante la invasión. Pero finalmente el destino le había dado alcance.

El de la barba gris bajó de la colina con un pesado contoneo y se detuvo a escasos pasos de la dispar pareja, entonces examinó a Bella.

—¿Es virgen la muchacha? —preguntó.

—No lo sé. —Una pícara sonrisa se deslizó por los finos labios del joven—. Bueno, no me has dado tiempo suficiente de abalanzarme sobre ella y averiguarlo. Pero enseguida me ocupo de la cuestión.

Bella se encogió sin entender sus palabras, aterrada por los cadáveres que yacían frente a ella.

—Ylva —dijo el de la barba gris por encima del hombro—, de todas formas voy a asignarte una tarea. Encárgate de la joven.

La guerrera asintió en silencio, se aproximó y cerró su manaza en torno al fino brazo de Bella. Su gesto de confianza la llevó a resignarse. Las dos mujeres se detuvieron, ya que Hastein sujetaba el otro brazo de Bella.

—He sido yo quien la ha encontrado —dijo él asiendo con su mano libre la empuñadura de la espada—. Es mi botín.

En la mirada que el gigante de barba gris dirigió a Hastein no había la misma amenaza que en la que un momento antes había clavado en Ylva. Más bien parecía como si al enorme caudillo barrigón le divirtiera la rebeldía del joven.

—Muy bien —resolvió—. Ya que has sido tan perspicaz de registrar las casas, mereces conservar lo que has encontrado. Pero si ella es virgen, tendrás que conformarte con menos, y tú sabes bien por qué. Entretanto tengo otro encargo para ti.

Una vez dirimido el asunto, Hastein se mostró ansioso por responder a la confianza que se había puesto en él. Atravesó, junto al de barba gris, el grupo de guerreros para llegar hasta mí debajo del roble.

—Parece que haya paseado por la hoguera —dijo al observar las heridas aún abiertas de las quemaduras en mis manos, mi ropa chamuscada y el pelo erizado donde las llamas lo habían lamido—. ¿Por qué lo iban a colgar?

—No importan las cuentas que los sajones tuvieran pendientes con él. Conoce los alrededores y habla nuestra lengua. Bájalo de ahí y vigílalo bien.

—Confía en mí, Bjørn Costado de Hierro.

El nombre me dejó de una pieza.

Mientras Hastein retiraba la soga de mi cuello y los demás nórdicos arrojaban con movimientos negligentes leños ardiendo desde los hogares de las chozas a los techados de paja, yo sólo tenía ojos para el caudillo barrigón que caminaba por la zona dirigiendo la devastación.

Si el gigante de barba gris era el renombrado Bjørn Costado de Hierro, cuyas incursiones para saquear la capital del reino franco, París, habían dado tanto que hablar a monjes y sacerdotes pocos años antes, las perspectivas de Northumbria no eran demasiado buenas.

3

Al mediodía, con el resplandor del sol en lo alto, abandonamos Teurintone, convertida ahora en una enorme hoguera bajo una columna de humo. Los nórdicos sólo se llevaron consigo, además del ganado de la aldea, a Bella y a mí. Dejaron los cadáveres a los cuervos.

A una legua escasa de distancia, en la linde del bosque donde acababan los campos parduzcos recién arados, pastaba una manada de caballos. Cada uno de los nórdicos buscó su corcel y lo ensilló. No tenían prisa. Fue una suerte para mí, porque cuando continuamos yo aún iba a pie, remolcado por el caballo de Hastein. A pesar del ritmo reposado que mantenía la columna de jinetes y animales pronto nos quedamos rezagados.

Mis botas de piel de cabra colgaban por las cintas de cuero de la argolla de la silla de Hastein junto a su casco. Yo atravesaba descalzo el suelo del bosque sin dejar de vigilar la hierba en busca de serpientes.

—¿Los sajones intentaron quemarte antes de ponerte la soga al cuello? —preguntó él mientras se rascaba la nuca, afeitada como una oveja recién esquilada.

—A tu caudillo no le ha interesado lo que yo había hecho —respondí—. ¿Por qué te iba a interesar a ti?

—Bjørn Costado de Hierro no es ni mi caudillo ni mi conde.

—¿Qué es entonces? ¿Y por qué lo llaman Costado de Hierro? Costado de Tocino sería más exacto.

Hastein rio sonoramente hacia las copas de los árboles.

—Bjørn Costado de Hierro siempre está listo para retar —contestó él—. Así

ha sido desde que muy joven ganó un duelo contra los siete hijos del monarca sueco y los derribó a todos sin sufrir un rasguño. La hazaña le valió el sobrenombre y en esa ocasión la victoria se debió a su rapidez. Ahora es la grasa quien lo protege. Como habrás visto no lleva cuero ni cota.

Yo sólo escuchaba a medias, pues observaba a Bella, sentada sobre el caballo de Ylva con los delgados brazos alrededor de la cintura de la guerrera. Hastein siguió mi mirada.

—¿Quién es la joven? —preguntó él.

—No lo sé —respondí.

—¿Quieres hacerme creer que nunca has ido a por ella?

—No conozco a ningún habitante de Teurintone.

Se encogió de hombros como diciendo que yo podía mentir hasta el absurdo si quería, a él le traía sin cuidado.

—¿Por qué es tan importante para Bjørn Costado de Hierro que ella sea virgen? —pregunté—. Cuando jóvenes hermosas caen prisioneras de guerreros no suelen conservar por mucho tiempo su virginidad.

—La violación es el único delito del que no se escapa con vida en nuestro país —dijo él—. Cuando se da muerte a un varón se puede pagar para resarcir su pérdida, pero si alguien toma una mujer contra su voluntad, no hay paz para su familia antes de que aquél no yazca en la tumba, y probablemente ni aun así.

También en Northumbria uno se podía ver exonerado de un homicidio pagando, pero no interrumpí su torrente de palabras. Me favorecía.

—Tu pequeña novia tiene un pase en caso de apuro, a pesar de ser flaca como un palo y morena como la noche. Nuestras mujeres tienen las piernas largas, el pelo claro y pechos generosos. Cuando resulta demasiado complicado mantenerse alejado de ellas hay que salir en campaña para encontrar alguna que no esté ya comprometida. Y si eres feo, debes conseguir bienes y dinero suficiente para atraerlas. Yo por supuesto nunca he encontrado dificultades en ese sentido. Todas aquéllas sobre las que me he arrojado me han sonreído después.

De la excesiva autoconfianza de Hastein emanaba una autoridad natural que me pareció notable en alguien tan joven. En ese momento, yo no sabía que él había pasado la mayor parte de su vida lejos del reino que consideraba su patria, por lo que no sabía de sus mujeres y costumbres mucho más que yo.

—Vosotros los vikingos tenéis fama de invadir sólo si hay algún botín que llevarse —comencé.

—Un vikingo —me interrumpió de forma instructiva— es un pirata. Llevamos en Inglaterra casi un año y en todo ese tiempo pocos de nosotros han pisado la cubierta de un barco.

—¿Qué sois entonces? ¿Nórdicos?

—Podría decirse así. —Se encogió de hombros—. Nuestros líderes son daneses, pero entre nosotros se cuentan también noruegos y gentes de Escania.

—¿Y qué razón hay para asaltar un lugar tan pobre como Teurintone? —pregunté—. Ni siquiera el *reeve* poseía nada de valor.

—¿El *reeve*?

Hastein se volvió en la silla y cabalgó más lento. Sus compañeros se habían distanciado bastante.

—Reeve Eldrid fue el último hombre que abatió Bjørn Costado de Hierro —proseguí—. Un *reeve* es el dirigente de una aldea y rinde cuentas a un *ealdorman*. El *ealdorman* rinde cuentas a un *thegn*, quien sólo responde ante el propio rey.

—La verdad es que resulta asombroso que sepas todo eso cuando afirmas que no conocías a ninguno de ellos.

Hastein parecía satisfecho de haberme desenmascarado. Entretanto, el resto de la comitiva había desaparecido entre los troncos y yo me preparaba para aprovechar su distracción.

—Tus congéneres murieron porque así lo dispuso el hermano de Bjørn Costado de Hierro —comenzó. No pudo continuar porque un fuerte tirón de la cuerda tendida entre los dos le hizo perder el equilibrio forzándole a caer del caballo.

Alcanzó el suelo del bosque con un fuerte golpe. Aun así su presencia se hizo sentir en forma de coces cuando me lancé sobre él y le di un testarazo. Mientras no podía oponer resistencia por estar demasiado aturdido intenté sacar su espada de la funda, pero estaba asegurada con una presilla de cuero. La cuerda alrededor de las muñecas entorpecía mis movimientos. Mi única oportunidad era mantenerme pegado a mi oponente, que con las manos libres aporreaba las heridas sin cerrar de las quemaduras en mi espalda. El dolor me mareaba y me hacía jadear. Los remaches de la funda de su puñal presionaban

mi diafragma. Busqué a tientas el arma. Mientras tanto, él liberó la espada y asió la empuñadura. Su sonrisa llena de confianza palideció al notar la hoja del cuchillo en su cuello. Los dos nos quedamos quietos respirando con dificultad.

—Será mejor que permanezcas en silencio y sueltes la espada —le dije—. Luego aflójate el cinturón.

Estudió sus posibilidades. Yacíamos demasiado juntos como para que él pudiera desenvainar. Si pedía socorro a los suyos, yo le podía rebanar el pescuezo de inmediato. De mala gana se desabrochó la hebilla del cinto y dejó la espada en el suelo del bosque.

—Ahora vamos a levantarnos al mismo tiempo. Saca mis botas de la argolla de la silla y pónmelas.

Le sorprendió que ésa fuera mi prioridad. Cuando tiró de las botas, el casco cayó a tierra y rodó entre las hojas.

—Déjalo ahí.

La cuerda en torno a mis muñecas me permitía mantener fuertemente agarrado su largo flequillo al tiempo que sujetaba el cuchillo contra su cuello. Él no tenía más elección que arrodillarse y ponerme las botas.

—Ahora échate sobre el vientre debajo de ese árbol.

Recogí su espada y tomé las riendas del caballo.

—Desde luego es una verdadera pena —dije yo como despedida— que no llegue a conocer al hermano de Bjørn Costado de Hierro.

Nunca he tenido mucha seguridad sobre un caballo, pero la yegua de Hastein era tranquila y dócil. Salté sobre su ancho lomo y me marché ocultándome entre los árboles.

En medio de la huida triunfal yo reflexionaba acerca de qué debería hacer para liberar a Bella. Por eso estaba distraído cuando el casco de Hastein me dio en la parte posterior de la cabeza. Por un momento el mundo se oscureció.

Volví en mí al resbalar de la silla y caer al suelo. Se oía el sonido de un par de botas que se acercaban a la carrera por el bosque. Una fuerte patada expulsó el aire de mis pulmones y un puño me alcanzó en la nariz. El dolor rechinó en mi cabeza junto a la constatación de que había sido un tonto. No tendría que haber dejado vivir a Hastein. Pero entonces yo aún no era un asesino. Lamenté no tener la experiencia suficiente para neutralizar a un oponente de forma expeditiva, algo que ya no lograría jamás, creía yo, porque iba a morir.

Para mi sorpresa, Hastein no me atravesó con la espada. Tampoco hubo más patadas ni golpes. Se ató el cinto al talle y devolvió el cuchillo a su funda.

—Te agradezco la lección —dijo entre dientes—. Estaré más atento de ahora en adelante.

Bjørn Costado de Hierro me había confiado a su cuidado. Si me hubiera matado, su honor se habría resentido tanto como si yo hubiese logrado huir. Hoy entiendo lo admirable que fue el modo en que Hastein se controló. En aquel momento sólo sabía que aún gozaba del favor de los dioses.

—Deberías haberte llevado mi casco en lugar de tus botas —dijo él mientras subía a la silla—. ¿Por qué son tan importantes para ti?

Señaló con la cabeza las botas de piel de cabra que cubrían mis pies mientras frenaba el caballo esperando mi respuesta.

—Es el único recuerdo que conservo de mi madre —dije yo, y me sequé la sangre del labio superior.

La expresión de Hastein se ablandó. Asintió en silencio. Sus avispados ojos bajo el flequillo rubio reflejaban mi tristeza.

Él también había perdido a sus padres a una edad temprana.

4

El campamento de los nórdicos era una fortaleza circular hecha de tierra húmeda recientemente excavada, situada sobre una amplia meseta en medio de las colinas del vasto páramo. Las afiladas estacas que apuntalaban el perímetro se dibujaban contra las franjas sanguinolentas del cielo vespertino cuando cruzamos el portón.

Ataron los caballos a un abrevadero. Nosotros continuamos a pie por un caminito formado por tablones mientras las hogueras del campamento a nuestro alrededor desprendían ascuas hacia las estrellas. En la gran plaza circular situada dentro del anillo de terraplenes se veía un paisaje bien organizado de tiendas grisáceas tan altas como un hombre. Había bastante espacio entre ellas, además de una gran extensión de terreno orientado al este que no estaba habitado. Daba la impresión de que el campamento hubiera sido construido para más guerreros que los cerca de quinientos que lo poblaban. Ylva era la única mujer. Junto a las hogueras se festejaba animadamente. Varios yacían ya inconscientes por tierra a causa de la bebida mientras otros gritaban, disputaban o peleaban en el crepúsculo.

Cuando llegamos al centro de la fortaleza, lugar en el que había aún otro camino de tablones que llevaba al anterior, Ylva se llevó a Bella. Bjørn Costado de Hierro y Hastein se separaron con una seña cómplice de la cabeza. Mi joven guardián me condujo a una tienda por encima de cuya entrada se cruzaban entre sí dos cabezas de dragón talladas en madera.

En el interior, un hombre sentado, inclinado sobre las ascuas de un brasero, tallaba una vara de madera. Su ropa era de lino muy fino en tonos amarillos y

rojos, y un alfiler de oro cerraba su saya. Su cabello liso y oscuro, que le llegaba a la mitad de la espalda, estaba trenzado con esmero y reunido por un pasador cuajado de perlas. Cinco pulidas esclavas de plata relucían en el brazo del escudo, mientras que en el de la espada sólo llevaba una, aunque debía de pesar lo mismo que las otras juntas. Estaba labrada noblemente y representaba dos serpientes entrelazadas sacando la lengua.

—Hemos regresado con un lugareño —dijo Hastein—. Habla nuestra lengua y sabe muchas cosas útiles.

El otro se levantó volviéndose hacia nosotros. Aguanté la respiración de forma involuntaria pues nunca había visto un hombre tan apuesto e imponente. Era musculoso y se erguía recto, sacándonos media cabeza tanto a Hastein como a mí. Tenía una barba negra bien atusada. La sencilla simetría de su rostro estaba acentuada por una única cicatriz que trazaba una pálida línea sobre la frente desde el párpado izquierdo.

—¿No tenía Bjørn Costado de Hierro que matarlos a todos? —Con un ademán de fastidio, el de la barba negra lanzó lejos de sí la vara y metió el cuchillo en su funda—. No puede desobedecer las órdenes sin más.

—El sajón habla nuestra lengua —respondió Hastein—. Sus congéneres iban a colgarlo en el momento en que llegamos y los interrumpimos.

—¿Colgarlo? —El de la barba negra perdió el interés por la insubordinación de Bjørn Costado de Hierro y fijó la vista en mí—. ¿Colgarlo? ¿Por qué razón?

—Intenté preguntárselo a los muertos, pero no me respondieron.

La apreciación pretendía ser una chanza. El de la barba negra lo tomó al pie de la letra.

—¿Y cómo iban los muertos a contestarte? Si están muertos. Mejor habrías hecho preguntándole a él. ¿Por qué querían colgarte los tuyos, sajón?

Los dos nórdicos esperaban mi respuesta. Yo apretaba obstinadamente los dientes.

—¿No decías que hablaba nuestra lengua? —preguntó el de la barba negra.

—Se muestra reacio a hablar de sí mismo —respondió Hastein.

El otro asimiló la información. Lo cual le llevó un tiempo.

—¿Por qué lo iban a colgar? —preguntó como si hubiera olvidado la contestación previa.

—No tengo ni idea —dijo Hastein—. Pero Bjørn Costado de Hierro cree que

puede servirnos de guía.

—¿Cómo va a hacerlo si es mudo?

—No es mudo. Habla nuestra lengua.

El de la barba negra caviló de nuevo un rato.

—¿Por qué querían colgarlo los sajones?

Hastein mantuvo el tipo y le explicó una vez más que no se sabía el motivo de mi castigo, no obstante, Bjørn Costado de Hierro consideraba que eso no influía demasiado en mi conocimiento de la región.

—Seguro que roba caballos, o es un ladronzuelo —concluyó por fin el de la barba negra—. En ese caso no es prudente dejarlo vivir.

Empezaba a comprender por qué Bjørn Costado de Hierro había delegado en Hastein la tarea de explicar mi presencia ante el líder del ejército vikingo. El gigante de la barba gris no estaba dispuesto a invertir el tiempo que era preciso para que asimilara un simple recado.

—Si roba caballos o es un ladronzuelo —respondió Hastein sin perder la paciencia—, puede ayudarnos a encontrar animales de monta y plata de iglesia. Precisamente fantasea acerca de unos objetos de mucho valor en un monasterio al que puede guiarnos.

—¿Y si fuera una trampa?

—Sólo es un mozo de aldea. ¿Cómo iba a conducir a quinientos guerreros fuertemente armados a una trampa?

—Ése podría ser un buen motivo para que sus paisanos quisieran colgarlo.

—Seguramente, pero eso no lo sabemos.

—¿Así que no sabes por qué lo iban a colgar?

Ahora miraba yo con abierta incredulidad a Hastein, que me ignoraba.

—No —confirmó él—, no sé por qué iban a colgarlo.

El de la barba negra me contempló un buen rato con una mirada sombría.

—No voy a correr ningún riesgo con esta clase de tipos. ¡Cuélgalo!

Hastein se debatió un instante procurando encontrar una réplica que no sonara irreverente.

—Creo —comenzó con tiento— que vas a entrar en conflicto con Bjørn por culpa de esta decisión...

—Bjørn tiene que aprender a hacer lo que se le ha dicho —respondió el de la barba negra—. Debería haber matado a todos los de la aldea, pero ha regresado

con semejante golfo. Soy yo el conde y digo que cuelgues al sajón.

Hastein difícilmente podía discutir una orden directa. Sólo a mí correspondía salvarme la vida.

—Gran caudillo —intervine—, ¿cómo podría un miserable siervo como yo ser peligroso para un caudillo tan poderoso como tú? Permíteme al menos intentar demostrar mi valía antes de que tomes una decisión acerca de mi muerte.

El de la barba negra calló y apartó vacilante la vista de mí para dirigirla a Hastein.

—Así que habla nuestra lengua.

—Ya lo creo que sí —dijo Hastein.

El de la barba negra se acercó para observarme por todos los lados como si yo fuera un caballo cojo que alguien intentaba venderle.

—¿Sabes quién soy yo, sajón? —preguntó al fin.

—No —respondí—, lo que sé es que me llamo Wulf y soy hijo de una sacerdotisa. Por eso haces bien en no enfrentarte conmigo.

Su mirada se tornó vacua mientras digería mi respuesta. Por un instante pensé que yo había ido demasiado lejos. Entonces echó la cabeza hacia atrás y se rio sonoramente de mi advertencia.

—No eres asustadizo. —Sonrió dejando al descubierto una perfecta hilera de dientes—. Eso me gusta. Pero Wulf no es un nombre... Es el sonido que uno exhala cuando ha bebido demasiado y tiene que vaciar la barriga.

Esperaba mi reacción a la ofensa. ¿El pundonor me haría enfurecer o recular como un perro subyugado? Escogí un camino intermedio.

—Un nombre no va a interponerse entre nosotros —dije yo—. Y lo que tengo que contar compensará con creces mi audacia congénita.

Acarició su cuidada barba negra mientras me observaba con un destello jovial en los ojos.

—Tú no eres audaz —decidió—, eres lenguaraz, y aquí cosas como ésa pueden fácilmente costarte el cuello. Antes de llegar más lejos será mejor que me cuentes lo que sabes.

Empecé a hablar del tesoro de los monjes en la cripta secreta bajo el monasterio de San Cuthbert.

—Los tesoros de tu monasterio no nos interesan —me interrumpió, haciéndome señas para que me fuera, y entonces las esclavas de plata tintinearón

—. Estamos aquí por otros motivos.

—Es lo mismo que dijo Hastein. ¿Qué motivos?

—Eso no ha de preocuparte. Eres el siervo de Bjørn Costado de Hierro, o el esclavo, o como quiera que lo llaméis los sajones, y no harás sino lo que se te diga. Te llamarás Rolf durante el tiempo que sigas con vida, que con toda seguridad no será más de unos cuantos días. A mí puedes llamarme Sigurd Ojo de Serpiente.

Me sorprendí ante un sobrenombre tan singular mientras él se volvía hacia Hastein para preguntar:

—¿Dónde está mi hermano?

—Bjørn Costado de Hierro se ha sentado a beber junto al fuego.

Un breve destello de inseguridad traicionó a Sigurd Ojo de Serpiente antes de que recompusiera la severidad de su semblante.

—En ese caso, no vale la pena molestarlo ahora. Pero mañana hablaré seriamente con él acerca de la conveniencia de apresar jovencitos atrevidos en lugar de colgarlos. —Se volvió a sentar en su tocón y nos hizo una seña para que nos marcháramos—. Entretanto, puedes llevar a Rolf a tu tienda, y átaló bien durante la noche.

Hastein asintió, aliviado, con la cabeza y comenzó a tirar de mí.

—Si eres el hermano de Bjørn Costado de Hierro —dije por encima del hombro—, fuiste tú quien ordenó aniquilar a toda la población de Teurintone.

Cuando Sigurd Ojo de Serpiente se levantó bruscamente y bajó su rostro hasta el mío, observé que la pupila de su ojo izquierdo tenía un tamaño descomunal, dejando así una huella negra con forma de serpiente en el iris verde. Tenía que ser este rasgo lo que le había valido el sobrenombre.

—No me vengas a pedir cuentas por lo que ha sucedido con tu aldea y sus habitantes.

—Teurintone no era mi aldea y no conocía a ninguno de sus habitantes.

Hastein se rio detrás de mí.

—Es lo que ha intentado hacerme creer a mí también. Pero miraba embobado a la chica como si hubiera estado chiflado por ella durante años.

—¿Qué chica?

Hastein describió el rostro ovalado de Bella, sus labios gruesos, el gracioso talle y unos grandes ojos azules que relucían como estrellas, si bien él empleó un

vocabulario más ordinario.

—¿Es virgen? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente.

De nuevo me sorprendió el interés de los nórdicos por la virginidad de Bella. Esta vez no pregunté.

—Björn le ha asignado a Ylva la tarea de averiguarlo —respondió Hastein—. Pero si no lo es, él me ha prometido que podré cabalgar a la joven.

Sigurd Ojo de Serpiente exhibió su dentadura perfecta en una sonrisa de inteligencia, como si hubiera calado un propósito que Hastein había intentado mantener oculto.

—Tendrás que dejar en paz a tu pequeña novia. No hay nada que me importe menos que las jóvenes de Inglaterra. Pero también es justo que yo, como líder del ejército y conde, la inspeccione. Se encuentra bajo mi responsabilidad.

Con un nuevo ademán tintineante de la mano, Sigurd Ojo de Serpiente indicó que la conversación había terminado. Como para compensar la paciencia desmedida que él pensaba que me había demostrado, concluyó con una amenaza.

—De modo que lárgate antes de que te rebane la cabeza, Rolf Lenguaraz.

5

Hastein se había echado sobre una cama estrecha reforzada con tallos de abedul y tensada con un trozo de lienzo. Yo descansaba en el suelo, atado de pies y manos. Las hogueras del exterior nos iluminaban débilmente a través del lino de la lona de la tienda. El bullicio y los gritos habían amainado. Al llegar la noche, el campamento se quedó en silencio.

—Has tenido muy buena mano con Sigurd Ojo de Serpiente —dijo Hastein—. Con frecuencia necesita que le expliquen las cosas varias veces, pero seguro que te has dado cuenta.

—Sí, puede que lo hiciera.

—Supiste ocultarlo con habilidad y eso es lo más indicado, porque el conde Sigurd merece respeto. En combate pelea como cinco hombres y tiene el coraje de diez. Pero si realmente quieres saberlo, fue su otro hermano, Ivar Sin Piernas, quien ordenó aniquilar tu aldea.

—¿Y dónde se encuentra Ivar Sin Piernas?

—Todavía no ha venido.

—¿Y ejerce tanto poder como para que todos lo obedezcan en su ausencia?

Asintió con la cabeza.

—Si a Bjørn lo llaman Costado de Hierro porque es invulnerable —proseguí— y a Sigurd lo llaman Ojo de Serpiente a causa de su ojo, ¿es posible que Ivar se llame Sin Piernas porque no tiene piernas?

La sonrisa de Hastein nunca se hallaba demasiado lejos. De corazón ligero y trato agradable, me mostraba la misma simpatía que yo, de mala gana, empezaba a sentir por él.

—Ivar Sin Piernas posee todos sus miembros, y son más largos que los de la mayoría. Pero sólo rara vez se baja del caballo, puede que ésa sea la razón por la que lo llaman así. Es un gigante alto como una torre, con barba roja y ojos de un verde azulado, nadie se atreve a contrariarle. Sin embargo conozco el motivo por el que al hermano más joven, Halfdan, lo llaman Camisa Blanca. Se lava a diario y cambia su saya casi con la misma frecuencia. Cuando sale de expedición lleva consigo a un hombre sólo para que le lave la ropa y afeite su barba cada día.

Comprendí que, si dicha conducta podía dar lugar a un sobrenombre, debía de ser porque era inusual entre los nórdicos, que con todo eran más limpios que mis paisanos. No podía haber transcurrido mucho más de una semana desde que se bañara el propio Hastein.

—¿Tú tienes apodo? —pregunté.

Sacudió la cabeza con enojo.

—No es de esas cosas que uno tenga capacidad de decidir. Se les ocurre a otros y además hay que ganárselo. Igual que tú.

—¿Yo tengo un apodo?

—¿No has oído lo que ha dicho Sigurd Ojo de Serpiente, Rolf Lenguaraz?

Tras la sonrisa de Hastein percibí la envidia. Probablemente, él había peleado y saqueado durante años sin alcanzar el mismo honor que se me había conferido después de unos minutos de conversación.

—Sigurd y sus dos hermanos han nacido con tres años de diferencia entre sí —prosiguió—, ya que su padre, Ragnar, se marchaba con frecuencia de expedición cuando ellos eran pequeños, y se podía pasar varios inviernos fuera en cada ocasión. Sigurd Ojo de Serpiente es el mediano de los hermanos, tiene veintidós años. Ivar Sin Piernas es el mayor con veinticinco, mientras que Halfdan Camisa Blanca tiene dieciocho.

—¿Y Bjørn Costado de Hierro? También a él le llamó hermano Sigurd Ojo de Serpiente.

—Hermanastro. La madre de Bjørn Costado de Hierro no tenía sangre regia. De lo contrario, seguramente él comandaría el ejército. Pero Ragnar Calzas Peludas lo engendró con una mujer sin rango, de modo que eso no sucederá. Y Bjørn Costado de Hierro tiene casi cuarenta años.

La edad de Costado de Hierro, excepcionalmente longeva para un guerrero, me traía sin cuidado. Sin embargo, Calzas Peludas era el sobrenombre más raro

que había oído nunca, así que pregunté por qué llamaban así al padre de los cuatro hermanos.

—Porque llevaba pantalones peludos, por supuesto. Y una saya de cuero que nunca se quitaba. —Hastein se sentó—. Pero *tienes* que haber oído hablar de Ragnar Calzas Peludas. Es el danés más renombrado de la tierra.

—Desconozco todo lo que se refiere a vuestro mundo.

—Creo que conoces más de lo que dices —rio de nuevo—. Pero voy a hablarte acerca de Ragnar porque el origen de un hombre es tan importante como su nombre.

El placer de relatar de Hastein me pilló desprevenido. Sin embargo, pronto aprendería que los nórdicos eran fervorosos escaldos, grandes poetas ricos en historias, que declamaban sin poder contenerse ante cualquiera que mostrara interés.

—Ragnar Calzas Peludas fue hijo de una de las muchas concubinas del rey Hring —comenzó—. Hring descendía directamente de Odín, por ello constituyó un doble honor para Ragnar que el rey reconociera su paternidad colocándolo sobre sus rodillas en presencia de toda la casa. Fue también una alegría para la madre de Ragnar, que no sin motivo tenía una muy buena opinión acerca de la valía del hijo, de modo que jamás perdía la ocasión de encomiar su coraje y audacia. Mas eran muchos los que afirmaban estar emparentados con Odín, así que, inquieto como era, Ragnar ardía en deseos de hacerse con el ejército de alguna otra manera.

Hastein puso una voz grave para hablar lenta y rítmicamente como hacen los monjes al leer en voz alta los textos sagrados durante una misa solemne, o quizá se pareciera más a cuando repiten un rezo aprendido, ya que él no tenía ningún manuscrito, sino que relataba de memoria. Las frases eran a un tiempo fluidas y enrevesadas, con un toque anticuado, como si hubieran sido contadas y recontadas durante décadas, formuladas y reformuladas por los diferentes narradores en función de su propia concepción de los protagonistas.

—Un verano en que el rey Hring había salido de expedición con sus guerreros, Ragnar se aburría sentado en las dependencias palaciegas con los siervos y demás niños, ya que el rey había decidido que era demasiado joven e imprudente como para acompañarle. Sin embargo, ese verano Ragnar tuvo ocasión de adquirir notoriedad cuando una mujer joven llamada Ladgerd llegó

contando que la granja de la familia de la madre de Ragnar, que sólo estaba a un día de viaje, había sido asaltada por ladrones. Todos los hombres, incluidos el abuelo y el tío de Ragnar, habían sido asesinados y los bandidos se habían divertido tomando las mujeres. La madre de Ragnar se afligió con la noticia, mientras que a Ragnar le dio lo mismo, ya que él había crecido en el palacio y sólo veía a su abuelo materno una vez al año, cuando venía por la ofrenda de Yule; en cuanto al tío, nunca le había gustado. Ladgerd siguió contando que había logrado huir mientras los ladrones dormían y que ella sola se había dirigido al palacio en busca de ayuda. Pero ahora comprendía que podría haberse ahorrado la molestia porque los ladrones se marcharían antes de que el rey regresara.

»Ragnar se levantó de un salto gritando que los ladrones no se saldrían con la suya. Su madre concedió que sería una gran deshonra perder los bienes que eran propiedad de la familia, y más ahora que Ragnar era el único heredero, aunque de todos modos apeló a la prudencia. Ragnar no quiso escuchar, sino que reunió a los siervos más fuertes del palacio y partió de inmediato para vengar el agravio. Llegaron mucho antes de que los ladrones hubieran desaparecido, y Ragnar los retó a pelear sin considerar que los siervos y mozos no iban a ser de mucha utilidad contra aquellos curtidos guerreros. Tuvo que defenderse él solo contra diez hombres, de manera que pronto se vio en apuros, pero a la edad de catorce años ya era un joven hecho y derecho que había alcanzado gran habilidad en el combate con hacha. Entretanto, llegó en su auxilio Ladgerd, que manejaba la espada con tal destreza que Ragnar se enamoró de ella al instante. La consideraba la escudera más bella que había visto nunca.

—¿Escudera? —interrumpí yo—. ¿Igual que Ylva?

Hastein vaciló un instante antes de que una sonrisa irónica lo iluminase.

—Sí, exactamente igual que Ylva. Aunque a ella nadie la ha llamado nunca bella. ¿Quieres oír el resto?

Asentí y me tendí de forma que la tirante cuerda me molestara lo menos posible.

—Después de la victoria, Ragnar no dejó de cortejar a Ladgerd. Ella no quedaba indiferente ante sus alabanzas, pues, a pesar de que él tenía un carácter impetuoso y temperamental, también era un hombre apuesto. Pero no se conocía la estirpe de Ladgerd, y la madre de Ragnar no iba a ceder de buena gana a su

único hijo a una mujer sin rango. Por ello puso un perro y un oso para que custodiaran la estancia de Ladgerd, pero Ragnar se armó con dos grandes hachas para pasar junto a las bestias. Cuando se aproximaba a la puerta, los dos animales se pusieron en guardia enseñando los dientes, sin embargo él no se dejó amedrentar; al contrario, luchó contra ellos denodadamente. Aunque el oso le echaba las garras a la garganta, logró insertar el mango de una de las hachas entre sus mandíbulas. Después se volvió hacia el perro, que ya había cerrado sus fauces sedientas de sangre en torno a una de sus piernas, y le hizo varios cortes profundos en la cerviz hasta que la cabeza se separó del cuerpo. A pesar de que ésta se le había quedado colgando con las mandíbulas cerradas, Ragnar se volvió de nuevo hacia el oso, que se había erguido sobre sus patas traseras. Sin preocuparse del engorroso colgante, le rajó el vientre con su cuchillo de manera que las tripas se le salieron y el oso murió entre gemidos lastimeros. Así es como Ragnar, en contra de los deseos de su madre, entró en la estancia de Ladgerd y se abalanzó sobre ella.

Igual que un gato al que le pasaran la mano por la piel frente al calor del hogar, me había dejado yo cautivar por la magia del relato. La osadía juvenil de Ragnar, la sangre, el drama y ese interesante detalle de la cabeza del perro degollado me tenían fascinado. Me costaba aceptar que ya se hubiera acabado.

—¿Qué pasó luego?

—Ladgerd se quedó encinta antes de que el rey regresara de su expedición. Ragnar y ella tuvieron en total tres hijos: dos niñas y un niño. El hijo era Bjørn Costado de Hierro.

La historia resultó todavía más fascinante con esta referencia a la realidad, por lo que transcurrió un rato antes de que yo volviera de ese universo de virilidad y arrojo. Hastein, echado sobre su cama, se regocijaba de mi lejana mirada.

—Eres un buen narrador —dije.

—Yo también creo estar a la misma altura que Brage Hijo de Bodda. Es maestro escaldo, puede contarte una fábula de manera que te olvides de todo lo que te rodea. Un día le superaré. ¿Qué es ese colgante que llevas?

El cambio de tema me pilló desprevenido. Sorprendido seguí la dirección de su dedo índice. El cordón de cuero que llevaba yo alrededor del pescuezo se había deslizado por fuera del cuello de mi harapienta saya de modo que se veía

el colgante.

—Parece una caña de junco. —Me enseñó su propio colgante en torno al cuello, un martillito de plata—. Es un martillo de Thor. Todos los guerreros intermedios llevamos uno. Sólo los condes y grandes señores son adeptos de Odín. Pero ¿por qué una caña de junco? Vosotros los sajones soléis pasearos por ahí con una cruz. ¿Tiene algo que ver con ser hijo de una pitonisa?

Al proferir la palabra, de manera automática aprisionó el martillo dentro de su mano, como si el pequeño talismán pudiera protegerlo de las artes de brujería. Sonreí, pero no a causa de su superstición, sino por la intención que se traslucía detrás de su pregunta: Hastein esperaba que la unión que había creado entre ambos el relato sobre Ragnar Calzas Peludas me llevara a contarle mi propia historia.

—¿Y quizá es también por eso —continuó para llegar a su verdadero propósito— por lo que tus paisanos querían colgarte? He oído que los cristianos matan a las pitonisas sin contemplaciones. ¿A eso se deben tus quemaduras?

Yo preferí seguir manteniendo el misterio.

—No creo —dije— que mi historia te interese en lo más mínimo.

Hastein reconoció las palabras que él mismo había pronunciado anteriormente. Sonrió y desenfundó su espada, que descansaba detrás de la cama apoyada sobre la lona de la tienda.

—Si no sé nada de ti, aparte de que eres astuto y que aprecias tu libertad, no tengo motivo alguno para confiar en ti. Y si no confío en ti, tendrás que continuar atado hasta que Bjørn Costado de Hierro tome medidas para que no te largues.

Puso la punta de la espada sobre la cuerda que durante la jornada se había ido incrustando en mis muñecas dejándome los brazos enrojecidos y con moratones. La decisión era mía. Él esperaba sin prisa a que yo la tomara.

—No tienes motivo alguno para confiar en mí —dije con toda sinceridad.

Sus ojos claros reposaron un instante en los míos antes de que la espada se deslizara de nuevo en la funda.

—En ese caso, guárdate tus secretos, Rolf Lenguaraz.

6

Las reuniones de los nórdicos que versaban sobre estratagemas se celebraban en el exterior, alrededor de una caja cuadrada de poca altura llena de arena. Sobre la superficie de la arena dibujaba yo con una ramita de mimbre el mapa de la geografía de Northumbria. Todo habitante del campamento podía escuchar si quería, pero la mayor parte perdió pronto el interés. Sólo quedaban en pie junto a la caja de arena Sigurd Ojo de Serpiente y Bjørn Costado de Hierro, quien se rascaba la barba gris con gran indiferencia. Hastein se había sentado en un extremo. Por la periferia, Ylva la escudera iba de un lado a otro.

—Explícalo otra vez.

Sigurd Ojo de Serpiente, con su barba negra y la pálida cicatriz sobre la frente, se había vuelto hacia mí. Los ojos verdes y la pupila desbordada de uno de ellos me observaban concentrados para intentar comprender mi explicación.

—Aquí está Northumbria —comencé desde el principio—. La aldea de Teurintone queda aquí, a más de veinte millas al sudeste. Nosotros nos encontramos mucho más al norte, en el extremo del vasto páramo.

—¿Y el monasterio de San Cuthbert? —preguntó Ylva, quien a pesar del calor del mediodía llevaba su ajustada saya de cuero mientras que los hombres iban con el torso descubierto. Sus pálidas espaldas estaban coloradas por el sol.

—El monasterio se halla en Creca, a medio camino entre nosotros y Eoforwic —respondí—. Unas quince millas al sur.

—Eso no nos interesa —interrumpió Bjørn Costado de Hierro, y se agachó por encima de su formidable barriga para borrar con su ancha manaza la cruz que yo había dibujado. Sus ojos gris pálido se clavaron cargados de intención en

el tosco careto de Ylva.

—Entonces, ¿Eoforwic dista treinta millas de aquí? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente.

—¿Cuántas veces he de decirlo?

Posiblemente no fuera en este caso la frustración por la lentitud del conde de la barba negra lo que iluminaba mi voz, sino también la angustia por el desamparo de mi posición, que se veía aún más amenazada con el enojo encendido en sus ojos verdes.

—Lo dirás tantas veces como sea preciso hasta que logremos ver que todo encaja —intervino Bjørn Costado de Hierro antes de que su hermanastro menor hiciera algo inapropiado—. La primera vez que lo explicaste, Eoforwic distaba cuarenta millas de aquí y la dibujaste más cerca de la costa. Después quedaba mucho más al norte. Ahora de pronto está abajo, donde antes se hallaba el monasterio de San Cuthbert. A ver si te decides, Rolf Lenguaraz.

Sigurd Ojo de Serpiente asintió levemente con la cabeza, ya que su hermanastro mayor también hacía esfuerzos por entender mis explicaciones. Durante las dos semanas transcurridas desde que me habían apresado, había podido conocer a Bjørn Costado de Hierro como líder hábil y perspicaz, cuya fachada de indiferencia ocultaba una aguda inteligencia. Si bien Sigurd Ojo de Serpiente daba las órdenes, el panzudo gigante de barba gris superaba a su hermanastro de menor edad tanto en capacidad de comprensión como en astucia.

—Los sajones no estamos demasiado acostumbrados a los mapas —expliqué esforzándome por recuperar la calma—. En mis numerosos viajes encontraba el camino con ayuda de las señas distintivas del paisaje. Las distancias las determino en función del tiempo que tardo. Hay dos días caminando directamente hacia el sur de aquí a Eoforwic, lo que corresponde a unas treinta millas.

—Treinta millas a pie en dos días —repitió Sigurd Ojo de Serpiente—. No parece disparatado si uno se pone a ello.

Bjørn Costado de Hierro confirmó dicho juicio con un ronroneo. También a mis oídos les sonaba plausible la explicación, tanto como cuando unos años antes la escuché yo en boca del hermano Jarvis.

—Si el monasterio se encuentra tan sólo a quince millas —interrumpió Ylva —, se podría fácilmente ir y volver a caballo en un mismo día.

—Es posible, pero no tenemos que ir allí, Ylva.

La escudera y Costado de Hierro se contemplaron con una mirada torva. Sigurd Ojo de Serpiente se rascaba la espesa barba negra de manera que las esclavas de plata tintineaban en su antebrazo.

—Viajando con un ejército de gente a pie —dijo despacio, como si hablara mientras pensaba— se debería tardar tan sólo unos tres días en recorrer la distancia desde Eoforwic hasta aquí.

—Claro, pero un ejército así primero hay que reunirlo —ronroneó Bjørn Costado de Hierro—. Hay que pertrecharlo y después hacer un reconocimiento. Un general competente se preocupará además de observar en secreto el anillo amurallado durante unos días para evaluar nuestra fuerza. Concédeles a los sajones una semana y verás.

El líder formal del ejército consideró dichas palabras informales y llegó a una conclusión.

—Concederemos a los sajones siete días más. Vuelve a meter al siervo en la jaula.

Hastein me agarró para conducirme hasta el añadido más reciente del campamento, un cobertizo de sólidos tablones sin ventanas que había sido levantado en medio del paisaje de tiendas. Tenía un pestillo en la puerta. Dentro había un suelo de tierra aplanado de tres pasos por tres. Aquí pasaba yo la mayor parte de las horas de la jornada, sólo me sacaban para el recurrente ritual junto a la caja de arena.

—¿Es al rey de Northumbria a quien esperáis? —pregunté a Hastein cuando mantenía abierta la pequeña puerta para que yo pasara.

—Eso no te incumbe, Rolf Lenguaraz.

Yo mismo había perdido su confianza con mi silencio obstinado aquella primera noche en la tienda. Desde entonces intentaba sin éxito volvérmela a ganar.

—Los sajones no tienen un ejército permanente —proseguí—. El ejército personal del rey tan sólo se compone de cien hombres. Cuando quiere reunir una tropa mayor debe enviar un mensaje a través de sus *thegns* a los *ealdormen*, quienes a su vez han de pedir a sus *reeves* que escojan los mejores guerreros entre los campesinos. ¿Por qué no atacáis vosotros primero?

Hastein sacudió la cabeza y apartó el largo flequillo rubio de sus ojos claros.

—Ése es un interrogante con el que tendrás que bregar hasta que los acontecimientos te den la respuesta.

No estaba dispuesto a decirme nada más. Probé con otra táctica.

—Cuéntame cómo logró su apodo Ragnar Calzas Peludas.

Hastein aún no se había curtido en la capacidad de ser desaprensivo. Leyó la soledad en mis ojos y sintió compasión. Era además una buena ocasión para volver a ejercitar su talento como narrador. Me empujó dentro del cobertizo, se sentó apoyado en el lado exterior y me habló a través de la puerta que había dejado entornada.

—Pues sucedió —comenzó con la misma voz profunda que había empleado durante su primera narración— que hace muchos años el rey Herrød de Suecia le regaló a su hija Thora dos crías de dragón que un mercader había traído consigo de un país muy al sur en el desierto. Thora cuidó de los saurios y los crio hasta que se hicieron tan grandes que cada día devoraban un buey entero además de causar estragos en los alrededores. Pero no era tan sencillo lograr que dejaran de hacerlo, porque estaban blindados con escamas pequeñas y duras, de forma que hasta las armas más afiladas difícilmente podían herirlos. Entonces el rey Herrød prometió a su hija al hombre que acabara con la vida de las terribles bestias, y cuando Ragnar lo supo por la gente que viajaba a través de los países no tuvo que reflexionar mucho lo que debía hacer. Aconsejado por su madre se hizo con una saya de cuero y unas calzas de piel que ella pensaba lo defenderían del mordisco de los dragones. Le dijo que si él sumergía los pantalones de piel en pez y los rebozaba con arena y guijarros, se endurecerían volviéndose impenetrables pero sin perder la flexibilidad.

—¿No podía haber usado una cota de malla? —interrumpí.

Con su voz normal, Hastein me explicó que las cotas eran una vestimenta que los nórdicos no habían adoptado hasta que comenzaron a saquear los reinos francos del emperador Carlos, en donde los guerreros iban así pertrechados, mientras que el relato procedía de una época anterior.

—Los dragones constituían un espectáculo aterrador —prosiguió—, de un color verde grisáceo, la longitud de cada uno era como la de tres hombres. Delante tenían un largo hocico con cientos de dientes, y sus cuatro patas eran tan cortas que arrastraban los vientres por la tierra cuando emprendían su marcha sinuosa. Ragnar atacó con gran ímpetu a las dos bestias, que intentaron

aplastarlo bajo el balanceo de sus cuerpos y desollarlo con sus terribles dientes. Todos los que se hallaban en las proximidades huyeron despavoridos de la contienda, donde había un estruendo enorme. Pero como la sabia madre de Ragnar había previsto, él estaba bien protegido por su vestimenta de piel. Clavó su lanza en la cabeza plana del primer dragón para a continuación hundir la espada en el costado del otro y hendirle el corazón. Una vez que los dos monstruos yacían muertos sobre la tierra, el rey sueco elogió a Ragnar por su gran valor entregándole, como había prometido, a su hija por esposa. Pero además de eso le dio también el sobrenombre de Calzas Peludas, por haber sido tan listo de convertir sus pantalones en una coraza con piedra y pez.

—¿Y qué hay de Ladgerd? —pregunté.

Hastein miró de reojo hacia la semioscuridad del cobertizo donde yo me encontraba.

—¿Qué hay de ella?

—¿No se había casado antes Ragnar con Ladgerd? ¿Vosotros los nórdicos podéis tener varias esposas?

Confuso, se rascó su afeitada nuca, pues hasta ese momento no había relacionado las dos historias.

—Tienes razón —admitió—. Se pueden tener muchas concubinas pero sólo una esposa. Parece que Ragnar y Ladgerd se separaron antes de que él se casara con Thora.

En mi mundo la separación era tan impensable como la poligamia. Por la rendija de la puertecita yo contemplaba boquiabierto el perfil de Hastein en el hiriente contraluz.

—De todos modos —prosiguió—, sé que más tarde Ladgerd se casó con un conde de Noruega y que cuando el noruego murió sin descendencia ella se puso al mando del condado.

Un conde, según yo había llegado a comprender, se correspondía con un *ealdorman* sajón, cargo que ninguna mujer podía desempeñar ni antes ni después de la muerte de su esposo. Hastein sonrió ante mi incredulidad.

—La esposa de un conde es depositaria de las llaves del señorío cuando su marido se va a una expedición. ¿Por qué no iba a poder conservarlas tras la muerte de aquél si tiene la facultad para hacerlo? Aunque si tienes dudas, puedes preguntarle a Ylva. Ladgerd es su abuela materna.

Una vez más, la relación de la fábula con el presente me sobrecogió. Estaba claro que los nórdicos vivían en un terreno limítrofe entre mito y realidad.

—Si el marido noruego de Ladgerd murió sin tener hijos —dije—, la madre de Ylva debía de ser una de las dos hermanas de Bjørn Costado de Hierro.

—No es fácil engañarte, Rolf Lenguaraz. Y tienes buena memoria.

Hastein había comenzado a cerrar la puerta. Puse una pierna por medio.

—¿La joven de la aldea era virgen?

Frunció sus cejas rubias y deslizó una mano entre el flequillo.

—Eso parece. —Se encogió de hombros disgustado—. En todo caso, Sigurd me ha prohibido ir por ella.

—Entonces, ¿vive aún?

—Y goza de buena salud. Pero Ylva la custodia como una mamá osa.

—¿Qué va a ser de ella?

De inmediato, algo distinto del enfado tiñó de rojo el rostro de Hastein. Intenté sin éxito percibir qué era.

—Eso... eso no te incumbe —balbuceó, luego cerró de un portazo y echó el pestillo.

Me quedé sentado en el cobertizo que hacía de cárcel, con el hedor de mis propias deposiciones, pensando por igual en lo que Hastein me había contado como en lo que se había callado. El bullicio del campamento, cuya vida estudiaba yo a través del hueco en la puerta dejado por un antiguo nudo, irrumpía en mis pensamientos.

Los nórdicos dedicaban las mañanas a entrenar la lucha sobre una zona abierta en la parte este de la fortaleza circular, acompañados por sus propios bramidos y los sonidos metálicos de los filos de espadas y hachas. Pasaban las tardes con la lucha libre y jugando a la pelota, hasta que a la caída del sol sacaban rodando los barriles de cerveza y abrían las espitas para beber el resto de la tarde. Los hombres barbudos llevaban a cabo cualquier actividad con energía y alegría de vivir, muy alejadas de las fatigas habituales que yo había visto en los campesinos de la aldea, y más lejos aún de la fingida devoción de los monjes. Los nórdicos eran individuos fuertes, independientes, que vivían y festejaban con una fiereza que me asustaba y fascinaba al mismo tiempo. Era evidente que cada cual conocía su lugar, y que el honor personal se custodiaba celosamente. Condes y grandes señores avanzaban por el camino de tablones sin ceder el paso

a nadie, mientras el esmirriado se apartaba ante el de buena complexión, quien por su parte se doblegaba frente al guerrero bien armado. Yo alimentaba poco a poco un vivo deseo, reconocido sólo a medias, de llegar a ser como ellos.

Mis pensamientos siguieron vagando hasta finalizar, como siempre, en el otro único superviviente de Teurintone. La hermosa, exquisita Bella, un par de años mayor que yo, y a quien anhelaba secretamente, aunque yo no era el único. Cuando atravesaba la aldea con la espalda bien recta transportando dos cubos llenos de agua a la herrería de su padre, todas las cabezas se giraban hacia ella. Sirva de muestra de lo mucho que puede traerle a uno en este mundo la belleza física, que estaba prometida con el hijo de un *ealdorman*, el cual era tan buen partido que la hija de un herrero de pueblo no se habría atrevido ni a soñar con él.

Me vino a la mente el recuerdo de aquel instante en que por primera y única vez la vi desnuda. No haría sino algo más de un mes, y sin embargo parecía una vida entera. Yo tenía la cara contra la pared trenzada con mimbre de la herrería mirando fijamente el interior a través de una grieta en el revoque de barro. Las rudas manos de la tía paterna habían sacado la esponja del baño humeante y la subían por las delgadas vértebras de su sobrina, que se dibujaban con toda nitidez bajo la pálida piel. Un cálido estremecimiento corrió por todo mi cuerpo cuando Bella se puso de pie en la tina para que la secaran. Su pelo oscuro se le había pegado a la espalda y casi le llegaba hasta las pequeñas y prietas nalgas. Los finos dedos se plegaban graciosamente por encima de los pechos erizados. Al compás del frotar con el paño de lino las manos se fueron deslizado hacia abajo por el vientre plano y pasaron el vello oscuro de la entrepierna para reposar en unos muslos firmes.

Oí mi propia respiración profunda en la oscuridad.

En algún lugar lejano de mi ser sabía que lo que estaba haciendo era un pecado, incluso en más de un sentido. Aun así no podía apartar la mano del bulto duro en mi entrepierna. La visión del cuerpo desnudo de la chica resplandecía frente a mí, la sangre golpeaba mis sienes y bramaba en mi miembro. Acababa de desatarme el cordón de la cintura para maniobrar mejor cuando un ruido metálico me sobresaltó. Era el pestillo de la puerta del cobertizo, lo habían descorrido.

En la baja entrada, una corpulenta silueta de anchas espaldas sentada en

cuclillas se recortaba contra el cielo estrellado. No reconocí a Ylva hasta que oí su voz clara atravesar cantarina la oscuridad.

—Acompáñame, sajón —dijo—, si quieres obtener la libertad.

Ylva y yo nos escondimos acurrucados detrás de las últimas hileras de tiendas hasta estar seguros de que podíamos salvar el parapeto circular sin ser vistos, rodar por su cara exterior y correr agachados por el páramo. Cuando nos hubimos alejado un trecho, tiró de mí para ocultarme tras un arbusto, agarró mi saya y me puso un puñal en la garganta. Hacía mucho que sospechaba lo que ella quería.

—Sí, te mostraré el camino que lleva al monasterio de San Cuthbert —dije— y sólo a cambio de dos cosas. En primer lugar, tienes que prometerme que no matarás a los monjes.

La amenaza que ella tenía preparada se quedó en su garganta.

—¿Dejar vivir a los monjes? —exclamó—. Pero ¿por qué?

—Puedes darles una paliza si quieres —proseguí—, pero ninguno debe morir. Y a uno en concreto ni lo toques.

—¿Así que eres amigo de ese monje?

El hermano Jarvis no era monje, sino lego. No me molesté en tratar de explicarle la diferencia y, aunque amistad era una palabra modesta para definir lo que yo sentía por Jarvis, asentí. Gruñó en la oscuridad.

—Concedido. Pero tú mismo se lo contarás a mi escolta.

—¿Escolta? —repetí.

Sus dientes irregulares resplandecieron en la oscuridad cuando sonrió ante mi ignorancia.

—Una escolta protege la vida de un conde, es ese número de hombres que en todo momento puede congregarse en torno a sí procurándoles armas, comida y

bebida en su palacio.

—¿Congregar?

Resopló con desdén.

—Deja de poner a prueba mi paciencia, sajón. ¿Cuál es tu otra condición?

—Tienes que ayudarme a rescatar a la chica de la aldea que te encomendó Bjørn Costado de Hierro.

Me había figurado que la escudera encontraría esta segunda exigencia más inaceptable aún que la primera, pero para mi sorpresa accedió sin más. Me hizo levantar empujándome hacia las sombras azul oscuro de la linde del bosque donde se hallaban ocultos caballos y hombres pertrechados como guerreros.

—¿Son éstos todos los hombres que traes? —pregunté de manera espontánea al ver el pequeño grupo.

—¿Y qué te habías imaginado?

—No lo sé, pero más de quince.

La ira ascendió a sus ojos demasiado juntos, si bien no iba dirigida contra mí.

—Tengo ciento veinte audaces noruegos bajo mi mando, pero el juramento que hicimos antes de salir de expedición me obliga a emplear únicamente mi escolta personal durante la noche.

Con rapidez calculé que la tropa de Ylva debía de constituir más de la quinta parte de todas las fuerzas vikingas. Por un instante me quedé estupefacto ante semejante poderío armamentístico en manos de una mujer, sin embargo fui lo bastante prudente como para no hacer comentarios, y en lugar de ello les conté a los miembros de la escolta que no debían tocar a los monjes.

Me dijeron que mientras yo les procurara el botín prometido se dominarían en relación con ese extremo.

La oscuridad era densa como piel curtida. Con los brazos alrededor de la cintura de Ylva luchaba por mantenerme sentado sobre la parte trasera de su caballo. La bestia era un zancudo desde cuya espalda uno se podía dar un buen golpe. Detrás de mí cabalgaba la columna de jinetes en profundo silencio. Iban vestidos con cuero, cotas de malla y armados con lanzas, hachas y mazas.

—El monasterio y la aldea son los únicos lugares que conoces, ¿verdad? —me dijo Ylva por encima del hombro—. En Eoforwic no has estado jamás. Ni

siquiera sabes dónde queda la ciudad. ¿Estoy en lo cierto?

Comencé a dar explicaciones, pero me interrumpió.

—Tus mentiras no me interesan. Sólo el camino que lleva al monasterio. Si lo desconoces, estás muerto.

—Entonces, no tengo nada que temer.

Había algo amenazador y tranquilizador a un tiempo en aquella mujer de anchas espaldas. A pesar de su naturaleza brusca, poseía la misma dignidad natural de Bjørn Costado de Hierro, Sigurd Ojo de Serpiente y Hastein. Igual que ellos, sabía que era su propia dueña sin tener que rendir cuentas a nadie, fueran reyes o dioses. Era esa seguridad en uno mismo lo que yo ansiaba conocer, y este anhelo me llevó a romper el silencio de nuevo.

—¿Era Ladgerd realmente tu abuela materna?

Ylva se volvió a medias en la silla.

—¿Dónde has oído hablar de ella?

Le conté el relato de Hastein acerca de Ragnar Calzas Peludas, la lucha contra los dos dragones, el matrimonio con la hija del rey sueco y mi extrañeza ante el hecho de que Ragnar pudiera casarse cuando ya se había desposado anteriormente con Ladgerd.

Las cortas risas de Ylva eran la vibración del aire en las aletas de su nariz.

—Las historias que circulan por ahí acerca de Ragnar Calzas Peludas tienen muy poco que ver con la realidad.

—¿Cuál es la realidad entonces?

Ylva alimentaba un vivo deseo de enmendar los malentendidos acerca de Ragnar y su abuela que la tradición oral había asentado después de decenios. Fue la razón de que prosiguiera, aunque yo fuera demasiado insignificante como para marcar alguna diferencia.

—En primer lugar, los escaldos olvidan mencionar que el gran Ragnar Calzas Peludas perdonó la vida a los ladrones que se marcharon por su propia voluntad. Eso hizo enfurecer a los hombres de la casa del rey. Pero a Ragnar le importaba más conservar intacta la herencia que vengarse. Cuando ya se disponía a sellar el trato, Ladgerd y los hombretones arremetieron contra los malvados, los abrieron en canal, les sacaron los ojos y colgaron en varas sus tripas y miembros mientras ellos todavía vivían entre gemidos.

Esta cruda versión del heroísmo de Ladgerd fue un modo eficaz de

silenciarme. Ylva continuó en un tono seco, amortiguado, como si recitara un listado.

—En segundo lugar, Ragnar no se *enamorado*. —Torció el gesto como si la palabra fuera un insulto—. Estaba libidinoso. Los ladrones habían matado a los padres de Ladgerd. Ella estaba sola en el mundo. ¿Qué otra cosa podía hacer sino decir que sí cuando el nuevo conde la cortejó?

—¿Y qué hay del perro y el oso que montaron guardia junto a su estancia?

Para mostrar su desprecio colocó un dedo sobre una de sus fosas nasales y expulsó el aire en la oscuridad.

—Hace varios cientos de años que mataron al último oso de Jutlandia. Además, ¿tú crees que un oso y un perro podrían sentarse muy quietos a vigilar el uno al lado del otro? Y en tercer lugar: ¿te has topado alguna vez con un dragón?

Admití que los dragones no formaban parte de la fauna de Northumbria.

—Pues lo mismo ocurre en nuestra tierra. Así que adivina tú mismo si los dragones del rey Herrød eran reales o producto de la fantasía de Ragnar, que, además, se intensificaba cuando bebía. Y al final de sus días rara vez estaba sobrio.

Tardé un rato en digerir sus palabras. Cuando pude hablar de nuevo, mi voz fue un desagradable susurro.

—Pensaba que Ragnar Calzas Peludas era uno de vuestros mayores héroes.

—Hastein no es el más indicado que digamos para juzgar sobre esa cuestión, ya que jamás estuvo con Ragnar. Bjørn Costado de Hierro le hizo su pupilo cuando los padres del niño murieron y lo ha mantenido bien lejos de su padre. Costado de Hierro incluso se mofa de la boca entrometida de Hastein, como si realmente se tratara de su propio hijo.

La relación de crianza entre el jovenzuelo y el gigante de la barba gris explicaba una parte de su comportamiento mutuo, pero planteaba un nuevo interrogante.

—¿Por qué Bjørn Costado de Hierro ha mantenido a Hastein alejado de su padre?

—Que te lo explique él mismo algún día si es que logras hacerle hablar de ello. —Ylva intercaló un largo silencio para subrayar la puntualización que venía después—. Ragnar Calzas Peludas fue diferentes cosas para multitud de

personas distintas. Para mí era una vejiga de cerdo hinchada llena de aire caliente.

Cabalgamos un tramo más en silencio antes de que yo cayera en la cuenta de una verdad obvia.

—O sea que tú eres sobrina por parte de abuelo de los cuatros hijos de Calzas Peludas. Es la razón de que ellos admitan a una mujer en su campamento.

Ylva detuvo el caballo tan bruscamente que di con la frente en su espalda cubierta por la cota de malla. Antes de que me repusiera, su mano enguantada de cuero me agarró del pelo. Tiró de mí con fuerza para situarme sobre la espalda del animal, de manera que ella, llena de furia, al doblarse sobre mí pudiera mirarme a los ojos.

—Me han aceptado porque soy mejor guerrera que la mayoría de los hombres. Mi escolta es fuerte y numerosa, los hijos de Calzas Peludas necesitan mi apoyo.

Caí al suelo del bosque cuando ella me apartó de sí. Aturdido miré hacia arriba esperando que un hacha voladora hendiera mi frente. En lugar de eso, acudió una mano extendida que Ylva alargaba hacia mí. Volvió a colocarme sobre su caballo detrás de ella. Cabalgamos un buen rato en silencio.

—En cuarto lugar —prosiguió al fin—, Ladgerd y Ragnar Calzas Peludas no se separaron. Porque en realidad nunca se casaron. Ragnar estuvo entreteniéndome a mi abuela durante cuatro años. No dejaron de faltarle excusas. Primero debía poner en pie otra vez la casa señorial. Después tuvo que partir a una expedición. A continuación, se vio obligado a visitar al rey Hring. Su interés por Ladgerd fue menguando, tanto que incluso el hecho de tener tres hijos en común no significó nada cuando se le presentó la oportunidad de ganar a la hija del rey sueco.

Ylva detuvo el caballo. Habíamos llegado a la linde de un bosque desde donde los campos se extendían hasta desaparecer en la noche. Un denso silencio nos rodeaba, roto sólo por el zarandeo del viento en las ramas.

—He viajado hasta Inglaterra junto a los hijos de Calzas Peludas —dijo ella— para asegurarme de que Ragnar está realmente muerto. Pero también a causa de eso.

Seguí con la mirada la dirección de su dedo índice. Sobre la colina que se alzaba frente a nosotros se recortaba contra las estrellas la desigual silueta de los edificios que constituían el monasterio. No se veía una luz en ningún sitio.

—¿Murió Ragnar Calzas Peludas aquí en Northumbria? —pregunté.
—Eso afirman sus hijos. Si mienten, me encargaré también de esa cuestión.

8

La empalizada del monasterio, con una altura de casi dos hombres, formada por troncos de árbol descortezados, se hallaba dispuesta en torno a la cima de la colina igual que una corona sobre la cabeza de un monarca. Ylva apoyó la espalda contra la barrera, que parecía insuperable, como si probara su resistencia.

—El hermano Waltheof duerme en la portería —susurré—. Tengamos cuidado de no despertarlo.

—¿Es ése el hermano tan importante para ti que no debemos tocar?

Sonreí negando con la cabeza. En lo que a mí concernía ya podía Ylva golpear al beato hijo de puta de Waltheof hasta dejarlo lisiado. Señalé a la pequeña barbacana abierta, donde se apreciaba una campana que colgaba de las vigas del techo.

—El tirador de la campana pasa a través del aposento de Waltheof. Si nos oye, se encerrará por dentro con él. La campana puede oírse a buena distancia en los alrededores, con viento del norte hasta en Eoforwic.

—Es increíble lo bien informado que estás.

Puse el pie sobre sus manos entrelazadas. Se irguió alzándome a pulso en el aire de forma que yo pudiera pasar por encima de la empalizada. Bajé por la estrecha escalera que había junto a la puerta del aposento del hermano Waltheof y acabé ante el portón reforzado con hierro que constituía la única entrada al monasterio. Levanté la tranca y descorrí los tres cerrojos.

—Los monjes se han vuelto más precavidos desde la última vez que estuve aquí —constató Ylva—. El portón no era tan sólido hace diez años.

—Hasta los monjes escarmientan —dije.

Tres hombres de su guardia subieron con el fin de apaciguar al hermano Waltheof. Otro grupo se desplazó hacia las celdas del resto de los monjes situadas a lo largo de una hilera de construcciones bajas con tejado de turba en el muro sur del monasterio. A la luz de una sola antorcha, Ylva y yo nos dirigimos al edificio principal donde se hallaba el dormitorio del hermano Selwyn. La puerta estaba cerrada por un único pestillo que Ylva hizo saltar en un instante. La figura sobre la paja del camastro se despertó sobresaltada con el ruido.

—¿Quién se atreve a...? —comenzó a decir Selwyn.

El atildado y minucioso escriba entrecerró sus ojos miopes para penetrar la oscuridad, callando bruscamente cuando atisbó en la estancia la silueta vestida de guerrero.

—¿Sabes quién soy, monje?

Miré sorprendido a Ylva porque hablaba un sajón chapucero pero comprensible. Los ojos del hermano Selwyn se abrieron como platos. No había ninguna duda de que la había reconocido.

A la luz de la antorcha examiné el suelo en la esquina norte del edificio. Una ligera presión en el extremo de un tablón hizo que basculara. Pesqué unas llaves de la cavidad que se hallaba bajo la madera. Boquiabierto, el hermano Selwin no quitaba ojo a las llaves. Sin haberme reconocido aún, no entendía cómo podía conocer yo el escondrijo.

—Entonces vámonos.

Ylva se llevó al monje hasta el patio. Yo permanecí en el aposento el tiempo suficiente para meter la cabeza en el scriptorium, la otra habitación del edificio principal, donde se hallaban seis pupitres en fila frente al armario de los libros. La gran biblioteca del monasterio contaba con más de veinte volúmenes encuadernados en piel. La colección estaba constituida por una mezcla de escritos sagrados y manuscritos muy antiguos que versaban sobre cuestiones naturales. Pero las puertas del armario estaban abiertas. Y los estantes, vacíos.

No tuve tiempo de extrañarme ya que oí la clara voz de Ylva llamarme para que volviera afuera. Ella señaló con la cabeza a las figuras del patio delante del edificio alargado. Sólo conté dos cabezas más que antes.

—¿Dónde están los novicios? —pregunté a los hombres de la escolta mientras empezaba a temer que mi condición no hubiese sido tomada demasiado

en serio—. ¿Y el resto de los monjes? ¿El abad? ¿Los hermanos seculares?

Los hombres respondieron que tanto el aposento situado en la entrada como las celdas se hallaban vacíos, y que a pesar de un registro minucioso no habían encontrado más que a dos monjes en todo el monasterio; uno en una alcoba dentro de la cocina y otro dentro de una enorme cama en la casa que había junto a la iglesia.

No obstante, a pesar de la oscuridad reconocí al primero por el hábito que le quedaba ceñido sobre la panza. El hermano Merton, cocinero del monasterio, era aún más obeso que cuando lo había visto por última vez hacía medio año. Al otro lo reconocí por su coronilla calva. A pesar de hallarse en mitad de la veintena, Waltheof era el único monje de Creca que no necesitaba afeitarse regularmente la cabeza para mantener su tonsura. Tenía como siempre una expresión hostil en su hocico bocudo, a pesar de estar medio dormido y empezar justo en ese instante a comprender lo que sucedía.

—¿Dónde están los demás? —pregunté al hermano Selwyn, al que Ylva seguía teniendo agarrado.

—En Eoforwic —respondió el escriba temblando por el miedo—. El abad consideró que lo mejor sería partir de aquí con las reliquias cuando llegaron rumores de que había vikingos en la comarca.

—¿Y el hermano Jarvis?

Antes de que Selwyn acertara a contestar me di cuenta del alcance de sus palabras. De repente cobró sentido el armario vacío de libros en la biblioteca. Enseguida corrí a la colina y crucé la puerta de la iglesia, una nave de seis pasos de ancho por diez de largo, con pesadas vigas que apestaban a humedad y antigüedad. En lo alto, a través de las pequeñas ventanas bajo el techo de paja, la luz de la luna caía pálida sobre los gastados tablones del suelo. Oculta debajo de una trampilla tras el altar, una escalera descendía a la oscuridad. A sus pies me topé con una sólida puerta de hierro con cerradura. Las manos me temblaban al introducir y girar la llave.

Dentro de la cripta la oscuridad era absoluta. A tientas avancé sobre estantes y nichos. Cuando Ylva bajó hasta mí con la antorcha, su luz no hizo sino confirmar lo que yo ya sabía.

En el monasterio no quedaba nada de valor.

9

Los hombres de confianza de Ylva cambiaban vacilantes el peso de un pie a otro en el patio iluminado por la luna.

—¿Ningún tesoro? —repetían.

Enseguida su estupefacción se transformaría en decepción. A continuación les invadiría la ira. Y una vez despertada ésta, buscarían a alguien en quien descargarla.

Ylva también lo comprendió. Sus ojos demasiado juntos encontraron los míos con una mirada dura. Su mano acariciaba la empuñadura de la espada. Justo antes de que yo alzara la voz para defenderme, apareció otro candidato.

—No habías contado con ello, ¿verdad, hombre lobo?

La boca del hermano Waltheof me sonreía escarnecedora con sus desastrosos dientes. Sus ojos eran fríos y severos.

—Vaya —dije yo—, ¿por fin me has reconocido?

—Si eres el de siempre, Wulf. Aunque no tengas cuernos en la frente ni patas de chivo, que le habrían ido de maravilla a un diablo como tú.

Ahora ya sabía que Ylva entendía el sajón, pero todavía no podía juzgar acerca de las competencias lingüísticas de la escolta. Mientras yo intentaba averiguar si comprendían las palabras, la mirada del hermano Selwyn se iluminó a su vez con la luz del reconocimiento. El escriba convirtió su rostro en una mueca al tiempo que me señalaba con una mano pálida salpicada de tinta.

—¿Cómo puedes seguir con vida? —preguntó.

No había razón alguna para mentir.

—Para mayor seguridad, los habitantes de Teurintone esperaron a que

hubiera luna nueva para ejecutarme. Mis recientes amigos me salvaron de la horca.

Waltheof miró de refilón a los nórdicos y bufó:

—El Señor hará caer su castigo sobre ti.

—Seguro que no habrá piedad contigo en el día postrero —completó Selwyn.

—En ese caso, pasaremos la eternidad juntos en el purgatorio.

La cólera por la desvergüenza de los dos monjes proclamando su rectitud hizo temblar mi voz. Los tres sabíamos que ellos eran tan culpables al menos como yo.

—El que esté libre de mancha que tire la primera piedra —citó el hermano Waltheof—. Como dice el Redentor.

—De pecado —corrigió Selwyn a su hermano de orden, quien lo ignoraba.

—Has venido guiando a los bárbaros hasta las reliquias del monasterio —prosiguió Waltheof—. Pero como puedes ver aquí no hay nada que llevarse.

El desasosiego reinante entre los hombres de la guardia había llegado a convencerme de que no entendían la conversación. Sí que lo hizo por el contrario el hermano Merton. Los mofletes redondos del cocinero se estremecían por la sorpresa. Miraba confuso del uno al otro.

—¿Es realmente Wulf? —preguntó—. Pero si hace tan sólo catorce días volvisteis los dos contando que había muerto.

—Nuestras esperanzas se han visto decepcionadas —respondió Selwyn con una mueca sombría—. El diablo lo ha resucitado.

—Mala simiente nunca muere —comentó Waltheof—. Como dice el Redentor.

Que yo supiera, el Redentor nunca había dicho tal cosa, pero en esta ocasión Selwyn no le corrigió y ninguno de ellos sintió deseos de profundizar. Eso podría haber suscitado otras preguntas acerca de los sucesos que desembocaron en mi sentencia de muerte, y ellos no querían abordar el tema.

—Si todos los demás se han marchado a Eoforwic, ¿por qué os habéis quedado vosotros tres? —pregunté.

La presencia del cocinero tenía un motivo evidente. El saber que poseía era necesario para la supervivencia de los otros. Ni Selwyn ni Waltheof eran capaces de hacer algo tan provechoso como preparar una comida.

—Nos ofrecimos voluntarios —dijo el hermano Waltheof píamente—, con el fin de cuidar el predio del monasterio que pertenece al Señor.

—¿Es ésa la razón por la que los nórdicos te han encontrado durmiendo en la cama del abad Æthelbert?

El hermano Selwyn miró severamente a su hermano de orden, quien pasó su mano por la calva coronilla y se defendió con gesto agrio.

—Por supuesto pensaba regresar a la habitación de la torre antes del amanecer.

—Abrigas la esperanza quizá —proseguí— de que Æthelbert se quede en Eoforwic, así podrías sustituir al abad de manera permanente, ¿verdad? —Llevé la vista de Waltheof a Selwyn—. ¿Y tú te convertirías en su escribiente?

El monje escriba se negó a considerar mi acusación como digna de comentario. Waltheof fue menos reservado.

—Has dejado de tener influencia aquí, Wulf. Nunca la has tenido. Y Jarvis se halla muy lejos.

—Entonces, ¿está con los demás en Eoforwic?

Waltheof sonrió desdeñosamente por el alivio en mi voz.

—El hermano Jarvis constituye tu menor preocupación. ¿Qué crees que dirán tus nuevos amigos al conocer la verdad acerca de quién eres y qué has hecho?

Miré de reojo a Ylva, que contemplaba a los monjes con renovado interés. El hermano Selwyn recogió el testigo dirigiéndose a la escudera.

—Tú eres quien acaudilla este grupo de salvajes, pero ya que entiendes el sajón déjame advertirte sobre a quién has tomado bajo tu protección, pagana. Piensas que Wulf es un niño inofensivo que puede ayudarte a poner tus manos en los tesoros de la Iglesia. Sin embargo, es un adlátere del diablo. La maldad personificada. Tiene más de lobo que de humano. ¡La sangre del animal corre por sus venas!

Una riada de ira afluyó en mí. Bajo uno de los codos de Ylva la luna refulgía con frialdad sobre el pomo de plata de su puñal. Antes de que me diera tiempo a pensar, había empuñado su mango de hueso. Tres pasos largos me llevaron a quedarme a un brazo de distancia del hermano Selwyn. La hoja del cuchillo se deslizó por su clavícula dejando un rastro de sangre sobre la basta tela del hábito.

Los gritos del monje hicieron que mi enojo se volatilizara al instante.

Vacilante me aparté. Selwyn se llevó una mano a la herida. Con una mueca triunfante miró la palma de su mano ensangrentada.

—Esto te va a costar la vida —dijo—. Ni siquiera los bárbaros son tan estúpidos como para no darse cuenta de tus mentiras.

—Como dice el Redentor —completó Waltheof.

Ylva había desenvainado su espada. Desvió de mí sus ojos juntos para mirar a los monjes. Entonces tomó una decisión. El brazo que sujetaba su espada describió un arco perfecto cuando de un solo tajo rajó la cabeza de Selwyn desde la coronilla a la barbilla. Sangre y masa encefálica me salpicaron el rostro, un fragmento de cráneo entró en mi boca. Escupí y gargajeé.

El cadáver de Selwyn se mantuvo en pie un instante antes de desplomarse como un saco de harina vacío. El hermano Waltheof se quedó atrás, regado de sangre, con la incredulidad pintada en su hocico bocudo.

—Bueno, gente. —Ylva secó la espada en el hábito de Selwyn y se volvió hacia la escolta—. ¿Necesitáis que un niño y una mujer os muestren lo que tenéis que hacer antes de que lo comprendáis vosotros mismos?

El sonido de aquella voz clara espabiló a Waltheof. Con una mirada salvaje en sus ojos saltones se lanzó hacia delante. Pero no atacó a Ylva sino a mí; sus fuertes manos se cerraron alrededor de mi cuello al tiempo que profería un desesperado grito animal. Contra mi espalda notaba las astillas del patio. Waltheof apretaba las manos.

Ylva no tenía ningún motivo para salvarme de la furia desatada del magro monje. Siempre podría matarlo después de que él me hubiera quitado de en medio. Un borde rojo se formaba alrededor de mi campo de visión. Percibía una borrosa agitación cerca de mí. Cuerpos en movimiento y armas centelleando con la luna.

El silencio cayó sobre mí. El peso del cuerpo de Waltheof me hundía. Alguien lo echó hacia un lado y me puso de pie. Yo luchaba por respirar, carraspeaba y tosía. Una mano poderosa se cerró alrededor de mi muñeca sosteniéndola en el aire.

—Rolf Lenguaraz me ha salvado de la brujería de los hombres dañinos —gritó Ylva—. Yo estaba paralizada, sin ser capaz de detener sus conjuros. Si Rolf no hubiera reaccionado, vuestra condesa estaría bajo el poder del Cristo Blanco.

Los hombres bramaban golpeando sus armas contra los escudos. Sólo

después de un instante comprendí que era a mí a quien iba dedicado el júbilo.

Los monjes yacían sobre el patio. El vaho rodeaba los tres cadáveres en la fría noche. En el rostro dividido de Selwyn los ojos bizqueaban cada uno hacia un lado de la formidable herida. El cráneo de Waltheof aparecía deformado bajo la piel tras un contundente golpe con una maza. El hermano Merton miraba fijamente las estrellas con la lengua colgando de la boca como si fuera un miembro ajeno. Su corpachón estaba perforado de innumerables pinchazos de espada.

El cadáver del cocinero era el único que yo contemplaba con pesar. Merton había sido una buena persona. Su único error fue hallarse en el sitio equivocado en el momento inoportuno en compañía de los hombres inadecuados.

—Aquí ya no tenemos nada que hacer, gente —dijo Ylva—. Regresamos al campamento.

Vademos la hierba hasta la pequeña floresta donde habíamos dejado los caballos. Los hombres de la escolta de Ylva no estaban tan desanimados tras el robo fallido como se pudiera pensar. La escudera había roto sus esclavas de plata, repartiendo los fragmentos entre ellos al tiempo que les agradecía su esfuerzo. Ahora no portaba adorno alguno, pero sus guerreros estaban satisfechos.

—Habría sido interesante oír —me dijo— lo que hay detrás del odio de los monjes y por qué te llamaban hombre lobo.

Por un instante temí que me fuera a interrogar más a fondo, sin embargo su mirada buscaba más allá de donde yo estaba, subía en dirección a los edificios de la colina, al fuego que se extendía. Antes de abandonar el monasterio, ella había arrojado las antorchas sobre los techados de paja, que prendieron de inmediato.

—¿Por qué me has defendido? —croé agarrándome la garganta dolorida.

—Tu historia es asunto tuyo —respondió—. Un hombre debe ser juzgado por sus obras, no por su pasado, además, entre nosotros la sangre de lobo no es cosa nimia. Si realmente estás emparentado con Fenris, puedes llegar muy lejos. Por otra parte, tu utilidad sigue vigente. Los tesoros de San Cuthbert todavía pueden ser míos.

Si Ylva aún tenía esperanzas de hacerse con las reliquias del monasterio, eso

sólo podía significar una cosa.

—Habéis venido hasta aquí para tomar y saquear Eoforwic.

La ciudad del rey estaba bien vigilada y protegida por altos muros. Era cuestionable que las fuerzas conjuntas de los nórdicos se hallaran a la altura de tal empresa.

—Si logras entrar en la ciudad —proseguí—, me necesitarás para rastrear los tesoros de San Cuthbert. Por eso me has salvado la vida.

—No exclusivamente —respondió Ylva encogiendo sus anchos hombros—. El monje era más adecuado para darle un tajo.

10

Bien entrada la mañana regresamos al campamento fortificado en el páramo. Por la noche, durante todo el camino me habían acosado pensamientos acerca de mi corresponsabilidad en los sucesos del monasterio, pero mis escrúpulos fueron barridos de forma brutal cuando nos acercamos al portón del parapeto. De pie, ancho y poderoso, Bjørn Costado de Hierro obstaculizaba la entrada con los brazos cruzados.

—¿Dónde has estado, Ylva? —retumbó su voz dirigida a nosotros—. ¿Qué te ha hecho creer que podías llevar contigo a mi siervo?

Con el sol de la mañana en el rostro, Ylva se inclinó en la silla hacia delante y miró abajo al gigante de la barba gris. La tensión entre ambos era material e impostergable. Junto al portón los hombres se agrupaban para presenciar la escena.

—¿Te preocupas por el sajón? —preguntó la escudera.

—Me preocupa más tu informalidad —respondió Bjørn Costado de Hierro con voz apagada—. No has pedido permiso para llevarte mi siervo a un saqueo.

—¿Llamas a esto saqueo, cuando volvemos a casa con las manos vacías?

—No, lo llamo fraude, porque tus escoltas y tú habéis jurado, como todos nosotros, que sólo atacaríais los objetivos que os señalara Sigurd Ojo de Serpiente.

Bjørn Costado de Hierro no estaba enojado ni alterado. Su conducta era fría y calculada. Había esperado este momento y ahora aguardaba los próximos acontecimientos muy calmado.

—¿Ya no somos libres? —Ylva no se dirigía a Costado de Hierro, sino a los

hombres detrás de él—. ¿Ya no tenemos derecho a actuar como nos parezca mejor? El sajón nos acompañó en esta expedición por propia voluntad, y resulta que Bjørn Costado de Hierro se lo toma muy a mal.

—Rolf no ha hecho juramento alguno. Tú sí, Ylva. Sin embargo, robas en un monasterio del que se te había dicho que te mantuvieras apartada. En lo que respecta al inexistente botín, el fracaso recae sobre el jefe de la expedición. De modo que, además de perjura, eres inepta.

La escudera crispó los puños en las riendas del caballo. Los quince hombres de su escolta formaron un semicírculo detrás de ella. A primera vista parecía que era para respaldarla. En realidad, se alejaron físicamente de su condesa hasta que se saldara el ya inevitable ajuste de cuentas.

—Sabes —bufó Ylva— que no puedo dejar que esa ofensa pese sobre mí.

—Eso no es lo deseable para tu honor —respondió Bjørn Costado de Hierro—, y si tú quieres, puedes defenderlo de inmediato.

Ylva saltó del caballo, sacó la espada y alzó el escudo. Yo iba a gritarle que se tragara sus palabras y dirimiera la contienda, pero su mirada me dijo que era demasiado tarde.

Dos hombres llegaron arrastrando un enorme cuero de buey manchado de sangre antigua. Lo desplegaron sobre la tierra y clavaron estacas en medio de las argollas de hierro de sus bordes. Los dos combatientes se pusieron encima de la piel y comenzaron a girar el uno en torno al otro con las armas desenvainadas. La mujer de anchas espaldas rebotaba sobre sus rodillas bailando ágilmente. Detrás de su escudo, el gigante de la barba gris daba pesados pisotones.

Nadie se sorprendió de que Ylva atacara primero. Impulsada por la ira blandió su espada alcanzando el borde del escudo de su oponente con un trallazo. Enseguida Bjørn Costado de Hierro le cortó con el hacha haciéndole una herida en la espinilla izquierda.

Ylva hizo una mueca de dolor. Se tambaleó un instante, pero logró mantenerse en pie.

—He ganado la primera sangre —bramó Bjørn Costado de Hierro—, y ahora te doy la posibilidad de retirarte de la contienda.

—Me retiraré —gritó Ylva, y esperó un instante por mor del efectismo— cuando tú yazcas sobre la hierba, ni un momento antes.

Con estas palabras se lanzó a un nuevo ataque.

Una cuarta parte del escudo redondo de Bjørn Costado de Hierro atravesó en un remolino el aire matinal. Su hacha volvió a fulgurar, pero en esta ocasión Ylva estaba prevenida y le dio tiempo a saltar hacia un lado. En el momento en que la corpulenta figura se precipitaba al lado de la escudera, ella le golpeó con la punta del mango de la espada —que en sí misma era un arma— en la columna vertebral. El gigante de la barba gris se encogió de dolor, aunque no emitió sonido alguno. Permaneció dentro de la piel de buey, se irguió y atacó de nuevo.

El afán de la multitud me fue empujando cada vez más y más atrás, hasta que el anillo de espectadores me expulsó. Detrás de ellos se encontraba Sigurd Ojo de Serpiente. La expresión de su rostro viril de barba negra con la cicatriz blanca en la frente era tensa y expectante.

—Tú eres el jefe del ejército —dije—. ¿No vas a detener el combate?

—Ninguno de ellos me dará las gracias si lo hago —respondió.

—¿Y qué pasa si Ylva hiere o mata a tu hermano?

—Desde luego sería la primera vez que alguien lo lograra, y entonces merecería la pena verlo. Pero, en caso de que Bjørn caiga, Ylva se librará de una acusación ulterior. Es justo siempre que ocurra durante un duelo honesto, y ya es hora de que se zanje la cuestión entre los dos.

Bjørn Costado de Hierro tenía ganas de habérselas con la escudera, y para dicho propósito se había servido de mí y mi charla sobre el monasterio de San Cuthbert.

—Le tendisteis una trampa —objeté—. ¿A eso lo llamas justo?

—Podría haber tenido una mayor estima de sí misma como para caer en ella. Ahora ha roto su juramento y debe ser eliminada. Ylva es familia, pero no puede haber discordia entre los hombres de nuestro ejército. Su suerte enseñará al resto a cumplir su palabra.

Lo más probable es que Sigurd Ojo de Serpiente únicamente estuviera repitiendo los mismos argumentos que Bjørn Costado de Hierro había usado a la hora de explicarle la intriga a su lento hermanastro. Dudaba de que éste hubiera reflexionado sobre el asunto.

—¿Qué hará la escolta de Ylva si la matan?

—Jurar fidelidad al homicida.

Entendí que Bjørn Costado de Hierro deseara tener bajo su mando a los ciento veinte noruegos de la escudera. Esta constatación llevaba aparejada otra.

—Nunca habéis necesitado un guía —exclamé.

Sigurd Ojo de Serpiente no respondió. Observaba el combate.

—Así que ahora —proseguí— tampoco me necesitáis.

—Has demostrado que eres útil —dijo y estiró el cuello—. En cualquier momento puedes volver a serlo.

Mientras hablábamos, el sonido de las armas de Ylva y Bjørn Costado de Hierro al restallar contra los escudos era acompañado por el de los espectadores jaleando a intervalos irregulares. Al fin los dos, dignos combatientes, se quedaron quietos, sudando, cada uno en su extremo de la piel de buey. El pie izquierdo de Ylva estaba embadurnado de sangre, su pernera empapada y debajo el cuero se teñía de oscuro.

—¿Has tenido suficiente, viejo? —preguntó ella.

—He visto... bastantes... más combates... de los que tú jamás... llegarás a ver —dijo Bjørn Costado de Hierro a trompicones por falta de resuello—. Pero retírate tú de la contienda... si no eres capaz de aguantar.

—Te vas a arrepentir de tus palabras.

En ese instante, Hastein, que se había procurado un lugar en lo alto del terraplén de tierra para ver el espectáculo, voceó señalando hacia el sur. Desde la linde del bosque, a una milla de camino, un ejército avanzaba lentamente por las lomas del páramo. Cascos y espadas lanzaban destellos a la luz del sol naciente. Delante de la multitud de color gris metálico que marchaba a pie, cabalgaba una fuerza de noventa jinetes en dirección a la fortaleza circular.

—Los sajones han llegado por fin —gritó Hastein—. Deben de ser al menos mil.

La aparición largamente esperada del ejército sajón llevó a los nórdicos a una frenética actividad. Todos se apresuraron en busca de sus armas. Las diferencias de Ylva y Bjørn fueron zanjadas de forma provisional. Puesto que ambos ya llevaban puestos sus pertrechos guerreros, se quedaron al aire libre observando el avance del enemigo.

—Has salido bien parado —dijo Ylva.

—Ya veremos quién sale mejor parado al final —respondió él.

La escudera fue cojeando hasta donde le esperaba su escolta y se impulsó sobre la silla. En compacto grupo, los dieciséis jinetes cabalaron colina abajo, hacia el enemigo, para retrasar su avance.

Me quedé a solas en el brezal con Bjørn Costado de Hierro.

—Es ésa la causa del juramento que habéis impuesto a vuestros hombres — dije yo a sus enormes espaldas mientras señalaba a los sajones.

—¿Por qué lo crees, siervo? —bramó Costado de Hierro sin que pareciera tener demasiado interés en la respuesta.

De todos modos la tuvo.

—Vuestro ejército está compuesto por gentes de todos los lugares de vuestro reino. Cada grupo tiene sus propios señores, cuyas órdenes siguen, igual que los noruegos de Ylva la obedecen a ella. Todos juraron que atacarían sólo a gentes humildes y aldeas en donde no hubiera nada que llevarse, así no tendrían la tentación de volverse a casa con sus bienes. De este modo podíais mantenerlos unidos hasta que los sajones reclutasen un ejército, y ahora habéis atraído al enemigo para que ataque en un terreno elegido por vosotros.

—Ya decía Hastein que eras despierto. —El rostro con barba gris de Bjørn no traslucía emoción alguna—. Parece que no ha exagerado. De todas formas, sólo has captado la mitad.

Sigurd Ojo de Serpiente pasó a la cabeza de un grupo de guerreros fuertemente armados. El rostro viril aparecía reconcentrado, la trenza negra le golpeaba la espalda al ritmo de su paso ligero. El campo de batalla era su elemento. En la contienda resultaba todo menos lento. También Hastein pasó por delante a la carrera.

—¿Nos acompañas, Rolf Lenguaraz? —gritó al pasar.

—Tú te quedas aquí, siervo —vociferó Bjørn—. Si regreso y no te encuentro, no estarás a salvo en ningún sitio.

Aún servía a los hijos de Lodbrog para algún propósito. Por el momento, ése era el mejor seguro de vida que podía tener. Desde la cima del terraplén observé cómo los dos ejércitos se aproximaban entre sí en una formación de muro de escudos. Los nórdicos se hallaban claramente en minoría. Su única ventaja residía en el hecho de que atacaban de arriba abajo desde la colina. Por otro lado, habían dejado un grupo de hombres en el campamento que tensaban arcos, afilaban puntas de flecha y daban la impresión de seguir un plan trazado escrupulosamente.

A media milla de allí se encontraron ambos ejércitos alzando los escudos. Cuando ya había muy poca distancia entre las filas, los guerreros se quedaron

quietos. Las ofensas rasgaban el aire. Muchos tenían necesidad de vociferar para darse ánimos. Al fin un poderoso bramido se elevó hacia el cielo. Los muros de escudos chocaron con un estrépito que llegó hasta mí un instante más tarde.

Sé por experiencia que hallarse frente al enemigo en un muro de escudos es algo terrible y sangriento; sin embargo, desde la relativa seguridad del terraplén, las fatigas de ambos ejércitos resultaban pura fruslería y cómica liviandad en medio de la grandeza del paisaje que se extendía alrededor. Un grupo de cabras silvestres pastaban pacíficamente por el brezal. En las hondonadas que se abrían entre las colinas del páramo, los pájaros cantaban en las copas verde claro de los árboles.

Dada su enorme cantidad de guerreros, los sajones intentaban sortear los escudos de los nórdicos para atacar sus flancos. Ylva y sus jinetes los obligaron a retroceder escapando de lanzas y flechas con enorme destreza. La escudera galopó sola para situarse detrás del ejército sajón, produjo claros en sus filas, antes de atraer hacia sí y llevarse lejos toda su caballería.

En medio del muro de escudos se veían los colores rojo y amarillo de Sigurd Ojo de Serpiente junto a la enorme figura gris de Bjørn Costado de Hierro. Los dos luchaban duramente y muchos caían bajo sus armas. La plata en el antebrazo de Sigurd brillaba cada vez que él blandía la espada, y los sajones, a pesar de su superioridad numérica, comenzaban a retroceder.

Sin previo aviso, dos sopladores del campamento alzaron las cuernas detrás de mí para enviar una atronadora señal por encima del páramo. Los arqueros me hicieron compañía sobre el terraplén. Prácticamente de inmediato, las fuerzas de los nórdicos empezaron a replegarse. Enseguida se deshizo por completo el muro de escudos. Los guerreros volvían a casa a la carrera, perseguidos con dureza por el enemigo, que bramaba de entusiasmo por el triunfo. Pero cuando los sajones estuvieron a tiro, cayó sobre ellos una lluvia de flechas, y se replegaron con sus heridos. Se mantuvieron a distancia hasta que el portón de la fortaleza se cerró detrás del último hombre.

Los nórdicos se repartieron rápidamente a lo largo de la parte superior del terraplén circular. Comprendí por su despreocupada jovialidad que había sido una derrota planeada. A eso se refería Bjørn Costado de Hierro cuando dijo que yo sólo había captado la mitad. Su táctica no estaba destinada a un combate abierto, sino a la defensa de la fortaleza. Yo no entendía el propósito de esa

peligrosa maniobra, como tampoco lograba comprender por qué los dos sopladores de cuerna continuaban con sus balidos plañideros, como si estuvieran avisando a alguien de fuera.

11

La fortaleza circular estaba sitiada. Bajo el sólido techo de mi prisión disfrutaba yo de cierta seguridad cuando las flechas de los sajones llovían sobre las tiendas, mientras todos los demás debían buscar protección bajo los escudos. Había muchos heridos. Las provisiones se agotaban. Aun así, los nórdicos estaban de muy buen humor. Entre uno y otro ataque se emborrachaban y devoraban comida como si los víveres del campamento fueran inagotables.

El ímpetu de los asediadores menguó enseguida. Los sajones se conformaron con el hecho de que la victoria se produciría antes o después, en cuanto nos faltaran la comida y la bebida. Podía suceder en cualquier momento.

Todas las noches junto a las hogueras se contaban historias de batallas o saqueos memorables, que resultaban tremendamente ilustrativas para alguien como yo que intentaba comprender la despreocupación de los nórdicos. Pero ninguna lo fue tanto como la que relató Sigurd Ojo de Serpiente tardíamente, después de muchas peticiones, en la quinta noche de asedio. La hoguera alrededor de la cual se habían reunido los hombres se hallaba cercana a mi prisión, y yo seguía la charla a través del hueco que formaba el nudo.

—Ragnar Calzas Peludas era conde de alto rango bajo el breve reinado de Harald Klaks —comenzó Sigurd—, y por eso el rey lo envió fuera para que subyugara a los insurgentes de Escania, en el este del reino.

Un grupo a la derecha del conde de la barba negra gritó y abucheó. El viril y apuesto conductor del ejército se puso en jarras fingiendo sorpresa. No era precisamente un gran actor.

—Vaya, ¿hay por aquí alguien de Escania? —dijo en voz alta mientras

huesos roídos y otros restos de comida volaban junto a él—. Seguro que entonces debería saltarme la descripción que hizo papá de los insurgentes, pues no quisiera ofender a nadie injustamente.

Sigurd Ojo de Serpiente llevaba el brazo del escudo cubierto de metales preciosos. El brillo de la hoguera producía reflejos en el aro con las dos serpientes enlazadas que portaba el brazo de la espada. El alfiler de oro junto al cuello estaba recién pulido, y su jarra de plata tenía abalorios de vidrio incrustados a lo largo del borde. El conde de barba negra fulguraba como el agua con la luz del sol. Su porte distinguido contribuía claramente a mantener alta la moral de la tropa, y él no hacía nada por ocultarlo. Tras los afables preliminares se concentró en su relato.

—Ragnar ponía gran empeño en tratar a todos de un modo justo, y por ello intentó primero convencer a los de Escania para que rectificaran su conducta. Pero ellos persistieron en su obstinación. Se mofaban y emporcaban a sus enviados, así que al final no tuvo más elección que reducir a los rebeldes en contienda. Como para esa cuestión no quería pedir ayuda al rey, se dirigió a Ladgerd, quien le envió cien barcos sólo de hombres.

—Si uno se lo cree —silbó una voz clara muy cerca de mí.

Ylva se había sentado contra el poste de la puerta del cobertizo que hacía de prisión. Calló mientras Sigurd continuaba hablando de la buena voluntad de Ladgerd, debida a que aún amaba a Ragnar por su gran rectitud, aunque él ya estuviera casado con Thora, la hija del rey sueco, y ella misma se hubiera unido en matrimonio a un conde noruego.

—El conde noruego se contaba entre los amigos de Ragnar Calzas Peludas —prosiguió Ylva—. Fue él quien vino en su ayuda y no mi abuela.

Yo intentaba comprender en vano lo que pretendía la escudera dirigiéndose a mí. Mi aislamiento en el cobertizo había sido total desde el ataque sajón. Incluso el siervo que una vez al día me traía un cuenco de gachas templadas y una taza de agua tenía orden de no entablar conversación conmigo.

—Papá reunió a sus hombres —siguió relatando Sigurd Ojo de Serpiente junto al fuego— y, después de un prudencial aviso, que hizo que los de Escania tuvieran tiempo de agruparse, sostuvo una tremenda batalla contra ellos en una planicie llamada Uldager. Mi hermano mayor, Ivar Sin Piernas, sólo tenía diez años, pero es justo decir que poseía, en su cuerpo de niño, la fuerza de un

hombre adulto. Blandía su espada de un lado a otro, abatiendo a todos los que se atrevían con él, con tal energía que formó un anillo de caídos. En cuanto a mí, mi padre me ordenó esperar junto a los barcos, cosa que me pareció totalmente absurda, a pesar de contar únicamente con siete años de edad.

Me quedé sorprendido de que entre los nórdicos fuera algo normal llevarse los niños a la guerra.

—Ladgerd se dio cuenta —interrumpió mis reflexiones el susurro de Ylva a través de la puerta— de que Ragnar iba a perder contra los de Escania y que la necedad de los hombres podía costarle a ella la vida. Comandó un grupo de noruegos que se situaron detrás del muro de escudos de los insurgentes y, justo en el instante en que el enemigo iba a traspasar la línea de los nórdicos, ella los derribó por la espalda. Aquéllos persiguieron a su pequeña tropa hasta una pradera cercana, donde el terreno formaba un parapeto circular natural. Permitted que la cercaran allí, lugar desde donde ella y sus hombres se defendieron tan bien y durante tanto tiempo que Ragnar Calzas Peludas pudo reunir a sus fuerzas e iniciar un nuevo ataque.

—De modo que mientras los de Escania sitiaban a Ladgerd —dije yo empezando a ver el paralelismo con la situación actual—, ¿Ragnar Calzas Peludas los atacó desde atrás y los de Escania acabaron situados sobre un anillo en cuyo interior se hallaban los noruegos de Ladgerd y el ejército de Ragnar en el exterior?

—Exacto —respondió Ylva—, y por supuesto no pasó mucho tiempo antes de que se vieran obligados a rendirse. Pero sin el ardid de Ladgerd no habría habido victoria alguna en Uldager. Únicamente derrota y la muerte de Ragnar Calzas Peludas.

Sigurd Ojo de Serpiente ofreció una versión de la batalla algo distinta. Mientras él narraba todos los pormenores relativos al valor de su famoso padre, que había enderezado la situación, Ylva continuó:

—Durante el festín que celebraba el triunfo, el marido de Ladgerd, que era un necio, explotó de ira pues se sentía ultrajado porque su mujer lo había salvado. Cuando empezó a golpearla en presencia de los asistentes al festejo, Ladgerd se hartó de él y le atravesó la garganta con la espada. Sobre su cadáver proclamó que ella, como homicida del antiguo conde, tomaba el condado bajo su mando. Tal y como es costumbre en Noruega. Eso no le agradó a Ragnar Calzas

Peludas. Pero su amigo había sido un cicatero ambicioso, y la abuela pagaba generosamente a los noruegos para que apoyaran su pretensión. Ragnar volvió la situación a su favor diciendo que se sentía muy halagado de que Ladgerd lo siguiera amando hasta el punto de que no pudiera soportar vivir con otro hombre. La abuela se quedó con su condado, defendiéndolo mejor y de manera más sabia que ningún hombre podría haberlo hecho.

—¿No deberías estar cuidándote la espinilla, Ylva, en lugar de sentarte aquí a endilgar historias? —la interrumpió un grave ronroneo.

En el lado opuesto de la puerta del cobertizo, Bjørn Costado de Hierro surgió de la oscuridad.

—Escucho a Sigurd Ojo de Serpiente —respondió Ylva—. Narra de modo tan cautivador acerca de mi famoso abuelo...

—Ahora que dices cautivador, creo que ya has estado tiempo más que suficiente sentada delante del habitáculo del siervo.

La voz de Costado de Hierro era gangosa y lenta. Estaba muy borracho y con ganas de volver a sembrar discordia. Sabiamente, Ylva se puso en pie y desapareció cojeando en la oscuridad.

Durante largo rato no se oyó otra cosa que la voz de Sigurd Ojo de Serpiente y los hombres junto a la hoguera. Creía que Bjørn Costado de Hierro también había seguido su camino, así que, cuando de repente volvió a decir algo, di un respingo involuntario en mi oscuridad particular. Tan sólo nos separaba el trocito de madera de la puerta.

—Sabes bien lo que va buscando Ylva, envenenar tu disposición para con nosotros, los hijos de Calzas Peludas. ¿Eh? ¿Qué dices tú, siervo?

Debía de ser la cerveza de alta graduación la que hablaba por boca del gigante de la barba gris, pues normalmente no le preocupaba la opinión de los demás. En su embriaguez, sin embargo, parecía sinceramente dolido por que yo hubiera prestado oídos a Ylva. A diferencia de ella, yo no podía retirarme. Había buenos motivos para ser prudente.

—Como tú mismo dices, no soy más que un siervo —objeté yo—. Lo que yo piense no tiene importancia alguna.

—¡Bobadas! Si llego a dudar de tu lealtad, no vivirás más.

Comenzó a zarandear la puerta y hurgar en el pestillo. Me costaba imaginar qué papel desempeñaba mi lealtad, pero no era cuestión de desoír la amenaza.

—No tengo inconveniente en escuchar las dos caras de una historia —me apresuré a decir—. Puede ser útil cuando uno quiere entender a fondo lo que sucede y por qué la gente hace lo que hace.

El ronroneo del gigante de la barba gris se hallaba mejor articulado que muchas palabras. Me dijo que aceptaba mi respuesta. Como para confirmarlo, soltó la puerta y dejó que volviera a reinar el silencio. Juntos escuchamos el final de la historia de Sigurd Ojo de Serpiente.

—Furiosos, un grupo de los de Escania atacó pérfidamente los barcos de papá. Los guardianes se largaron igual que alfeñiques, así que me encontré completamente solo en la defensa de la flota contra fuerzas muy superiores. Recibí una herida grave en el ojo y fui trasladado a una granja cercana donde me cuidó una curandera. Papá se enfureció por la cobardía de los de Escania pero no podía hacer nada para ayudarme. Entonces vino un hombre a mi lecho y prometió que me curaría si yo le consagraba todos los enemigos que con el tiempo abatiera en combate. Dijo que su nombre era Roster, pero cuando papá vio que era tuerto, comprendió que debía de ser Odín disfrazado. Como siempre, el rey de los dioses iba buscando guerreros en defensa del Valhalla.

—Quizá eso sea ir demasiado lejos —dijo gangoso Bjørn Costado de Hierro, y se rio—. El hombre que salvó a Sigurd era un guerrero llamado Boddi, que tenía un talento especial para curar heridas.

—¿Por qué afirma entonces tu hermanastro que se trataba de Odín?

—Conoce la historia por papá, que siempre ansiaba unir su propia reputación con el rey de los dioses. Ese viejo bastardo...

La última apreciación me extrañó más que la verdad paralela. Hacía mucho tiempo que había aprendido que los relatos de los nórdicos no necesariamente habían de tenerse por auténticos, pero en la voz de Bjørn Costado de Hierro se traslucía el desprecio, y percibí con nitidez que él no alimentaba sentimientos afectuosos por su famoso padre.

Entretanto, junto a la hoguera, Sigurd Ojo de Serpiente finalizaba su relato:

—A mi padre le pareció que los cuerpos de los enemigos que yo abatiera en el futuro eran un precio razonable por mi vida. El tuerto puso una mano sobre mi herida y al cabo de pocos días me repuse por completo.

—¿*Enteramente* por completo? —preguntó un chistoso de Escania que había entre los oyentes. Sus compañeros sonrieron con complicidad.

—Sobre mi frente tengo la cicatriz como recuerdo —especificó el conde de la barba negra—, y mi ojo izquierdo lleva la marca que todos conocéis, por eso me apodaron Ojo de Serpiente.

—No es raro que después de algo así se produzca un retardo en la comprensión —insistió el de Escania—. Pero ¿es posible que tú nunca lo hayas notado?

Ahora las risas por su ingenio aparecieron de forma manifiesta.

—Te voy a contar lo que yo he notado.

Sigurd Ojo de Serpiente se levantó de inmediato, avanzó dos pasos y con su bota herrada dio una patada en el rostro del burlón. El sonido fue a un tiempo duro y blando, como un trozo de madera que se hubiera tronchado bajo un trapo húmedo.

—Después de lo de Uldager me resulta enormemente difícil no hundirle los dientes a la gente que se comporta de forma injusta y se mofa de los demás. *Ésa* es la peculiaridad que jamás he perdido y es lo único que me viene a la mente.

El de Escania, que había sido lanzado varios pasos hacia atrás, yacía quieto sobre la hierba pisoteada. Gozaba de un buen espacio alrededor de su cuerpo inconsciente. Nadie se reía ya.

—Papá acordó una paz con los de Escania que ambas partes encontraron razonable —continuó Sigurd Ojo de Serpiente—, y por eso esta noche hay aquí un grupo de ellos para luchar contra nuestro enemigo común. Esperemos que no nos den motivos para arrepentirnos, pues me cuesta mucho no vengarme de este agravio.

Los clamores entusiastas de daneses y noruegos sepultaban prácticamente las aseveraciones de lealtad eterna por parte de los de Escania. Todos se interrumpieron con el aviso lastimero de una cuerna que ondeaba a través de la noche.

En el revuelo que siguió a la señal se fundieron las voces particulares con el sonido de pies que corrían. No conseguía adivinar qué estaba sucediendo. Después de un rato, descorrieron el pestillo y Bjørn Costado de Hierro se inclinó sobre mí. Un fuerte olor a cerveza fermentada se mezcló en el cobertizo con la peste de mis propias heces.

—Ahora verás a qué estábamos esperando —ronroneó el gigante de la barba gris mientras tiraba de mí hacia fuera, donde un cielo cubierto comenzaba a

clarear por el este.

Todos corrían hacia los límites de la fortaleza circular. Nosotros nos unimos a ellos.

El ejército sajón estaba bien atrincherado tras la valla de puntiagudos tallos y espinos que habían levantado presurosos y que nos rodeó durante cinco días. Sin embargo, la parte trasera de su campamento se hallaba abierta al paisaje circundante, pues no contaban con que alguien les fuera a atacar por la espalda. No por ello dejó de suceder eso precisamente.

Nunca había visto tantísimos hombres reunidos en un mismo lugar, ni siquiera me imaginaba que el mundo pudiera albergarlos. Riadas de color marrón rojizo de guerreros a pie afluían por las colinas del páramo. Banderas con cuervos, caballos y el signo del sol ondeaban en lo alto sobre los brezos, y parecía como si los portaestandartes pretendieran rasgar la capa de cielo nuboso.

El ejército recién llegado contaba con dos mil quinientos hombres. Al abrigo de la oscuridad, los jinetes habían formado un anillo alrededor de los sajones, exactamente igual a como en Uldager lo hicieron, según Ylva, Ladgerd y sus normandos. Posiblemente, la estrategia de los hijos de Lodbrog se había inspirado en la leyenda, aunque seguro que ellos lo negarían. El anillo de los nórdicos en torno a nuestros asediadores se hacía más grueso según iba llegando la multitud a pie. Ahora eran los sajones los que se enfrentaban a una fuerza abrumadoramente superior. Los nórdicos recién llegados golpeaban intimidatorios las armas contra los escudos, mientras un guerrero alto de barba roja cabalgaba con parsimonia frente a los guerreros de la primera fila, sobre un semental blanco de largas crines y cascos peludos.

—Al fin ha venido —dijo Hastein poniéndose en jarras.

—¿Quién? —pregunté.

—Mi hermano Ivar Sin Piernas —dijo la voz gangosa de Bjørn Costado de Hierro, la cual denotaba que estaba conteniendo la alegría del reencuentro.

Junto con los cercados dentro de la fortaleza circular, el ejército de Ivar Sin Piernas podía fácilmente haber aplastado antes del mediodía a los más de mil hombres con que contaban los sajones. Sin embargo, estaba claro que no era ésa su intención. Desde el terraplén observábamos, durante las primeras horas grises de la mañana, cómo los mensajeros cruzaban los ejércitos de un lado a otro proponiendo una tregua y las condiciones para una negociación. Finalmente, los

sajones levantaron el campamento y, turbados, se retiraron encauzados en un estrecho corredor de escudos, para volver a la linde del bosque por donde habían venido nueve días atrás. Sólo una vez que hubieron desaparecido ya entrada la mañana, Ivar Sin Piernas y otros dos jinetes se separaron del gentío que constituía el ejército nórdico para acercarse a la fortaleza.

—Ese de ahí —dijo Hastein mientras señalaba a un hombre con saya de color claro que cabalgaba a la derecha del conde de la barba roja— es Halfdan.

—Camisa Blanca —recordé yo de nuestra conversación nocturna en la tienda, y me vino a la mente la causa del apodo del más joven de los hijos de Lodbrog: que se bañaba todos los días y se mudaba de saya casi con la misma frecuencia—. ¿Quién es entonces el otro hombre?

—Decir hombre es demasiado —ronroneó Bjørn Costado de Hierro mientras se bamboleaba— para referirse a nuestro hermanastro Ubbe.

—Ubbe es quien rasura el mentón de Camisa Blanca cada mañana y lava su ropa —se extendió Hastein—. Halfdan suele decir que no dejaría sin más que alguien se acercase tanto a su cuello a no ser un hermano.

—¿No erais sólo *cuatro* hermanos? —pregunté mientras contemplaba a Ubbe, el quinto hijo de Lodbrog, que, achaparrado y con la cabeza redonda, no se parecía demasiado a sus hermanos.

—Ubbe no cuenta para nada —sentó Bjørn Costado de Hierro—. Nuestro padre lo engendró con una sierva frisia y no con la hija de un rey como la madre de Ivar Sin Piernas, Sigurd Ojo de Serpiente y Halfdan Camisa Blanca.

—Thora, la hija del rey sueco —volví a recordar—. No Ladgerd.

—¡Ninguna de ellas! —Hastein sonreía y se apartaba el flequillo rubio—. Ladgerd es la madre de Bjørn Costado de Hierro y la abuela de Ylva, como ya sabes. Thora, la de los dragones, murió joven sin haber tenido hijos. En todo caso, ninguno que viva aún. Ivar Sin Piernas, Sigurd Ojo de Serpiente y Halfdan Camisa Blanca nacieron de otra hija de rey que Ragnar no conoció sino *después* de la muerte de Thora. Se llama Aslaug y vive todavía, gozando de buena salud.

Yo observaba aturdido la sonrisa de sus estrechos labios. Se rio de mi confusión.

—Ragnar Calzas Peludas tomaba toda mujer que estuviera a su alcance, hay muchas más historias acerca de ello que merece la pena contar. Espera y verás, Ralf Lenguaraz.

Con la leve mano de Hastein sobre un hombro y la pesada manaza de Bjørn Costado de Hierro sobre el otro, miré cómo Ivar Sin Piernas avanzaba a caballo. En su rostro de barba roja resplandecía una amplia y franca sonrisa. Por el júbilo de los hombres y la manera de conducirse de Sigurd Ojo de Serpiente cuando abandonó la fortaleza circular para dar la bienvenida a su hermano mayor, comprendí que Ivar Sin Piernas debía de ser el verdadero líder del ejército. No sólo porque se conducía con gran dignidad, sino porque en su mirada aguamarina llameaba una aguda inteligencia que pronto iba a conocer a fondo. Cuando los dos condes se encontraron, Sigurd Ojo de Serpiente le tendió su espada con el mango al frente.

—Ya era hora de que llegarais —dijo—. Os hemos esperado mucho más tiempo del que habíamos acordado.

—Lo lamento —respondió Ivar mientras le devolvía la espada en señal de buena voluntad—. Sufrimos un retraso por el camino.

—Pero ¿los sajones y tú habéis llegado a un consenso?

—Algo así —respondió Ivar—. Nos volveremos a encontrar aquí pasado mañana. En ese momento, los sajones nos entregarán a papá.

—¿Papá? —repitió Sigurd Ojo de Serpiente titubeando—. ¿Quieres decir su cadáver?

Ivar Sin Piernas hizo una mueca de fastidio como si hubiera hablado de más, pero se apresuró a sonreír.

—*En caso* de que realmente esté muerto —dijo sin comentarios adicionales sobre el asunto. En lugar de ello se volvió sobre su silla, alzó la voz en un grito jovial y se dirigió a los reunidos en el terraplén.

—¡Y entonces todos nosotros vengaremos a Ragnar Lodbrog! ¿O qué decís?

La multitud de guerreros reunidos bramaron golpeando espadas y hachas contra los escudos en un saludo atronador.

OTOÑO DE 861

El bosque es mi hogar. Por eso el día en que me ataca supone para mí una conmoción.

Hasta donde puedo recordar, mi verdadera casa ha estado bajo las copas de los árboles. Sólo rara vez me hallo en la choza del claro donde he crecido y habitamos mamá y yo. Obedezco contento y de buen grado cuando ella recibe visita y me pide que corra al bosque, ya sea el visitante ese hombre que le paga con regalos por compartir cama un par de horas, o una de las mujeres de la aldea que solicita su ayuda para curar una enfermedad. Los habitantes de Teurintone no me interesan en lo más mínimo. Los evito. Ni siquiera hablo la misma lengua que ellos.

Por el contrario, conozco bien el lenguaje de los animales. Su manera de comunicarse es más fácil de seguir que el complejo trato de los seres humanos, repleto de consideraciones implícitas, reglas no enunciadas y propósitos ocultos. Los lobeznos, con los que echo carreras por el bosque, son mis compañeros de juego. Durante muchos años he acompañado a la manada y conozco a todos sus miembros.

Un día intenté mamar de una enorme loba que había bautizado como Hrow por el sonido que hace cuando está en plan cariñoso. Su fuerte olor a tierra y almizcle casi adormeció mis sentidos mientras yo buscaba el pezón con la punta de la nariz. Cuando encontré el pequeño bulto y comencé a succionar la leche ligeramente amarga, Hrow gruñó al percibir la inusitada dentadura. Al final me mordió. La herida carecía de profundidad, comprendí que la intención no había sido hacerme daño.

A sus ojos, estaba lejos de ser un cachorro, pues yo era casi tan mayor como ella.

El día en que el bosque me ataca y mi vida cambia tengo diez años. Voy de regreso a casa después de haber cazado una liebre junto a los lobos. Tengo aún el sabor de la sangre fresca, salada, en la boca. Mis pies desnudos silban a través de la hierba alta en el claro del bosque. Frente a mí aparece el tejado de paja de la choza. Acelero para salvar a la carrera el último tramo, pero piso sobre algo blando en la hierba. Una forma alargada se retuerce bajo mi pie. Noto un dolor agudo en el tobillo seguido de una sensación de runruneo en la pierna, como si tuviera hormigas bajo la piel.

Mamá oye mi grito y sale a la puerta de la choza. Ve cómo me desplomo. Me levanto inestable, tambaleándome. Ella se protege los ojos del sol.

Mamá tiene un rostro alargado, delgado, de blandos labios y ojos azul grisáceo, rodeado de un asilvestrado cabello rubio y rizado que le llega a los hombros sin que crezca nunca más allá, porque ella se lo corta cuando empieza a molestarla. Es bella, aunque nunca me paro a pensarlo, y la quiero, aunque nunca se me ocurre decírselo. De la risa, se apoya en el marco de la puerta al ver mis fatigas. Cree que estoy de broma.

Sólo cuando comienzo a vomitar comprende la gravedad. Entonces, mi pie ya está tan abultado y dolorido que no puedo sostenerme sobre él. También la parte baja de mi pierna ha empezado a hincharse. La piel alrededor de la mordedura de la serpiente forma ampollas. Antes de que ella llegue hasta mí ya estoy empapado en sudor. Cuando me lleva al interior de la choza estoy a punto de asfixiarme. Por suerte, mantiene la calma suficiente para sacar una paja del tejado e introducirme en la garganta. De otro modo, difícilmente habría sobrevivido, ya que mi lengua aumenta y pronto ha alcanzado un tamaño tan grande que me obliga a tener la boca abierta. A través de la paja aspiro el aire. No es hasta dos días después cuando la hinchazón empieza a disminuir. Todo esto me lo cuenta después mi madre. Pues yo me encuentro completamente inconsciente.

La mañana del tercer día comienzo a poder ver a través de mis ojos inflamados que la cruz de madera, que siempre colgaba de la pared enfrente de mi cama, ha sido retirada. En su lugar están las estatuas de los dioses. Las figuras de madera groseramente talladas están húmedas de sangre fresca.

Delante de ellas yace un cuerpecito peludo con el cuello cortado. Es el cadáver de un cabritillo del redil que hay detrás de la casa.

Mamá me saca con cuidado la paja de la garganta. No soy consciente de lo cerca que he estado de la muerte, pues mi atención se centra en otra cosa.

—¿Has sacrificado una de nuestras cabras a tus dioses?

Mi voz acusatoria le hace fruncir sus cejas rubias. O puede que esa reacción se deba a que yo llamara a Odín y Thor «tus dioses».

Mamá había procurado siempre que yo fuera más creyente, lo que significa hacer ofrendas, sacrificios y respetar a los dioses, temerlos y yacer postrado ante ellos rogándoles ayuda para esto y lo otro, como ella hacía. Pero yo nunca había sido testigo de que ni el único dios de los habitantes de la aldea ni el múltiple parnaso de mamá tuvieran poder alguno en el bosque. Los animales no creen en otra cosa que no sean sus propias facultades, así que ¿por qué iba a hacerlo yo? De los lobos he aprendido a cazar. De las liebres he aprendido a correr deprisa. De los corzos he aprendido a no hacer ruido. Aún no he aprendido a volar como los pájaros, pero calculo que es una cuestión de tiempo.

—Es tu obstinada falta de fe la culpable de todo esto —dice mamá enfadada—. Loke es el único dios que se muestra en forma de serpiente. Además, lleva sangre de lobo en las venas, igual que tú. Ha querido que entiendas que ya es hora de que madures y te tomes en serio esas cosas de la vida que no puedes evitar.

—¿Y qué es eso que no puedo evitar?

Suspira resignada.

—Los antiguos dioses son caprichosos, pero puedes persuadirlos de que te ayuden si les haces ofrendas. El Cristo Blanco es severo, inflexible y celoso, odia a los demás dioses, aunque respalda fielmente a sus devotos. Por esa razón, muchos se han vuelto hacia él. Sin embargo, otros piensan como yo, que lo más prudente es estar a bien con todos, y eso es lo que me gustaría que tú hicieras. Has cumplido diez años. Ya no eres un niño.

Es el sermón más largo que ella me ha echado nunca. La gran cantidad de palabras subrayan la gravedad.

—Conozco bien a tus viejos dioses —digo, porque durante las largas noches de invierno escuchaba sus historias acerca de Odín el sabio y tuerto, sobre su hijo Thor, que cabalga por el cielo con su carro generando el trueno con su

martillo, así como de todos los demás dioses que viven en Asgård y sólo rara vez vienen hasta el mundo de los seres humanos—, pero nunca me has hablado del Cristo Blanco.

Se sonroja y admite que ella no tiene mucho que contar acerca de él porque no lo conoce demasiado.

—Vengo del reino de los daneses, como sabes —explica—, y allí sólo se veneran los viejos dioses. Pero aquí en Inglaterra tiene mucho poder el Cristo Blanco, así que es mejor que aprendas más sobre él. Y he estado reflexionando acerca de si deberías ir a vivir con las gentes de Teurintone que lo conocen mejor.

—Si no hablo como ellos.

—Te enseñaré. Cuando vine aquí desde mi tierra, tampoco yo hablaba sajón. Sin embargo, las dos lenguas no son demasiado diferentes, pues los sajones descienden de anglos y jutlandeses que llegaron aquí hace cientos de años. Se trata más bien de pronunciar las palabras de forma distinta.

—¿Tendré entonces que irme a vivir lejos de ti? ¿Lejos del bosque?

Palidece y me contempla con una mirada llena de pánico, porque no soporta siquiera pensarlo.

—Aquí puedes volver a toparte con Loke —razona ella—, y a lo mejor se le ocurre morderte de nuevo. Ya te he dicho que es caprichoso.

Yo miro el cabritillo muerto.

—¿Puede Loke en forma de serpiente morderte a través de la piel de cabra?

Mamá se queda mirándome un rato. A continuación, me besa en la frente.

—Qué avisgado eres, mi niño grande.

Cada año, al acercarse el invierno, sigo a los lobos hasta la linde del bosque donde empiezan los campos. Este otoño olfatean con curiosidad mis nuevas botas de piel de cabra, pero aparte de eso todo sigue igual que siempre. Sin embargo, siento más que nunca el fuerte impulso de marchar con ellos en su ruta hacia el sur. Pesa aún en mí el discurso de mamá acerca de los dioses. Aunque no ha vuelto a repetírmelo, no se me oculta el hecho de que ella ha empezado a verme con otros ojos. Tiene razón en que me voy haciendo adulto.

Ambos sabemos que algo está a punto de pasar. Como la liebre que se queda agazapada para evitar que la encuentren, abrigamos la esperanza de que todo se solvente por sí solo.

Despedirse de los lobos es una tarea larga e individual. Conozco a los cachorros desde que eran bolitas de pelo y garras que cabían en mis manos. Ahora son jóvenes camino de ser adultos que han de vivir su vida. Sé que cuando la manada regrese por la primavera sólo vendrá la mitad de ellos, de manera que restriego mis mejillas contra sus mandíbulas y saludo a cada uno con un gruñido melancólico. Cuando le llega el turno a Hrow hundo los dedos en su pelaje y narcotizo la pena con su fuerte olor.

Mientras los lobos desaparecen por los campos, Hrow se vuelve varias veces como para rogarme que cuide de mí mismo. Una vez que la manada se ha ido e inicio mi vuelta a casa, piso una manzana que lleva en el suelo del bosque tanto tiempo que está reblandecida, pero no lo suficiente como para dejar de interesar a los insectos. Las avispas que se hallan en su corazón atacan tal y como lo hacen en otoño, embriagadas a causa de la fruta medio fermentada y enardecidas por la frustración de que pronto van a morir.

Casi de inmediato, mis miembros empiezan a hincharse. La sensación de runrún en el cuerpo es la misma que tras la mordedura de serpiente en el verano. Me froto las picaduras de avispa con musgo, como he hecho con frecuencia, pero los síntomas empeoran. Cuando mi garganta comienza a hincharse busco a tientas el junco que ahora llevo en un cordón de cuero alrededor del cuello.

Todavía estoy consciente. Consigo tambalearme a través del bosque camino de casa. No vomito, pero la respiración de mamá se agita cuando me ve llegar a la choza con el rostro inflamado y la boca abierta, con la caña de junco asomando. Con una mirada de pavor vuelve a sacar las estatuas de los dioses. Logro detenerla antes de que degüelle otro cabritillo. No hay ninguna razón para malgastar buena comida en dioses caprichosos que de todos modos van a hacer lo que les venga en gana.

A la mañana siguiente ya puedo quitarme el junco de la garganta y respirar con normalidad. Pero he comprendido lo mismo que mamá, que sentada en un taburete bloqueando la puerta de la choza me mira con fijeza y expresión infeliz.

—No puedo quedarme en el bosque —reconozco.

Exhala el aire, aliviada por que yo mismo lo haya entendido.

—Si también los insectos son ahora un peligro para ti —dice—, no puedes vivir en Teurintone. Los habitantes de la aldea crían abejas. Vacas y caballos atraen tábanos de todo tipo. Las avispas pululan por todos lados.

—¿Dónde entonces? —pregunto.

Me lanza una mirada sombría.

—El monasterio de San Cuthbert en Creca —dice.

Esa misma tarde comienza a enseñarme sajón.

SEGUNDA PARTE

Primavera de 866

El cadáver yacía sobre una mesa rudimentaria, formada por un tablón sobre dos caballetes, cubierta por un paño blanco que no lograba ocultar del todo la figura humana: el rostro con la nariz, la caja torácica, el vientre y las piernas, al final de las cuales un par de pies hendían el aire.

En uno de los extremos de la mesa había dos hombres en pie que portaban sendas cotas de malla bien pulidas. El primero llevaba sobre la cabeza una corona de bronce bañada en oro, el segundo un casco con rebordes de plata. El primero, que se hallaba en el final de la treintena, era achaparrado, obeso y algo calvo. El segundo tenía diez años menos y una perilla oscura acabada en punta.

En el extremo opuesto de la mesa se encontraban Ivar Sin Piernas, Sigurd Ojo de Serpiente y su hermano pequeño, Halfdan Camisa Blanca. La barba y el pelo rojos de Ivar relucían vivamente en contraste con su piel pecosa y el largo manto azul. La barba y cabello negros de Sigurd hacían resaltar aún más sus abundantes joyas. Halfdan Camisa Blanca aparecía pulcro y atildado, con su saya blanca, el pelo castaño corto y el mentón rasurado.

Los cinco hombres esperaban en silencio bajo una lona tensada sobre estacas a fin de protegerse del sol. Ninguno iba armado, pero a cien pasos de allí el ejército sajón permanecía en formación. Sobre ellos ondeaban dos estandartes. Uno representaba una cruz blanca sobre fondo negro, el otro un hacha de guerra roja sobre campo blanco.

Por el brezal del páramo, Bjørn Costado de Hierro se acercaba al escenario dando zancadas. Su manaza me atenazaba el brazo. Poco antes, el gigante de la barba gris me había ido a buscar al habitáculo para esclavos y sin dar una

explicación me había sacado a rastras de allí.

Después del mediodía y con un cielo despejado, sólo se oía al viento jugar con la lona tensada, nuestros pasos al atravesar la hierba y una única alondra que trinaba en algún lugar por encima de nosotros. Sobre el terraplén circular que estaba detrás de nosotros esperaban en silencio, de pie o sentados, millares de nórdicos. Bjørn Costado de Hierro se adentró en la sombra en dirección a sus hermanos. Me empujó hacia los dos hombres que estaban al otro extremo de la mesa.

—Eres nuestro intérprete, chaval —dijo cruzando los brazos sobre la barriga e ignorándome.

—Rey Ælla —comenzó Ivar Sin Piernas en la lengua de los nórdicos, dirigiéndose, como dándolo por supuesto, al hombre de mediana edad y la corona sobre la cabeza.

—Yo soy Ælla —interrumpió el hombre más joven de la perilla al oír su nombre. Bajo el casco de los bordes de plata, su expresión aparecía inflexible con las mandíbulas apretadas. Todos miraron hacia él.

—Traduce, mozalbeta —gruñó Bjørn Costado de Hierro.

El gigante de la barba gris hablaba sajón de sobra, pero pensé que sus hermanos seguramente no eran tan versados en lenguas ya que necesitaban un intérprete.

—Ha dicho que Ælla es él —dije.

—¿Quién es entonces el gordito pequeñajo? —preguntó Ivar Sin Piernas.

Durante los dos días que siguieron a la capitulación del ejército sajón, yo había visto, por el hueco del nudo, al alto conde de la barba roja recorrer a fondo sobre su semental los caminos de tablones del campamento. Sus llamativos colores se veían a distancia por encima de las tiendas. Llevaba gruesas esclavas de plata como sus hermanos, y a nadie le cabía duda de que el líder del ejército vikingo era un conde distinguido. A diferencia de esos otros grandes señores que se comportan de manera altiva y con soberbia hacen valer sus derechos, Ivar Sin Piernas saludaba de forma desenvuelta a todos, ya que a ninguno se le ocurriría retarlo. Detenía su caballo y conversaba con aquellos que se encontraba. Amigable, les preguntaba por sus familiares como si conociera personalmente a cada uno de los habitantes del campamento. Todos ellos sonreían calurosamente para sus adentros una vez que él seguía su camino a caballo. Incluso cuando

desmontaba era más alto que la mayoría de los hombres, y su presencia imponía más que los dos reyes sajones juntos.

Noté un soplo cálido en el pecho al toparme ahora con su mirada, pero sólo vacilé un instante antes de preguntarle en sajón al acompañante coronado de la perilla quién era él.

—El rey Osbert —respondió el hombre. En medio de las adiposidades de un rostro brillante sus ojillos apretados estudiaban con intensidad al pelirrojo conde danés.

—Dice que es el rey Osbert —traduje.

—¿Northumbria tiene dos reyes? —quiso saber Ivar Sin Piernas.

Trasladé la pregunta a los sajones.

—Yo soy el rey —respondió Ælla poniendo la mano sobre su pecho—. Osbert no es sino mi *ealdorman*.

—Tú eres un usurpador sin derecho hereditario al trono —silbó Osbert con desprecio en la voz.

Ælla se frotó la perilla y explicó que Osbert había sido rey con anterioridad, pero que fue depuesto por un *witangemot* (un consejo territorial de los *thegns* y *ealdormen* de Northumbria) y que él mismo había obtenido en esa ocasión el mayor número de votos, ganando así la corona.

—¿Eso significa que Northumbria nombra a sus reyes mediante elección? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente con mirada despierta.

Al igual que su hermano mayor, Sigurd Ojo de Serpiente había estado mostrándose ante los guerreros durante los días posteriores a la batalla. Me recordó a un pavo real, esos hermosos pájaros de colores resplandecientes que se pasean por los vastos jardines del emir de Córdoba profiriendo desagradables gritos humanoides, pero que carecen de toda utilidad. Hasta Bjørn Costado de Hierro se había dado una vuelta para saludar a los guerreros recién llegados, aunque daba la impresión de que estuviera cumpliendo con un deber mortalmente aburrido.

—Se parecen a nosotros en muchos aspectos —ronroneó Bjørn Costado de Hierro—. Por esa razón os advertía que no debíamos atacarlos.

—Es estúpido elegir un hombre débil como rey —opinó Sigurd Ojo de Serpiente mientras se rascaba la barba negra.

—Eso otorga a los *thegns* y *ealdormen* mayor influencia —contestó Costado

de Hierro—. Así pueden mantener a raya al rey, de forma que no se vuelva un déspota.

Sigurd Ojo de Serpiente hubo de admitir que la disposición quizá no fuera tan disparatada a fin de cuentas, aun cuando seguía sin ver razonable destituir del cargo a un rey fuerte. No teníamos a Hastein a mano, así que el propio Bjørn Costado de Hierro tuvo que explicarle a su hermanastro más joven la realidad política de Northumbria, algo que puso a prueba su paciencia.

—El único que ostenta el poder es el alto de la perilla —ronroneó—. El gordito pequeñajo intenta recuperar el trono. Sólo porque tienen un enemigo común es por lo que ahora se hallan el uno junto al otro. Al margen de ello, en Northumbria hay una guerra civil, tal y como nos contó el rey Edmund el invierno pasado.

—¿Otro rey? Todavía menos práctico.

—¿No recuerdas a Edmund de Anglia Oriental? Tú mismo estuviste con él, hermano. Vivimos dos meses en su palacio de Theodford.

Sigurd Ojo de Serpiente acertó a recordar algo acerca de un penoso alfeñique sobre un trono, pero de eso hacía mucho tiempo, y de hecho ellos no habían salido a navegar entretanto.

—Los reinos ingleses están unidos por tierra —explicó Bjørn con voz cansada—. No tienen por medio mar ni estrechos como en nuestra patria. Deja que Ivar negocie con los sajones en paz.

Sigurd Ojo de Serpiente notó la irritación de su hermanastro y se enojó a su vez.

—Aquí hay demasiados reyes, y a mí no me gusta la mirada del gordito pequeñajo. Le voy a rebanar la cabeza. —Buscó su arma a tientas, pero sólo encontró una funda vacía—. ¡Alguien me ha quitado la espada!

—Tú mismo la has dejado en el campamento antes de que viniéramos a negociar.

El rostro viril con la cicatriz blanca en la frente cambió su expresión.

—Entonces tendré que conformarme con herirlo a golpes.

Bjørn Costado de Hierro y Halfdan Camisa Blanca, que presentían adónde conducía eso, agarraron cada uno de un hombro a Sigurd Ojo de Serpiente para contenerlo.

—La forma en que los sajones gobiernan su tierra —dijo Halfdan Camisa

Blanca— nos es indiferente, pues de todos modos pronto serán exterminados.

Era la primera vez que oía hablar al más joven de los hijos de Lodbrog. Su voz ronca se estremecía, como si hiciera esfuerzos por reprimir algo en su interior, y un breve espasmo cruzaba su rostro rasurado. Sólo era tres años mayor que yo, pero cuando se movía a pie por el campamento hasta los más distinguidos señores se hacían a un lado. Sin embargo, no era respeto ni fervor lo que yo leía en sus ojos cuando se volvían hacia la pulcra figura. Era miedo.

—Va a ser cansado exterminar a gente más numerosa que la nuestra —objetó cortante Bjørn Costado de Hierro.

—¿Opinas quizá que no deberíamos haber venido? —preguntó Halfdan a su hermanastro mayor de la barba gris—. ¿No piensas que era lo único honorable que podíamos hacer tras conocer la muerte de papá?

Pronto aprendería yo que Halfdan Camisa Blanca era a un tiempo irascible, atrabiliario y desmedidamente pundonoroso.

—Es posible —respondió con calma Bjørn—, aunque no por ello ha de ser lo más inteligente.

—¿Cuestionas el liderazgo de Ivar?

—Por todos los cielos, *jamás* se me pasaría por la cabeza.

—¿Vais a parar de una vez?

Sigurd Ojo de Serpiente se había erigido en la voz del sentido común. Aunque no comprendiera del todo por qué discutían sus hermanos, pensaba que no era razonable sacar a relucir sus desavenencias delante de los líderes sajones. Sin embargo, Osbert y Ælla habían aprovechado la distracción de los hijos de Lodbrog para discutir ellos mismos, y no era menor el desacuerdo que había entre ambos.

—No tendrías que haber venido —susurraba Ælla a su rival—. Socavas la autoridad de la corona.

—¡Autoridad! No me vengas con ésas —bufó Osbert en respuesta—. Tengo todo el derecho de estar hoy aquí también. Tú nunca habrías podido reunir un ejército de mil hombres sin mi apoyo.

—¿De qué sirve ahora tu apoyo? —Ælla señaló con la cabeza a los nórdicos en el terraplén de la fortaleza circular—. Pasaste por alto la astucia militar de los bárbaros. Podrían habernos aplastado en un instante.

—Sí, no cabe duda de que son más astutos que nosotros. —Osbert cruzó sus

cortos brazos mientras contemplaba de nuevo a Ivar Sin Piernas con indignación en la mirada—. Y la perfidia de su líder excede cualquier medida.

Ælla apartó sus oscuros ojos del rival y se toparon conmigo.

—¿Eres sajón, muchacho?

Vacilé y asentí, abrumado por que un rey se dirigiera a mí.

—¿Pero no cristiano? —Él observaba el junco en el cordón de cuero alrededor de mi cuello—. ¿A qué religión pertenece el símbolo de la caña?

La mirada aguamarina de Ivar Sin Piernas nos seguía con atención. Me persuadí de que el conde de la barba roja comprendía todo lo que se decía. Tenía que medir muy bien mis palabras.

—Soy cristiano —respondí—. Bjørn Costado de Hierro me hizo prisionero cuando sus hombres saquearon mi aldea. Ahora soy su siervo y vivo en un cobertizo.

—Pobre muchacho —dijo Ælla con tal compasión que me dejó sorprendido. Los reyes no se interesan muy a menudo por el destino de los míseros campesinos.

—¿Por qué no hablas a los nórdicos en lugar de engatusar a su intérprete? —interrumpió Osbert con una sonrisa condescendiente.

Los músculos tensos de la mandíbula del rey Ælla relataban la historia de la relación de poder de ambos hombres. Es posible que él ostentara el título de rey, pero su posición estaba siendo desafiada.

—Cuéntales al rey y su conde, con independencia de quién sea cada cual —me dijo al fin Ivar Sin Piernas—, que nosotros junto con nuestro ejército hemos pasado el invierno en Anglia Oriental, donde el rey Edmund nos pagó con buenos caballos sajones por continuar la marcha, y además nos habló mucho acerca de la guerra civil que hay aquí en Northumbria.

Los sajones escucharon atentos mi traducción.

—Esa sabandija de Edmund ha mentido —respondió el rey Ælla—. Os puedo asegurar que mi *ealdorman* y yo permanecemos unidos frente a toda amenaza que provenga del exterior.

Ivar Sin Piernas sonrió lo mejor que pudo. También Osbert pensó lo suyo mientras crispaba los puños. Sin embargo, calló y asintió.

—Soy Ivar, hijo de Ragnar —continuó el conde de la barba roja—, y éstos son mis hermanos Halfdan, Sigurd y Bjørn. No hemos venido a sembrar

discordia, sino a recoger a nuestro padre.

—Se me antoja —respondió el rey Ælla una vez que yo hube traducido— que os habéis presentado en grupo bien nutrido para una tarea tan simple.

—Vosotros los sajones tomasteis a nuestro padre como rehén —le devolvió la pelota Ivar Sin Piernas—. No esperábamos nada bueno de vuestra parte si aparecíamos sin séquito. Pero estamos dispuestos a concederos el beneficio de la duda.

Mientras yo transmitía la buena voluntad de los hijos de Lodbrog, Halfdan Camisa Blanca sonreía de manera sombría, como desmintiendo las palabras de su hermano mayor.

—En otoño, dos barcos de Ragnar Calzas Peludas encallaron en la costa este a causa de una tormenta —relató el *ealdorman* Osbert—. Por entonces yo era aún el legítimo rey del reino. Arresté a Ragnar y a su gente por piratería. Entre su carga se hallaron bienes de muy diversos barcos dedicados al comercio. Se jactaban además de cómo habían saqueado durante todo el verano el estuario del Támesis, de lo sencillo que había sido y de la gran cantidad de marineros sajones que habían matado.

Al tiempo que traducía, empecé a entender los sucesos que habían traído a los vikingos al país y que cambiaron mi propio destino.

—Es posible —respondió Ivar Sin Piernas— que papá se llevara algo de los barcos en situación de peligro que encontró en su camino, pero resulta curioso que permitierais seguir navegando a su guarnición mientras reteníais a un hombre viejo e indefenso como rehén.

Mi traducción hizo enrojecer el rostro brillante de Osbert. La piel floja bajo el mentón del *ealdorman* temblaba cuando respondió.

—La guarnición era muy numerosa y díscola. Se escaparon y se apoderaron de un barco en el que desaparecieron rumbo al sur.

—Ya lo sabemos —dijo Ivar—. Es por ellos por los que conocemos la historia.

—Entonces sabréis también —tomó el relevo el rey Ælla— que los hombres de Ragnar Lodbrog no dudaron en dejar a su líder en la estacada, ¿verdad? Osbert pensó que lo más prudente era llevar el preso a Eoforwic. Desde ese instante me cuidé de que estuviera bien atendido.

—¿Bien atendido? —Osbert sonrió sin poder ocultar su malicia—. El

hombre murió bajo tu protección. Y menos mal. Ese viejo diablo habría arrasado Northumbria para vengar su humillación.

El rey Ælla le ignoró y siguió hablando.

—Ragnar Lodbrog era un prisionero difícil debido a su avanzada edad. Bebía como cuatro hombres, y cuando estaba borracho no convenía dejarlo andar por ahí porque podía fácilmente costarle la vida. Murió durante un breve encierro en una de las celdas del palacio episcopal.

Halfdan Camisa Blanca se enfureció y gritó iracundo que el rey era un infame execrable, cosa que no traduje, preguntando a continuación si era costumbre entre los sajones dejar que sacerdotes cristianos se ocuparan de los prisioneros.

—Un rey sajón rara vez se encuentra en el mismo sitio más de un par de semanas —respondió el rey Ælla—, pues viaja constantemente por todo el reino para visitar a *ealdormen* y *thegns*. Por ese motivo tampoco son demasiado amplias las dependencias reales en Eoforwic, y la única prisión se halla en el palacio episcopal.

Mientras yo traducía la explicación, el rey sajón se inclinó sobre el cadáver y con delicadeza apartó el paño blanco de la cabeza. Un anciano de piel como la cera y barba amarillenta miraba fijamente, con los ojos a medio abrir, hacia la lona de arriba. Tenía la boca abierta en un silencioso grito.

Toda una secuencia de espasmos cruzó el rostro rasurado de Halfdan Camisa Blanca. El menor de los hijos de Calzas Peludas parecía poseído por un nerviosismo febril; el cuerpo, tenso como la cuerda de un arco, parecía presagiar una violencia silenciosa.

—No vengas ahora diciendo que eres inocente de la muerte de Ragnar Calzas Peludas —gritó mientras señalaba el rostro atormentado del cadáver—. Conozco esta expresión. Nuestro padre ha sido torturado.

Traduje su exabrupto y el rey Ælla respondió con una sangre fría digna de admiración.

—Por boca de los fugitivos que han llegado hasta aquí desde Anglia Oriental he tenido noticias de tu predilección por la tortura, Halfdan hijo de Ragnar, y sé que eres experto en esas prácticas. Sin embargo, te equivocas. Si examinas el cadáver, verás que no hay ni una sola herida en él.

Mientras el rey todavía hablaba, Halfdan arrancó la mortaja con un

movimiento vehemente y comenzó a examinar a su padre muerto. Las convulsiones corrían por su rostro, como olas en un mar embravecido. Cuando levantó el cadáver para comprobar su espalda me percaté de que el cuerpo estaba completamente rígido.

El estudio minucioso de Halfdan pronto les pareció excesivo al resto de los hermanos. Sin embargo, yo reconocí las inflamaciones en torno a la garganta del muerto. La lengua estaba hinchada y ocupaba la mayor parte de la cavidad bucal. Tenía un muslo inflamado. Un tobillo y un antebrazo aparecían abombados debido a las ampollas. Pero no era posible hallar herida alguna de cuchillo o espada, de manera que, para enojo de Halfdan, no había signos de tortura.

—Propongo —rompió al fin el rey Ælla el penoso silencio— que enterréis a vuestro padre según vuestra costumbre y que nos volvamos a encontrar después.

—Tratándose de un rey tan importante como Ragnar Calzas Peludas —respondió Ivar— hay diez días de luto y no tenemos suficiente cerveza de alta graduación.

—Entonces la tregua durará diez días. Con gusto haré que os traigan la cerveza como muestra de mi buena voluntad.

Los hermanos se miraron entre sí y asintieron en aprobación del gesto del rey Ælla.

—Llegado ese momento —prosiguió el sajón— podréis contarnos más acerca de vuestros planes aquí en Northumbria. Y permitidme que os recuerde, por hablar claro, que si fuera preciso, no tardaríamos demasiado en formar un ejército aún mayor.

—¿Cuánto tiempo creéis que un ejército de campesinos podría resistir frente a tres mil guerreros curtidos? —objetó cortante Bjørn Costado de Hierro.

El rey Ælla elevó la vista titubeante hacia los nórdicos reunidos sobre el terraplén circular, pero el *ealdorman* Osbert no se dejó asustar. El pequeño y obeso exrey explicó con sobriedad las ventajas que los nativos tenían sobre las fuerzas a primera vista invencibles de los nórdicos. Tradujo de corrido al tiempo que la autoconfianza de los hijos de Lodbrog se esfumaba con la explicación.

—Si bien nuestro ejército se compone de campesinos, también son ellos los que conocen el terreno y saben explotarlo. Cada uno defiende su hogar, su familia, de forma que lucharán más encarecidamente y durante mayor tiempo que vuestros indisciplinados ladrones. Vuestras líneas de abastecimiento están al

otro lado de un océano entero, y no podéis contar con más refuerzos de casa.

—¿Qué te has creído, gordito pequeñajo? —bramó Halfdan Camisa Blanca—. Da gracias a que nos hemos citado bajo la rama de un aliso y que soy un hombre de honor, porque si no te habría degollado por esas palabras.

—No mancho el honor de nadie por decir lo que todos sabemos.

Osbert les dio la espalda y salió de la sombra de la lona para regresar al lugar donde el ejército sajón esperaba bajo los dos estandartes.

—Diez días —hizo hincapié el rey Ælla antes de seguir a su *ealdorman* y rival.

Por la reacción de los hijos de Lodbrog comprendí que Osbert había dicho la verdad. La causa de sus, en apariencia, pintorescas decisiones radicaba en que una batalla les habría costado muchos muertos y heridos; y mientras los sajones podían formar en poco tiempo un nuevo ejército, la debilitación de los nórdicos sería continua.

Ivar Sin Piernas contempló pensativo la espalda del gordito pequeñajo como si le costara creer que le hubieran calado. Halfdan Camisa Blanca miraba con fijeza el cadáver de su padre, como si le echara la culpa al muerto por la inesperada evolución de los acontecimientos. Sigurd Ojo de Serpiente se había apartado para dejar que las palabras de Osbert se asentaran, mientras que Bjørn Costado de Hierro metió tranquilamente los dedos pulgares bajo el cinturón tensándolo.

—Pues no ha funcionado —constató—, así que regreso con mi gente a los barcos en Grimsby. Zarparemos lo antes posible.

—¿Vas a fallarnos, infame bastardo?

Halfdan buscaba con rechinar de dientes alguien sobre quien descargar su frustración. Pronto quedó claro que adoptar una actitud desafiante frente a su hermanastro mayor de barba gris era la peor elección.

—Yo no lo llamaría fallar precisamente —ronroneó Bjørn Costado de Hierro sin hacer caso de la ofensa—. ¿Acaso no vine cuando me enviasteis recado? ¿No traje conmigo hombres y barcos?

—Por supuesto que viniste, querido hermano —respondió Ivar Sin Piernas—, porque creías que había plata que ganar.

El gigante de la barba gris se encogió de hombros.

—Bueno, todos nosotros atacamos allí donde el botín es mayor y más

asequible. Pero Northumbria es pobre si lo comparamos con el reino de los francos, y los sajones se defienden con bravura. Al sur nos espera Hispania, donde, según dicen, hay más tesoros que llevarse de los que ninguno de nosotros hemos imaginado. Podéis acompañarnos y obtener pruebas palpables.

La invitación fue proferida por razones de forma. No había nada en la expresión ni en la conducta de Bjørn Costado de Hierro que indicara que anhelaba la compañía de sus hermanos en ese viaje.

—Si te marchas, Bjørn —dijo Ivar Sin Piernas—, perderemos cuatrocientos hombres de una vez. Muchos otros desaparecerán cuando ya no se les oculte que, en definitiva, papá no fue asesinado.

—¿Por qué es tan importante si Ragnar Calzas Peludas fue o no asesinado? —pregunté.

Los cuatro hermanos callaron y me miraron.

—¿Quién dijiste que era este chaval? —preguntó Ivar Sin Piernas.

Bjørn Costado de Hierro tomó aire para responder.

—No soy ningún chaval —prorrumpí—. Tengo quince años y ya he matado a un hombre.

No era del todo cierto, pero tampoco falso. Difícilmente habría podido perpetrar la muerte mes y medio antes sin ayuda. Y aunque en ese momento contemplé el cadáver sin arrepentimiento mientras se extendía por la nieve la sangre de la irregular herida en el cuello, ahora al pensar en ello notaba un regusto a vómito. Sin embargo, los nórdicos estimaban la violencia como instrumento de poder en un sentido distinto de los cristianos, y yo me afanaba por alcanzar esa estima. Pero no iba a resultar tan sencillo.

—¿Un hombre? ¿Uno? —Los espasmos se reunieron en una sonrisa escarnecedora cuando Halfdan Camisa Blanca bajó su rostro rasurado hasta el mío—. ¿Y tienes quince años? Vas muy retrasado, alfeñique. A tu edad yo ya había enviado veinte guerreros al Valhalla.

Me dio la impresión de que un simple comentario fortuito podía activar en el hijo menor de Calzas Peludas el enojo y la frustración.

—Tal y como el chaval le ha contado antes al rey sajón —dijo Bjørn Costado de Hierro con calma—, lo encontré en una aldea no lejos de aquí. Aunque olvidó mencionar que los lugareños estaban a punto de colgarlo.

Los ojos verde azulado del rostro de barba roja de Ivar Sin Piernas me

devoraron.

—Así que a lo mejor vale más de lo que parece. Y tampoco tienes motivos para querer regresar con tus congéneres, ¿eh, chaval?

—Los sajones tienen la culpa de que mi madre ya no esté aquí —respondí—. Era danesa.

Los hermanos me observaban a la espera de que yo prosiguiera, pero por el momento había dicho todo lo que hablaba en mi favor. Era preferible que me guardara el resto.

—Ya le obligaré yo a decirnos la verdad —La expresión de los ojos castaños de Halfdan Camisa Blanca me recordó la de *Hrow* al localizar una presa—. Cuando le monde la piel pulgada a pulgada soltará enseguida la lengua.

La mano pecosa de Ivar Sin Piernas sobre su hombro le hizo deponer su actitud. El conde de la barba roja me contemplaba aún atentamente.

—Es importante si nuestro padre ha sido asesinado —respondió a mi anterior pregunta— porque todos nosotros hemos venido a vengarlo. Y nadie venga a alguien que ha muerto por causas naturales.

—¿Por qué tantos hombres quieren vengar a uno solo?

—Porque nuestro padre no era un hombre. Era una leyenda. Los relatos acerca de sus proezas se cuentan desde Haithabu a Hålogaland. Quien pueda vanagloriarse de haber vengado a Ragnar Calzas Peludas entrará a formar parte de su historia, alcanzando la fama. Y la fama es la única forma que hay de inmortalidad.

Los britanos relataban acerca del rey Arturo, quien centenares de años atrás encontró una espada clavada en una piedra y con ella defendió a su país de la invasión de los sajones. Las leyendas de los sajones versan sobre sus antepasados que abandonaron el continente para conquistar Inglaterra, que estaba en manos de los britanos. Los sacerdotes cristianos cuentan historias de mártires que pueden andar sobre el agua y llevar hierro candente sin quemarse.

Los relatos sobre los héroes de antaño encierran una magia que, en boca de un hábil narrador, es capaz de despertar los muertos a la vida incluso después de varios cientos de años. Yo entendía que volverse inmortal a través de esa clase de narración fuera aún más apetecible para los nórdicos que las riquezas, que, por lo demás, les entusiasmaban tanto.

—Entonces, por fortuna, hay algo que vengar —dije—, porque no hay

ninguna duda de que Ragnar Calzas Peludas fue asesinado.

Bien entrada esa tarde, Ivar Sin Piernas y yo estábamos sentados cada uno en una cama de lienzo en el interior de la tienda con las dos cabezas de dragón entrelazadas sobre la entrada. Ese mismo mediodía, él y sus hermanos me habían estado escuchando en el páramo bajo la lona. Les expliqué las circunstancias de la muerte de Ragnar Lodbrog según mi interpretación. Todos estuvieron de acuerdo en que no tenían nada que perder dejándome repetir dicha explicación ante sus guerreros. A cambio les había solicitado mi libertad. Bjørn Costado de Hierro me miró con sus inescrutables ojos gris pálido y cruzó obstinadamente los brazos.

—Pienso —me apresuré a decirle— que es la mejor solución para todos. Te seré de la misma utilidad que antes, pero con menos fatigas. Has construido una caseta para encerrarme allí, pero no tengo ningún interés en huir. Como siervo me han de traer la comida cada día, si fuera un hombre libre yo mismo me la procuraría. Soy joven y fuerte, no como esos atontados alfeñiques a los que soléis llamar siervos. Con algo de entrenamiento puedo ser más útil en un muro de escudos que traduciendo una lengua que igualmente todos comprendéis.

Ivar Sin Piernas se apartó unos pasos para hablar a solas con su hermanastro de la barba gris.

Cuando regresaron bajo la lona me prometieron la libertad si yo lograba convencer al ejército.

—Te doy las gracias, conde Ivar —le había dicho yo—, pero si me permitieras oír algo acerca de tu madre Aslaug, que es también la de Sigurd Ojo de Serpiente y Halfdan Camisa Blanca, y que tanto Bjørn Costado de Hierro

como Hastein me la nombraron, seguro que podría resolver mejor el cometido.

Albergaba la esperanza de que la magia del relato creara algún lazo entre Ivar Sin Piernas y yo, pues tenía claro a cuál de los hijos de Lodbrog haría mejor en adherirme. El conde de la barba roja se echó hacia atrás para comenzar la historia de su madre. No era menos ferviente narrador que sus hermanos:

—Cuando la hija del rey Herrød, Thora, murió tras pocos años de matrimonio, Ragnar Calzas Peludas se quedó profundamente abatido por la pérdida. Suspiraba y gemía como un viejo cansado de vivir, a pesar de no haber cumplido todavía los treinta. Por fin, con su pena, se embarcó acompañado de sus hombres y llegó a Noruega, donde una noche atracaron cerca de una pequeña granja que se llamaba Spangareid.

»Ragnar les dijo a sus panaderos: “Id a la granja y preparad allí esta tarde nuestras tortas de pan”. Los hombres se encaminaron al lugar y en el vano de la puertecita de la casa con techo de algas encontraron un ama vieja y fea como una comadre gigante. Se llamaba Grima y, aunque ella no estaba muy por la labor, permitió a los mozos que usaran su mesa para amasar y su hogar para la cocción. “Pero yo no puedo ayudaros porque soy vieja y mis manos no tienen fuerza. Mi marido está de viaje y nuestra hija Kraka vuelve tarde del campo. Y menos mal porque le sobra carácter. Mi marido y yo hemos empezado a tener dificultades para gobernarla.”

»La hija, que había visto arribar el barco, se adecentó antes de encaminarse a casa para así tener el mejor aspecto posible ante los invitados. Se lavó la cara, cosa que sus padres le habían prohibido porque no deseaban que los hombres descubrieran su belleza. Pues Kraka era realmente muy hermosa. Pecosa, esbelta y exuberante, su cabello rubio era tan largo que rozaba la tierra e igual de fino que la seda. En cuanto los panaderos la vieron, quedaron embelesados y no apartaban sus ojos de ella en lugar de tenerlos en el pan. Cuando regresaron al barco con una cesta de pan quemado, la tripulación entera pretendía castigarlos por su negligencia, y Ragnar quiso averiguar la causa. “La hija de los de Spangareid es la más bella entre las mujeres y ha sido su belleza lo que nos ha turbado”, dijeron. “Apenas será tan hermosa como lo era Thora”, suspiró Ragnar hundiéndose de nuevo en su pesadumbre. “Es más hermosa que tu esposa fallecida”, respondieron los hombres, de manera que Ragnar sintió curiosidad. Sin embargo, no le apetecía salir al buen tuntún por causa de un rumor, por eso

pidió a dos de sus hombres de mayor confianza que fueran a la granja y le dijeran a Kraka que al día siguiente bajase hasta el barco. “Pero no debe presentarse vestida ni desnuda, ni estar saciada ni hambrienta, y no debe venir acompañada por persona alguna, pero tampoco sola”, les informó.

»Cuando los hombres llevaron el mensaje de Ragnar, Grima, la vieja comadre, se enojó y despotricó, pues intuía que iba a perder a su hija en favor del extranjero. “Ese Ragnar Calzas Peludas no puede estar bien de la cabeza. Será mejor que te quedes aquí, mi niña, y cumplas con tus obligaciones en lugar de correr detrás de varones chiflados”, le dijo a Kraka.

»No obstante, Kraka les dijo a los hombres que si su conde lo había pedido así, era porque tenía que ser posible. “Bajaré hasta vuestro barco mañana temprano e intentaré cumplir sus exigencias.” Los mensajeros regresaron y le contaron a Ragnar lo que había sido acordado, confirmando que la hija de la vieja ama era realmente muy hermosa.

Ivar Sin Piernas se mojó el gáznate con agua porque prefería mantener la cabeza fría para celebrar solemnemente la muerte del padre bebiendo hidromiel o cerveza de alta graduación hasta perder el sentido. Sus ojos verde azulado estudiaron mi rostro con el fin de ponderar mi interés antes de dejar la taza en el suelo junto a la cama y proseguir.

—A la mañana siguiente temprano, bajó Kraka hasta el barco. Se había envuelto en una red de pescar y dejado que su pelo cayera de modo que le cubría el cuerpo, así no iba vestida ni desnuda. Había mordisqueado una cebolla, por eso no estaba saciada ni hambrienta, y traía consigo a su perro, de esta forma no venía sola ni en compañía de persona alguna. Además recitó unos versos:

*No osé sino obedecer
al conde que me avisaba,
cuando tú, Ragnar, me pediste
que hacia ti me encaminara.
No me acompaña persona alguna,
tampoco estoy desnuda.
Vengo a ti en compañía,
aunque por el camino soy sólo una.*

Me quedé embobado con el poema que Ivar citó de memoria en forma tan bella, sin necesidad de buscar las palabras. Le satisfizo de nuevo mi reacción espontánea y se permitió una sonrisa antes de proseguir:

—Ragnar comprobó que la chica era bien guapa, aunque le daba más valor a la inteligencia y perspicacia que ella había demostrado al resolver su enigma y recitar unos versos tan elegantes. La invitó a subir a bordo, donde los dos se sentaron sobre la bancada a hablar largo rato. Entonces le recitó él más versos que había preparado para ponerla todavía a prueba.

*Si la chica apreciara de veras
al guardián fervoroso del oro,
lo abrazaría de buen grado
con esos brazos tan blancos.*

»Luego ella contestó:

*Si me desea la paz
el artero hijo de rey,
que me deje marchar
sin que mi honra haya de sufrir.*

»Ragnar reconoció que Kraka, a pesar de su origen humilde, era digna de un rey. Sin embargo, no había terminado de ponerla a prueba y le pidió a su gente que le trajeran un vestido que había pertenecido a Thora, bordado con hilos de plata y oro. Le preguntó entonces a la hermosa campesina si quería casarse con él, pero de nuevo ella le contestó en verso:

*A aceptar no osaría
tu presente a una reina.
¡Camisa adornada con plata!
Que ahora a mí me vistiera.
Kraka es mi nombre,
toda de negro y nada más
caminando por la grava,*

con las cabras junto al agua.

»Kraka le pidió a Ragnar que continuara su viaje e hiciera lo que había planeado para ese verano, diciéndole a continuación: “Si en otoño piensas igual que ahora, entonces vuelve, porque así me convenceré de que tu anhelo es sincero”.

»Ragnar Calzas Peludas concluyó que Kraka no sólo era sabia, sino también paciente y recatada. Se fue de expedición, pero regresó a Spangareid al final del verano. En ese momento, el barco estaba lleno de bienes y tesoros. De nuevo envió a buscar a Kraka, y cuando ella vio su copioso botín de guerra comprendió que Ragnar Calzas Peludas era un digno esposo para ella, así que lo acompañó de buena gana hasta su hogar.

A pesar de la reverencia que sentía por estar a solas con el distinguido conde, la decepción que sufrí con el final de la historia me hizo prorrumpir:

—Pero ¿es eso realmente todo? Había oído que vuestra madre se llamaba Aslaug, no Kraka, y que ella era hija de un rey, como Thora.

—Rolf, eres casi tan avisado como Aslaug, mi mamá.

Me sonrojé por el cumplido e Ivar continuó:

—La misma mañana en que Kraka había de partir, entró donde estaban la vieja comadre y su marido, los despertó y dijo: «Sé muy bien que no sois mis verdaderos padres, pues soy hija de la escudera Brynhild hija de Budli y del rey Sigurd Vencedor de Fafnir, que murió abrasado en su palacio real. Sé también que mi verdadero nombre es Aslaug y que mi tío paterno, Heimir, vino conmigo aquí cuando yo tenía tres años. Nos disteis hospedaje en Spangareid, pero sólo para matar a mi tío y robarle sus ricos ropajes, así como las joyas que él había salvado del fuego».

»Los dos ancianos lo admitieron diciendo que la pobreza y el hambre les habían llevado a cometer el crimen; además, le habían puesto un nombre nuevo para protegerla del peligro. Kraka, o Aslaug, asintió y dijo que hacía mucho que se persuadió de ello, pero continuó: “No por eso vengaré la muerte de mi tío, aunque ahora que me voy a casar con un conde tendría el poder de hacerlo. En cambio, os auguro que cada día de vuestra vida será peor que el precedente, y que el último será el más terrible”. Con estas palabras abandonó la granja donde había crecido. Los dos ancianos se quedaron en la cama aterrorizados por la

espantosa maldición. Sin embargo, Aslaug no le contó la verdad a Ragnar hasta muchos años después, de modo que cuando ese mismo otoño bebieron por la boda, él creía que se había casado con una sabia campesina de inusual belleza llamada Kraka.

Ivar Sin Piernas se incorporó. No me atreví a hacer más objeciones cuando alzó el brazo en señal de que definitivamente había terminado su narración. Al apartar hacia un lado la lona de la tienda y salir a la tibia tarde estuvo a punto de caer sobre Halfdan Camisa Blanca, que estaba sentado sobre una gran piedra.

—¿Qué haces tú aquí, hermano menor?

—Escucharte. Es siempre un placer oírte hablar de papá. —El espasmo que deformó el rostro de Halfdan Camisa Blanca hacía difícil determinar si decía la alabanza en serio o no—. ¿No me das la razón, sajón?

Confirmé con prevención que su hermano mayor era un brillante narrador.

—Difícilmente quedaré a la zaga de otro que no sea Brage Hijo de Bodda —dijo satisfecho Ivar Sin Piernas—, y quizá con el tiempo sea incluso mejor que él.

—Brage es un maestro escaldo, así que no se trata de una comparación nimia.

Los ojos ardientes de Halfdan no se apartaban de mí.

—Has de saber, Rolf —prosiguió—, que tengo muchas expectativas puestas en tu intervención dentro de diez días. Si alguien puede persuadir a nuestros guerreros de que papá fue asesinado, ése eres tú, que tan bien has sabido abogar para salir de la servidumbre.

Me quedaba la duda de hasta qué punto había sido un cumplido o una amenaza. En los meses siguientes aprendería que así ocurría a menudo con Halfdan Camisa Blanca. Cuando su rostro se hallaba dominado por los espasmos, contradecía a menudo sus palabras, y su temblorosa voz ronca, que recordaba al gruñido de un predador, tampoco ayudaba. La mejor reacción a sus expresiones contradictorias consistía en adoptar una postura pasiva y responderle en términos neutrales, porque si no se podía ultrajar su honor con facilidad, y eso era lo menos deseable. Halfdan Camisa Blanca dio media vuelta, levantó su mentón en el aire y se descubrió el cuello ante un hombre que estaba frente a él sentado sobre las rodillas en la hierba con un cuchillo fino en la mano.

—¿Ahora te afeitas también por las tardes? —preguntó Ivar Sin Piernas.

—Gracias a ti, hermano. Pues durante semanas has mantenido ocupado a mi barbero. Ha sido un suplicio. No entiendo cómo los demás podéis soportar toda esa barba tan crecida. Los restos de comida y cerveza se quedan entre los pelos. En una barba así de poblada es posible llevar una comida completa. Atrae a bichos que pican y muerden, de forma que sientes comezón. Piensa en todas las criaturas que viven a tu costa, Ivar. Pulgas y piojos. Sabandijas y chinches.

Halfdan Camisa Blanca se estremeció de asco como un perro mojado sacudiéndose.

—Pulgas y piojos tenemos todos —objetó Ivar—. Y una barba poderosa es signo de una sana virilidad.

Halfdan saltó.

—¿Hay algo que decir entonces de mi virilidad?

Su rostro a medio afeitar se movía de forma espasmódica. El cuerpo en tensión emanaba amenaza, violencia y muerte.

Ivar Sin Piernas le posó la mano sobre el hombro en silencio. El roce apaciguó al joven impetuoso al tiempo que se hundía de nuevo sobre la piedra.

—Nada de riñas cuando los guerreros pueden vernos. —La voz de Ivar sonó como si no fuera la primera vez que había tenido que amonestar a su hermano menor—. Si estás descontento por algo, me lo cuentas en privado. Somos los hijos de Lodbrog. Debemos dar ejemplo de virtud y unidad guerreras.

—¿No crees que defender el honor sea dar buen ejemplo?

—No por causa de naderías y ofensas figuradas.

El primer impulso de Halfdan fue volver a ponerse en pie para enfrentarse con su hermano. La mirada aguamarina hizo que se lo pensara.

—Es posible que hayas echado de menos a Ubbe —dijo Ivar señalando con la cabeza al barbero, que proseguía sereno el trabajo interrumpido—, pero sabes que no podía ser de otro modo.

Yo no había visto a Ubbe por ningún lado desde que Hastein lo señalara en el terraplén circular y Bjørn Costado de Hierro dijera que Ubbe no contaba para nada porque su padre lo había engendrado con una sierva frisía.

Ubbe llevaba una media melena de un tono arcilloso impreciso. A primera vista, su rostro redondo podía hacer pensar que estaba gordito, sin embargo, su cuerpo era delgado y fuerte. No ayudaba el hecho de que en torno a su mentón hubiera un ralo anillo de pelusa.

—Tendrías que haber asistido con nosotros a la reunión con los reyes sajones —le dijo Ivar Sin Piernas.

—No sabía que estuviera invitado —dijo Ubbe con prevención.

—A veces hay que presentarse de todas formas. Pero sé dónde estabas, lo que hacías, y has de saber que nos has prestado un gran servicio a todos. Te lo agradezco.

Ubbe se quedó apesadumbrado y cambió de tema.

—¿A lo mejor quieres afeitarte tú también, conde Ivar?

—Mejor harías afeitándote tú mismo. Esa barba de hilillos no es digna de mostrarse. Tu sangre frisia es demasiado floja para lograr un crecimiento sensato.

—Va creciendo. —Ubbe sonrió con simpatía mientras sus nudillos se tensaban blancos alrededor del mango del cuchillo de afeitar—. Antes de que os deis cuenta, mi barba saldrá tan fuerte como la tuya o la de Bjørn.

El conde de la barba roja estudió irresoluto al hermanastro y dijo:

—Enhorabuena por ello.

A continuación tiró de mí, lejos de la extraña pareja.

El ambiente del campamento se había transformado con la llegada detrás del ejército de una caravana de carretas tiradas por bueyes con siervos, mujeres y niños. Desde las numerosas tiendas nuevas se oían sonidos que atestiguaban lo mucho que los esposos se habían echado de menos. Los barriles con cerveza de alta graduación traídos por los reyes sajones surtían también su efecto. En muchos lugares yacían desmayados hombres bebidos en un charquito de su propio vómito. Por todos lados se oían canciones y tintineo de copas, junto a las hogueras se contaban una y otra vez las historias de las hazañas de Ragnar Calzas Peludas.

—A Ubbe le ha molestado tu apreciación acerca de su barba —dije a Ivar Sin Piernas mientras caminábamos—. Aunque ha hecho como si nada, se notaba en la tensión de sus nudillos.

Mientras el conde de la barba roja me contemplaba con renovado interés, me di cuenta de que su pierna derecha era más corta que la izquierda; cojeaba severamente y ambas rodillas se iban hacia dentro.

—La opinión de Ubbe carece de importancia —dijo—. Pero tienes razón en que sabe disimular. Eso es lo que le convierte en un explorador muy útil.

Tardé en comprender lo que implicaba dicha consideración mientras avanzaba por el camino de tablones junto al conde cojo.

—La señal que los sopladores de cuerna enviaron cuando los sajones asediaban la fortaleza circular... —prorrumpí—. ¡Seguro que era para Ubbe!

—¿Por qué iba a serlo? —preguntó sonriendo.

—Ubbe esperaba en algún lugar del páramo —proseguí al tiempo que la verdad se me revelaba—. Oculto, aunque dentro del radio en el que pudiera oír. Cabalgó en dirección sur, hacia Anglia Oriental, para ir a buscarte a ti y al resto del ejército. Así pudisteis llegar a tiempo.

—¿Y todo eso lo has adivinado porque me has oído decirle que nos había prestado un gran servicio?

La sonrisa de Ivar Sin Piernas me animó, hasta que se detuvo junto al cruce del centro del campamento y mantuvo la puerta de mi cárcel abierta para que yo entrase.

—¿Tengo que volver a mi encierro? —pregunté decepcionado.

—Si lo que digas convence a los guerreros, obtendrás tu libertad. Entretanto, Bjørn Costado de Hierro prefiere asegurarse de que tus conocimientos no lleguen a oídos de los sajones, ya que podrías largarte con facilidad durante el tiempo de luto mientras todos están borrachos. Pero dentro de diez días te convertirás en uno de nosotros... o morirás.

La puerta se cerró detrás de mí. Ivar Sin Piernas echó el pestillo y se marchó cojeando. Me hundí apoyado en los tablones del cobertizo al tiempo que maldecía en silencio a Bjørn Costado de Hierro por su desconfianza. Un rato después no se oía ningún paso fuera. Una voz clara me alcanzó a través de la pared.

—¿Sabrás seguramente que Ivar Sin Piernas no te lo ha contado todo?

Yo había considerado la posibilidad de que la escudera Ylva viniera.

—Estabas escuchando fuera de la tienda —dije—. Del lado exterior venía un leve sonido sobre la hierba.

Se rio como confirmación y prosiguió:

—Aslaug no quiso acostarse con Ragnar antes de haberse casado. Y se negó a tocarlo durante las primeras tres noches.

—¿Por qué?

—La abstinencia provee a los recién casados de sueños proféticos acerca de

cuántos hijos tendrán y cuáles serán sus destinos. La primera noche, Aslaug soñó con tres hijos, lo cual es verdad. También soñó que, salvo que Ragnar Calzas Peludas cumpliera con el celibato, al hijo mayor le faltarían las piernas. Pero en cuanto Ragnar estuvo sereno la montó a pesar de todo.

—Es evidente que no se cumplió.

—No de inmediato. Sin embargo, cuando Ivar tenía once años, se cayó del tejado del palacio rompiéndose ambas piernas.

—¿Eso fue un año después de que hubiera luchado como un adulto contra los sublevados de Escania en Uldager?

Ylva vaciló hasta que recordó la historia que Sigurd Ojo de Serpiente había contado junto al fuego hacía unos días.

—Tienes buena memoria. Dicen que era preciso llevar a Ivar de un lado a otro sobre un escudo. Estuvo ejercitándose obstinadamente durante varios años antes de poder volver a andar. Sólo a él mismo debe agradecer que no haya seguido sin piernas.

Bajo la lona en el páramo había visto con claridad lo que tenía que decir acerca de la muerte de Ragnar. Cuando diez días más tarde me encontré en el centro de un círculo de grandes señores y condes malhumorados por la resaca, no parecía que la tarea fuera a resultar tan sencilla.

Tenía la boca reseca. Me flaqueaban las piernas. Los pensamientos iban y venían por mi cabeza. Con una mano sobre el cadáver que yacía bajo el paño blanco ante mí, y la otra en alto para hacer callar a la multitud, no conseguía arrancar a hablar. Sólo era capaz de concentrarme en cada una de las barbudas y peludas cabezas, los ojos inyectados en sangre bajo los cabellos grasientos y las apestosas bocas abiertas con muecas desdeñosas. La instintiva aversión de los guerreros hacia la debilidad se expresaba por medio de los gritos de desprecio. Como un breve relámpago vi los ojos despiertos de Hastein bajo el largo flequillo rubio. Pero tampoco sirvió. Tartamudeé y me detuve antes de haber comenzado.

Por fortuna, Ivar había contado con ello. Acostumbrado como él estaba a hablarle al gentío, me agarró de la mano y la alzó tan arriba que mis pies casi abandonaron el suelo.

—Haréis bien en escuchar a Rolf —gritó el conde de la barba roja mientras iba de un lado a otro para que todos pudieran verlo y oírlo. Yo lo seguía como una marioneta en la cuerda—. Venera a los dioses verdaderos, pero conoce también al Cristo Blanco. Su madre era danesa, además de una gran pitonisa que hervía bebedizos. Todos los que lleguéis a morir aquí en Inglaterra os la encontraréis a la mesa de Odín, y no se olvidará con facilidad de vuestro

desprecio por su hijo. Así que escuchad lo que tiene que decir y dejad vuestros comentarios para después.

Cuando me soltó volví a titubear. Ahora por causa del efecto que habían producido sus palabras; los grandes señores allí reunidos estaban callados como ratones.

Aparté el paño mortuario. Los señores contemplaron en silencio a su héroe muerto, cuya piel se había oscurecido significativamente tras haber estado diez días dentro de un agujero en la tierra, enterrado de manera provisional bajo tablones de roble. El olor también era penoso. Muchos de ellos no habían visto con anterioridad a Ragnar Calzas Peludas, y seguro que se llevaron una enorme decepción. El rostro del anciano seguía contraído en una mueca lastimera, los brazos escuálidos bajo la piel arrugada, el cuerpo inflado por los gases.

—Ragnar Calzas Peludas fue mordido por una serpiente —dije, y señalé el muslo derecho del cadáver, que aún estaba visiblemente inflamado— aquí —también uno de los antebrazos se veía hinchado— y aquí. —El tobillo izquierdo era una gran ampolla.

El silencio era abrumador.

—¿Una serpiente? —repitió alguien.

—Entonces no fue asesinado —prorrumpió otro.

—Nos habéis mentido —concluyó un tercero indignado. Los extremos de su barba trenzada estaban unidos con huesecillos.

—Aquí no ha mentido nadie —bramó Bjørn Costado de Hierro avanzando con su hacha en la mano—. ¿Quién se atreve a afirmar que yo no digo la verdad?

De nuevo se cernió el silencio como un enorme pájaro negro. Nadie osaba porfiar ante el gigante de la barba gris, pero todos se permitieron dudar. Mi tarea consistía en convencerlos.

—Las serpientes son criaturas huidizas —proseguí—. Sólo si se asustan atacan a las personas, y no muerden si no es necesario. Para que Ragnar Calzas Peludas haya sido mordido tres veces ha tenido que yacer en un auténtico pozo de serpientes.

—¡Un pozo de serpientes! —se oyó exclamar.

—¡Qué ruin! —gritó otro.

De nuevo subió el nivel de ruido. Los grandes señores enardecidos blasfemaban y maldecían la cobardía del asesino.

Abrí los brazos como Ivar había hecho. Para mi sorpresa obtuve el mismo efecto. Los nórdicos se callaron.

—Desconozco cómo son las serpientes en los países de los que venís. Aquí en Inglaterra la única serpiente que muerde es la víbora. Pero su veneno no es lo bastante fuerte como para quitarle la vida a un hombre hecho y derecho.

Los más próximos a mí confirmaron que también en su patria las serpientes eran pequeñas e inofensivas, y que aquellos que habían sido mordidos se repusieron con rapidez.

—En busca de conocimientos, aprendí a leer los libros de los cristianos, que los han guardado durante cientos de años y están llenos de la sabiduría del pasado. Por ellos sé que las mordeduras de serpiente y las picaduras de insectos pueden hacer peligrar la vida de algunas personas, mientras que son inocuas para otras. Me han contado que Ragnar Lodbrog llevaba pantalones peludos y sayas de cuero que rara vez se quitaba. ¿Podría ser para protegerse de las mordeduras y picaduras que él sabía que representaban un peligro para él y sólo para él? Pues no parece plausible que esperara volver a toparse con dragones, como los que mató para el rey Herrød, ¿verdad?

Yo miraba de reojo a Ivar Sin Piernas. No avanzó al frente como habíamos acordado, sino que se quedó donde estaba mesándose la barba roja con una mano pecosa. Los grandes señores aguardaban, con toda razón, la continuación y se impacientaron. Lo mismo me sucedió a mí.

—Es verdad —dijo Ivar Sin Piernas al fin— que lo único que papá temía eran las serpientes y avispas, así que podría muy bien ser como dice Rolf.

Los condes se indignaron al oír que a su héroe se le achacaba la mancha de una debilidad, pero con el apoyo de su hijo podía yo ahora presentarles un razonamiento bien consistente.

—Ragnar Calzas Peludas no es el primero que fue bendecido con una fuerza sobrehumana y como contrapunto tuviera una sola debilidad. ¿No fue muerto el invulnerable Balder por una flecha de muérdago que su hermano ciego había lanzado contra él?

La referencia a uno de sus propios mitos divinos obligó a los nórdicos a reflexionar. Era lógico que si el dios Balder pudo ser asesinado con una blanda ramita de muérdago, algo similar podía extrapolarse a Ragnar Calzas Peludas, que también estaba emparentado con Odín. Y las serpientes eran más peligrosas

que las plantas.

—Aquel que expuso a Ragnar Calzas Peludas a lo único que podía matarlo —concluí— lo hizo porque se había enterado de su secreto. Estuvo bajo la custodia del rey sajón durante muchos meses. Cuando éste descubrió la debilidad de Ragnar lanzó vilmente a su prisionero al pozo de serpientes. Le dejó entonces morir de forma natural, por lo cual no podría ir al Valhalla. —Esperé un instante antes de llevar el desarrollo de la historia a su conclusión lógica—. ¡Y por eso el rey sajón ha de pagar con su vida!

Las palabras tuvieron un efecto singular. Los grandes señores a mi alrededor bramaban de ira. El odio ardía en sus ojos. El jaleo aumentaba, el círculo alrededor del cadáver se disolvía, el gentío que apestaba a sudor se atropellaba. Un rítmico estruendo lograba poco a poco ahogar el ruido. Eran los hombres de la escolta de Ivar Sin Piernas, que golpeaban sus espadas contra los escudos.

—En este preciso instante estáis enfadados —bramó Ivar lanzando saliva sobre su barba roja—. En este preciso instante saldríais de estampida para matar a los sajones. Os pido que no se mitigue vuestra ira, sino que la recordéis. Recordadla cuando dentro de un momento enterremos a Ragnar Calzas Peludas. Recordadla cuando honremos su memoria mañana. Y recordadla —amortiguó la voz, de modo que los que estaban más atrás chistaron para acallar los gritos dispersos— cuando llegue el momento de ¡VENGARLO!

De nuevo se alzó un poderoso bramido. La multitud inundó la plaza. La tabla con el cadáver partió navegando sobre el mar de manos alzadas hacia el portón oeste del campamento. Poco a poco, la aglomeración se fue disolviendo. Al final me quedé junto a los dos caballetes con Ivar y sus hombres.

—Muy bien hecho —dijo el conde de la barba roja—. Has estado a la altura del nombre que Sigurd te puso, Rolf Lenguaraz. Y por ese nombre te conocerán ahora que ya eres uno de nosotros.

Resulta difícil describir las sensaciones que me invadieron: me sentía aliviado por dejar de estar siempre expuesto a la persecución; contento por pertenecer de nuevo a una manada de lobos, aunque éstos fueran vestidos con cuero y cotas de malla en lugar de pelaje; orgulloso por haber vencido mi propia angustia; alegre al no haber decepcionado las expectativas de un conde; gozoso de merecer mi nombre. Todos estos sentimientos me impulsaron a retener a Ivar Sin Piernas cuando él se volvió para seguir a los hombres fuera del campamento.

—Tengo algo más que contarte —dije—. Y sólo a ti.

Los ojos aguamarina en el pálido rostro de barba roja me observaban. Entonces hizo un movimiento de cabeza para indicar a los hombres de su escolta que fueran pasando.

—¿Cuándo recibiste el mensaje de que Ragnar Lodbrog había muerto? —pregunté—. ¿Y quién te lo envió?

—El rey Osbert de Northumbria. Recibimos la nueva Halfdan y yo en nuestro campamento de Anglia Oriental una semana después de la ofrenda de Yule.

—¿Dónde estaban Sigurd Ojo de Serpiente y Bjørn Costado de Hierro?

—Sigurd se encontraba en su hogar de Jutlandia. Bjørn, saqueando las costas de Francia. Pero volvieron a Inglaterra en cuanto se enteraron de la muerte de papá.

El momento de la notificación de la muerte era importante. Por una razón concreta.

—Una semana después de Yule, Osbert ya no era rey de Northumbria —dije—. Había sido depuesto durante un *witangemot*. Recordarás que el rey Ælla lo contó el día en que Osbert y él trajeron el cadáver de Ragnar. Los consejos territoriales tienen lugar antes del cumpleaños del Cristo Blanco, en torno a las mismas fechas en las que vosotros los nórdicos celebráis el solsticio de invierno.

Ivar Sin Piernas frunció sus cejas rojas. Una leve sonrisa expectante se insinuó en sus labios mientras aguardaba hasta escuchar el resto.

—Osbert os envió el mensaje —proseguí— esperando que vosotros y el rey Ælla os matarais. Si él se mantenía en la sombra, después podría volver a conquistar el trono.

—Osbert se hallaba en el campo de batalla —objetó Ivar.

—No le quedó más remedio que enviar a sus hombres junto a los del rey Ælla para que el ejército sajón fuera lo bastante fuerte como para atacar la fortaleza circular. Le oíste jactarse de ello. Sin embargo, yo presencié la batalla y no vi a Osbert por ningún lado.

Ivar se rascaba la barba mientras pensaba durante largo rato.

—Osbert es un astuto contrincante —reconoció—. ¿Puede que fuera él y no el rey Ælla quien matara a papá?

—No lo creo —respondí—. ¿Ni por un momento te ha extrañado que el

cadáver de tu padre estuviera en tan buen estado cuando Ælla lo trajo aquí hace diez días? Debería de haberse podrido por completo desde que recibiste el mensaje de Osbert hace tres meses. La rigidez mortuoria disminuye durante las veinticuatro horas subsiguientes, sin embargo, el cadáver seguía tieso como una tabla en el momento en que Halfdan Camisa Blanca fue a darle la vuelta. Yo diría que tu padre no llevaba muerto ni un día entero antes del encuentro que tuvo lugar bajo la lona, conde Ivar.

Los ojos verde azulado me contemplaron atentamente.

—Sabes bien cómo usar las palabras —dijo al fin Ivar Sin Piernas—, y desde luego hay más en este asunto de lo que yo creía en un principio. Te agradezco que me hayas hecho reparar en ello. Sin embargo, debo pedirte que mantengas la boca cerrada hasta más adelante. En este preciso instante, la cremación de papá es más importante que las circunstancias de su muerte. Pero seguro que volveré a necesitar tu ayuda, pues usas la cabeza de forma tan diestra como la boca.

El conde danés no sólo me había concedido la libertad, además me había hecho su confidente. Se me antojó que mi fortuna era la mejor que podía imaginarse. Muy pronto iba a saber lo que es bueno.

Durante los días anteriores al funeral, los siervos se habían encargado de colocar bloques de piedra sobre una meseta fuera de la fortaleza circular. Una vez que, tras los pasos de Ivar Sin Piernas, llegué al lugar donde los guerreros se hallaban reunidos en grupos alrededor de sus caudillos para escuchar la repetición de mi exposición, entendí la razón de que se hubieran dispuesto las piedras a la manera de un barco. Nos encontrábamos demasiado lejos del mar como para que hubiera sido factible procurarse un barco de verdad, cosa imprescindible en el funeral de un héroe.

En el centro del conjunto de piedras se alzaba una tienda y delante un mástil simbólico hecho de un tronco de árbol descortezado. La tienda estaba situada sobre una plataforma de madera bajo la cual había un grueso lecho de astillas y ramas secas. Ragnar Calzas Peludas fue acomodado en el interior de la tienda, y con él sus armas: un puñal, un escudo y una espada labrada de forma exquisita. Dos hombres llegaron arrastrando un enorme perro que debía de intuir su destino, pues bregaba como un poseso por soltarse. Asimismo, cuatro caballos fueron remolcados a través de la multitud. Partieron al perro por la mitad y lanzaron ambas partes sobre la plataforma. Abatieron los caballos de forma rápida y efectiva, mientras que con su sangre, recogida en cubos, salpicaron los laterales de la tienda. Degollaron un gallo y una gallina, cuyos cuerpos, aún revoloteando, fueron echados sobre el cadáver del perro. Contemplé estremecido todo el sangriento episodio.

Luego hicieron avanzar a una joven de pelo oscuro. Iba vestida con una saya blanca de lino semitransparente que apenas lograba ocultar sus formas. Pálida de

miedo, se balanceaba entre el brezo sobre sus flojas piernas. Tenía un rostro redondo de pequeña nariz, gruesos labios y grandes ojos azules. Era Bella, la hija de Alton, el herrero de la aldea.

Durante el tiempo que duró el luto la había visto desde mi cárcel andar libre por el campamento con dos mujeres a su lado y ropa distinguida. Condes y grandes señores la saludaban respetuosamente. Mujeres y siervos se apartaban. Yo estaba confuso pero aliviado. Por lo que parecía, ella gozaba de un alto estatus y a nadie se le había pasado por la cabeza causarle ningún mal. Me concentré en mi propia tarea y dejé de preocuparme por ella.

Ahora Ylva era su sostén; la sujetaba con fuerza alrededor de sus delgados hombros mientras se abrían paso entre el silencio de la multitud. Se detuvieron junto a algo similar a un marco de puerta exento y de escasa altura. Por un instante pensé que las dos mujeres iban a agacharse para pasar a través de éste, pero, en lugar de eso, Ylva alzó a la esbelta chica. Bella miró por encima del marco con una mirada que no era precisamente de miedo.

—Veo a Ragnar Lodbrog en el Reino de la Muerte —gritó alto—. Me hace señas. Llevadme hasta él.

Me quedé boquiabierto pues, aunque con pronunciación torpe, había dicho la retahíla aprendida en la lengua de los nórdicos. Ylva la acompañó hasta la tienda. Bella se agachó y entró donde se hallaba el cadáver de Ragnar Calzas Peludas. La escudera dejó que cayera la solapa de la tienda y se retiró de allí.

—Después de la idea que acabas de expresar me creo que tu madre fuera una pitonisa —dijo Hastein, que había aparecido a mi lado—. Porque en otro caso tiene que ser algo que te has inventado.

—¿Qué hace Bella en esa tienda? —le interrumpí.

—¿Bella? —Hastein sonrió triunfante bajo el largo flequillo—. Pero si dijiste que no conocías a la moza, Rolf Lenguaraz.

—Olvida lo que dije. La vi con dos esclavas. Llevaba trajes refinados. Creí que estaba fuera de peligro.

—Eran sus sirvientes. Durante diez días ha sido tratada como una reina. Ahora paga el precio.

Clavé la vista en sus ojos claros. En mi mirada leyó tanto el ruego como el miedo.

—Si realmente le tienes cariño —prosiguió sosegado apartando la mirada—,

lo más sensato es que te largues de aquí.

Le iba a preguntar qué quería decir con eso, pero en ese instante Bjørn Costado de Hierro avanzó anadeando hasta el interior de la tienda en que se hallaban Bella y el cadáver. Los hombres golpeaban el arma contra el escudo. Junto al ruido del trueno se elevaron millares de voces sobre el páramo. Me quedé quieto, con mi cuerpo vibrando.

Cuando Costado de Hierro volvió al exterior iba vestido únicamente con las calzas. En la mano llevaba su saya gris de manga corta. Tenía el torso colorado y su enorme barriga temblequeó al saltar desde la plataforma. Sus ojos gris pálido estaban apagados como guijarros.

Ivar Sin Piernas se adelantó cojeando y le dio a su hermanastro mayor un manotazo en el hombro desnudo. El conde de la barba roja se quitó a su vez la saya dejando a la vista un torso musculoso lleno de pecas. Saludó a la concurrencia, que de inmediato volvió a golpear y bramar.

—¿Qué hacen los hijos de Lodbrog con Bella ahí dentro? —pregunté.

—¿De verdad eres tan inocente como para no imaginarlo? —respondió Hastein.

—No —admití—. Pero ¿por qué?

—Cuando un gran guerrero muere de forma natural hay que enviarlo de determinada manera a los infiernos. Si llega al Reino de la Muerte en compañía de una joven hermosa a la que sus hijos vivos han llenado de su hombría, la diosa de la muerte entenderá que se trata de un guerrero que debía haber muerto luchando con el arma en la mano, para ir al Valhalla.

Ivar Sin Piernas abandonó la tienda y fue relevado por Sigurd Ojo de Serpiente. Era evidente que los hermanos tomaban a Bella por turnos según la edad. Cuando el conde de barba negra apareció de nuevo, Halfdan Camisa Blanca entró con ella en último lugar. Por el rostro rasurado del menor de los hijos de Calzas Peludas asomó una sonrisa sombría como un mal presagio. Por encima del ruido se escuchaban ahora por primera vez sonidos procedentes de la tienda, semejantes a aquellos que yo había oído cuando mamá recibía la visita del hombre de la aldea. Los gemidos rítmicos hicieron que la multitud lo celebrara con gritos de alegría. Yo me estremecía y sudaba. Tuve que tragar repetidas veces para mantener abajo el contenido de mi estómago.

Cuando Halfdan salió al exterior estaba en cueros. Alzó sus puños cerrados

hacia el cielo y expulsó su hombría mediante un bramido sobre las cabezas cubiertas por cascos. Su miembro, todavía un poco erecto, se balanceaba de un lado a otro. Los gritos de alegría se elevaron a alturas insospechadas cuando él arrancó una antorcha y la introdujo bajo la plataforma donde astillas y ramas prendieron de inmediato.

—Pero ¿qué está haciendo? —prorrumpí—. Bella sigue en el interior.

—¿Cómo, si no, iba a ir ella con Ragnar al Reino de la Muerte?

Hastein me agarró cuando di un paso al frente. Intenté zafarme, caímos al suelo y comenzamos a pelear. Enseguida aquellos que se hallaban más próximos formaron un corro. Había gritos aislados que jaleaban, pero la mayoría imponía silencio. Los funerales se contaban entre las pocas ocasiones en que los nórdicos no apreciaban una buena pelea.

Nos interrumpió Sigurd Ojo de Serpiente, que nos separó.

—Comportaos, *por favor*, como es debido —bufó enojado—. Está completamente fuera de lugar pelearse durante un funeral.

También apareció entonces la figura ancha y gris de Bjørn Costado de Hierro, atraído por el alboroto.

—Él ha empezado —dijo Hastein como un niño travieso que hubiera sido pillado in fraganti robando manzanas—. Pretendía ir a salvar a la joven.

Los ojos gris pálido de Bjørn Costado de Hierro estudiaron inexpresivos mi rostro.

—Ya es demasiado tarde, Rolf Lenguaraz. Halfdan Camisa Blanca la ha matado antes de abandonar la tienda.

Tomé aire a trompicones sin poder contener las lágrimas.

—¿Habéis matado a Bella?

—¿Habría sido mejor quemarla viva? —La mirada verdosa de Sigurd Ojo de Serpiente ardía con una ira inexplicable—. ¿No era suficiente con que el cerdo de nuestro hermano la montara?

—*Todos vosotros* la habéis violado —grité.

—Bobadas —ronroneó Bjørn Costado de Hierro—. Ni Ivar ni Sigurd ni yo la hemos tocado.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho Halfdan Camisa Blanca?

—Porque —bufó Sigurd— le trae sin cuidado los compromisos que haya contraído, y eso a pesar de todas sus charlas sobre el honor. No es justo en

absoluto que Halfdan salga bien parado después de haber roto su promesa cuando los demás la hemos mantenido.

—Puede ser —concedió Bjørn—, pero lo hecho hecho está.

—Pero ¿qué es lo que habíais acordado? —pregunté alterado—. ¿No teníais que llenar a Bella de vuestra hombría?

—Por supuesto —respondió Sigurd Ojo de Serpiente entre dientes—, siempre que Ragnar Calzas Peludas lo hubiese merecido.

—¿Qué quieres decir? ¿No habéis venido para vengar a vuestro padre?

—No hemos venido a lavar la imagen de ese viejo miserable.

El conde de la barba negra dio media vuelta y retornó con paso firme a la fortaleza circular. Me di cuenta de que muchos otros habían abandonado también el lugar. La función había terminado. En el campamento les esperaban la comida y el hidromiel del funeral.

—Con independencia de nuestra opinión sobre papá —dijo Bjørn Costado de Hierro antes de seguir sus pasos—, no van a cambiar nuestros usos y costumbres. Tendrás que convivir con ellos si quieres ser uno de nosotros.

—¿Por qué no me contaste lo que iba a pasar? —pregunté a Hastein una vez que estuvimos a solas. Su mirada irradiaba mala conciencia.

—No contaba con que fueras a sobrevivir tanto.

La ira se esfumó en cuanto le comprendí. Si yo iba a morir, prefería ahorrarme el dolor de conocer el destino de Bella.

—¿Por qué era tan importante que Bella fuese virgen? —pregunté.

—La magia funciona mejor si la muchacha está intacta. Pero eso es evidente. No había nada más que decir. Juntos contemplamos las llamas en silencio.

—¿Vienes, Rolf Lenguaraz? —preguntó intentando animarme—. A lo mejor encontramos entre la servidumbre una muchacha sobre la que puedas abalanzarte.

Moví pesadamente la cabeza para rechazar su ofrecimiento bienintencionado. Intuyó mi pena y se retiró sin una palabra, para que yo pudiera estar solo.

Había abrigado la esperanza de salvar a Bella una vez formara parte del círculo de los nórdicos. No supe ver el peligro que se cernía sobre ella. Su destino cruel me hizo caer de rodillas en el brezo del páramo. Por una vez no pensé ni un instante si podía haber serpientes. La tarde helaba mi espalda

mientras daba rienda suelta al llanto con el rostro vuelto hacia las llamas. El calor evaporaba las lágrimas de mis mejillas.

Los hijos de Calzas Peludas debían de haber hecho creer a Bella que sobreviviría al funeral para así lograr que participase en el grotesco ritual. Otra mentira más. Los animales feroces de los países nórdicos estaban llenos de ellas.

Atribulado, vagaba yo entre las tiendas del campamento a la luz de las diversas hogueras, henchido de odio contra los nórdicos y sus primitivas costumbres paganas. Acababa de comprender que era un extranjero entre extranjeros: un gato en una perrera más que un lobo de una manada. En cualquier momento podía ser desollado por un bárbaro que me dejaría agonizando en la oscuridad. Estaba más seguro en mi cárcel.

Busqué el camino a mi cobertizo de prisionero, pero lo hallé derribado y las maderas reunidas en una enorme hoguera. Habían descuartizado los cuatro caballos sacrificados, dejando arder sus huesos y entrañas sobre la pira funeraria mientras la carne se asaba allí en parrillas sobre el fuego. Los hombres se relamían y chascaban la lengua ante esa delicia.

Asqueado, subí al terraplén desde donde miré a través del páramo crepuscular en dirección al túmulo que estaban erigiendo sobre las cenizas de la pira funeraria de Ragnar Calzas Peludas. Los siervos trabajaban concentrados en amontonar turba en una gigantesca pila alrededor del palo de mástil carbonizado.

Un par de millas más allá podían verse las luces del campamento sajón. Empezaba a considerar unirme a ellos cuando otro destello en el páramo llamó mi atención. Era un reflejo de luz sobre una esclava de plata. Entrecerré los ojos y vi dos figuras que se aproximaban la una a la otra. Estaban demasiado lejos para que pudiera identificarlas, pero algo me resultaba familiar en ambas. Sus siluetas se destacaban nítidas sobre el fondo luminoso del campamento sajón.

En ese instante oí detrás de mí la voz de Bjørn Costado de Hierro.

—Me acabo de acordar de una canción que conozco. Trata acerca de un

campesino que se marcha en una expedición vikinga y jamás regresa a su hogar.

Me escondí acurrucado en el lado externo del terraplén. El cuerpo poderoso del gigante de barba gris salió vacilante de la oscuridad sujeto por Hastein, quien jadeaba bajo el peso.

—Preferiría montar a una sirvienta que escuchar tu palabrería —dijo el joven mientras se apartaba el flequillo.

—¿Llamas palabrería a mi bello canto? —gangueó Bjørn—. Te mereces una manta de palos, así aprenderás a tener respeto.

Se liberó soltando un puñetazo con su manaza. Si hubiera alcanzado a Hastein, le habría dejado para el arrastre, pero éste se zafó hábilmente y Costado de Hierro cayó redondo sobre la hierba. El gigante estaba tan borracho que no podía ponerse en pie.

—¡Ayúdame a levantarme para que pueda darte una tunda!

—Creo que voy a dejarte ahí tumbado un rato.

—¡Te voy a arrancar las piernas, pedazo de golfo!

—Estás bien donde estás. —Hastein se sentó en la hierba fuera de su alcance—. Déjame ahora escuchar tu canción.

Bjørn Costado de Hierro empezó a cantar la letra ininteligible de una confusa melodía. La cadencia se interrumpía y carecía de regularidad, la voz era grave y gangosa. Hastein intentaba seguir el ritmo palmeando con la mano abierta contra su muslo. Yo contemplaba la desigual pareja asombrado. Acababan de asesinar a una joven inocente. ¿Cómo eran capaces de cantar y divertirse?

No reparé en los ligeros ruidos que procedían de la oscuridad a mis espaldas hasta que dos figuras se lanzaron sobre mí. Mi grito estrangulado se ahogó en la palma de una mano sucia. En medio de una maraña de brazos y piernas rodé junto a mis agresores por la cara exterior del terraplén para acabar en el foso entre tallos puntiagudos. El peso de los dos hombres juntos me obligó a quedarme tumbado. Uno de ellos me mantenía quieto con una rodilla contra mi caja torácica y una mano en el pescuezo. Más sorprendido que asustado miraba hacia las siluetas que se dibujaban contra las estrellas. Una mano me palpaba el pecho, halló el cordón de cuero alrededor de mi cuello y sacó el colgante.

—Una caña de junco —constató una voz—. Es él.

La luna fulguró con frialdad en una hoja de cuchillo. Yo ya había aceptado mi destino. La muerte sería un regalo, la ausencia de elecciones y dilemas, una

liberación de las penas y miserias. Sólo cuando me di cuenta de que el hombre hablaba en sajón, reaccioné.

—Sujétalo fuerte —dijo el otro cuando comencé a patalear—. Yo le agarro por los pies.

El cuchillo se apretaba con mayor empeño contra mi garganta. Si la intención de los sajones hubiera sido matarme, ya estaría muerto. Tenían algún otro propósito. Empezaba a sospechar cuál era mientras me arrastraban por el páramo.

De golpe desapareció el frío metal de mi cuello. El que sujetaba mi tronco me dejó caer. La explicación era simple: había perdido la cabeza. En su lugar, un surtidor oscuro salía del gollete. Pestañeeé cuando la sangre me regó el rostro. Entretanto, el otro soltó mis piernas. Exhaló un estertor inarticulado. Su cuerpo inerte cayó pesadamente sobre el brezo.

—Me debes la vida, Rolf Lenguaraz.

Bajo el indomable flequillo rubio, Hastein me sonreía desde arriba. Secó su espada para limpiarla de sangre en una de las sayas de los muertos. Luego miró la hoja y prosiguió:

—Agradéceselo a Enviudadora. No hay muchas hojas que puedan cortar cuello y espinazo de un solo tajo.

—¿Enviudadora? —repetí.

—Una buena arma tiene que tener un nombre. Una espada bien forjada posee alma y canto propios. —Blandió a Enviudadora, que atravesó la noche silbando—. Y cada vez que prueba la sangre se fortalece porque absorbe la energía de los muertos. Estos dos pelagatos no parecían gran cosa. Apenas si servían para subyugar a un debilucho como tú.

—¡Hastein! ¡Haaastein! —se oyó una voz gangosa.

—Es Bjørn Costado de Hierro, que vocea.

Mi salvador sonrió ignorando los gritos en el otro lado del terraplén de la fortaleza circular.

—No te debo la vida —dije mientras me ponía en pie—. Los hombres hablaban sajón. No habían venido a matarme.

—¿Qué querían entonces?

—Secuestrarme. El rey Ælla reparó en mi caña de junco. Y es por lo que me reconocieron mis raptos.

—¿Por qué ibas a interesarle al rey sajón?

—Querrá saber qué sucede en el campamento. Lo que los hijos de Calzas Peludas planean. La razón por la que todos estáis aquí.

Hastein reía y se golpeaba regocijado el muslo.

—En ese caso puedes agradecerme haberte evitado la tortura.

—¡Haaastein! —se oyó de nuevo desde la fortaleza—. Que vengas te digo. ¡O te doblo por la mitad para cagar en el chillido de tu boca!

—Ayúdame a velar por Bjørn —dijo Hastein.

—¿Se encuentra en apuros?

—No, pero cuando ha bebido tanto que se pone a cantar, no es raro que llegue a ser peligroso.

Se levantó y comenzó a regresar hacia la fortaleza. Me quedé de pie observando los cadáveres de mis agresores.

El rey de Northumbria había decidido por mí. No tenía más elección que permanecer con los nórdicos y hacer todo lo que me fuera posible para llegar a ser como ellos.

—Una escuadra es dentro del ejército un grupo de guerreros que se conocen muy bien entre sí.

Bjørn Costado de Hierro apretó los ojos gris pálido para mirar sobre el páramo. Doscientos pasos más allá, la montaña de turba del reciente túmulo sobresalía como un bulto en el paisaje. Desde su cúspide se erigía hacia el cielo el tronco carbonizado.

La noche había sido larga, pues Bjørn no era de esos que caen rendidos por la embriaguez. Cantó durante casi una hora hasta que la llantina tomó el relevo. Después dijo gangoso que sabía perfectamente que no le gustaba a nadie en el mundo, aunque había esperado algo más de Hastein y de mí. Ahora, nuestra conducta vergonzosa revelaba que lo despreciábamos tanto como el resto; pero lo íbamos a lamentar una vez que nos pillara por banda. Tenía lágrimas en la barba y el moco le caía mientras hablaba.

Hastein dijo con aire de entendido que cuando su mentor empezaba a llorar no solía mantenerse despierto por mucho tiempo. Y fue así. Dejamos al gigante de la barba gris yacer sobre la hierba porque nos habría sido imposible trasladarlo de nuevo a la tienda.

—Los hombres en escuadra usan diversos tipos de armas.

Al día siguiente, la voz de Costado de Hierro volvía a sonar plana e impasible. Había enseñado el arte de la guerra a otros prometedores mancebos y no hacía esfuerzos extraordinarios por mi causa.

—A la cabeza se coloca el que sujeta el escudo para protegerse del ataque. Lleva un puñal, un sax, con el que pinchar bajo el escudo del enemigo. De ese

modo puede desgarrar el diafragma del oponente más próximo. Un hombre que sea alcanzado en la horcajadura no sujetará por mucho tiempo su escudo.

Bajo nosotros, sobre el brezo pisoteado del páramo, se hallaban dos filas de hombres enfrentados entre sí con los escudos a la altura de la cara.

—Detrás del que sujeta el escudo está su compañero con un hacha de mango largo —prosiguió Bjørn—. Se utiliza para insertarla en el borde superior del escudo del enemigo y llevarlo hacia abajo de forma que otros puedan clavar ahí dentro las picas. Un enemigo con una lanza en el hocico no puede seguir luchando.

Las dos filas de portadores de escudos se acercaban lentamente la una a la otra. El lado derecho de cada escudo redondo cubría una parte del siguiente en la fila, de manera que el muro de escudos constituía una barrera firme y flexible al mismo tiempo.

—Dicen que acompañabas a tu padre cuando saqueó París.

Había querido preguntarle por ello a Bjørn Costado de Hierro desde el momento en el que supe quién era. Al fin reuní fuerzas. Podía haberlo hecho antes con éxito. El gigante de la barba gris no tenía nada en contra de hablar acerca del saqueo de París pues no pensaba que esta hazaña tuviera algo de particular.

—Cuando yo me acercaba a los treinta y mis hermanastros no eran más que unos mocosos, nuestro padre decidió investigar si Carlos *el Calvo* era un emperador tan grande como su abuelo, el Carlos al que todos siguen denominando «el Grande». ¡Adelante! Ahora viene el ataque.

El bramido de múltiples voces se elevó sobre el páramo. Los escudos chocaron con estrépito. Aunque sólo fuera un ejercicio, los hombres combatían con violencia. Veía cómo sudaban y la dureza del combate, la lucha por mantener juntos los bordes de los escudos a pesar de la presión. Como Bjørn había dicho, los hombres de la segunda y tercera fila rivalizaban por insertar los golpes de hacha o lanza. Durante los primerísimos instantes de la contienda cayeron al menos veinte hombres. A pesar de que las armas romas eran de madera y no podían herir gravemente a nadie, los «heridos» permanecieron tendidos sobre la tierra. Los agujeros que los caídos habían dejado en el muro de escudos fueron rellenados enseguida.

—En una batalla real los muertos y heridos no pueden moverse del lugar.

Los combatientes deben pasar por encima de ellos. Más de un combate se ha ganado porque hubo hombres que tropezaron con sus propios muertos. — Costado de Hierro señaló a un grupo que permanecía unos pasos por detrás de la escuadra—. Al final se sitúan los arqueros. Si logran acertarle a un número suficiente de oponentes, pueden también dar un giro a la batalla.

—¿Y París? —pregunté.

Bjørn Costado de Hierro suspiró como si el tema le aburriera mortalmente.

—Papá y yo nos dirigimos hacia el sur con ciento veinte barcos. Sólo hay una semana de navegación desde Jutlandia hasta la desembocadura del río Sena. Cuando remontamos el río vimos que la ciudad se ubicaba sobre una gran isla y no estaba especialmente fortificada. Pero al mismo tiempo llegó el ejército del emperador Carlos. Los francos se dividieron situándose a ambos márgenes y presentaron combate. Accedimos a sus deseos atacando la más débil de sus dos tropas. Así logramos hacernos con ciento once prisioneros que ofrecimos de inmediato a Odín sobre una pequeña isla en el río desde la que todos podían vernos. Pusimos a los hombres en cruces y los dejamos colgando hasta que murieron. Los supervivientes captaron el mensaje y huyeron hacia el norte, de manera que teníamos París para nosotros solos. Por desgracia, todo ese barullo alertó a la población, que huyó con la mayoría de sus objetos de valor.

—Entonces, ¿os volvisteis a casa sin tesoros?

—No hubo prácticamente reliquias y cálices de plata, pero el emperador Carlos, al no saber cómo actuar, nos pagó para que abandonáramos su país. — Costado de Hierro resopló con desdén—. Papá rio bien fuerte cuando le ofrecieron cinco mil libras de plata, y subió el precio hasta siete mil. Fue Ragnar Calzas Peludas el que inventó lo que vosotros los sajones llamáis el impuesto danés. Intencionadamente repartió el rescate entre la tripulación. Al regresar a Jutlandia, todos los guerreros que habían estado allí fueron contando a lo largo y ancho la enorme abundancia de cosas valiosas que había en el reino de los francos y la cobardía supina de sus habitantes. Así que no pasó mucho tiempo antes de que todos los jóvenes con afán aventurero se dirigieran hacia el sur para hacer fortuna. Papá jamás decía no cuando le pedían que liderara campañas, pues él se sentía mucho más a gusto en su barco que en el palacio, donde se aburría soberanamente.

Sobre el páramo volaban las flechas con puntas esféricas y lanzas que no

eran sino mangos lastrados. Uno de los muros de escudos obligaba al contrario a retroceder poco a poco. Como Bjørn había dicho, los hombres así presionados tenían que pasar a horcajadas por encima de sus propios heridos. Con un bramido arremetió la parte ganadora, logrando que sus contrincantes tropezaran y huyeran perseguidos por ellos. Después de unos veinte o treinta pasos, la huida se disolvió entre risas. Los perdedores regresaron para dar manotazos en la espalda a los vencedores. Reconocí el largo flequillo de Hastein. Me vio sobre el terraplén y alzó el casco. Sonriendo le devolví el saludo.

—¿Ya ardes en deseos de acompañarlos? —ronroneó Bjørn Costado de Hierro.

—¿Yo? —Miré hacia arriba—. No sé muy bien cómo voy a apañarme.

—Eso no lo sabe nadie hasta que no está en una escuadra. —Me agarró para llevarme terraplén abajo—. Todo ese interés que muestras por todo lo que se refiere a la guerra y el saqueo, sólo a la fuerza podría quedarse en el plano teórico. Si eres afortunado, te alzarás sobre la contienda.

—¿Alzarme sobre la contienda? —repetí.

—Ese estado que alcanzas cuando el combate es más duro. El momento en el que tus amigos y tú lucháis como si fuerais un solo ser; tomas distancia para tener una visión de conjunto, los acontecimientos se ralentizan mientras te sientes invencible y más rápido que los que se hallan a tu alrededor. —El gigante por lo general impasible hablaba ahora con un afán casi infantil—. Puedes llegar a alzararte sobre la contienda bebiendo la suficiente cerveza de alta graduación o hidromiel, o comiendo esponjas. Pero lo mejor es cuando viene de forma natural. Entonces parece que flotes, y no notas las heridas ni el cansancio o la sed. En ese instante sabes cómo se siente un dios.

A los oídos de un cristiano esta manera de hablar sonaba blasfema, pero también sobre esa cuestión los nórdicos pensaban de forma diferente. Bjørn señaló hacia el área de entrenamiento donde dos nuevos muros de escudos se disponían a reagruparse. A pesar de las armas romas era manifiesto que los heridos estaban magullados. Cojeaban y parecían doloridos. Además, no todos llevaban su resaca con la misma compostura que Costado de Hierro, un par de ellos tuvieron que donar el contenido de su estómago al brezo del páramo.

—Puedes ponerte al lado de Hastein. Yo me colocaré frente a ti.

—Antes preferiría ver a distancia un poco más cómo funciona todo —objeté.

—Bobadas. Si quieres ser uno de nosotros, tendrás que hacerte valer. — Bjørn se detuvo con mi brazo encerrado en su manaza—. Mira, te he estado vigilando. He notado cómo nos observas. Tienes el instinto de un animal, pero reflexionas sobre lo que ves y oyes, lo cual te hace vacilar. Si no eres capaz de actuar, sucumbirás rápido durante el combate. Así que ha llegado el momento de actuar o sucumbir, Rolf Lenguaraz.

El gigante de la barba gris me había enredado en sus palabras poniéndome ante una prueba a la que no podía sustraerme. Lo seguía contra mi voluntad al lugar donde se hallaban los guerreros cuando nos detuvo una voz a nuestras espaldas.

—¡Bjørn! —Ivar Sin Piernas venía a nuestro encuentro por el portón del terraplén circular—. Necesito a Rolf.

—Estaba a punto de colocarlo en una escuadra, así tendrá algún rasguño que enseñar esta noche junto al fuego.

—Quizá más tarde. —El conde de la barba roja hizo gestos para disuadir a su hermano mayor—. Sígueme, Rolf.

Acompañé a la figura que cojeaba a través del campamento, donde sólo parecían quedar vivos siervos y caballos. Se podía pensar que una epidemia letal había asolado las numerosas tiendas tan próximas entre sí. La mayor parte de los innumerables guerreros nórdicos dormían para expulsar del cuerpo la embriaguez de los últimos diez días. Un coro de ronquidos zumbaba a nuestro alrededor.

Mientras caminábamos constaté para mi sorpresa que no me sentía aliviado por haberme librado de la prueba de Bjørn Costado de Hierro. Sus palabras habían calado en mí. Él llevaba razón. No tenía confianza en mí mismo y eso me hacía vacilar. Era justo lo contrario de la cualidad que me atraía de los nórdicos y que yo ambicionaba. Sabía que sólo era cuestión de tiempo que yo llegara a demostrar mi valía.

Me detuve junto al portón situado en el extremo opuesto de la fortaleza. Cien pasos más allá esperaba una pequeña tropa de guerreros sajones. Dos sacerdotes con la cruz al cuello y la coronilla rasurada acompañaban a los soldados con el estandarte de la cruz blanca sobre fondo negro. Bajo la lona tensada se hallaba el rey Ælla solo.

—Después del funeral de Ragnar Lodbrog —dije—, dos hombres intentaron

secuestrarme. Hablaban sajón. Creo que eran hombres del rey Ælla.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

Me sentía abochornado.

—¿Te avergonzaba? —Ivar Sin Piernas asintió—. Es comprensible, pero por fortuna Hastein es más comunicativo. En caso contrario a lo mejor no me habría parecido imprescindible que hoy me acompañaras. Y puede que siga siendo útil dejar creer al rey Ælla que no entiendo su lengua.

El rey sajón llevaba bajo el brazo su casco con bordes de plata. El viento zarandeaba su pelo oscuro. Se rascó la perilla mientras penetrábamos en la sombra de la lona.

—Pregúntale dónde se encuentra hoy su *ealdorman* Osbert —dijo Ivar.

El rey Ælla respondió que Osbert había partido hacia el norte. La alianza entre los dos candidatos a monarca de Northumbria no había durado demasiado.

—¿Has examinado el cadáver de tu padre? —tradujo la pregunta del rey Ælla a Ivar Sin Piernas, quien como respuesta asintió una sola vez con la cabeza.

—Y lo has enterrado en paz —constató el rey.

Ivar Sin Piernas volvió a asentir.

—De manera que tanto tus hermanos como tú habéis comprendido que vuestro padre murió de muerte natural y que no podéis reprocharnos nada ni a Northumbria ni a mí por ello.

Esta vez, Ivar Sin Piernas calló un largo rato. Cuando por fin habló, se le oía cansado y como si hubiera renunciado. Sus ojos verde azulado estaban despiertos como siempre.

—Rey Ælla, mis hombres y yo nos hemos convencido de tu inocencia. Aquellos que sólo buscan el saqueo se dirigen ahora hacia Mercia donde los monasterios abundan, las tierras son más ricas y las gentes menos guerreras. En cuanto a mí, quiero pedirte un favor.

Apenas podía creer esas palabras mientras las traducía. ¿Quién había oído alguna vez a un nórdico pedir en lugar de tomar? También el rey Ælla vaciló antes de indicar con un movimiento afirmativo que Ivar podía continuar.

—Deseo —dijo Ivar— afincarme aquí en Northumbria con mis domésticos. Es una exigencia modesta. Sólo necesito el terreno que pueda cubrir una piel de buey.

Una leve sonrisa se dibujó en una de las comisuras del rey Ælla mientras escuchaba mi traducción.

—¿Ya no vivirá el conde Ivar en su patria? —preguntó.

Ivar Sin Piernas inspiró el aire por la nariz, lo retuvo un instante y luego explicó:

—Jutlandia fue una vez un reino independiente bajo el rey Hring. Pero cuando mi hermano mayor Bjørn era todavía un niño, un conde llamado Harald Klak robó el trono y estalló la guerra. Las gentes de Selandia se enfrentaron a Harald Klak mientras que los jutlandeses lo apoyaron. La batalla redundó en beneficio de los isleños, y su rey, llamado Horik, subyugó todo el territorio danés. Pero el rey Horik no toleraba a los que respaldaron a Harald, de forma que media generación de hombres jóvenes fueron proscritos. En sus barcos marcharon junto a nuestro padre y descubrieron que los países que estaban al sur eran mucho más ricos que su patria. Después de haber saqueado todo el camino a lo largo de las costas frisias y del reino de los francos, retornaron a casa con un cuantioso botín jactándose de ello por dondequiera que fueran. Ganaron renombre y congregaron hombres en torno a sí, sin que ya nadie prestara oídos al rey, sino sólo a los rumores de las riquezas que podían ganarse en campaña. El reino se desmoronó y en el territorio danés reina ahora la discordia. Sólo vale la ley del más fuerte, de forma que ha dejado de ser un lugar donde se pueda levantar una familia.

Me llevó bastante tiempo traducir todo y hube de preguntar varias veces por ciertos detalles, que Ivar Sin Piernas aclaró sin perder la paciencia. Eso le dio margen al rey Ælla para pensar su respuesta, que fue una pregunta.

—¿Por qué habría de creer que tienes intenciones pacíficas? ¿Por qué habría de permitir que un pagano se afincara en mi reino?

—Para empezar, no puedes impedirlo —respondió Ivar con sinceridad—. Pero si lo hago contra tu voluntad, sólo conseguiré discordia, y como he dicho, de eso tengo de sobra en mi tierra. En segundo lugar, te protegeré de mis hermanos. Y en tercero, te ayudaré a combatir a otros nórdicos que vengan a tu reino. Pues puedes estar seguro de que vendrán, su alteza, porque en territorio

danés no faltan hombres dispuestos a lanzarse sobre Wessex, Mercia y Anglia Oriental como lobos sobre un rebaño de ovejas. Sin embargo, la fama de mi padre los mantendrá alejados de tu país cuando se conozca que su hijo lo defiende.

Toda esta argumentación daba por sí misma buenas razones, pero fueron las palabras «su alteza» las que convencieron a Ælla. Muchos creen que los reyes son más sabios que los demás y por eso sucumben menos a la adulación. Pero eso sucede en raras ocasiones, la prueba está en que el cierre de Ivar Sin Piernas barrió los restos de duda de Ælla.

—Además, deseo hacerme cristiano.

—¿Es eso cierto? —pregunté mientras permanecíamos mirando cómo el rey Ælla con la espalda recta regresaba a través del brezo a donde se hallaban sus acompañantes. Éste había prometido cumplir lo que solicitaba el conde de la barba roja con la condición de que toda su guardia entregase las armas.

—¿Qué es cierto? —preguntó Ivar Sin Piernas distraído.

—Que reine la discordia en tu país por causa de la riqueza que tu gente ha ganado en las campañas.

Ivar sonrió contemplando la escolta del rey sajón.

—Bueno, tampoco ayuda la voraz falta de mujeres y el hecho de que las más bellas se hallen alrededor de los grandes señores. ¿Qué ocurre entonces con los jóvenes que no pueden tener una esposa porque todas las mujeres o están casadas o son concubinas de un gran señor?

Me acordé de Hastein y vacilé sólo un instante.

—Ellos mismos sentirán el afán de acumular bienes para convertirse en grandes señores y así lograr una esposa, además de concubinas con las que yacer.

—Exacto. Luego podrás suponer que no fue difícil reunir hombres para vengar a Ragnar Calzas Peludas. Cualquier alfeñique soltero en territorio danés sólo espera una disculpa para marcharse. Todo eso comenzó con papá.

—¿Con su asalto a París?

Era la primera vez que oía a Ivar Sin Piernas reír. Una risa clara grandiosamente humana, un sonido soleado de jovialidad despreocupada que se

detuvo demasiado pronto.

—Has hecho lo que has podido para conocer nuestra estirpe —constató—. ¿Quién te cuenta todas esas cosas?

Me encogí de hombros y sonreí modestamente. No era necesario que supiera que había oído la historia precisamente a su hermanastro mayor.

—Pero tienes razón —prosiguió—. Cuando papá dividió el botín de París con tanta generosidad no fue sin un propósito. No pasó mucho tiempo antes de que rivalizara con Horik y comenzara a llamarse rey de Jutlandia. No obstante, ser rey significa algo más y distinto que congregar hombres en torno a uno. Desde luego, papá ganaba en astucia a la mayoría, pero no se preocupaba demasiado por sus súbditos, y muy a menudo estaba en alguna campaña. Si se mantuvo en el poder fue porque mamá gobernaba el reino mientras él se hallaba fuera.

Aslaug era aún una mujer poderosa, cuya existencia entre los nórdicos no podía sino sorprenderme. Entretanto, el rey Ælla había llegado hasta su comitiva de sacerdotes y empezaba a contarles la conclusión del encuentro.

—Pero no querrás ser cristiano, ¿verdad? —pregunté.

—Una religión es igual de buena que otra. Salta a la vista que tú opinas también así.

—Creo en los dioses verdaderos —dije con firmeza, aunque no estuviera seguro.

—Te honra el hecho de que habiendo crecido aquí entre los sajones te hayas resistido a su falsa religión. ¿Quizá algún día confíes lo suficiente en mí como para contarme cómo fue eso?

No respondí, pues no había nada que yo deseara más que la confianza de Ivar Sin Piernas. Era en mí mismo en el que no creía lo suficiente como para decir la verdad. Mi expresión contenida hizo que finalmente Ivar Sin Piernas se encogiese de hombros.

—En cualquier caso conoces sus usos —dijo.

Yo conocía más de los usos cristianos de lo que en aquel momento me gustaba pensar, y asentí en silencio.

—Entonces también sabrás —prosiguió— que los monjes aman la comida y el vino, así como los sacerdotes el dinero y el poder. Pero que no hay cosa que regocije más a un cristiano que el que un pagano se deje convertir.

Callamos contemplando al rey Ælla y su comitiva. La noticia de la conversión del conde de la barba roja les hizo dar gritos de alegría y palmotear. Los sacerdotes bajo el estandarte prorrumpieron de manera espontánea en un canto de alabanza.

PRIMAVERA DE 865

El hermano Jarvis es pequeño, encorvado y muy bienquisto entre los monjes del monasterio por su risueña y abierta sabiduría del mundo. Va al encuentro de cualquiera con una sonrisa amable, también me sonrío a mí mientras subimos juntos la pendiente en el interior de la empalizada del monasterio.

—Un otoño caluroso preludia un invierno frío —dice entrecerrando los ojos por el agresivo sol de septiembre, y las arrugas en torno a su viva mirada resplandecen sobre sus mejillas.

—¿Es ésa la voluntad de Dios? —pregunto.

La risa del hermano Jarvis es como el chorro de un manantial a la sombra de grandes robles.

—Se trata más bien de una observación y no de una cuestión acerca de la voluntad de alguien —responde—. La de Dios o la de otros.

Jarvis es un hermano lego y, si bien es creyente, no siente demasiada inclinación a atribuirle a Dios la responsabilidad de cualquier suceso o casualidad como los monjes. No ve ninguna razón para invocar al Altísimo en todo momento. Ése es uno de los motivos por los que paso el máximo tiempo posible con él.

Desde la cima de la colina donde se sitúa el monasterio se ven en derredor las tierras bajas: desde los campos al sur hasta las colinas de bosques en el norte. Los monjes se encargan escrupulosamente de talar los árboles nacientes que puedan impedir la visibilidad y permitir acercarse a extraños sin ser vistos. En infinitos matices de verde, amarillo y marrón, la Northumbria del rey Osbert se extiende por todos lados en torno a nosotros.

La campana comienza a repicar extendiendo su sonoro aviso por el territorio. El hermano Jarvis mira hacia el campanario que domina el portón de entrada.

—El hermano Waltheof parece querer llamar nuestra atención sobre los oficios vespertinos que tendrán lugar en breve —suspira.

—Aleluya —digo agachando la cabeza bajo el vano de la pequeña puerta tras haber bajado los diez peldaños que conducen a la despensa del sótano, donde reina un frío seco, como en un día de invierno.

Voy hasta la sólida mesa de roble que ocupa el espacio central del lugar en penumbra y aparto el paño blanco que cubre el cadáver. Jarvis y yo contemplamos juntos al escribiente del abad Æthelbert. Su nombre era Offa. Había sido el sostén del abad en todos esos momentos que implicaron difíciles decisiones.

—Es una lástima que nosotros tengamos tanto que hacer —dice el hermano Jarvis.

—Dos veces aleluya —digo sonriendo.

Los monjes delegaban gustosamente el desagradable cometido de preparar a los muertos del monasterio para la inhumación a Jarvis, quien me había designado su ayudante. He ido logrando un profundo conocimiento del tratamiento y embalsamamiento de los cadáveres al tiempo que no siento desasosiego junto a los muertos.

A mi llegada al monasterio, el hermano Jarvis me pareció tan viejo que no merecía la pena tomarse la molestia de conocerlo. Con cuarenta y tres años era la persona de mayor edad con la que yo me había topado alguna vez, su pelo tupido que llevaba corto ya estaba blanco. En ese momento no sabía lo que influía la cómoda situación de los monjes en su esperanza de vida, de manera que estaba convencido de que pronto abandonaría este mundo. Durante las frenéticas primeras semanas, en las que todo era novedad, Jarvis pasó a formar parte del fondo, mientras que otras cosas (la abundante comida, las prolongadas misas, la gran cantidad de rostros nuevos) me causaron una impresión muchísimo mayor.

Ahora, casi cinco años más tarde, somos como padre e hijo.

Se oyen leves pasos en la escalera que conduce al sótano. Selwyn, el hermano escriba, aprieta sus ojos miopes en la penumbra cuando llega al último

peldaño.

—Vísperas, hermano Jarvis —dice con un tono de santo reproche en la voz.

Jarvis endereza su espalda y sacude el rostro arrugado de un lado a otro como si hubiera percibido un zumbido apenas audible.

—¡Vísperas! —repite el hermano Selwyn alzando la voz. Su mano pálida manchada de tinta me hace señas—. También tú, Wulf. Vamos.

—Oh, gracias por ofrecerte, hermano Selwyn —dice Jarvis sonriendo—. Necesitamos verdadera ayuda si queremos tener listo al hermano Offa para el entierro de mañana.

El escribiente había sido hallado muerto en su cama en estado de rígor mortis dos días antes. Ahora que ya se podía trabajar con él, pero no teníamos mucho tiempo para lavarlo y prepararlo antes de que empezara a oler y representara una abominación a los ojos del Señor.

—No quiero tener nada que ver con los muertos —dice Selwyn.

—Acércate de una vez y a la tarea, hermano.

La sordera de Jarvis es una opción más que un impedimento. Lo utiliza para defenderse de los deberes incómodos. Puesto que todos lo consideran un vejete inofensivo, se muestran indulgentes con sus rarezas.

El hermano Selwyn mira el cadáver, se estremece y renuncia, apresurándose a regresar escaleras arriba. Más monjes aparecen junto a la baja puerta del sótano para continuar subiendo hacia la iglesia sin dedicar atención alguna ni al cadáver ni a nosotros.

Aunque al principio me resultó difícil someterme a las estrictas normas del monasterio y la monotonía del día a día, pronto me di cuenta del beneficio que suponen las bendiciones de la erudición. A la edad de catorce años podía leer y escribir, además de haber aprendido muchas otras cosas, desconocidas para mí cuando vivía con mi madre en el bosque. Mi gran problema había sido el latín. Medio año después de mi llegada me di cuenta del sentido de esa lengua singular. Durante las primeras horas de una tarde en que el hermano Jarvis y yo nos encontrábamos en el edificio principal sentados en el scriptorium con sus seis pupitres, me contó el ladino apaño que los monjes tienen con su dios.

Todos los cristianos nacen pecadores porque así lo ha determinado por

insondables razones el Cristo Blanco. Por eso creó el infierno, adonde van sus adoradores cuando mueren, y donde arden más o menos tiempo según lo virtuosa que haya sido su vida. La estancia se puede acortar si alguien en la vida terrena reza por la redención de los torturados. Pero dado que muy pocos campesinos tienen tiempo para estar rogando continuamente por sus deudos, los monjes asumen con gusto ese deber. Naturalmente por una modesta suma. Aquí entra en juego el latín, porque el Cristo Blanco se siente más inclinado a escuchar a un hombre santo que se dirige a él en su lengua que a un campesino que sólo habla sajón. Si se trata de alguien adinerado como un ealdorman o un thegn, puede incluso forjarse su propia salida directa del infierno: únicamente es preciso que a su muerte legue un trozo de tierra lo bastante grande a un monasterio. Por el mismo motivo es la Iglesia quien posee la mayor cantidad de terreno del reino, un hacendado más importante que el propio rey. Y los títulos de propiedad se redactan en latín.

—Aquí tenemos por ejemplo el testamento que el padre de nuestro actual ealdorman hizo redactar cuando se estaba muriendo —dijo Jarvis interrumpiendo su explicación—. Como puedes ver, legó grandes territorios a la Orden de San Cuthbert. El hijo se enfureció al enterarse y fue al rey con su queja. Pero la cosa estaba clara y el juez, por supuesto, decidió en favor del monasterio. El latín no es algo que se pueda desestimar.

El pergamino que Jarvis me había mostrado estaba lleno de signos gráficos que no me decían nada. Entendía el asunto de herencia de una manera instintiva.

—Entonces, ¿si hablo y escribo latín me libero del trabajo duro y mientras rece sigo teniendo comida?

Enseguida me arrepentí de haber formulado una pregunta tan desafortunada, pues las impertinencias de los novicios podían fácilmente terminar en unos buenos bofetones. Sin embargo, el pequeño hermano lego no compartía la tendencia a golpear de los monjes. Se limitó a gorgotear con suavidad.

—En teoría —dijo— puedes comer la cantidad que quieras hasta engordar como Merton, siempre que reces tanto como él.

La respuesta me había dado que pensar.

—Puede que prefiera darle la comida a mi madre. Sé que lo tiene más difícil

desde que no estoy yo para ayudarla a conseguir alimentos.

El hermano Jarvis afirmó con gravedad y dijo que yo era un chico espabilado, de manera que si quería de verdad ayudar a mi madre, debía ponerme a estudiar en serio el latín.

En la frialdad de la despensa del sótano donde ayudo a Jarvis a lavar el cadáver del hermano Offa, me abstraigo pensando en mamá. Me viene a ver de forma regular, aunque doce millas sea un largo viaje para tan corta visita. Pero cada vez me asegura que a ella no le importa hacer el viaje, pues en la choza del bosque, sola con las cabras, el tiempo le pasa muy lento. Una vez al mes me avisan para que acuda a la habitación de las visitas en la portería, donde ella me espera tras los barrotes de la ventanita. Un monje vigila que no hablemos de algo inconveniente, aunque no sirve de nada, porque usamos la lengua de los nórdicos que nadie comprende.

—¡Wulf! —Es la voz áspera del hermano Waltheof que me llama y vuelvo a la despensa del sótano.

Está en el vano de la puerta que el hermano Selwyn ha abandonado hace un momento. Su coronilla casi roza el marco. El cuerpo magro bajo la negra caída del manto se agita impaciente como si algo le picara. Su enorme mano me indica que me acerque.

—Necesito a Wulf aquí —dice el hermano Jarvis.

Ambos sabemos que al hermano Waltheof hay que manejarlo sin rodeos, a diferencia de los demás habitantes del monasterio. El monje adopta una expresión obstinada en su hocico bocudo.

—Y yo lo necesito en los oficios —dice Waltheof.

—¿Para qué? —pregunto.

—Compañía.

Al hermano Waltheof le gusta entretener el aburrimiento durante las misas con un joven al lado cuyo muslo pueda notar. Waltheof nunca ha ido más allá, pero sus poderosas manos aferran con tanta fuerza que las marcas azuladas tardan varios días en desaparecer. Sin embargo, Waltheof se había vuelto más descarado en sus complacencias en los pocos días transcurridos desde la muerte del hermano Offa.

—¿No sufriría el abad Æthelbert una fuerte conmoción —sonríe con dulzura el hermano Jarvis— si supiera de tu interés por los muslos de los novicios?

—El abad Æthelbert es tonto de baba —bufa Waltheof.

—Y un hombre muy piadoso —prosigue Jarvis— que desea lo mejor para todos y conoce los escritos sagrados mejor que ningún otro.

—Eso es todo lo que conoce. Si no hubiera sido por Offa, hace mucho que este lugar habría sido dejado a los perros, como dice el Redentor.

—Y si no hubiera sido por Offa —responde Jarvis—, habrías tenido a tu cargo, querido Waltheof, el dormitorio de los novicios en lugar de dormir tú solo en la portería. ¿No es cierto?

Waltheof suelta una risita breve y amarga. Gargajea para escupir al cadáver de la mesa. La pella de color amarillo pálido no alcanza su objetivo, sino el suelo de tierra apisonado del sótano.

—Ahora que Offa está muerto, es de esperar que sea enmendada esa falta —dice—. El abad necesita otra persona de confianza en quien apoyarse.

Yo no acierto a comprender la lucha de poder que la muerte del escribiente concienzudo ha desatado en el monasterio. Lo único que sé es que Offa había resuelto durante media vida todos los asuntos mundanos mientras diferentes abades se ocupaban de los espirituales.

—¿Y tú desempeñarías gustosamente el puesto de hombre de confianza del abad Æthelbert, Waltheof? —pregunta Jarvis. Las arrugas resplandecen en sus ojos.

—No me imagino a nadie más idóneo —responde Waltheof enseñando sus desastrosos dientes.

—En lo que a mí respecta, me cuesta imaginar a alguien peor.

Al fin Waltheof capta el tono hostil del hermano lego. El silencio encerrado en el bajo techo de vigas se percibe de repente cargado y amenazador.

—¿He de interpretarlo como que no contaré con tu apoyo para ser escribiente en sustitución de Offa? —pregunta Waltheof.

El hermano Waltheof siempre ha ignorado a Jarvis porque hay otros hombres en la jerarquía interna del monasterio —como por ejemplo el atildado y minucioso hermano Selwyn— mucho mejor situados para respaldar sus ambiciones. El bajo estatus del hermano Jarvis y su conducta complaciente han hecho creer a Waltheof que su apoyo se daba por descontado.

—Puedes interpretarlo como que —dice Jarvis, que se levanta lentamente del escabel y endereza su espalda encorvada—, si consigues el puesto del hermano Offa, será una cuestión de tiempo que todo su buen trabajo sea destruido y el monasterio se arruine. Supondría una catástrofe para la comarca entera, que depende de nuestro apoyo en los años de mala cosecha, al tiempo que conduciría a una peligrosa corrupción de las mentes, porque tu funesta moral se transmitiría como la peste. Voy a combatir tu nombramiento con uñas y dientes. ¡Prefiero morir que verte como escribiente del monasterio de San Cuthbert!

Waltheof se queda callado con la cabeza medio calva ladeada. Ante él, el vejete, por lo común tan condescendiente, se ha convertido en una oscura figura amenazadora de mirada incisiva y un refulgir de hoguera abrasadora. Después retorna la afable sonrisa. Jarvis se hunde en el taburete y vuelve a encorvar su espalda.

Waltheof agita la cabeza como si despertase de un sueño.

—Tú verás, anciano —dice titubeando—. Pero cuando yo sea escribiente no habrá sitio aquí para otras opiniones distintas de la mía, como dice el Redentor.

—El Redentor jamás ha dicho una palabra sobre tu opinión, Waltheof.

Con un bufido, el magro monje desaparece escaleras arriba en dirección a la entrada de la iglesia.

—¿Es verdad que Waltheof va a sustituir a Offa como escribiente? —pregunto.

—No si de mí depende —suspira Jarvis, frotándose el rostro con la gastada palma de su mano para barrer el cansancio que le sobreviene—. Y es evidente que se debe a que nadie osa oponerse a él. Parece que no voy a lograr el apacible retiro con el que había contado tras una larga vida de fatigas.

Con frecuencia, Jarvis se refería a otra existencia fuera de la empalizada del monasterio. No comprendo lo que quiere decir con esas medias palabras, pero me preocupa él. Waltheof es mezquino como un mercachifle y malicioso como un viejo asno. Si consigue hacerse con el poderoso puesto del hermano Offa, nos amargará la vida a todos los que estamos contra él.

—No quiero que te busques problemas por mi culpa —digo—. Tampoco me supone daño alguno que me agarren un poco los muslos.

El viejecito sonrío indulgente.

—Si hay alguien que crea problemas es Waltheof. Sintiéndolo mucho es hora de que te vayas de aquí. Por muy diversos motivos.

Mamá no ha venido a visitarme en septiembre como cada mes. En el dilatado final del verano me he sentido intranquilo cuando fui conducido a la pequeña sala de visitas donde ella me esperaba sentada.

—¿Has estado enferma? —le pregunté.

Ella sonrió apagada y negó con la cabeza.

—En este momento la cosa está algo difícil.

—¿Difícil por qué?

Ella no parecía querer contestar. Sin embargo, poco a poco le fui sonsacando que se espaciaban mucho las visitas del hombre a la cabaña y que el dinero que ganaba ayudando a las mujeres de la aldea no le daba para comprar lo necesario para poder sobrevivir durante el invierno.

—¿Qué vas a hacer entonces? —le pregunté. Yo notaba claramente la inquietud de mi propia voz.

—Es posible que también yo ingrese en un convento.

Suspiró y miró alrededor de la pequeña sala de visitas.

—¿Y qué van a decir Odín y Thor?

—Odín y Thor tienen cada vez menos poder en este país, así que ¿por qué habría de preocuparme su opinión? —Nunca antes le había escuchado ese regusto amargo en su voz—. Dicen que las monjas regalan a las conversas una camisa blanca y les dan comida todos los días. No suena tan mal, aunque además haya que rezarle al Cristo Blanco.

Tenía bolsas bajo los ojos. En su pelo rizado se empezaban a ver rayas grises a pesar de no haber cumplido todavía los treinta. Si el hermano Waltheof no se hubiera sentado en el banco justo detrás de mí, habría alargado la mano a través de los barrotes de la lucera. Tuve que resignarme a acariciar con la mirada el rostro de mamá. La vida en el bosque era difícil, pero yo sabía que ella a duras penas encajaría en el sosegado día a día de un convento. Yo mismo me había conformado con mi nueva vida sólo porque no me quedaba otra alternativa.

—¿Necesitas unas botas nuevas?

El cambio de tema no me sorprendió, pues a mamá le agradaba poco hablar de sus miserias. Contemplé mis pies con las botas de cabra que ella me había dado el año anterior, agujereadas y parcheadas tras varias reparaciones.

—Te estoy cosiendo unas nuevas. La próxima vez te las traigo. —Me alargó una torta de pan entre los barrotes—. Toma esto. Lo he hecho con la harina que me quedaba.

—¿Ves al monje que está detrás de mí? —le pregunté.

Sus ojos vagaron por el hocico bocudo del hermano Waltheof.

—Cuando te hayas ido —le dije en la lengua de los nórdicos— me quitará el pan. No hay ningún motivo para que desperdicies con él la harina que te quedaba.

—¿Eso es lo que ha pasado con todo lo que te he dado?

La ira encendió su mirada, pero yo conseguí calmarla. Sólo el hermano Waltheof me confiscaba los regalos recibidos. Los demás monjes que se sentaban a cuidar me permitían conservar lo que ella me traía.

—¿Así que es malo? —preguntó.

—Más bien infeliz. Aquí en el monasterio no hay nadie a quien le guste Waltheof, y eso le hace malvado.

—¿A lo mejor podría lograr que Odín le echase una maldición?

—Eso estaría bien —sonreí—. Sería tu último acto pagano antes de entrar en el convento.

El hermano Waltheof se movió inquieto y dijo que el tiempo de visita había terminado. Mamá prometió regresar, pero pronto va a hacer dos meses desde aquello, tiempo durante el cual el monje magro se ha vuelto más duro conmigo, como si estuviera resentido por alguna falta desconocida. Y ahora se ha muerto el hermano Offa. Jarvis tiene razón en que ha llegado el momento de marcharse. Por muy diversos motivos.

Sorprendentemente, el abad Æthelbert aparece en la puerta del sótano. Lleva puesta su colorida casulla de entretejidos hilos dorados que refulgen con los últimos rayos de sol del día.

—Estimado abad —prorrumpe el hermano Jarvis—, solicito permiso para faltar a las vísperas.

El abad Æthelbert hace la señal de la cruz antes de acercarse a la mesa con el cadáver. Contempla en silencio a su escribiente muerto.

Cada vez que veo al abad Æthelbert pienso que se parece a un pez. No sólo a causa de su distinguido manto, cuyos reflejos inciden en el ojo igual que el brillo de las escamas mojadas, sino también por la expresión ausente de su rostro flojo sin mentón, y esa boca hacia abajo que tiembla como si fuera a decir algo que no llega a salir de sus blandos labios. Es raro verlo cuando no hay misa, incluso más sin llevar al lado al hermano Offa. Ahora que el escribiente yace muerto ante él, el abad Æthelbert parece confundido y a punto de romper a llorar.

—¿Puedo ayudar al abad? —pregunta Jarvis tomando la mano de Æthelbert.

Con una sacudida, el pez vuelve a la vida. La expresión lejana de sus ojos se centra en el encorvado hermano lego.

—Busco a Offa —empieza a decir Æthelbert.

—Pues el abad ya lo ha encontrado. —Jarvis mueve la mano en dirección al muerto.

—Sí. Claro. —El abad da pasitos en el sitio adelante y atrás.

—Por desgracia, el bienaventurado hermano Offa no está en condiciones de ayudar por más tiempo —prosigue Jarvis—. En cambio, ¿podría yo asistir al abad?

Æthelbert sonrío agradecido.

—Quisiera preguntar —musita— qué va a pasar.

—¿Con Offa? —pregunta Jarvis—. ¿O con el monasterio?

—Bueno, antes de nada —las blandas manos del abad se agitan—, con todos. Aquí no hay nadie. ¿Dónde está todo el mundo?

La boca vuelta hacia abajo se esfuerza como si le faltara el aire.

—Puede que hayan ido a vísperas —sugiere Jarvis.

Æthelbert asiente ante la sugerencia.

—Naturalmente —dice, y da media vuelta—. Entonces... —prosigue titubeando.

Jarvis señala a través de la baja cúpula de la puerta hacia la nave de la iglesia. El abad asiente, sonrío levemente, sube los diez peldaños de la escalera del sótano y continúa con animado trote colina arriba. Lo miro hasta que

desaparece en el interior del portón del enorme edificio de madera.

—El abad parece más distraído de lo normal —constato.

El hermano Jarvis contempla a su vez la iglesia, con el pensamiento en otro lado.

—Imagina que aún fuéramos capaces de construir en piedra —dice—. Esos romanos que habitaron el país antes que nosotros debían de ser gentes notables.

Cuando Jarvis está de pésimo humor, suele evitar caer por completo en poder de los sentimientos hablando de los temas que más le gustan, y uno de sus preferidos es la gente legendaria con sus espléndidos reinos perdidos.

—Los romanos —prosigue— construyeron un vasto muro de piedra mucho más al norte, que se extiende de costa a costa a través de Northumbria. ¿Te he hablado de ello?

—Sólo unas cien veces. —Sonrío.

—Sí, sí —suspira, tornándose cercano—. Ríete si quieres de un viejo y sus peculiaridades.

Comprendo la inquietud de Jarvis. No se trata del futuro del monasterio ni del glorioso pasado romano. Sino de lo que voy a hacer esta misma noche. Le agradezco que se preocupe por mí. No hay muchos otros que lo hagan.

Un coro de voces se eleva en la tarde luminosa. Nos alcanza a través de la puerta del sótano y resuena con ternura bajo el techo de la despensa. Fuera, únicamente el techado de paja de la iglesia se ve aún iluminado por el pálido sol.

—Bueno —se interrumpe Jarvis—, parece que ha llegado el momento.

Juntos bajamos la colina en dirección al portón. Ninguno de los dos dice nada hasta que Jarvis ha levantado la tranca y entreabierto una de las hojas que da al paisaje en el exterior.

—Ponte tu saya de lana —me alecciona—. Por la noche hará frío. Lo noto en los huesos.

—Sobreviviré a la helada de una noche —digo—. Regresaré antes de que alguien se dé cuenta de que no estoy.

Mi escapada coincide exactamente con la misa de San Miguel, una de las festividades más solemnes del otoño, donde las vísperas enlazan con los festejos de conmemoración de San Miguel. De los aledaños han llegado carros con gansos recién degollados, y el hermano Merton ha hecho tartas de arándanos y

pan integral de harina de cebada, avena y centeno. En el comedor del monasterio aguardan ya los enormes cestos de nueces y toneles de cerveza con las espitas listas. Ninguno de los habitantes del monasterio suele perderse la última gran festividad religiosa hasta la misa del gallo.

—Es fácil que estés fuera más de un día —dice Jarvis con la voz empañada—. Puede que incluso sea preferible que no regreses.

—¿Por qué? —pregunto sorprendido.

Los dulces ojos de su arrugado rostro me contemplan con una mirada funesta.

—He tenido un sueño —confiesa.

A menudo, los sueños del hermano Jarvis se revelan proféticos. Una vez tuvo una visión nocturna en la que una mano poderosa descendía del cielo para recoger el grano correspondiente a una carreta. Pocas semanas después, una gran bandada de gansos se abalanzó sobre el campo al este del monasterio comiéndose en menos de una hora la cuarta parte de la cosecha.

—¿Qué has soñado en esta ocasión? —pregunto.

El pequeño hermano lego agarra el portón y sus nudillos palidecen.

—Te veía de pie en el patio del monasterio llamando. Pero nadie respondía porque todos nos habíamos ido. Los edificios ardían y guerreros extranjeros venían para llevarte.

Me estremezco al imaginar la escena.

—Será sólo un sueño —digo desestimándolo—. Nos hallamos a salvo tras la empalizada. Ningún guerrero puede pasar por encima.

—Es posible —asiente con dudas—. Pero estarías más seguro en Eoforwic. Un tremendo muro de piedra rodea la ciudad. Dos ríos la protegen y hay nada menos que tres iglesias. Las calles anchas y luminosas se encuentran repletas de mercaderes. Sobre una plaza en el centro de la ciudad se erige la iglesia de San Pedro, hecha por completo de piedra y ladrillo. A lo mejor puedo convencer al abad Æthelbert para que te traslade al palacio episcopal de Eoforwic. ¿Qué te parece?

El hermano Jarvis me ha hablado muchas veces de la ciudad donde el rey pasó su juventud, pero su entusiasmo por la vida urbana nunca me ha impresionado. Muros e iglesias de piedra me resultan algo demasiado exótico como para que pueda pronunciarlos.

—No tengo nada que hacer en Eoforwic —digo—. Regresaré mañana cuando me haya asegurado de que mamá está bien.

Jarvis me abraza con fuerza al despedirse. Mientras noto su mejilla húmeda contra la mía, me sorprendo de la fuerza que aún tiene su cuerpecito encorvado. Entonces me suelta, cierra la puerta detrás de mí y vuelve a poner la sólida tranca en los soportes.

Por vez primera en casi cinco años me hallo fuera de la empalizada del monasterio y miro alrededor. En el crepúsculo, los desnudos, recién cosechados campos serpentean hasta perderse en la fría neblina. Comienzo a caminar hacia el oeste, donde el cielo aún está iluminado. Nunca he temido andar por ahí durante la noche y mantengo un buen ritmo. A medida que me interno en el bosque y reconozco el entorno aumenta mi autoconfianza. Al alba no me hallo lejos de la choza de mamá. En el límite del claro me paro en seco.

El caballete del tejado ha cedido dibujando una V contra el grisáceo cielo matutino. La puerta está descolgada. A través de la baja abertura veo los tarros de ungüentos y mixturas hechos añicos, diseminados por el suelo de tierra apisonado. De un clavo cuelgan las botas nuevas que mamá me prometió en el tardío verano. Intento imaginar qué es lo que ha podido pasar, pero mi fantasía no da para tanto. Al inclinarme hacia delante en el vano de la puerta oigo un hondo gruñido procedente del interior.

Me detengo estupefacto. Pasa un instante antes de que reconozca la peluda silueta que emerge de la oscuridad de la choza.

—¿Hrow? —prorrumpo.

TERCERA PARTE

Otoño de 866

Eoforwic era más grandiosa de lo que las muchas descripciones del propio hermano Jarvis habían logrado transmitir. A medida que nos aproximábamos, emergía entre la pertinaz llovizna el contorno de los ancestrales, rancios muros con sus aspilleras y torres, como la columna vertebral de un inmenso animal legendario que estuviese dormido.

A cada lado del portón del este se erguían dos altas torres. Desde una de ellas, ruinoso, se elevaba una densa columna de humo hacia el cielo cubierto. Al principio pensé que habíamos llegado justo en medio de un incendio, pero luego comprobamos que los guardias acostumbraban a encender una hoguera en el fondo del cilindro de piedra para calentarse.

Siete días después de la segunda reunión de Ivar Sin Piernas y el rey Ælla bajo la lona de la tienda, el conde de la barba roja hizo pública su decisión de bautizarse. En el transcurso de esa semana, el ejército ya había perdido muchos hombres. Bajo un cielo despejado, los más de dos mil restantes se reunieron al pie del terraplén circular para oír contar a su conde que había tenido un sueño.

—En el sueño, mi antepasado Odín se me apareció y dijo que debía hacerme cristiano —clamó por encima de las cabezas— porque de otro modo nunca traspasaremos los poderosos muros de piedra de los sajones.

Se elevó un murmullo de asombro. Los hombres se miraban incrédulos al tiempo que tocaban sus martillos de Thor. No estaban seguros de haber oído bien. ¿Su conde, el hijo de Ragnar Lodbrog y descendiente de Odín, iba a abrazar realmente la fe cristiana? Ivar Sin Piernas prosiguió pintando el bautismo como un sacrificio que él hacía en favor de la comunidad.

—Siempre me habéis conocido como dador de riquezas —gritó para ahogar los comentarios—. Ninguno de vosotros puede decir que no soy un conde generoso. Si actúo así es porque estoy convencido de que va a redundar en provecho de todos nosotros. Mis hermanos Bjørn Costado de Hierro, Sigurd Ojo de Serpiente, Halfdan Camisa Blanca y yo hemos acordado que entretanto ellos marcharán hacia el sur a saquear. Cada uno de vosotros puede elegir libremente de entre ellos el líder en cuya generosidad confíe más. Yo por mi parte sólo llevaré a Eoforwic a los hombres de mi escolta personal.

No se sabía el acuerdo al que habían llegado los cuatro hermanos la noche anterior, cuando celebraron un consejo de guerra. Conversaron en la cúspide del túmulo de su padre, donde nadie podía oírlos. Saquear en el sur le sonó a los oídos de la mayoría como una grata alternativa a la ociosidad en el campamento del páramo. Los más ansiosos se agruparon enseguida alrededor de los hermanos de Ivar, que se habían situado en diversos lugares entre la multitud.

Ya el día posterior al anuncio, Sigurd Ojo de Serpiente marchó hacia el sur con una fuerza de quinientos hombres. En el transcurso de las casi dos semanas siguientes, el resto del ejército fue escapando como agua por entre los dedos de Ivar Sin Piernas, muchos de ellos acompañando a Bjørn Costado de Hierro y Halfdan Camisa Blanca. Al acercarse el final del verano, la población del campamento se vio reducida a los cien fieles hombres de la escolta del propio Ivar Sin Piernas y sus mujeres; además de Ylva, que insistió en quedarse. Mercia gemía bajo las invasiones, y el rey del país se había encerrado tras los sólidos muros de Cirrencester. Northumbria seguía en paz tres meses después de que ésta fuese acordada.

Bajo la estrecha vigilancia sajona, nuestra caravana de jinetes y carretas de bueyes cubrió lentamente las más de treinta millas desde la fortaleza circular, que se quedaría desierta, hasta la ciudad del rey; las últimas diez millas por una calzada romana que cortaba como una cicatriz gris los campos y setos de la planicie.

Fuimos penetrando en la sombra de los poderosos muros de piedra gris. Los sonidos de animales, ruedas de carros y voces retumbaban bajo el techo abovedado del portón. En el interior, una calle de quinientos pasos atravesaba la ciudad y daba un único giro en su camino, en torno al muro de piedra de un cementerio. A lo lejos, en el extremo opuesto de la ciudad, podíamos divisar un

portón más que daba al río Usan y el puente que lo cruzaba.

—¿Todo esto fue construido por los romanos? —preguntó Hastein, que había cabalgado hasta mi altura. Yo iba sentado junto a Ivar Sin Piernas en el pescante de la primera carreta.

Como toda respuesta sólo fui capaz de asentir.

Durante los tres días del largo viaje, hablé mucho de la ciudad del rey, pero el impacto de su presencia me dejó mudo. Las numerosas casas —mezcladas las grandes y las pequeñas, y unas pocas incluso de dos pisos— se hallaban tan juntas que no había espacio a su alrededor para terrenos ni huertos. Hortalizas, gallinas y ganado compartían pequeños corrales detrás de las cercas bajas de listones. El tufo de cientos de hogares saliendo de los agujeros en los techados de paja se reunía y retorció con el frío viento del norte para formar una oscura columna de humo que lentamente se desplazaba hacia el sur.

También la cantidad de habitantes era ingente; hombres, mujeres y niños pululaban pasando junto a nuestra comitiva sin dignarse a dedicarnos más que una breve mirada. De vez en cuando, la barahúnda de voces y sonidos era ahogada por los ladridos de los perros y los gritos de los comerciantes situados detrás de sus puestos o en quicios de puertas, pregonando comida y mercancías que yo nunca había visto ni conocido siquiera de oídas. El barro de las calles apestaba a heces y orina tanto de personas como de animales. Había vida dondequiera que uno mirara.

—Los romanos sólo construyeron las murallas —dije recordando los soliloquios del hermano Jarvis—. Cuando llegaron los primeros sajones, derribaron los restos de los edificios de piedra y construyeron cabañas de madera y paja.

—¿Por qué? —preguntó Hastein alzando la voz para vencer el ruido.

—Porque las casas tenían muchos siglos de antigüedad, y los supersticiosos sajones pensaban que estaban habitadas por fantasmas.

—Buen motivo —asintió con la cabeza Hastein mirando a su alrededor con una sonrisa en los finos labios. Se sentía como en casa entre el barullo de la ciudad. Había muchas mujeres jóvenes a las que arrimarse.

—Del otro lado del río —continué, señalando hacia la puerta en el otro extremo de la ciudad— aún se alzan las ruinas romanas. Nadie vive en campo abierto, porque no está protegido por los muros de piedra.

A mi lado en el carro, se sentaba la figura de pelo largo de Ivar Sin Piernas encorvada sobre las riendas. La expresión en su rostro era fría. Sólo su mano pecosa con la que se mesaba inquieto la barba rojiza revelaba sus sentimientos.

—Es un gran asentamiento —dijo.

—Dicen que viven aquí seis mil personas —informé—. Eoforwic es la segunda ciudad más grande de Inglaterra. Sólo Lundene está más poblada.

Ivar me miró y sonrió con el rostro pálido.

—No vales mucho como rastreador, Rolf Lenguaraz —observó—, pero estás lleno de conocimientos útiles. Tenía razón al conservarte.

—¿Conservarme?

—¿No sabes que Bjørn Costado de Hierro me aconsejó que te matase antes de partir hacia el sur? No valoró tu rendimiento en la batalla, y pensaba que eras demasiado astuto para dejarte ir.

Las dudas de Bjørn Costado de Hierro no me pillaron por sorpresa. Hacía tiempo que había notado la animadversión del guerrero de barba gris.

—Pero ¿decidiste dejarme vivir? —pregunté.

—Mantengo mis promesas. Ahora eres uno de los nuestros.

Ylva se acercó por el otro lado del carromato y miró a Ivar Sin Piernas con sus ojos juntos.

—¿Cómo pretendías tomar una ciudad como ésta? —preguntó—. Es diez veces más grande que Ripa.

Su pregunta hizo que el nudo que había comenzado a crecer en mi estómago se cerrara aún más.

—Donde hay voluntad, hay un camino —contestó Ivar.

Al pasar la curva del camino y las tapias del cementerio, la calle se abrió a una plaza rectangular.

Todo su extremo norte estaba ocupado por un solo edificio.

—¿No dijiste que las casas de piedra de los romanos habían sido demolidas? —preguntó Hastein resplandeciente.

—La iglesia de San Pedro no fue construida por los romanos. —Hablé despacio, porque yo también sentía respeto ante la poderosa estructura de piedra—. Fue construida hace doscientos años, con motivo de la conversión del rey pagano Edwin y sus esponsales con una princesa cristiana de Wessex.

La elevada fachada gris del templo se alzaba a una altura de al menos cinco

hombres hasta una cubierta inclinada de tejas verdecidas por el musgo. El tejado continuaba hacia el cielo nublado y terminaba en un caballete que superaba en altura incluso a los árboles más elevados. En comparación con la basílica de Santa Sofía de Constantinopla o la Gran Mezquita de Córdoba, la iglesia de San Pedro era de tamaño insignificante, de hechura primitiva y torpemente dispuesta en posición oblicua a la calle de la ciudad, pues su desconocido constructor había considerado imprescindible que la nave de la iglesia trazase un eje de este a oeste, pero era el edificio más grande que yo había visto, y como lo mismo le sucedía a la mayoría de los hombres de Ivar, el silencio se adueñó de nuestra comitiva.

En la plaza frente a la iglesia había un campanario de sólidas vigas. A sus pies reunimos los carros en una formación defensiva que con rapidez fue rodeada por soldados sajones fuertemente armados. Además, muchos de los habitantes de la ciudad se agolparon ahora en torno a nosotros con curiosidad. No sabían quiénes éramos o qué nos había llevado allí, pues el rey Ælla había mantenido nuestra identidad en secreto. Sin armas, cotas de malla ni cascos, parecíamos un grupo de emigrantes, lo que con toda seguridad también había sido su intención.

—No sólo la iglesia es de piedra —dijo Hastein señalando la calle que bajaba hacia el río y el puente.

—Ya has visto la calzada romana que nos ha traído hasta aquí —respondí—. Los romanos no sólo construyeron las vías del país, sino también la calle principal de la ciudad.

—Deben de haber sido aficionados a la piedra —señaló—. Murallas de piedra. Casas de piedra. Una calle de piedra. ¿Qué problema hay con los tablones?

—La madera dura como mucho la vida de un hombre. La piedra para siempre.

Hastein asintió a la vez que se apartaba el flequillo empapado de los ojos.

—Calles de piedra —susurró con respeto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ylva.

Ivar Sin Piernas se había levantado con las piernas abiertas y los brazos cruzados. Su postura era confiada. Sólo la mirada titubeante en los ojos azulados revelaba que no sabía la respuesta.

—Espera y verás —dijo.

La espera fue corta. De la iglesia salió un grupo de sacerdotes que empezó a cantar. El frágil sonido acalló el ruido de la multitud. Los habitantes de la ciudad bajaron la cabeza y cerraron los ojos. Algunos comenzaron a balancearse en éxtasis, como hacían los monjes del monasterio de San Cuthbert cuando el Espíritu Santo los poseía.

Al terminar la canción, salió otro séquito por la puerta de la iglesia. Era el rey Ælla y un grupo de hombres engalanados, probablemente algunos de sus *ealdormen* y *thegns* escogidos. Los ciudadanos se arrodillaron en el barro maloliente. El rey extendió sus brazos y se acercó. En su rostro barbudo se dibujaba una sonrisa rígida. Abrazó a Ivar Sin Piernas y tuvo que ponerse de puntillas para besar las rojas mejillas del danés.

—Ivar hijo de Ragnar, te doy la bienvenida a Eoforwic —dijo el rey Ælla—. Y alabo al Señor por la misericordia de tu conversión.

Ivar Sin Piernas miró al rey y vaciló un momento antes de hacerme una señal para que me adelantara.

—Ya lo has oído —le dije.

—Prefiriendo que siga creyendo que no lo entiendo.

Su fría mirada exploraba la plaza y a la gente reunida mientras yo traducía las palabras del rey al idioma de los habitantes del norte. Los sacerdotes vestidos de negro y la cruz sobre la puerta de la iglesia lo hicieron estremecerse involuntariamente. Tocó el pequeño amuleto que llevaba en la cadena alrededor de su cuello con la cara del tuerto Odín.

—Terminemos.

—Mi señor rey —le dije en sajón—, Ivar hijo de Ragnar os da las gracias y dice que está ansioso por recibir al Señor y ser salvado.

La mirada del rey Ælla me recorrió sin dar muestras de haberme reconocido. Si fue él quien estuvo detrás del intento de secuestrarme en el campamento, lo ocultó bien. Hizo un gesto con la mano a Ivar Sin Piernas para que lo acompañase hacia la portada de la iglesia, donde los guardias nos registraron por si portábamos armas ocultas y nos permitieron entrar.

Los sonidos de la ciudad se fueron apagando y desaparecieron cuando pisamos las baldosas del interior. La alta nave de la iglesia apareció vacía y silenciosa. La luz penetraba débil únicamente a través de los cuatro altos

ventanales en los laterales del edificio e iluminaba nuestras figuras perfilándolas. Frente al coro había un altar de plata con motivos cincelados en oro. Representaban a Cristo en la cruz y los discípulos a su lado. En la pared curva a su espalda colgaba un crucifijo dorado, adornado a lo largo de los bordes con perlas y piedras preciosas que brillaban bajo la gruesa luz cerúlea. Los ojos aguamarina de Ivar Sin Piernas se iluminaron al verlo, pero cuando dos sacerdotes comenzaron a romper su saya, los agarró con fuerza de las muñecas y miró al rey.

—Conocerás a tu señor y creador como viniste al mundo —dijo Ælla—. Y el converso se arrodillará frente al altar.

—Traduce para poder responderle —dijo Ivar cuando vio que dudaba.

—Quiere que te desvistas y arrodilles.

—Ya se lo puede ir quitando de la cabeza.

Apartó a los sacerdotes y cruzó los brazos.

—Pero es la costumbre —protestó Ælla, cuando con palabras más amables le hube explicado que el orgullo le impedía a un conde arrodillarse ante nadie—. Todo cristiano debe ser humilde ante el Señor. Yo mismo me postro de rodillas durante la misa.

—Este bobo puede humillarse ante quien quiera —dijo Ivar—, pero si me tengo que arrodillar, no habrá bautismo. Me voy de aquí, reúno un nuevo ejército y regreso el próximo año, arraso su ciudad, violo a sus mujeres, le saco los ojos y enrolló sus entrañas en la rueda de una carreta antes de quemar su cuerpo. Díselo.

El rey Ælla nos miraba alternativamente a Ivar y a mí, esperando escuchar lo que todas estas palabras podrían significar.

—Ivar hijo de Ragnar —dije— propone arrodillarse por persona interpuesta si el Señor Todopoderoso así lo acepta.

El rey Ælla vaciló un instante y se dirigió hacia la oscuridad de detrás del altar, desde donde llegaron voces apagadas.

—Bien pensado, Lenguaraz —susurró Ivar detrás de mí. Ælla regresó a la luz y asintió gentilmente.

Avancé cinco pasos y caí de rodillas. Un hombre vestido con una túnica de color púrpura de obispo salió de la oscuridad del coro. Era el abad Æthelbert, del monasterio de San Cuthbert en Creca. Bajé la barbilla hasta el pecho para que no

me reconociera, pero Æthelbert estaba tan distraído como siempre. La mirada de sus ojos era distante, su suave rostro de pez era de otro mundo.

Más tarde descubriría que Wulfhere, el verdadero obispo de la ciudad, se había retirado a un monasterio en Wharfdale como protesta por la coronación del rey Ælla. Tan pronunciada era la división en Northumbria que incluso la Iglesia se había dividido en la guerra entre los dos reyes del país.

—*In nomine patris et filii et spiritus sancti* —comenzó Æthelbert, e hizo el signo de la cruz sobre mi cabeza. Mientras continuaba con voz alta y clara el recitado del credo trinitario, los dos sacerdotes desvestían a Ivar Sin Piernas y le despojaban de la cadena con el amuleto con el rostro tuerto de Odín Padre de Todo. Se llevaron la saya y la capa azul y pasaron una túnica blanca por la cabeza pelirroja del danés. Después ataron el cordón a su cintura, le quitaron el calzado y lo acercaron a un barril lleno de agua en el que, mediante gestos, los sacerdotes le pidieron que entrara. A regañadientes, el conde siguió sus indicaciones.

El contenido del tonel se desbordó y corrió por el lateral cuando el obispo Æthelbert colocó la mano sobre la cabeza de Ivar Sin Piernas y la empujó bajo la superficie. Allí lo mantuvo hasta que los largos brazos comenzaron a hacer espuma en el agua. Cuando Ivar Sin Piernas apareció de nuevo, jadeó buscando aire, salió del barril y se sacudió, haciendo volar gotas de agua a su alrededor. En la fresca y majestuosa nave de la iglesia, el conde patizambo temblaba de frío y rabia contenida. La túnica empapada se adhería a su cuerpo. El cabello y la barba colgaban como el pelaje de un perro empapado.

El rey Ælla fue hacia su invitado, le asió los antebrazos y le sonrió con una expresión beatífica en el rostro barbudo. Ivar se estremeció y le devolvió la sonrisa.

—Eres un maldito cabrón —dijo—, y esta humillación te costará la vida.

—Ivar hijo de Ragnar dice —traduje— que recibe el bautismo con gratitud y alaba al Señor por su misericordia.

Los sacerdotes prorrumpieron en cánticos de loa.

—¿Así que ésta es la antigua ciudad romana?

Ivar Sin Piernas miró a su alrededor la ciudad en ruinas sobre la orilla oeste del Usan. La conformaban calles largas y anchas situadas sobre una superficie que descendía hasta el río. Las casas que en otro tiempo estuvieron pintadas y acicaladas eran ahora muros desnudos, en parte disgregados, que bostezaban al cielo por falta de tejado.

—Aquí vivían los romanos corrientes —narré—. Llamaron a la ciudad Eboracum. Tras los muros de la orilla este, donde hoy se halla Eoforwic, había un campamento militar.

—¿Calculado para un solo ejército? —Ivar Sin Piernas miró la ciudad sajona a sus espaldas—. Tuvo que ser grande.

—Doce mil hombres.

El conde danés abrió como platos los ojos azul verdoso. Su propio ejército, posiblemente el mayor que alguna vez lograra reunir un nórdico, había sumado alrededor de tres mil hombres y ya no existía. Un ejército permanente de doce mil soldados establecidos en un campamento de piedra superaba sus más atrevidas fantasías.

—¿Cómo sabes todo eso?

Hacía tiempo que presentía que me haría esta pregunta. En el transcurso de las dos semanas que habían pasado desde nuestra llegada a Eoforwic, noté en varias ocasiones una expresión interrogativa en la mirada del conde de la barba roja. Yo había ponderado escrupulosamente la respuesta que sabía era preciso darle.

—Cuando tenía diez años, mi madre me envió al monasterio.

—¿Cómo pudo hacer eso? —interrumpió él—. ¿No me dijiste que era danesa? ¿No creía en los dioses verdaderos?

Tras el bautismo, Ivar se había vuelto un creyente de los Ases más convencido que antes, pero evitaba con celo que se trasluciera. Alrededor de su cuello colgaba ahora una crucecita de plata que le había dado el rey después del bautismo. Sin embargo, la colocó por fuera de la saya para que no tocara su piel.

—No olvidé a los dioses verdaderos sólo por estar rodeado de cristianos —aseguré—, pero aprendí a conocer sus usos. En el monasterio vivía un hermano lego llamado Jarvis. Fue como un padre para mí.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—¿Habrías confiado en mí entonces, gran conde?

Difícilmente, y lo sabíamos los dos. Ivar Sin Piernas esperó a que yo prosiguiera mientras los músculos de sus mandíbulas se afanaban bajo la barba roja.

—El hermano Jarvis me enseñó latín, que es la lengua propia del Cristo Blanco. Fue también él quien me habló de los romanos.

—¿Y qué pueden importarles a los hombres de verdad esas tonterías? —resopló.

—Tú mismo has dicho que mi saber era útil. Si no hubiese conocido a Jarvis, no habría podido ayudarte tanto.

Ivar Sin Piernas sacudió la cabeza malhumorado. Justo después de la humillación del bautizo se había vuelto irritable y más inaccesible que antes.

—El dios que tú conoces como Cristo Blanco —proseguí— es en realidad trinitario, y se le denomina el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

—¿Por qué entonces los cristianos hablan de el Único Dios Verdadero?

—Son tres aspectos distintos de lo mismo. —Me encontré con su mirada anegada en dudas y confusión—. Bastante más al sur tienen otro dios llamado Allah. Aquí en Inglaterra, muchos siguen venerando en secreto a los antiguos dioses. Se parecen a los de los nórdicos, pero con otros nombres. Los monjes irlandeses enseñaron a los sajones el Cristo Blanco y ahora se ha asentado con fuerza en el país, de modo que es más práctico estar en buenos términos con Él.

—Así que, en lugar de aprender a hervir bebedizos o alguna otra cosa útil —bufó—, ¿has estado empollándote oraciones todo el día en un cuarto mortecino y

permitido que los monjes te endilgaran cuentos sobre gentes imaginarias y falsos dioses?

Callé para dejar que digiriese tanta novedad. Caminamos en silencio entre las ruinas hasta llegar a un gran espacio abierto, donde se erguía una fachada semicircular de varios hombres de altura. Con sus columnas disgregadas y miradores se diferenciaba netamente de la sencilla arquitectura de las demás ruinas. Delante de ella había un arañado pedestal que tenía en su cima el pie con sandalia de una estatua. La superficie rota del tobillo aparecía redondeada por el desgaste. El resto de la figura había desaparecido en la corriente de los siglos.

Moví la cabeza para indicar a Ivar Sin Piernas que atravesara conmigo la entrada situada en la curvatura de la fachada del enorme edificio. Con precaución nos colamos en el interior de un oscuro túnel, del que salimos en medio de un semicírculo de filas de bancos que peldaño a peldaño subían en torno a nosotros. Los asientos más bajos estaban a la altura de la rodilla, mientras que los superiores alcanzaban la cima de la parte interior de la fachada. Crecían hierbajos entre las hendiduras y grietas de las piedras melladas por la intemperie. El edificio carecía de techo. Sobre nosotros únicamente se veía el cielo gris.

Nos quedamos quietos en el centro de una superficie de piedra a los pies del semicírculo de filas de bancos. Inmediatamente enfrente de los asientos más bajos se alzaba una plataforma a la altura del pecho. Detrás de ella se levantaba una fachada interior con más columnas, miradores y voladizos. El eco de nuestros pasos resonaba en las recias superficies. Por lo demás, sólo se oía el grito lejano de una corneja. El contraste con el barullo de los muchos habitantes de la animada ciudad al otro lado del río era acusado y molesto.

—¿Es esto un cuento? —dije golpeando el lateral de la plataforma de piedra—. ¿Un edificio así lo han construido gentes imaginarias? ¿Todo esto no es sino fantasía?

Días antes había explorado por mi propia cuenta las ruinas de la ciudad al tiempo que lentamente se me revelaba una certidumbre: si bien los sajones eran capaces de construir algunas iglesias de piedra como la de la plaza de Eoforwic, en la actualidad nadie estaba en condiciones de levantar una ciudad entera que durara siglos. Era un arte del que ya no disponíamos, y la visión de todo ese esplendor desintegrado —el pensamiento de lo que habíamos perdido— me

oprimía el pecho como si alguien hubiese puesto un bloque de piedra sobre él. Ivar Sin Piernas sintió algo parecido y se estremeció. Su voz sonó árida cuando preguntó:

—¿Para qué se utilizaba este lugar?

—Quizá fuera la sala del consejo —sugerí.

Después he podido ver, durante mis viajes, diversos teatros romanos —uno construido en la pared de una montaña—, pero entonces el fenómeno me era todavía desconocido, así que intenté adivinar fundándome en mi limitada experiencia. Ni los austeros sajones ni los nórdicos, que no fingían, sabían nada de los dramas, comedias y tragedias que los romanos frecuentaban con tanta asiduidad cientos de años atrás.

—Ningún rey tiene un consejo tan grande —protestó Ivar Sin Piernas.

—¿Ni siquiera el poderoso Ragnar Calzas Peludas?

La ira llameó en su mirada aguamarina.

—En nuestra patria —dijo— todos somos reyes.

—Cuando todos son reyes, nadie reina. —Su incertidumbre me animó a proseguir—. Vosotros los nórdicos sois arrojados, sin embargo, el ejército de Eoforwic que contaba con doce mil hombres era uno de tantos en el Imperio romano.

—De todos modos, ahora están muertos —objetó.

—Ése es el destino que nos aguarda a todos. Pero los romanos dejaron tras de sí todo esto. ¿Qué ha dejado tu famosísimo padre?

Contrajo el rostro, dio media vuelta y regresó en silencio a través del túnel abierto en mitad de la fila de bancos para salir del edificio.

Me di cuenta de que había ido demasiado lejos. El esplendor del pasado hizo que Ivar Sin Piernas se sintiera pequeño e insignificante. Yo conocía muy bien esa sensación. Para un conde danés era nueva e indeseada.

Seguí su silueta coja entre las ruinas para volver al puente, testimonio él mismo de una civilización superior. Con sus cuatro arcos de piedra y el empedrado que cruzaba el río en línea recta hacia la animada ciudad. Se detuvo junto al pretil a esperar. Sonreí espontáneamente cuando entendí el porqué. Al no estar familiarizado con las construcciones de piedra, no se atrevía a cruzar el puente él solo.

—Cómo te diviertes —observó enojado—. A tus eruditos ojos debo aparecer

tremendamente tonto e ignorante.

Comprendí que lo más prudente era callar y cruzamos el río en silencio; nos desviamos antes de llegar al portón de la ciudad, que ahora sabía que los lugareños llamaban Puerta de Usan, y continuamos por un sendero que pasaba junto a un muelle de tablones así como algunos edificios dispersos, que en conjunto formaban el pequeño puerto de Eoforwic.

—No soy más que un rudo peleón —dijo torciendo el gesto— mientras que tú has sido instruido por un monje cristiano.

Tras rodear un bastión en el muro pudimos ver el campamento que los vikingos habían levantado en un terreno al sur de la ciudad. Lo componían un grupo de tiendas y carros en torno a un fuego central. Perros y niños corrían alrededor, mientras las mujeres sentadas estaban volcadas en sus quehaceres y los hombres desarmados sobre sus tazas de hidromiel.

—Un líder inepto —prosiguió Ivar— que no es capaz de mantener unido a su ejército. Un conde sin esperanzas que no merece la lealtad de sus hombres.

Su pésimo humor se había transformado en un arrebató furibundo. Se detuvo y me agarró de la saya.

—Si es eso lo que pensáis —bufó con una mirada incandescente en los ojos—, os vais a llevar una sorpresa. Tú y tu rey sajón.

Me soltó y alzó la vista. Un grupo de hombres se encaminaba hacia nosotros desde la sala del trono del rey sajón, ubicada en un edificio sin gracia flanqueado por dos feas torres cuadradas sobre un portón doble en el muro sur de la ciudad, que los lugareños denominaban Puerta del Rey. La silueta de anchas espaldas y con perilla que marchaba a la cabeza era el rey Ælla.

—Parece que ha llegado el momento —dijo Ivar Sin Piernas para sí.

De sus palabras se desprendía que había esperado al rey sajón y que sabía qué asunto le traía. Cuando la delegación estuvo más cerca vimos con claridad que los acompañantes de Ælla iban armados y que no había ningún sacerdote entre ellos.

—Ivar hijo de Ragnar —dijo el rey Ælla en términos formales—. Te saludo y espero que tu conversión siga siendo de tu agrado.

Ivar Sin Piernas respondió que la creencia en Cristo le sentaba de maravilla pues desde que se había bautizado experimentaba una paz inusitada en su ánimo. El rey asentía impaciente mientras yo traducía. No había venido para conversar.

—Estupendo —respondió—, eso alegrará al Señor. Ahora debo preguntarte ¿cuándo piensas seguir tu camino y dónde quieres asentarte?

Ivar puso cara de manifiesta confusión a medida que le llegaba mi traducción. Desplazó la mano hacia el campamento situado en el terreno que los siervos habían comenzado a labrar.

—Dile al rey que mis compañeros y yo hemos hallado aquí un lugar apropiado, en donde pensábamos quedarnos a vivir.

El semblante del rey Ælla se iba ensombreciendo a cada palabra que yo traducía.

—Prometí cumplir tu deseo, conde Ivar —dijo—, y darte un trozo de tierra que tuviera el tamaño de una piel de buey extendida. Tu campamento ocupa un área mucho mayor.

Tras haber escuchado las palabras repetidas en su propia lengua, Ivar Sin Piernas hizo señas al rey y sus acompañantes para que se acercaran.

Se agachó junto a la esquina situada más al oeste del campamento y recogió una cuerda fina de cuero que estaba medio oculta en la hierba.

—Dile al rey sajón que esta cuerda se ha confeccionado con la piel de un solo buey. El cuero se estira y trenza junto al pelaje a fin de hacerla impermeable y resistente a la intemperie. Empleamos una cuerda de este tipo para delimitar el trozo de tierra que conviene a un hogar. A dicha área de terreno la denominamos «una piel».

El rey Ælla se rascó la perilla cuando constató que la extensión de tierra cercada correspondía al área que sumaban el campamento y los campos de labranza juntos.

—La idea que me fue transmitida —me dijo molesto— es que tu caudillo sólo pretendía construir una casa y ahora ha fundado toda una colonia. Eso es romper toscamente nuestro acuerdo.

Ivar Sin Piernas escuchó mi traducción con la frente arrugada cambiando en varias ocasiones la mirada del rey a mí.

—¿Estás seguro de haber traducido correctamente? —preguntó.

—Por supuesto que he traducido bien —respondí sorprendido ante una pregunta tan absurda.

—No lo creo. En otro caso no se habría producido esta situación.

—Pero tú mismo has escuchado cada palabra...

No pude decir más porque el enorme puño de Ivar Sin Piernas se desplazó alcanzándome en medio del rostro. Quedé tumbado en la hierba. El dolor recorrió mi cuerpo como una saeta blanca cuando por añadidura me pateó con fuerza en el costado.

—¡Puto engreído! —bufó en la lengua de los nórdicos—. ¿Te creías mejor que yo? ¿Mejor que el hijo de Ragnar Calzas Peludas? ¿¡Lo creías realmente!?

Era la primera vez que experimentaba la asombrosa capacidad que poseía Ivar Sin Piernas de guardarse la ira durante largo tiempo para dirigirla hacia un objetivo determinado. La humillación del bautizo cimentó su furia. La frustración por las dificultades para conquistar una ciudad del tamaño de Eoforwic la alimentó. Su inferioridad a la sombra de la disgregada civilización romana provocó que emergiese a la superficie, y la pregunta de Ælla había desatado el furor bélico.

El conde de la barba roja colocó una rodilla sobre mi caja torácica, se inclinó hacia delante y comenzó a cebarse en mi cara con ambos puños. Sus brazos subían y bajaban como las varas de un mayal en tiempo de recolecta. Mi cabeza volaba de un lado a otro bajo los golpes, notaba en mi piel la sangre caliente y húmeda, percibía a lo lejos las gotas rojas que salían disparadas manchando su túnica, así como la cruz de plata alrededor de su cuello. Los sonidos se amortiguaron tornándose sordos y los movimientos más lentos, la figura sobre mí se ensombreció hasta desaparecer. Tardé un rato en darme cuenta de que Ivar Sin Piernas había parado de golpear, pues el dolor seguía.

Los dos hombres me miraban desde arriba cada uno con una expresión en la mirada.

—No castigues más a tu intérprete —dijo el rey Ælla—. Es evidente que se trata de un equívoco. —Se inclinó hacia Ivar repitiendo las últimas palabras de modo alto y claro como si le hablara a alguien duro de oído—: ¡Un e-quí-vo-co!

El rostro del conde de la barba roja estaba empapado en sudor. Respiraba sonoramente. Cuando captó lo que el rey Ælla decía, un destello de triunfo brilló en sus ojos azul verdoso. De inmediato dobló la nuca para que nadie pudiera verlo.

—Su alteza —dijo como si buscara las palabras en un sajón intencionadamente chapucero—. Usted es bueno. Muy bueno.

El rey Ælla comprendió y se sintió noble y conciliador. Alargó una mano

posándola indulgente sobre la inclinada cabeza pelirroja.

La sonrisa de Ivar Sin Piernas fue lo último que vi antes de que la oscuridad se cerniera sobre mí.

Desperté con el sonido del agua. Las gotas golpeaban en una superficie igual que un chaparrón de verano sobre un lago tranquilo. El sonido se detuvo para empezar de nuevo tras un instante de silencio.

Abrí los ojos y vi sobre mí la lona de una tienda color gris jaspeado. Ylva estaba sentada de espaldas, inclinada sobre una palangana de plata. Con los ojos cerrados y el rostro goteando, la escudera buscaba a tientas un paño de lino. Mientras se secaba recibí un destello de su torso desnudo y entendí el sacrificio que había hecho para ser admitida como guerrera en un mundo de hombres. Parecía haber pasado mucho tiempo desde que se hiciera extirpar los pechos. Las cicatrices en su plana caja torácica eran toscas y elementales como si hubieran sido cosidas por un profano.

Cuando alargué la mano para tocarla exhalé un gemido. Ella se sobresaltó poniéndose con rapidez la saya de cuero por la cabeza. Cuando se inclinó sobre mí, yacía quieto de nuevo. Lentamente, como si luchase por salir de la inconsciencia, abrí los ojos y miré su tosco semblante. Mi gemir no era puro fingimiento. El dolor era agudo y persistente.

—Quédate quieto —dijo—, te has roto un par de costillas. Además de los daños que has sufrido en la cara.

Hice una mueca, que fue castigada con una sensación de ardor que se extendía por la frente y el labio superior, en las costras donde la piel tiraba.

—Te ha tratado con dureza —constató.

—Fui yo quien cometió el error —dije con llanto en la voz, pues ahora recordaba lo que había pasado—. Me equivoqué al traducir las palabras de Ivar

Sin Piernas ante el rey Ælla. Pero cómo iba yo a saber que una «piel» es un trozo de terreno.

Ylva puso sobre mi frente el mismo trapo húmedo con el que ella se había lavado.

—Aunque ése fuera el caso —dijo—, el conde Ivar ha quedado muy satisfecho, así que es muy posible que pronto te lo agradezca. El rey Ælla está convencido de que él es inocente de la confusión lingüística y le ha permitido la entrada al palacio episcopal que está detrás de la iglesia.

—¿Por qué razón?

—Para que aprenda sajón. —Enseñó sus dientes irregulares en una sonrisa aviesa—. Por lo visto vive allí un monje que habla y entiende ambas lenguas. Ivar Sin Piernas hace grandes progresos.

Me consolé al pensar que mi error había beneficiado el negocio de mi conde. Ylva se sentó en el borde de la cama manipulando su cinturón.

—¿No se te ha ocurrido pensar que la equivocación se originó porque Ivar Sin Piernas deseaba ganarse la confianza del rey? —preguntó.

Como un breve relámpago vi de nuevo la sonrisa triunfante del conde de la barba roja, pero no me apetecía seguir ese pensamiento hasta el final.

—Tonterías —concluí—. Fue *mi* culpa. Tendré que encontrar un modo de recuperar su confianza ahora que la cosa ha acabado bien.

—Quizá pueda hacerte una sugerencia —dijo—. ¿Reconociste al hechicero cristiano, obispo, o como quiera que los llaméis? ¿Lo habías visto antes?

Ylva estuvo observando el bautizo de Ivar Sin Piernas desde la puerta de la iglesia. Podía haber un motivo para que ahora ella se ocupase de mí. Comencé a intuir cuál.

—La última vez que vi a Æthelbert —contesté—, éste era abad del monasterio de San Cuthbert en Creca.

—También lo era cuando desvalijé el lugar hace diez años.

—¿Y le dejaste vivir?

—Dejé con vida a todos los monjes. Si no, ya habría quemado el monasterio en aquella ocasión para que sus espíritus no pudieran castigarme trayéndome desgracia.

—¿Ésa es la razón de que vosotros los nórdicos queméis las casas tras un saqueo? —prorrumpí sorprendido.

Se ajustó el cinturón y asintió.

—Cada cual tiene su forma de hacer las cosas. Yo sólo prendo fuego si hay algún muerto. En otro caso, prefiero dejar que los edificios perduren, así puedo retornar a por nuevos botines una vez que los habitantes vuelvan a reunir dinero.

—Ya tenías pensado regresar a Creca antes de oírme hablar de las reliquias —exclamé—. Por eso viniste con los hijos de Calzas Peludas a Inglaterra.

—Bjørn Costado de Hierro lo sabía —asintió con las mandíbulas apretadas—, y yo debería haber sospechado su trampa. Pero si todavía quieres ayudarme a encontrar el tesoro, nos lo podemos repartir. Incluso ofrecerle a Ivar tu mitad si crees que con eso volverías a ganártelo.

Consideré la oferta. No cabía duda de que Ivar Sin Piernas necesitaba recursos, pero la plata del palacio episcopal de Eoforwic difícilmente se iba a poder usar en la ciudad. No obstante, había otra cosa que él sí apreciaría. Empecé a trazar mi propio plan.

—Las reliquias pueden estar escondidas en cualquier parte —dije.

—El palacio episcopal sería un buen lugar para empezar —respondió Ylva—. Se halla en una zona confinada detrás de la iglesia de piedra.

Apliqué la lógica cristiana y llegué al mismo resultado; Æthelbert debía haber sido nombrado obispo de Eoforwic por confiar al rey las reliquias de San Cuthbert, lo que le daba derecho a exigir un favor a cambio.

—He estado vigilando el palacio episcopal —prosiguió Ylva—. El obispo jamás lo abandona. Sin embargo, otros monjes salen con regularidad.

—Y yo sé a quién de ellos hay que preguntar. —A pesar del nudo que mi mala conciencia me producía en el estómago, sólo fui capaz de hacer una única puntualización—. En mi estado actual no sirvo de nada y tú despiertas demasiada curiosidad. Necesitamos un tercero.

Enfrente del cementerio de Eoforwic se hallaba El Jabalí Cojo, la mejor fonda de la ciudad. Se trataba de un gran edificio de madera esmeradamente trabajada que constaba de dos plantas con un alto tejado abuhardillado y en su lado más largo una puerta de dos hojas paralela a la calle. Ylva había convencido al hospedero (un hombre rollizo y jovial con un poblado bigote bajo una enorme nariz) para que nos cediera su mejor habitación. Se encontraba en el piso superior de la casa, y desde su ventanita bajo la paja del alero había unas magníficas vistas del cementerio y de la enorme cruz de piedra que, con una altura de tres hombres, sobresalía entre las tumbas. Más allá del cementerio se veían sin estorbos la iglesia de San Pedro y el camino que llevaba hasta la entrada principal del palacio episcopal, un ancho portón en el cercado de tablones que rodeaba todo el complejo manteniendo alejados a los importunos. El cerco y portón constituían, junto a la parte oblicua de la mole gris de piedra del templo, todo el extremo norte de la plaza de la iglesia, lugar en donde, como es habitual, la vida del pueblo se desplegaba animadamente en torno a los puestos de los comerciantes.

Ylva había colocado una cama bajo la ventana. Apostado ahí veía yo cada mañana acudir al rey Ælla desde sus dependencias reales, un conjunto de edificios situados tras la sala del trono sobre la doble puerta en el muro sur de la ciudad. Poco después comparecía Ivar Sin Piernas, acompañado por unos pocos hombres desarmados de su escolta, para tomar su clase diaria de sajón. Carros con provisiones, gente de las cocinas, soldados y lavanderas, junto a una buena cantidad de monjes y sacerdotes, iban y venían como por su casa, de forma que los guardias, con aspecto de aburrirse soberanamente, apenas se molestaban en

indagar que no fueran armados, a pesar de ser ésa su principal tarea.

—Quince expeditivos noruegos podrían subyugar a esos esmirriados en un abrir y cerrar de ojos —opinaba Ylva acerca de los guardias.

—¿Tienes quince hombres? —pregunté.

Ylva movió contrariada la cabeza. Su escolta partió hacia el sur con el resto de los grandes señores y condes para asolar Mercia. Ella sola había seguido a Ivar Sin Piernas hasta Eoforwic con la esperanza de encontrar la plata de San Cuthbert.

Aunque sólo era poco más del mediodía, la ciudad llevaba despierta mucho tiempo. Mujeres y hombres se apresuraban a través de las dos anchas calles para desaparecer con metas desconocidas en el entramado de callejuelas. De las salidas de humo en los techados de paja de las casas se elevaban hacia el cielo centenares de columnas en medio de la neblina. Lo observábamos todo desde la ventana. Por encima del alto cercado era visible la parte superior de los tejados de paja y árboles del palacio episcopal, pero no se alcanzaba a ver lo que allí sucedía.

—Pero, aunque lográsemos pasar los guardias —proseguí—, ¿adónde nos dirigiríamos después? El palacio episcopal debe de medir doscientos pasos por cada lado. No tenemos ni idea de dónde buscar.

El dilema se reflejaba en la expresión tirante de Ylva.

—Alguien tiene que saberlo —dijo alargando la mano hacia el grupo de sacerdotes que abandonaban el palacio episcopal justo cuando Ivar y sus mozos obtenían permiso para entrar.

Yo reconocí varias de las figuras vestidas de negro. El abad Æthelbert no era el único miembro del monasterio de Creca que había encontrado un nuevo hogar en Eoforwic.

—Sí —dije—, pero yo espero a una persona concreta.

—¿Y qué pasa si no llega a aparecer nunca?

Callé y apreté los ojos. En ese mismo instante salía por el portón una silueta encorvada con un hábito color parduzco. El hermano Jarvis dio alcance al grupo de sacerdotes en medio de la muchedumbre de la plaza de la iglesia.

Por un momento consideré abandonar el plan, pero Ylva se había percatado de mi silencio. Ella también miró al pequeño y canoso hermano lego, que intercambiaba algunas palabras con los sacerdotes mientras sonreía amistoso

antes de regresar al portón del palacio episcopal.

Ciertos actos parecen fatídicos, también aquellos que rayan en la traición. Suspiré y señalé.

—¡Es él!

Ylva silbó. Hastein, que estaba sentado apoyado en el campanario, se puso en pie y se apartó el largo flequillo rubio. Ylva señaló a Jarvis. Hastein echó a correr entre la multitud. Alcanzó al hermano lego y le tendió mi mensaje escrito en latín.

Jarvis miró al joven y luego al pequeño trozo de pergamino. Se irguió para preguntar algo. Hastein se encogió de hombros en señal de que no comprendía y señaló hacia la fonda. El hermano Jarvis entrecerró los ojos. Vacilante lo siguió junto al muro de piedra del cementerio. Cuando vio mi rostro en la ventana, me saludó y apretó el paso.

—Recuerda —aleccioné a Ylva— que no debe saber que nos entiendes. Sólo ha de parecer que me amenazas.

Se oyeron pasos en la escalera y la puerta se abrió. El hermano Jarvis hubo de acostumbrar sus ojos a la penumbra del cuarto; cuando logró verme, se acercó con precaución.

—Wulf —prorrumpió—. Alabado sea Dios. No esperaba volver a verte.

Se hundió en el borde de la cama mientras me contemplaba. Su rostro arrugado se iluminó por la alegría del reencuentro, pero también traslucía una prevención que escapaba a mi comprensión. No creía haberle dado motivos para desconfiar. Sobre nosotros se cernían dos sombras.

—¿Quiénes son? —preguntó Jarvis mirando de reojo a Ylva y Hastein.

—Son mis guardianes —respondí.

—¿Nórdicos? —susurró—. Esos malditos bárbaros... Si no hubiese reconocido tu letra, no le habría acompañado. ¿Estás herido? ¿Qué ha ocurrido?

Le mostré mi torso, que seguía teniendo manchas de color azul, rojo y amarillo. Me tocó con cuidado los hematomas. Di un respingo al más leve roce.

—¿Quién te ha maltratado de este modo?

—El caudillo de los nórdicos —respondí—, Ivar Sin Piernas.

Ésa era la última verdad que había pensado contarle a mi viejo amigo y mentor.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Para que le dijera dónde están escondidos los tesoros de San Cuthbert.
Ahora el hermano lego sí que se puso en alerta.

—Revelé lo que sabía acerca de la cripta del monasterio —proseguí—. Pero la plata había desaparecido de la iglesia. Desde entonces los bárbaros me han dado palizas diarias.

No me resultó difícil hacer que acudieran las lágrimas. Mi llanto era sincero. Se debía a la vergüenza de mentir.

—¿Qué ha sido de los hermanos que se quedaron para cuidar el lugar? —preguntó Jarvis.

—El hermano Selwyn nos contó que todos los demás estabais aquí en Eoforwic. Y que os habíais llevado la plata de la iglesia. A continuación, los nórdicos mataron a los tres.

Jarvis se levantó con una agilidad inesperada para un hombre de su edad.

—¿Y ahora los has conducido hasta mí?

—No tenía otra elección.

Extendí los brazos en busca de sus manos ásperas. Él las llevó hacia sí.

—Siempre hay elección, Wulf. Es lo que he intentado enseñarte.

La expresión de su rostro hacía difícil seguir mintiendo.

—Me habrían torturado hasta matarme —sollocé.

—Entonces tendrías que haber elegido morir por tu silencio. Pero tu fe nunca ha sido todo lo firme que yo hubiera deseado. Dudas de ti mismo. No tienes una personalidad fuerte, Wulf, al contrario, eres débil.

Las palabras fueron proferidas con tal benignidad que me afectaron mucho más, pues sabía que él me había perdonado de antemano. Yo no podía responder porque ya lloraba de forma incontrolada. Me pesaba haber concebido ese plan y reconocía que él tenía razón.

—Presentía que pronto nos volveríamos a encontrar —prosiguió—, pues hace unas noches tuve un sueño en el que te hallabas rodeado de lobos hambrientos sobre una árida llanura. ¿En qué lío te has visto envuelto, Wulf?

La visión profética de Jarvis describía mi situación con total exactitud. Quería contarle todo, pero la voz me fallaba. Yo me aferraba de manera convulsiva a su hábito, sollozando en el basto lienzo de la manga.

—No parece haber salido del modo que tú esperabas, Rolf.

El brazo del hermano Jarvis se escapó de entre mis dedos. Ylva lo había

aferrado para apartarlo de la cama.

—Aún puedo convencerlo —acerté a decir en la lengua de los nórdicos.

—Pues no lo parece.

Jarvis llevó la vista desde Ylva hasta mí. Amusgaba los ojos como si tuviera dificultad para enfocar. Se tomaba su tiempo para digerir el efecto que le había causado.

—Es una mujer —constató. Entonces su voz se endureció—. Ha entendido todo lo que hemos dicho.

Asentí lanzando los brazos desarmado.

—Ella sólo quiere la plata —dije.

—¿Y qué hay de ti, Wulf? ¿Qué es lo que tú quieres?

El pequeño hermano lego me contemplaba moviendo decepcionado la cabeza.

—Te sacaré la verdad, monje —dijo Ylva chapurreando un sajón comprensible.

—Lo dudo mucho, mi niña —repuso Jarvis.

Yo veía encenderse la ira en los ojos juntos de la escudera y supe que Jarvis, con su inocente manera de llamarla, había sellado su destino. Un conde no deja impune que lo llamen así. El pequeño hermano lego también lo comprendió, pero le daba igual. Abrazaba con gusto la muerte con tal de mantener la plata en manos de la Iglesia.

—Mirad, pero ¿quién llega ahora?

Hastein rompió la tensión. Señalaba a través de la única ventana del cuarto. Los demás miramos en la misma dirección y vimos un grupo de jinetes que cabalgaban entre la multitud hacia los guardias del portón del palacio episcopal. Los comerciantes pararon mirando boquiabiertos. Algunos intuyeron el peligro y se marcharon aprisa. Desde el lomo de un enorme semental negro, un hombre adiposo le hablaba al jefe de la guardia.

—Es el *ealdorman* Osbert —prorrumpió Jarvis—. ¿Qué hace aquí?

—Parece —dijo Ylva— que le haya traído algún asunto a la residencia del obispo.

Los guardias cruzaron las astas de sus venablos frente al portón para indicar que Osbert tenía vedada la entrada. El jefe de la guardia gritó algo por encima del hombro a un grupo de hombres, que empezaron a cerrar las hojas del portón.

Osbert y sus jinetes desenvainaron las espadas.

—Pero ¿qué es lo que hacen? —pregunté.

—Lo mismo que yo quería haber hecho —sonrió Ylva—. Ya decía yo que no se necesitaban más de quince hombres resueltos para dar buena cuenta de esos guardias.

—Osbert lleva al menos treinta hombres consigo —dije mientras miraba conmocionado la masacre que cien pasos más allá se desarrollaba a la velocidad del rayo junto al portón.

Bajo los cadáveres, la sangre teñía el lodo de rojo. Los guardias supervivientes huyeron hacia el interior del palacio episcopal. Los jinetes de Osbert entraron tras ellos con gran estruendo.

—Los guerreros noruegos son el doble de buenos que los sajones —dijo Ylva—, así que quince mozos noruegos sería la proporción justa.

El dolor hacía que me retrasara al cruzar cojeando la desierta plaza de la iglesia. Cada vez que ponía un talón en el suelo me atravesaba un blanco relámpago.

Hacía tiempo que Ylva y Hastein habían llegado al portón del palacio episcopal, desapareciendo entre los edificios del interior. Los cadáveres de la guardia de Ælla yacían donde habían caído durante el ataque de Osbert. Me incliné con esfuerzo para recoger una espada.

—Wulf, ¿adónde vas?

El hermano Jarvis estaba detrás de mí. Sus ojos apretados en medio de las arrugas del rostro me contemplaban con detenimiento.

—Los dos nórdicos no son tus guardianes —concluyó—. Son compañeros tuyos.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por ruidos de cascos de caballos pertenecientes a un nuevo grupo de jinetes que venían al galope por la empedrada calle principal de la ciudad para salir bajo el campanario de la plaza. Jarvis siguió mi mirada.

—Más hombres de Osbert.

Buscamos refugio bajo un arbusto en la parte interior del portón. Los jinetes tronaron al pasar sin percatarse de nuestra presencia. Entre ellos iba un carro de cuatro ruedas tirado por un solo caballo. Sobre la plataforma del carro había un arca.

Seguí al hermano Jarvis a la parte trasera de una casa, transitamos por un pasaje estrecho y cruzamos en diagonal un patio cuadrado donde un roble extendía sus hojas amarillas sobre nosotros. Al otro lado del vértice del tejado se

oían ruidos de armas y gritos.

—Osbert es un pérfido diablo —dijo Jarvis—. Mientras el rey Ælla negociaba con tus nórdicos en el páramo, él regresó a la ciudad para hacernos creer que el rey había caído. Cuando el rey Ælla volvió a casa ileso con un acuerdo de paz, intentó que el *witan* lo proscribiera, fundándose en que aquél había brindado suelo sajón al enemigo.

El pequeño y obeso exrey era un astuto político que sabía aprovechar los momentos de caos. A pesar de todos sus esfuerzos, dichas intrigas no tuvieron éxito. Jarvis me contó la razón mientras nos escabullíamos junto a un edificio alargado cuyo alto techo de paja casi alcanzaba el suelo.

—El apoyo de la Iglesia salvó a Ælla. Había una amplia unanimidad entre los sacerdotes acerca de la menor arbitrariedad de éste comparado con Osbert. Y que yo te esté contando esto es poco menos que un enigma ahora que te has pasado a las líneas enemigas.

—Ivar Sin Piernas no es enemigo de los sajones —dije—. Sólo desea asentarse aquí en paz con sus hombres para cultivar un trozo de tierra.

—¿Y tú de verdad lo crees?

No tuvimos tiempo de continuar la discusión. Al llegar al final del edificio nos encontramos cara a cara con un grupo de jinetes. Osbert sobre su semental negro era uno de ellos. Su rostro, un amasijo de grasa, aparecía brillante de sudor, la parte superior de su panza reposaba sobre el borde de la silla. El exrey arrugó las cejas al tiempo que entrecerró sus ojos, ya de por sí estrechos, hasta parecer rendijas cuando se fijó en mí.

—¡Tú eres el intérprete de los bárbaros! —Luego miró a Jarvis—. Y tú eres la sombra de Æthelbert.

Por un instante quedó en silencio sobre la silla. Entonces se inclinó hacia delante y sonrió.

—¿Podéis imaginaros lo que pienso cuando os veo a los dos juntos?

Jarvis y yo nos miramos. Sabíamos que los pensamientos de Osbert se movían en muy diferentes direcciones. Y ninguna de ellas nos beneficiaba.

—¿Dónde se encuentran Ælla y vuestro señor, Ivar Sin Piernas? —preguntó Osbert.

—Yo sólo sirvo a mi obispo. —Jarvis sonrió amablemente y encorvó la espalda—. No tengo nada que ver con el conde danés, señor Osbert. ¿Y tú qué

estás haciendo aquí con los pertrechos de guerra y un séquito de hombres armados?

El asunto que lo había traído era evidente, así que Osbert no se molestó en responder. Detrás de nosotros se oyó un pesado traqueteo. Era el carro que habíamos visto en el portón. Había dado la vuelta alrededor de los edificios.

—Aquí está el arca, señor —comunicó el capitán de la escolta de jinetes.

—Bien —respondió Osbert al tiempo que se giraba en la silla—. Por desgracia, todavía no hemos encontrado la presa.

Veinte pasos más allá había un grupo de soldados peinando la zona en torno a una casa apartada, rodeada de elevados arbustos.

—¿Qué hay? —gritó Osbert a los hombres, que movieron las cabezas dándose por vencidos. Fuera lo que fuese lo que buscaban no se hallaba en las proximidades de la casa. Se volvió hacia mí.

—Los nórdicos te hicieron su esclavo. Si nos ayudas a encontrar a Ivar Sin Piernas, aún podrás regresar con tu gente.

Los nudillos tensos del exrey alrededor de las riendas del caballo y el atisbo de sonrisa altanera en la comisura de la boca me decían que mis días estaban contados con independencia de cuál fuera mi respuesta. Él no tenía en mente permitir que sobrevivieran extraños que fueran testigos de su asalto. Me contempló en silencio, llegó a una conclusión y apáticamente llamó con la mano a dos de sus hombres.

—Encargaos del monje y del chaval. Vosotros diseminaos. Cuando encontréis a Ælla, abatidlo.

Osbert y el resto de los jinetes nos dejaron a Jarvis y a mí con los dos soldados, que saltaron de los caballos para aproximarse con el arma en la mano. Me coloqué delante de Jarvis sujetando con ambas manos la espada del cadáver del guardia.

—¿No estaréis pensando asesinar a un hombre santo? —pregunté—. ¿Acaso no sois buenos cristianos?

—Æthelbert y los monjes de San Cuthbert apoyan al rey Ælla —respondió Jarvis detrás de mí en un tono seco—. Osbert quiere restituir al obispo Wulfhere. Cuantos menos queden de nuestra fracción, mejor para él.

Sí que vacilaron los dos soldados, pero una orden era una orden. El más cercano avanzó un paso, alzó su espada y alcanzó la mía con un sonido como de

martillo contra una campana. La vibración me arrancó el mango de la mano, pero antes de que el soldado volviera a atacar, un filo relampagueó junto a la parte superior de su cota de malla y se hundió hasta el fondo en la blanda carne por encima de su clavícula. La sangre fluyó de su cuello y cayó de rodillas con una expresión vacía en el duro semblante. Hastein, que había aterrizado encima de él, se volvió hacia el otro soldado.

—No debes tenerme miedo —dijo—. Es a ella a quien no tienes que perder de vista.

El soldado siguió la mirada del otro hacia arriba y tuvo tiempo de dar un paso atrás. Ylva aterrizó pesadamente, rodó y se puso en pie justo para defenderse del contraataque. Alzó la espada y sacó su sax. El puñal perforó el diafragma del soldado, que desplomó sobre los hombros de ella con una expresión que parecía más de sorpresa que de dolor.

—Mi estocada ha sido mejor —rio Hastein—. El mío ha muerto al instante. Tú le has dado tiempo para defenderse.

—Estaba sobre aviso —bufó Ylva.

—Eso puede suceder en combate.

En el vértice del tejado del edificio alargado, desde donde ellos habían saltado, había aún dos hombres, que ahora se deslizaban por el tejado. Ivar Sin Piernas aterrizó en la hierba sobre sus piernas torcidas. Y el rey Ælla tras él.

—¿Dónde los habéis encontrado? —pregunté.

—Ocultos bajo los arbustos de allí enfrente —respondió Ylva al tiempo que señalaba con la cabeza la casa cuyos alrededores habían estado peinando los soldados de Osbert—. Los valerosos hombretones de Ivar Sin Piernas los habían dejado ahí.

—Mi gente ha hecho huir al enemigo —defendió Ivar Sin Piernas el valor de su escolta—. Sin armas, no podían hacer otra cosa.

El rey Ælla miró a su alrededor y se rascó la perilla.

—Osbert intenta dar un golpe al poder. —Ésa fue su evidente conclusión—. De ésta no saldrá sin castigo.

—Su alteza, es de vital importancia ponerlos a salvo —dijo Ivar—. ¿Puedo sugerir mi campamento fuera de los muros de la ciudad? Allí no van a ir a buscar. Y si lo hacen, será peor para ellos.

Ivar Sin Piernas hablaba sajón sin problemas. Aunque el conde de la barba

roja sólo había recibido catorce días de instrucción, no levantó sospecha alguna en el rey. Ælla tenía bastante con pensar cuál sería su próxima jugada.

—Mi sala del trono sobre la Puerta del Rey —murmuró sin convicción.

—Si nos atrincheramos allí —objetó Jarvis—, se convertirá en nuestra prisión. Y Osbert tendrá campo libre en la ciudad.

—A la iglesia —sugirió Ylva como alternativa—. Entramos por la puerta trasera. Cruzamos la plaza. Podemos ocultarnos en El Jabalí Cojo.

El rey Ælla contemplaba irresoluto a Ivar Sin Piernas, que asentía a la propuesta. La confianza entre ambos había sufrido un vuelco en tan sólo dos semanas. Sin más discusión marchamos en fila india hacia la iglesia, cuyas tejas cubiertas de musgo sobresalían por encima de los tejados de paja.

Ya no se oían gritos ni ruidos de lucha. Los hombres del rey Ælla habían sido derrotados. Una siniestra quietud se extendía sobre los jardines y edificios del palacio episcopal. Ylva, que iba en primer lugar, se detuvo en la esquina de una casa. Un grupo de soldados montaban guardia frente a la puerta trasera de la iglesia. En medio de ellos estaba el obispo Æthelbert de rodillas sobre la hierba.

—Ocho hombres —informó la escudera—. Tienen al obispo como rehén. Hemos de buscar otro camino.

—Yo pensaba que los guerreros nórdicos eran el doble de buenos que los sajones.

La cercanía de la muerte, mi milagroso salvamento y la tensión de la huida se me habían subido a la cabeza. Me sentía en forma e invencible. El dolor de las heridas y costillas rotas no me molestaba.

—Aquello era una broma. —Era evidente que Ylva no parecía invadida por la misma liviandad que yo—. Esto va en serio.

—También para el obispo Æthelbert —dijo el hermano Jarvis al tiempo que señalaba—. Piensan ajusticiarlo.

Uno de los soldados sostenía un hacha en vilo por encima del hombro mientras Æthelbert, que se movía adelante y atrás con los ojos cerrados, recitaba el padrenuestro.

—Entonces no nos buscarán por mucho tiempo —apuntó Ivar Sin Piernas.

—Su alteza, es vuestro obispo —insistió Jarvis.

El rey Ælla miraba indeciso de uno a otro, rascándose la perilla con tanta fuerza que había razones para temer que se la arrancase.

—No privemos a Æthelbert del martirio —sentenció al fin.

El pequeño hermano lego desplazó la vista desde el rostro del monarca a la magnífica espada que colgaba de su cinto. Con una rapidez pasmosa birló el arma del rey. Paralizado, Ælla miró su funda vacía y luego la esquina de la casa por donde Jarvis había desaparecido. Yo me decidí de inmediato y lo seguí.

Jarvis ya había llegado hasta el verdugo, quien daba un paso atrás para detener el ataque con el mango del hacha. El pequeño vejete se cambió con soltura el arma a la mano izquierda, dio un paso atrás, dejó que el arma del verdugo pasara volando junto a su cara y rápido como el rayo abrió un surco en el muslo del hombre. Cambió una vez más la espada de mano y le hundió la hoja en la caja torácica.

Yo atacué a otro soldado, pero mi espada resbaló con un chirrido por su cota de malla. Me tiró fácilmente de un puntapié y alzó la espada. Sin previo aviso bramó desahogado cuando en ese instante Jarvis le hizo un profundo corte en el brazo. Calló bruscamente cuando Ylva le clavó el sax en el cuello.

Los demás soldados, que vieron venir también a Hastein, se retiraron heroicamente a la iglesia de piedra cerrando la puerta tras de sí.

—Hay un portón en la parte posterior —gritó Ivar Sin Piernas.

Ylva rodeó con su brazo la cintura del obispo y lo alzó. Æthelbert no levantó la vista mientras planeaba sobre la hierba. Seguía ocupado en la oración. Ivar Sin Piernas intentaba seguir el paso cojeando, entonces Hastein saltó a la silla de uno de los caballos que habían quedado atrás, aferró a su conde y lo subió a medias sobre el lomo del animal. Con las largas piernas torcidas contra su ijada, el caballo pasó junto a nosotros al golpe.

Naturalmente, Osbert había previsto que a alguien se le pudiera ocurrir huir por la salida trasera del palacio episcopal. Seis hombres montaban guardia delante de una puertecilla en el cercado de maderos. Hastein bramó desde el lomo del caballo mientras se lanzaba hacia ellos con estrépito. Se hicieron a un lado, pero uno tuvo la suficiente sangre fría como para hacerle un corte en el morro al pobre animal. El caballo relinchó de dolor precipitándose. En su carrera se llevó por delante a otro soldado, que quedó atrapado sin exhalar ningún sonido más.

Tanto Hastein como Ivar Sin Piernas entraron en liza; Ivar con la espada del hombre que había quedado bajo el caballo. La blandió con tal violencia que se

quedó enganchada en el cuerpo del que había herido al animal sin que la pudiera sacar. En su lugar, agarró el hacha de su nueva víctima para continuar. Ylva le rebanó la parte inferior de las piernas a un soldado que se acercaba a Ivar Sin Piernas por la espalda. Gritando, el hombre cayó sobre la hierba. Como si formara parte de una coreografía, el conde de la barba roja se volvió hacia el pobre inválido y le clavó el hacha en su pecho, mientras Jarvis neutralizaba de un solo tajo al quinto soldado. El último no quiso ver más, abandonó su arma y se largó.

La contienda sólo había durado un instante. Ivar, Hastein, Ylva y Jarvis jadeaban con las armas alzadas cuando llegué hasta ellos.

Ivar Sin Piernas levantó la vista y sonrió.

—Un conde, un golfo, una mujer y un perro cristiano. ¡Una escuadra muy variopinta!

Al otro lado de la cerca del palacio episcopal, la ciudad era un laberinto de callejuelas embarradas. Tardamos mucho tiempo en encontrar entre ellas las pocas filas de casas que había a lo largo de la calle principal. Cuando atisbamos la hilera de fachadas a través de un cercado de mimbre trenzado, Ivar Sin Piernas y su hacha cortaron el obstáculo sin miramientos. Nos deslizamos en diagonal por un corral, donde el fuego aún ardía en la lumbre, para dirigirnos hacia un portón que permanecía abierto. Recipientes y utensilios yacían abandonados en el polvo. Desde el poste del portón vimos que la calle también estaba desierta. Hastein se adelantó.

—Vamos, gallinas. —Se apartó el flequillo rubio—. No hay nada que temer.

Con tranquilidad continuó cruzando la calle en diagonal y desapareció entre las casas. Los demás seguimos su ejemplo para abandonar la relativa seguridad del corral, pero nos detuvimos al oír ruido de cascos. Rodeando el muro del cementerio venía un grupo de jinetes al galope con Osbert a la cabeza. Éste bramó una orden y nos señaló.

Los jinetes no llegaron a avanzar. Una nube de flechas cayó sobre ellos. Sin embargo, los arqueros del portón este de la ciudad no dieron ni por asomo en el blanco. Lo único que consiguieron fue derribar un par de caballos. Osbert y sus hombres corrieron a resguardarse en el mismo lado de la acera que nosotros.

Ivar Sin Piernas y yo buscamos por las angostas callejuelas embarradas a Ylva, Jarvis y el obispo, pero habían desaparecido. El ruido que hacíamos rebotaba en las paredes de madera sin ventanas de las casas. Detrás de una valla, un perro ladraba iracundo. Retuve al conde de la barba roja.

Los perros ladran cuando alguien invade su territorio. Las gallinas cloquean para avisar al grupo, los caballos resoplan y los burros rebuznan. Para el oído atento, la ciudad era un paisaje de ruidos muy reveladores.

—Alguien viene hacia aquí por aquella esquina —susurré.

Ivar Sin Piernas alzó la espada, pero lo frenó el fuerte agarrón de una pequeña mano callosa.

—Seguidme —murmuró el hermano Jarvis, quien también utilizaba los sonidos de la ciudad para orientarse.

Enseguida perdí absolutamente la orientación de dónde nos encontrábamos, sin embargo, Jarvis conocía la dirección a seguir entre el barro de las angostas callejuelas y nos indicó con la mano que entrásemos por una puerta. Una familia compuesta por el padre, la madre y dos hijas se apretaban en una esquina de la pequeña y oscura estancia. La luz que penetraba por la salida del humo permitía distinguir un telar vertical y una cama de paja sucia. En el otro extremo de la estancia estaban el rey Ælla, el obispo e Ylva. Jarvis señaló la pared detrás de ellos.

—Al otro lado está el portón que da al patio de El Jabalí Cojo.

Ivar Sin Piernas se puso a tajar los tablones. Ylva se unió a él. Juntos hicieron un agujero por el que Ælla, Jarvis y el obispo se introdujeron.

—¿Dónde está Hastein? —pregunté.

—Sigue su propio camino.

—¿Y qué hay de ellos? —Ylva señalaba a la familia.

Ivar Sin Piernas agarró a la menor de las hijas y se inclinó sobre el padre.

—Una palabra a nuestros perseguidores y tu hija morirá.

La madre quiso agarrar a la chica, pero el conde de la barba roja le estampó el puño en la cara. Ella se derrumbó sobre el suelo de tierra apisonada. Él empujó a la niña a través del agujero y me hizo una señal de que los siguiera.

Fuera, Ylva y el hermano Jarvis habían tomado posiciones para defender al obispo Æthelbert y el rey Ælla; ambos extremos de la callejuela se hallaban bloqueados por hombres de Osbert con el arma en la mano y una sonrisa confiada. Ivar miró a un grupo y a otro y soltó a la niña, que desapareció de nuevo por el agujero.

—A ellos —bufó.

La singular tranquilidad me dominaba aún. Todo lo experimentaba a mitad

de velocidad y sentía que flotaba. Logré dar un par de buenos tajos, mientras Ivar Sin Piernas abatía de forma brutal una víctima tras otra. Liberaba la espada del soldado más reciente y apartaba el cadáver con el pie. El último se marchó prudentemente a la carrera.

—¡No debe escapar!

Desde el alero de un tejado, una esbelta silueta atravesó el aire, aterrizó sobre la espalda del soldado y lo siguió en la caída para ponerse en pie con un sax sangriento en la mano.

—Bueno, he vuelto para atar los cabos que dejáis sueltos —rio Hastein.

El hermano Jarvis echó mano al portón de atrás de El Jabalí Cojo. No era de extrañar que estuviera atrancado.

—Haremos como en Creca.

Ylva me entendió y unió las manos en cuenco. Me impulsé por encima de la valla aterrizando en el lodo del corral. Huyeron un cerdo y alguna gallina. La ropa lavada colgaba plácidamente de cuerdas tensadas en la pared trasera de la fonda. En una esquina, un montón de estiércol desprendía vaho. Levanté la tranca. Los demás afluyeron al interior.

—No te manejas mal para estar convaleciente —dijo Ivar Sin Piernas.

—Gracias, conde Ivar.

El propietario de El Jabalí Cojo y sus clientes se quedaron boquiabiertos cuando el rey Ælla, su obispo, su séquito de nórdicos y un pequeño hombre cano con hábito de monje aparecieron en la sala de techo bajo del mesón. Ivar Sin Piernas nos guio para que subiéramos por la escalera mientras pedía a Hastein e Ylva que permaneciesen abajo. Alguien debía cuidar de que el mesonero y sus clientes entendieran que una silenciosa neutralidad redundaría en su provecho.

Desde las ventanas de la habitación vimos a Osbert detener su caballo bajo el campanario. El carro tirado por el caballo que llevaba el arca salió con gran estruendo por el portón del palacio episcopal en dirección hacia él. Junto a la Puerta de Usan, parte de las fuerzas defensivas de la ciudad se habían movilizado. Desde la sala del trono situada sobre la Puerta del Rey, varios soldados del rey Ælla se dirigían hacia el sur.

—¿Nadie ha encontrado a Ælla? —gritó Osbert con desesperada ira en la voz—. ¿No ha matado nadie a ese hijo de puta?

En medio del pánico nadie respondió, lo cual fue suficiente respuesta. Las

fuerzas leales al rey avanzaban hacia el campanario formando un muro de escudos. Paso a paso se aproximaban a los golpistas. Los arqueros detrás de ellos comenzaron a disparar flechas. Una alcanzó al caballo que tiraba del carro con el arca. El animal se encabritó relinchando de dolor. Un par de hombres de Osbert saltaron de las sillas para intentar desengancharlo. En su angustia, el caballo herido de muerte hizo que resultara imposible; encabritado, relinchaba y coceaba. El muro de escudos de las tropas leales al rey se acercaba. Llovían las flechas. Varios hombres de Osbert cayeron al suelo gritando. Ninguno llevaba escudo con el que protegerse. Desde el lomo de su alto caballo, el exrey reconoció al fin lo insostenible de su situación.

—Fuera de aquí, malditos inútiles —gritó Osbert a los hombres que le quedaban. Éstos espolearon sus caballos y cabalgaron hacia el portón norte, donde desaparecieron al galope por la piedra gris que formaba la calzada romana. El intento golpista de Osbert había pasado con la misma rapidez que empezó. En las calles yacían los muertos y heridos.

—Su alteza —dijo Ivar Sin Piernas—. Estáis salvado.

—Te doy las gracias. —El rey Ælla miró satisfecho por las ventanas de la habitación el caos de la plaza de la iglesia mientras se rascaba la perilla.

—Es un honor ayudar a mi rey —le dio jabón el conde de la barba roja—, pero ¿Osbert saldrá con bien después de cometer alta traición?

El rey Ælla se irguió.

—Naturalmente que no. Si es preciso, lo perseguiremos hasta Escocia.

—En mi campamento hay más de cien hombres fuertes. Están a tu disposición si les devuelves las armas.

El rey Ælla contempló el alto nórdico, quien, de pie en la habitación, debía inclinar la nuca bajo las vigas del techo.

—He de reconocer —comenzó— que no estaba seguro de tu conversión. Ni de tu lealtad.

—Si aún dudas, entonces mira allí.

Ivar Sin Piernas señaló por la ventana el carro que había sido abandonado en la plaza. El caballo herido se hallaba ahora tumbado relinchando presa del pánico al tiempo que agitaba la cabeza.

—El arca del carro contiene veinte mil monedas de plata. Ahora son tuyas, rey.

Sin que otros nórdicos fueran testigos, Ivar Sin Piernas podía caer de rodillas y poner los labios sobre el dorso de la mano del rey Ælla. Había dejado a Ylva y Hastein abajo con toda premeditación.

—Estoy abrumado, amigo.

Ælla estaba deseando bajar para tomar posesión de la fortuna. Tenía demasiado en lo que pensar como para extrañarse de que Ivar Sin Piernas conociera el contenido del arca.

—¿Y qué hay de nosotros, conde Ivar? —pregunté cuando los dos desaparecían por la baja puerta que daba a la escalera.

—El monje y tú permaneceréis aquí con Æthelbert. —Ivar Sin Piernas dirigió a Jarvis una fría mirada calibrándolo—. Pues sí que es diestro tu amigo monje. Enemigos comunes hacen inesperados aliados.

Una vez que Jarvis y yo nos quedamos a solas con el obispo, miré al pequeño hermano lego. Volvía a estar encorvado, con su aspecto bonancible e inofensivo. La embriaguez de la lucha había remitido y las múltiples heridas me dolían. Cojeé hasta la ventana. Abajo, el rey Ælla salía a la calle y saludaba a sus hombres, que afluían de todos lados.

Ivar Sin Piernas llevó a Hastein aparte. Con el ruido del júbilo no podía oír las palabras, pero Hastein asintió, tomó las riendas de un caballo abandonado y montó en la silla. Sosegadamente reunió un par de caballos más y, sin que nadie reparara en él, cabalgó hacia el sur.

—Diestro —repetí las palabras de Ivar Sin Piernas—. Eso es quedarse muy corto, Jarvis. ¿Cómo es que cuidas tan bien de tu obispo?

—Es representante de Dios en la tierra —respondió el pequeño hermano lego piadosamente.

—Y tu pasaje al poder.

Miramos a Æthelbert, que se balanceaba en una esquina del cuarto absorto en la oración. Su boca de pez se abría y cerraba.

—Æthelbert es, como su propio nombre indica, de noble linaje —sonrió Jarvis—. Yo no soy sino un viejo guerrero que ha tenido la fortuna de convertirse en hermano lego. Nunca podré ser abad ni obispo. Pero Æthelbert es un hombre indeciso que necesita ayuda para la más mínima cosa. Yo me he puesto a su entera disposición, igual que hizo el hermano Offa antes que yo. No hay nada malo en ello. Mejor reflexiona acerca de cómo Ivar Sin Piernas sabía lo

que contenía el arca de Osbert.

—Ya lo había pensado.

Los dos miramos el carro tirado por el caballo, que había sido desenganchado por orden del rey sajón. Los soldados lo apartaron empujándolo con la fuerza de sus brazos. El cadáver del caballo quedó sobre la plaza.

—Jarvis, en calidad de mano derecha del obispo tendrás acceso a cualquier sitio del palacio episcopal, ¿no?

La dulce sonrisa de Jarvis desapareció para dar paso a una mirada severa.

—Si estás pensando en la plata de la iglesia de San Cuthbert... —empezó a decir.

—Esa plata es una idea fija de Ylva —le interrumpí—. Yo quiero saber la verdad acerca de cómo murió Ragnar Calzas Peludas.

La estancia estaba acondicionada con una sólida mesa de roble y dos sillas de respaldo alto, ambas forradas con vellón de carnero. Las alfombras que colgaban de las paredes mantenían el calor del gran hogar que había en el centro de la sala. La única iluminación provenía de la salida de humo en el tejado, por donde un chorro gris de luz diurna incidía sobre una tarima de madera situada a la altura de la rodilla. Ése era el lugar destinado al descanso, provisto de abundante paja y zamarras, donde los residentes podían dormir sin que les molestara el suelo. Una puerta conducía a otro cuarto más pequeño. Su único mobiliario eran dos camas nicho en las paredes exteriores.

—Es la sala de guardia, joven señor —dijo el carcelero, que llevaba puestos casco y cota. Lo único que sabía de mí es que iba en compañía de la mano derecha del obispo y por ello debía ser tratado con respeto.

—¿Cuántos guardias cuidaban al prisionero del rey mientras vivió aquí? —preguntó el hermano Jarvis sonriendo con dulzura como para disculpar el carácter directo de su pregunta.

—Dos hombres durante el día, señor.

Se había cuidado bien a Ragnar Lodbrog. Eché un último vistazo al interior de la estancia donde el renombrado danés pasó sus últimos días.

—¿Y tú eras uno de ellos? —pregunté.

—Así es, señor —respondió el carcelero—. Mi nombre es Egbert.

Egbert, que no estaba acostumbrado a ser interrogado por señores distinguidos, se mostraba nervioso y con afán de complacer. Se materializó en una expresión de disgusto. En mitad de su rostro sin afeitar destacaba una gran

nariz abollonada.

—¿Egbert? —repuso Jarvis impactado—. Pero si es un nombre de rey.

—Así es, señor. —Cuando Egbert sonrió aquel día por primera vez, sólo se le vieron dos dientes tras sus labios agrietados—. Mi madre vino aquí desde Wessex para casarse con mi padre, que era comerciante. Cada uno de sus ocho hijos recibimos el nombre de alguno de los reyes o reinas de nuestra patria. Crecimos aquí en Eoforwic, pero en la parte más pobre de la ciudad. La fortuna nos visitó cuando papá entró a trabajar en el palacio episcopal.

—Cuéntanos algo de Ragnar Lodbrog, Egbert —interrumpí la narración de la historia familiar.

—¿Contar qué, joven señor?

Para ser vigilante no se necesitaba demasiada inteligencia ni imaginación o empatía. Me esforcé por precisar mi pregunta.

—¿Se sentía a gusto? ¿Qué comía? ¿Con qué frecuencia abandonaba la estancia?

Egbert se encogió de hombros y respondió exactamente lo que se le había preguntado sin decir nada de interés, que era con toda probabilidad a lo que estaba acostumbrado.

—El preso se encontraba bien aquí. Comía lo que le traían. Rara vez salía.

Jarvis me tocó con suavidad el brazo para reemplazarme como interrogador.

—Creo que lo que mi joven amigo quiere saber es cómo se comportaba Ragnar Lodbrog durante su confinamiento. Puede que estuviera disconforme con estar aquí encerrado.

—¿Disconforme? —Egbert emitió un ronroneo hueco que yo interpreté como risa—. Eso es decirlo suavemente. Se quejaba todo el tiempo. De la comida, de la habitación, de nosotros los guardias. De sus compañeros que lo habían dejado en la estacada. De la calidad de la cerveza sajona, que de todos modos bebía en abundancia. Creedme que fue bastante duro.

—Entonces, ¿hablaba nuestra lengua? —pregunté.

—Decía las palabras con una entonación rara, pero se le entendía perfectamente.

Aquí se hallaba la explicación de los buenos conocimientos lingüísticos de los hijos de Calzas Peludas. Todavía quedaba por aclarar cómo había aprendido éste el sajón.

Pisamos el alto umbral de la puerta y salimos a las primeras horas de la húmeda tarde gris. La casa era la misma que habían examinado a fondo los hombres de Osbert durante su intento golpista dos semanas antes. Se hallaba en la parte posterior del palacio episcopal, que lindaba con la esquina situada al norte de los muros de la ciudad. Había en la zona un gran jardín con árboles, arbustos y hasta un pequeño estanque. A pesar del amarillo otoñal de la hierba y el rojo parduzco de las hojas de los árboles, daba la impresión de que debía de ser un lugar excepcionalmente bello cuando estaba florido.

Era el primer día de noviembre, el Día de Todos los Santos, de modo que el obispo, sus sacerdotes y todos los monjes del palacio episcopal estaban reunidos en la iglesia de San Pedro, donde cantaban a voz en cuello en honor de los hombres santos que a lo largo de los tiempos murieron por la gloria del Cristo Blanco. Jarvis había llevado a Æthelbert hasta el altar y venido a recogerme al portón. Durante un par de horas teníamos el terreno del obispado para nosotros solos.

—Ragnar Lodbrog ha sido el preso más difícil que jamás hayamos tenido —contó Egbert—. Y eso que se le trataba mejor que a la mayoría. La casa se utiliza por lo general para visitantes distinguidos que vienen de lejos. Ya me gustaría que me encerraran así, con dos comidas al día, toda la cerveza que soy capaz de beber y una sierva con la que divertirme. Seguro que no me oiríais hablar de huir.

—¿Hablabas Ragnar a menudo de huir?

Egbert se encogió de hombros.

—Sólo cuando estaba borracho. Y lo estaba la mayoría del tiempo. —Apretó sus mandíbulas desdentadas para considerar un instante las injusticias de la vida—. Pero nosotros lo tratábamos bien de todas formas. Ésa era nuestra obligación. Y desde luego sí que entretenía. Estaba cargado de historias.

—¿Historias acerca de qué? —preguntó Jarvis.

—Le encantaba contar cosas acerca de él y sus hazañas. Por ejemplo, sobre un par de dragones que había derrotado para liberar a la hija de un rey, con la que luego se casó. De escuderas y batallas sangrientas que ganó. De otra hija de un rey vestida únicamente con una red de pescar.

—¿No te creíste las historias?

Egbert se encogió de hombros. Se trataba de su respuesta general, y sólo

después vio la necesidad de profundizar en ella.

—Eran cuentos divertidos, pero evidentemente pura fantasía.

—¿Por qué evidentemente?

—Se podía suponer. ¿Dragones e hijas de reyes? ¿Guerreras hermosas con cota de malla? ¿Quién ha oído hablar alguna vez de esa clase de pamplinas? Pero lo más grave era todos los países y ciudades que afirmaba haber conquistado.

—¿Países y ciudades?

La técnica indagatoria del pequeño hermano lego se basaba en el seguimiento a través de sus preguntas y la demostración de un profundo interés, una combinación difícil de resistir para espíritus débiles. Egbert se rendía de buena gana.

—Bueno, una cosa era que fuera prácticamente el único hombre que tomó París. Los francos no se caracterizan precisamente por ser los más espabilados, ya me entendéis... —Emitió un ronroneo a modo de risa hueca. Sonreímos con complicidad. La necedad generalizada de los francos era un hecho asentado—. Pero nadie podía creerse las hazañas de las que se jactaba Ragnar. Si hasta decía que había abatido en una contienda a Hame, el padre del rey Ælla. Sin embargo, todos saben que Hame murió tranquilamente en su cama. Afirmaba también que había conquistado Escocia, así como las islas Hébridas y Orcadas. Pero los escoceses siguen tan indomables como siempre, y por lo que se refiere a las islas, ciertamente están gobernadas por nórdicos, pues a nadie más le apetece vivir ahí, pero son hombres de Noruega, no daneses. A esto argüía Ragnar que él también había conquistado Noruega y había sido nombrado rey allí, y que cualquiera de nosotros podía ir a las Orcadas a preguntárselo al primer noruego que viera, claro, eso si creyéramos que saldríamos con vida después.

Egbert hablaba acaloradamente sin que necesitara ya que lo incitásemos. Las palabras le salían a borbotones.

—Y todas esas hazañas Ragnar las habría llevado a cabo con una flota en la que, además de los guerreros, había niños y viejos. Afirmaba que propagó a todo lo largo de su reino la orden de que cada padre de familia le enviara aquel de sus hijos al que tuviera en menor estima (o siervos que fuesen vagos y a los que no se les pudiera confiar ninguna tarea), y que él con semejante ejército había conquistado muchos países. Pero yo, que no soy más tonto que la mayoría, supongo que lo decía sólo para insinuar que hasta el más débil de los daneses

superaba a los hombres más bravos de otros pueblos, en especial a nosotros, los sajones. Creedme que fue bastante duro.

—Así que Ragnar Lodbrog era mitómano —concluyó Jarvis.

—¿Mito... qué? —dijo Egbert para mi alivio, pues no quería preguntarlo yo.

—Que le gustaba inventarse historias —explicó el pequeño hermano lego— y se las creía más que la propia realidad.

—Eso era justo lo que hacía —sonrió Egbert con sus dos dientes—. Y cuando alguien le formulaba una pregunta problemática estallaba en una furia incontrolable y buscaba pelea. Sin embargo, el rey nos había prohibido maltratar al prisionero, así que cuando la bebida lo cegaba teníamos que reducirlo de algún otro modo. Entonces lo metíamos en una de las mazmorras corrientes para que se diera cuenta de lo bien que estaba antes.

—¿Nos puedes enseñar una de esas mazmorras «corrientes»?

Egbert se encogió de hombros, nos condujo a través de un patio cubierto de grava hasta la casa baja y alargada desde cuyo tejado habían saltado Hastein e Ylva para salvarnos de los hombres de Osbert. Tres escalones más abajo, en el interior del edificio, se veía una hilera de agujeros excavados en la tierra pedregosa. Tenían la profundidad de un hombre erguido, y por encima de cada uno de ellos había una reja de hierro.

—¿De manera que cuando Ragnar Lodbrog se ponía difícil lo metíais en uno de estos agujeros? —preguntó Jarvis.

El carcelero se encogió de hombros.

—Entonces, ¿fue aquí donde murió?

Interpretó mi pregunta como una acusación.

—No sucedió durante mi guardia.

—Pero ¿ocurrió en uno de estos agujeros?

Egbert reconoció que se trataba de otro agujero. Descorrió un cerrojo en la pared del fondo para abrir una puerta desde la que arrancaba otra escalera que nos llevó quince peldaños más abajo. Poco a poco, nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, rota únicamente por la débil luz del día procedente del comienzo de la escalera. En el suelo del recinto había una trampa dividida en dos partes que el carcelero empezó a abrir.

—Es un antiguo pozo desecado. —Su voz resonó bajo las paredes de la trampa—. Aquí traemos a aquellos de los que queremos olvidarnos por

completo. Abajo, en el fondo, no se oye un ruido y está oscuro como una tumba.

—¿Cuánto tiempo estuvo ahí Ragnar Lodbrog?

De repente, Egbert se volvió arisco y perdió el afán de contar cosas.

—Como he dicho, no fue durante mi guardia.

—Entonces, ¿quién tenía guardia?

—Mi compañero, que ya no está.

—¿Quién?

—Se llama Ældfric. La verdad es que me sorprendió que Ældfric decidiera quedarse cuando el *witan* depuso al rey Osbert el invierno pasado. Siempre había servido lealmente a Osbert y despreciado a Ælla por ser debilucho.

—¿Y cuál es tu opinión acerca del rey Ælla? —preguntó Jarvis con dulzura.

El carcelero se encogió de hombros como respuesta universal que no le comprometía. Entendimos que si bien Ælla podía servir perfectamente, el nuevo rey no era nada especial en comparación con su predecesor. Pedí a Egbert que relatase cómo habían hallado muerto a Ragnar Calzas Peludas.

—Pocos días antes, el prisionero se enteró de que sus hijos estaban en Northumbria. Se hallaban en el páramo junto a un gran ejército, asolando ciudades y granjas a las que llevaban muerte y fuego.

—¿Y la intención no era que lo supiera?

—Por supuesto que no. —Una vez más se encogió de hombros—. El caso es que se puso como loco de contento pregonando que sus hijos habían venido para liberarlo, de modo que lo que debíamos hacer era soltarlo de inmediato si queríamos seguir con vida. Pero el rey Ælla y el *ealdorman* Osbert ya habían formado un ejército con el doble de hombres que los bárbaros. Cuando se lo dijimos a Ragnar se quedó callado y empezó a beber. Al cabo de pocas horas estaba ingobernable. Gritaba, vociferaba y lanzó un taburete a la cabeza de Ældfric de forma que le salió un tremendo chichón. Fue Ældfric quien decidió meter al prisionero en el agujero, para que se tranquilizara.

Todo esto había sucedido mientras yo mismo me encontraba encerrado en el cobertizo de la fortaleza circular. Miré hacia abajo, a la oscuridad del pozo, intentando imaginarme a Ragnar Calzas Peludas, hambriento y extenuado en su silenciosa prisión.

—¿Pero Ragnar no se quedó ahí simplemente un par de horas? —preguntó Jarvis.

—Posiblemente no —admitió el carcelero—. Como he dicho, yo no estaba. Me separé del pozo.

—¿Y dónde estabas?

—En El Jabalí Cojo. —Egbert intuyó nuestra extrañeza y aclaró—: La mejor fonda de la ciudad. Excelente cerveza.

—La conocemos. ¿Qué hacías allí?

—Beberme el dinero que Ældfric me había dado.

—¿Por qué te dio dinero Ældfric?

—Para que mirara hacia otro lado —Egbert se retorció como si le hubieran doblado el brazo sobre la espalda— mientras él se hacía cargo del prisionero.

—¿Y dónde podemos encontrar a ese Ældfric? —preguntó Jarvis.

—Desapareció la noche que el rey llegó.

—¿Qué rey? ¿Ælla?

—Sí, ¿quién si no? —Egbert reconoció la necesidad de volver a contarle todo en orden cronológico—. El rey Ælla regresó del campo de batalla con una escolta y quiso poner en libertad a Ragnar. Eso sería un par de días después de que éste entrase en el agujero. Yo estaba en El Jabalí Cojo desde que Ældfric me había dado el dinero. —Sonrió al recordarlo—. Sí que fue una buena borrachera.

Me puse a calcular: Ivar Sin Piernas y Halfdan Camisa Blanca sorprendieron con el grueso de las fuerzas nórdicas al rey Ælla en el páramo por la mañana temprano. El rey sajón y su escolta bien podían haber llegado a Eoforwic por la tarde noche si cabalgaron todo el día.

—Ragnar Lodbrog no estaba, por supuesto, en su estancia —prosiguió Egbert—. Se formó un revuelo en todo el palacio episcopal. El suceso llegó hasta mis oídos en El Jabalí Cojo. Volví y le conté al rey que Ragnar se encontraba en el agujero. No me explico por qué Ældfric se lo calló, sin embargo, ambos abrimos la trampilla. Allí yacía Ragnar. Apeataba a caca y vómito, y recitó un verso.

—¿Qué verso?

—No comprendo la lengua de los nórdicos. Y tan pronto como hubo terminado el verso, murió. Parecía que se hubiera mantenido con vida únicamente para eso.

Callé mientras veía la escena ante mí: el anciano de la barba blanca en el agujero, los dos carceleros y el rey junto al borde, las últimas palabras de un

conde recitadas en verso.

—¿De manera que nadie entendió las últimas palabras de Ragnar Lodbrog?

—Ældfric sí. Él habla su idioma.

—¿Cómo es eso? ¿Ældfric no era sajón?

Egbert se encogió de hombros.

—Cuando Ældfric era joven parece ser que pasó un par de años con un comerciante danés capitán de barco. Él nunca hablaba de ello, pero eso dicen los rumores. Y seguro que ésa fue la razón de que el rey lo designase para vigilar a Ragnar Lodbrog.

El hombre que lanzó a Ragnar Calzas Peludas al agujero había navegado con un danés. Ese dato mostraba todo lo anterior bajo una nueva luz. Yo reflexionaba sobre las consecuencias de ello mientras Egbert seguía con su relato.

—Ældfric no las tenía todas consigo después de oír aquello. Al día siguiente desapareció.

—¿Qué hizo el rey Ælla?

—Desde luego no perdió el tiempo buscando a Ældfric. Hizo que pusieran el cadáver de Ragnar Lodbrog en un carro para cabalgar hacia el norte. Se llevó también del palacio episcopal algunos barriles de la mejor cerveza de alta graduación.

El rey ya tenía bastante con regresar puntualmente a la reunión bajo la lona en el páramo. Sin ninguna duda, él habría preferido devolver con vida a Ragnar Calzas Peludas, con la esperanza de que el ejército nórdico se marchara por donde había venido.

—¿Poseía Ældfric alguna característica particular? —preguntó Jarvis.

—No era alto. Sin embargo, tenía una buena panza. Aparte de eso no había nada de particular en él —dijo Egbert—. Por otro lado —prorrumpió entonces—, cuando Ragnar le lanzó el taburete a la cabeza le hizo un chichón de campeonato. En el lado derecho de la frente, justo bajo el cabello.

Se señaló fervorosamente con ambas manos su propia frente e incluso se apartó el pelo grasiento para mostrarnos el lugar exacto.

—De modo que Ældfric tiene un chichón en la frente —resumió Jarvis—. Pero ninguna otra característica aparte de un gran volumen corporal.

—Exacto. —Egbert asintió riendo con un ronroneo hueco—. Un gran volumen corporal. Qué bueno.

—¿Ocurrió algo más la tarde en que Ragnar murió?

—El rey llamó a algunos hombres para subir el cadáver. Pero cuando llegaron al fondo del pozo...

—Cuando llegaron al fondo del pozo —interrumpí— hallaron serpientes.

—¿Cómo puedes saber...?

—Y Ragnar Lodbrog estaba desnudo, ya que lo habíais despojado de su jubón de cuero, sus pantalones de piel y las botas cuando Ældfric y tú lo pusisteis ahí abajo. ¿No es así?

Egbert miraba con fijeza como si yo hubiera hecho magia negra.

—Ragnar Lodbrog estaba desnudo —confirmó él—, y el pozo bullía de serpientes. Unas doce o quince. Puede que veinte. Yo nunca había visto tantas de una vez. ¿Cómo habrían llegado ahí abajo?

En lugar de responder, le pedí que trajera una antorcha. Desapareció en lo alto de la escalera dejándome a solas con el hermano Jarvis en la penumbra del sótano.

—¿Cómo podías saber que había serpientes en el agujero? —preguntó el pequeño hermano lego.

—Ragnar Lodbrog murió a causa de tres picaduras de víbora.

Jarvis comprendió. Fue él quien me enseñó todo lo que yo sabía acerca de la naturaleza de las serpientes; entre otras cosas, que su mordedura, inocua para la mayoría, es mortal para algunos de nosotros. El hecho de que Ragnar hubiera de estar desnudo era lógico. Ninguna serpiente puede picar a través de pantalones de piel y túnica de cuero.

Esperamos en silencio a Egbert mientras cada uno reflexionaba sobre la muerte de Ragnar. Jarvis no compartió sus pensamientos conmigo. Me ayudaba, pero ya no confiaba en mí.

Egbert regresó con una antorcha encendida. A su luz logré ver que sobre el agujero colgaba un columpio sujeto de un cabrestante por una maroma.

—Éste es el único modo de subir y bajar —dijo—. Antes de que el pozo se secase, colgaba un cubo.

Arrojé la antorcha al interior del pozo. Giró en el aire alrededor de su propio eje hasta que alcanzó el fondo, a unos seis hombres de altura. La llama bufó al contacto con las piedras húmedas formando sombras en las rugosidades de las paredes curvas. En el fondo se retorcían los pequeños cuerpos planos. Me aparté

estremecido.

—¿Las serpientes pueden sobrevivir tanto tiempo sin comida? —pregunté.

—Eso parece —respondió Jarvis—. La naturaleza guarda multitud de enigmas sin explicar.

Ayudamos a Egbert a cerrar el pozo. Juntos subimos por la escalera para atravesar el recinto con la hilera de mazmorras.

—¿Algo más, señores?

La expresión de Egbert era sombría y contenida.

—No, pero gracias por tu ayuda. —Jarvis le tendió una moneda de plata—. A lo mejor te volvemos a necesitar después. Me atrevo a prometer que redundará en beneficio tuyo.

Nos quedamos en el exterior del edificio alargado mirando cómo desaparecía Egbert de muy buen humor entre las construcciones del palacio episcopal.

—Ældfric, el compañero de Egbert, era sin duda un espía de Osbert —dijo Jarvis—. Pero ¿fue él quien le quitó la ropa a Ragnar Lodbrog y le arrojó las serpientes? ¿Y para qué querría el cadáver el rey Ælla?

El recelo de Jarvis me había hecho callar los sucesos del páramo. Ahora iba yo a subsanar esa cuestión. Mi explicación duró un rato.

—Cuando Ivar Sin Piernas rodeó a los sajones junto a la fortaleza circular del páramo —concluí—, exigió que le entregasen el cadáver. A Ælla le debió de extrañar, pues hasta donde él sabía Ragnar Lodbrog seguía bajo arresto en una casa a cuerpo de rey. Pero, en lugar de contarlo, prefirió sorprender a los hermanos devolviéndoles a su padre, así dejarían de tener motivos para asolar su reino.

—¿Por qué los hijos de Lodbrog creían que su padre estaba muerto? —preguntó Jarvis.

—Ése era el mensaje que habían recibido de Osbert tres meses antes, mientras se hallaban en Anglia Oriental con el rey Edmund.

—Osbert —terminó Jarvis mi frase—, que había sido depuesto por un *witan* ese mismo invierno y de ese modo esperaba que los vengativos nórdicos quitasen de en medio a su rival.

Atravesamos en silencio los jardines y patios de las dependencias reales. Jarvis se quedó dando vueltas al asunto un buen rato.

—Bien —dijo al fin—. Prometo recabar con discreción más datos aquí en el

obispado. Tú intenta obtener mayor información de tus nuevos amigos. Juntos quizá podamos salvar a Northumbria tanto de una guerra civil como de una invasión.

Los motivos que yo tenía para investigar la muerte eran menos claros que los suyos. No era capaz de mirar a mi viejo mentor a los ojos y me conformé con asentir, mientras el nudo de mi estómago aumentaba su circunferencia media pulgada más.

—Y cuando todo haya pasado —concluyó—, lo más probable es que nosotros dos ya no nos volvamos a ver.

Cohibido, me despedí de él en el portón y me volví hacia la plaza de la iglesia, donde los pescadores ofrecían la captura del día y las amas de casa fruncían la nariz por el olor. Los comerciantes palmeaban satisfechos sus bolsas repletas de monedas mientras las prostitutas tentaban desde las callejuelas. Los vendedores de lana gritaban para vender sus últimas balas al tiempo que las tejedoras juzgaban gravemente la calidad de las fibras. Los niños corrían dando gritos de alegría en torno a las mesas alargadas que los ciudadanos habían colocado para la celebración vespertina de Todos los Santos. Mujeres y niñas las adornaban con ramas de aliso, mientras los hombres traían enormes fuentes con salchichas y tartas de harina de trigo recién horneadas. El delicioso olor luchaba con la peste del fango de la plaza.

Después de casi dos meses en Eoforwic, percibía la vida a mi alrededor como algo natural: un trasfondo de ruido del que yo nunca llegaba realmente a formar parte, pero al que me había acostumbrado, de manera que apenas ya lo notaba. Si hubiera sabido que todas esas gentes iban a ver trastocada su pacífica existencia al final del día, que se acabaría ese encantador caos de gente pululando, y que se aproximaba un duro invierno gris en manos del terror, puede que me hubiese detenido a deleitarme con la vida cotidiana de la ciudad por última vez. Sin embargo, yo estaba ensimismado en mi mala conciencia y sólo veía mis propios pies.

Decidí que si Jarvis aún seguía mirándome, regresaría para admitir que la salvación de Northumbria no me incumbía y que sólo buscaba la verdad acerca de la muerte de Ragnar Calzas Peludas para congraciarme con Ivar Sin Piernas.

Giré sobre mis talones.

No se veía por ninguna parte al pequeño hermano lego.

Ylva estaba esperándome junto al campanario. Me estudiaba con detenimiento.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Nada. He recabado nuevos datos.

—¿Te has enterado de dónde está escondida la plata de la iglesia?

—Jarvis y yo teníamos cosas más importantes que discutir.

La ira llameó en sus ojos juntos.

—¿Qué puede haber más importante que mi plata?

—Quién mató a Ragnar Calzas Peludas.

Asintió con tristeza.

—Seguro que sí. Pero para mí la plata es más importante.

—¿Por qué?

Vacilante, cambiaba el peso de un pie a otro. Mientras yo esperaba la respuesta, el ambiente a nuestro alrededor se transformó. La gente hablaba alterada entre sí y se encaminaba hacia la Puerta del Rey. Ylva y yo miramos asombrados.

Extramuros, en el terreno donde se hallaba el campamento de Ivar Sin Piernas, no se veía a nadie entre las tiendas. Los nórdicos habían bajado a la ribera del Usan donde se reunía el gentío. Poco a poco me enteré de a qué se debía el tumulto. No fui plenamente consciente hasta que yo mismo me adelanté.

De niño, cuando vivía en el bosque o en el monasterio, escuché a menudo hablar de las naves largas, pero nunca antes había visto una con mis propios ojos. Ahora aparecieron ante mi vista tanto más majestuosas y aterradoras.

Una larga fila de navíos se aproximaba por el río desde el sur bajo la pálida luz del declinante sol. Estilizados, como peces enormes, los barcos parecían estar suspendidos en el agua; de los huecos por debajo de las bordas, filas de remos los impulsaban con pertinaces y rítmicos golpes; en el centro del barco asomaban los mástiles con vergas, de los que pendían grandes velas cuadrangulares, flácidas debido a la tarde bonancible. Los tablones imbricados de los largos cascos se entrelazaban orgánicamente de popa a proa, desde donde se erguían, saliendo del agua, cabezas talladas de animales pintadas de colores llamativos: lobos furiosos, caballos relinchando, bestias fantásticas de las pesadillas de un loco.

—Bueno, demasiado tarde —dijo Ylva.

Alcé la mirada hacia ella.

—Sabías que las naves largas iban a venir —dije—. Querías encontrar el tesoro antes para quedártelo tú sola.

—¿Quedármelo? —Sonrió con amargura—. Verdaderamente no comprendes nada, sajón.

—Entonces explícamelo.

—Ya da lo mismo.

Movió la cabeza para señalar al navío que iba en primer lugar, como si la respuesta se hallara ahí.

Una esbelta silueta rubia permanecía en pie sobre la proa. Gritaba y saludaba triunfante a la gente de la orilla como si fuera mérito suyo que la flota hubiese arribado. Se encaramó a la borda para brincar hacia fuera con las piernas por delante. Creí que quería saltar al agua, pero su objetivo era la primera caña de la fila de remos. Aterrizó en ella justo cuando rompía la superficie del agua. En marcha, guardó el equilibrio un instante antes de seguir saltando hasta el siguiente remo. Así bailó sobre las cañas de los remos por toda la longitud del barco hasta que llegó al último. Allí giró en redondo para regresar saltando en dirección a la proa, donde lo recogió Bjørn Costado de Hierro. El gigante de la barba gris tendió hacia abajo su enorme manaza para izar a su pupilo a bordo.

El bailarín de los remos era Hastein. Había traído consigo a la flota entera de los nórdicos hasta la metrópolis del rey Ælla.

Ivar Sin Piernas se hallaba sentado, muy satisfecho, en el trono de Northumbria, cuyo respaldo estaba coronado por esferas de madera doradas. La escasa luz diurna penetraba por las pequeñas ventanas de los gruesos muros exteriores, iluminando una hilera de columnas que sostenían las bóvedas de piedra del techo. Seguro que ese extenso salón había sido en tiempos puesto de guardia para los soldados romanos. Ahora era la sala del trono de los monarcas de Northumbria.

Delante del podio con el trono se hallaban en pie los hermanos del conde de la barba roja. En el suelo de piedra había una fila de agujeros de diferente tamaño a través de los cuales podía verse el empedrado situado bajo las dos bóvedas de la Puerta del Rey. En aquella ocasión no entendí su razón de ser. Hoy sé por amarga experiencia que se llaman agujeros mortales, pues por ellos se pueden verter brasas o aceite hirviendo sobre la cabeza del enemigo invasor.

—Os he reunido para discutir con vosotros tres cosas —comenzó Ivar Sin Piernas.

Bjørn Costado de Hierro, que había cruzado sus anchos brazos sobre la enorme panza, tenía tras la barba gris una expresión de gran indiferencia. La luz que llegaba del exterior hacía brillar la trenza negra de Sigurd Ojo de Serpiente y sus esclavas. Halfdan Camisa Blanca, vestido con una saya recién lavada, iba y venía sin descanso alrededor del podio, mientras constantes convulsiones recorrían su rostro rasurado. También Ubbe estaba en la sala, pero se mantenía respetuoso en segundo término. Los pelillos de su barbilla redonda seguían pareciendo un intento fallido de emular la fuerte y espesa barba de sus hermanos

mayores.

No había nada de particular en que Ivar hubiese reunido a sus hermanos para festejar la sencilla conquista de la segunda ciudad más grande de Inglaterra. Lo extraño era que yo fuese el sexto participante de la reunión.

—¿Han montado jaleo los sajones? —preguntó el conde de la barba roja mientras miraba en derredor a sus hermanos. Todos negaron con la cabeza.

Los habitantes de Eoforwic habían aceptado lo inevitable. Desde los muros veían desvalidos cómo seguían llegando naves largas con más nórdicos, quienes sin inmutarse por la proximidad de la plaza fuerte se habían asentado en el terreno al sur de la Puerta del Rey. El área del campamento de tiendas creció rápidamente hasta hacerse tan grande como la ciudad. Ahora alojaba a cerca de tres mil guerreros además de mil quinientas mujeres, niños y siervos. Los mástiles de las esbeltas naves largas formaban un bosque de troncos a lo largo de la ribera del río.

—Ya contaba con que no habría problemas —ronroneó Bjørn Costado de Hierro—. Los cristianos son crédulos y tú les has prometido la paz.

Bajo el campanario de la plaza de la iglesia, Ivar dio un discurso en sajón fluido diciendo que todos podían estar tranquilos porque su toma del poder no iba a conllevar ninguna forma de represalia. Si la ciudad quería, incluso conservaría su obispo, y cada cual era libre de venerar a los dioses que quisiera.

—Pienso cumplir mi promesa —dijo Ivar Sin Piernas—. Los ladrones serán duramente reprimidos. No hemos conquistado toda una ciudad sin un golpe de espada simplemente para saquearla y quemarla.

—En todo caso, podríamos emplear plata para retribuir la paciencia de los hombres —objetó el gigante de la barba gris—. Si en breve no nos mostramos como dadores de riqueza, fácilmente pueden escapársenos por entre los dedos ahora que han probado el reino de Mercia.

—En relación con ese punto te contentaré, hermano. —Ivar sacó un arca que reconoció—. Ésta es la suma destinada a la guerra de Osbert. La traía cuando intentó volver a tomar el poder. No me fue posible impedir que el rey Ælla usara una parte de las diez mil monedas de plata para equipar a su ejército, pero el resto nos pertenece.

Me sorprendió la cantidad. En la habitación situada encima del mesón de El Jabalí Cojo, Ivar Sin Piernas dijo al rey Ælla, tras el intento de golpe de Osbert,

que el arca contenía el doble de esa suma. Sin embargo, no dije nada, y Bjørn Costado de Hierro asintió en señal de aprobación.

—Pero debemos tener miras más altas —continuó Ivar Sin Piernas con una dulzura en la voz que incluso el hermano Jarvis tendría dificultad en superar—. Nos encontramos en la segunda ciudad comercial más grande de Inglaterra. Aquí llegan comerciantes de Lundene, Frisia y el reino de los francos para vender sus mercancías. Esa afluencia no va a menguar sólo porque la ciudad haya cambiado de señores. Podemos exigir impuestos tanto por usar el río como en concepto de aduana, y cuando construyamos un puerto en condiciones, ganar con el alquiler de las plazas del muelle. Daneses, noruegos y suecos vendrán también, pues Inglaterra tiene más riquezas que todos los territorios de nuestra patria juntos, y el excedente de ese comercio acabará en nuestras arcas.

Ivar Sin Piernas no había revelado anteriormente dicha altura de miras a sus hermanos, de manera que era preciso cierto tiempo para que se familiarizaran con la idea. Se dirigió a aquel que aparentaba pensar de manera objetiva.

—Bjørn, ¿estás de acuerdo en que sin levantar una espada podemos sentarnos en esta sala a reunir bienes y monedas en abundancia?

Bjørn Costado de Hierro encogió sus anchos hombros y resopló.

—¿Quieres decir que nos haremos ricos? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente, que no entendía todo lo que su hermano mayor había dicho, pero sí había captado el punto principal.

—Ricos como dragones sobre montañas de oro.

La imagen estaba cargada de fuerza y Sigurd no siguió preguntando, con toda probabilidad por miedo a no entender por completo los detalles. Decidió confiar en el criterio de Ivar Sin Piernas.

—¿Así que pretendéis que nos convirtamos en comerciantes? —preguntó Halfdan Camisa Blanca con espasmos de repulsión en el rostro—. ¿Sentarnos sobre nuestros traseros y hacer acopio? ¿Nosotros que somos guerreros emparentados con Odín?

Ivar sonrió a su hermano más joven.

—Sé muy bien, Halfdan, que te impacientas cuando no tienes víctimas a las que torturar o enemigos que vencer. Pero verás satisfecho de sobra tu ímpetu guerrero. El rey Ælla vive aún con su derecho al trono. No podemos contar con que los *ealdormen* y *thegns* vayan a arrojarse a nuestros pies. Habrá

insurrecciones que reprimir y enemigos a los que vencer.

—Sigo inclinándome más por los países del sur —ronroneó Bjørn Costado de Hierro.

—También podrás cumplir ese deseo. Pero ¿no será mejor contar con una base segura cerca de los países que ansías en lugar de navegar todo el camino hasta casa con tu botín?

—Mi hogar es la isla que poseo frente al reino de los francos.

—Y ahora también Jorvik.

Los hermanos miraron a Ivar Sin Piernas con ojos de asombro.

—¿Jorvik? —se encargó de preguntar Sigurd Ojo de Serpiente—. ¿Qué es eso?

—Es el nombre que le daremos a nuestra nueva posesión —respondió Ivar Sin Piernas—. Ninguna persona cabal puede decir «Eoforwic».

Él mismo había pronunciado a la perfección el ancestral nombre sajón de la ciudad, pero a nadie se nos pasó por la cabeza mencionarlo. El cambio a una denominación en consonancia con el hablar nórdico recibiría el aplauso de todos los hermanos, a pesar de sus mutuas disensiones. Además el nombre tenía sentido. Jorvik significa «Puerto de Caballos», y después de que los guerreros llegaran también por tierra, la ciudad estaba plagada de ellos.

—Luego, estamos de acuerdo —dijo Ivar—. Nos quedaremos aquí en Jorvik para hacer fortuna entre los sajones.

—¿Contigo como rey? —preguntó Bjørn con voz apagada.

—No si puedo evitarlo. —Como para ejemplificar sus palabras, Ivar Sin Piernas saltó del trono—. Vamos a ver si encontramos a algún *ealdorman* o *thegn* que ansíe la dignidad real. Sería nuestro testaferro en tanto que nosotros conservaríamos el poder armamentístico. Tranquilizaría a los sajones ver a uno de los suyos en el trono, mientras que monjes y sacerdotes moderarían las ansias de rebelión con cánticos y rezos.

Los hermanos asintieron a la par que volvieron a dar su consentimiento con un zumbido.

—Entonces pasemos al siguiente asunto —continuó Ivar—. Seguro que os ha extrañado que Rolf Lenguaraz esté aquí con nosotros.

Sentí que el corazón se encogía en mi pecho al ser el centro de atención de los cinco hermanos.

—Rolf ha husmeado acerca de la muerte de nuestro padre y tiene algunos datos interesantes que aún no conocíamos.

Tan pronto como Ivar Sin Piernas hubo traicionado al rey Ælla y regresado de la caza del *ealdorman* Osbert con los cien hombres de su guardia personal, le conté sin apenas respirar mis averiguaciones. Ahora les tocaba oír la historia a sus hermanos. Debido a la lentitud de Sigurd Ojo de Serpiente tuve que contarla varias veces.

—¿Y dónde se halla entonces ese Ældfric? —preguntó Bjørn Costado de Hierro cuando su hermanastro de la barba negra estuvo por fin al tanto de los acontecimientos.

—Por desgracia lo ignoro —respondí.

—Podríamos mostrarnos duros con el carcelero. —Los espasmos en el rostro de Halfdan Camisa Blanca convergieron en una sonrisa—. Quemarle las plantas de los pies con hierro candente. Hacerle añicos las rótulas.

—Desde luego —admití—, pero estoy seguro de que Egbert ha dicho la verdad.

—¿Y lo tercero? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente, que se aferraba a lo que sabía que había entendido—. ¿No dijiste que querías contarnos *tres* cosas, Ivar?

—Cierto. Olav *el Blanco*, que está en Irlanda, nos ha mandado aviso de que los gaélicos lo han atacado. Necesita ayuda para obligarlos a retroceder.

No sabía mucho del país gaélico, pero sí que los nórdicos poseían varias ciudades y poblaciones a lo largo de la costa de la enorme isla.

—¿Ahora quieres regresar a Irlanda? —preguntó Bjørn Costado de Hierro—. ¿Y qué hay de todos tus planes en Eoforwic?

—Jorvik —corrigió Ivar Sin Piernas a su hermanastro mayor—. Y mis planes para Irlanda son los mismos que para Inglaterra: conquista y comercio, todo el comercio en torno al mar de Irlanda.

Un imperio nórdico que englobase Irlanda, Inglaterra y el mar entre ambas sería una base poderosa cuyo alcance yo no tenía por aquel entonces las premisas necesarias para comprender. Sin embargo, la expresión del rostro de los hermanos me decía que todos ellos estaban abrumados.

—¿Estás seguro de que no das más zancada de lo que tu culo resiste? —ronroneó Bjørn Costado de Hierro.

—Si alguien puede hacerlo —dijo lealmente Halfdan Camisa Blanca—, ése es Ivar.

—En agradecimiento a dichas palabras te pido que me acompañes a Irlanda, hermano.

—Confía en mí. Sobre todo si voy a tener ocasión de descuartizar a unos cuantos gaélicos.

Ivar Sin Piernas se volvió hacia Ubbe.

—¿Quieres tú también venir de expedición, Hijo de Cortesana? Es muy posible que necesites manejar alguna otra arma además del cuchillo de afeitar.

Asombrado por el apodo miraba yo al hermanastro frisio.

—Encantado, conde Ivar —respondió Ubbe con una sonrisa que se extendía por todo su redondo rostro de escasa barba. Su presencia estaba asegurada desde el momento en que Halfdan Camisa Blanca formaba parte de la expedición, pero estaba contento por haber sido consultado.

—Vosotros dos no tenéis nada que hacer en Irlanda —dijo Ivar Sin Piernas volviéndose de nuevo hacia Bjørn Costado de Hierro y Sigurd Ojo de Serpiente—, así que ¿podrías quedarnos aquí y mantener el orden en Jorvik y Northumbria mientras los demás estamos fuera?

Ninguno de los dos manifestó un entusiasmo visible. El gigante de la barba gris y el conde de la barba negra se miraron, se encogieron de hombros y asintieron.

—Me llevo también a Rolf Lenguaraz —concluyó Ivar—. Ha sido útil antes y con toda certeza lo será de nuevo.

Volví a ser el confidente del conde de la barba roja. Sonreí orgulloso y seguro de mí mismo.

Mi alegría no iba a durar mucho.

INVIERNO DE 865-866

Vuelta la cara contra la pared trenzada con mimbres de la herrería miro fijamente el interior a través de una grieta en el revoque de barro. Las rudas manos de la tía paterna sacan la esponja del baño humeante y la suben por las delgadas vértebras de su sobrina, que se dibujan con toda nitidez bajo la pálida piel. Un cálido estremecimiento recorre todo mi cuerpo cuando Bella se pone de pie en la tina para que la sequen. Su pelo oscuro se le pega a la espalda recta y casi le llega hasta el pequeño, prieto culito. Los finos dedos se pliegan graciosamente por encima de los pechos erizados. Al compás del frotar con el paño de lino, las manos se van deslizado hacia abajo por el vientre plano, pasan el vello oscuro de la entrepierna para reposar en unos muslos firmes. A pesar de que es casi de noche y el polvo de nieve aún cubre los techos de paja de las casas aunque está muy entrado marzo, no siento frío. De hecho, el calor bombea por mi cuerpo a oleadas.

—¿Estás fisgando, mozalbete?

Una enorme mano me agarra tan fuerte por la nuca que el dolor me hace jadear. Me aparta la cara de la pared y me obliga a darme la vuelta. Miro un amplio rostro enmarcado por un asilvestrado cabello negro y una extensa barba ensortijada que se asciende por las mejillas. Conozco de vista al herrero Alton. Sé que es el padre de Bella. Y ahora también compruebo que está enfadado.

Pasé con Hrow todo el invierno tras mi huida del monasterio. Me volví a acostumbrar rápidamente al sabor de la carne cruda, y aunque recordaba a

menudo mi promesa de regresar al monasterio con el hermano Jarvis, no me la tomaba en serio. Por el motivo que fuera no pensé en ella con mayor detenimiento.

Tampoco consideré la razón por la que la manada de lobos dejó atrás a Hrow. Quizá ella misma tomó la decisión, o puede que alguna otra hembra la expulsara. Su pelaje ya no era gris y tupido, sino que tenía greñas de un amarillo desleído. Con sus piernas torpes, su aspecto era cansado y descarnado. El ardor de sus ojos amarillentos casi se había extinguido. Si yo no hubiese regresado, se habría dejado morir en soledad. En lugar de ello, nos dimos calor mutuo durante las noches de invierno.

La presencia y dedicación de Hrow aliviaron la añoranza de mi verdadera madre. Hacía tiempo que estaba convencido de que estaba muerta. Mamá no se habría marchado ni ingresado en un convento sin visitarme por última vez. Si hubiera encontrado su cadáver o alguna otra prueba palpable de su final, habría sobrellevado mejor su ausencia. En lugar de eso, volví, en mi pesadumbre, al estado en el que había pasado mi infancia: la consciencia rebajada de un estadio natural, donde no existía reflexión más allá de la próxima comida y un cobijo para la noche. Cada día se parecía al anterior, y mientras la manta de nieve empolvaba las ramas desnudas de los árboles, me integré de inmediato en la pequeña manada que constituíamos Hrow y yo.

Sobrevivimos los dos, y dormimos juntos; nos gruñíamos cuando teníamos hambre, y si conseguíamos una presa la devorábamos con avidez. Con el tiempo olvidé los años en el monasterio y la vida que conocí fuera del bosque, incluso superé la tristeza por mamá, que era precisamente lo que yo quería. Justo hasta que una mañana me desperté con la sensación de una presencia desconocida y vi a un hombre que desde el claro miraba en dirección a la choza. También Hrow se había percatado y comenzó a gruñir. Le puse una mano en el hocico para silenciarla.

El hombre parecía alto, ancho y musculoso bajo su zamarra invernal. La mirada de sus ojos tras la barba era cálida y poseía una singular tristeza. Se quedó contemplando largo rato la choza en ruinas del claro. Entonces dio media vuelta y con una última mirada por encima del hombro emprendió el camino de regreso entre los troncos. Me deslicé silencioso detrás de él y le seguí por los campos, hasta bajar a la aldea.

Ahora Alton me lleva sujeto firmemente por la nuca de vuelta al bosque. Mira por encima del hombro para cerciorarse de que ningún otro ha reparado en nosotros.

En sus actos percibo algo distinto del enojo: inquietud y ansiedad que no entiendo pero que despiertan mi curiosidad. Renuncio a oponer resistencia y lo acompaño por propia voluntad.

Alton no me suelta hasta haber penetrado un trecho entre los árboles. Aquí podría escapar fácilmente, pues conozco todos los recovecos del bosque. En lugar de ello, me vuelvo y lo contemplo. Tras una apariencia amenazadora hay un alma bondadosa. Su enojo ha desaparecido, mientras que su amplio rostro barbudo tiene ahora la misma expresión que cuando varios meses antes lo vi en el claro frente a la choza.

—¿Hablas sajón? —pregunta.

—Pues claro que sí —respondo.

Me sorprendo al oír mi propia voz, ronca y grave después del largo silencio invernal.

—Tampoco es tan evidente. —Se sienta sobre un tronco caído, me observa y se vuelve hacia la aldea—. Las gentes de ahí abajo dicen que no eres mucho mejor que un animal.

Me quedo sin habla. Y no por que los habitantes de Teurintone me calumnien, sino por que sepan de mi existencia.

Desde que por vez primera seguí a Alton hasta su casa por los campos, empleé la mayor parte del tiempo que pasaba despierto en vigilar la aldea. Durante los largos meses oscuros del invierno en que estuve en el bosque con Hrow, nunca fui consciente de cuánto añoraba la compañía humana. Ahora iba a tener más que suficiente.

Pasaba los días en el límite del boscaje acechando alguna señal de vida procedente de las casas. Mi corazón se aceleraba cada vez que una silueta se movía entre ellas. Cuando una vez por semana los hombres se reunían bajo las desnudas ramas del enorme roble, yo seguía sus discusiones con gran atención,

aunque estuviera demasiado lejos como para oír las palabras. Al igual que ocurre con los animales, los pensamientos y sentimientos de los hombres pueden desprenderse de su lenguaje corporal, y aunque no supiera de qué hablaban, de forma instintiva comprendía lo esencial. Mucho antes de conocer sus nombres, sabía que el reeve Eldrid era un líder cuya opinión se escuchaba con gravedad en la mirada, y que Alton gozaba también de enorme respeto en la pequeña comunidad de campesinos. Los dos hablaban largo rato y muy a menudo durante las reuniones mientras los demás asentían.

Al regresar de noche a la choza con Hrow, la loba me mordió. Seguro que yo olía de forma diferente; además le había hablado, cosa que debió de confundirla bastante.

Los días que pasé junto a la aldea crearon en mí la necesidad de practicar el lenguaje. Sin ser consciente, me preparaba para regresar con los humanos. Hrow me lo reprochaba en silencio, pero tuvo que sentirse desvalida mientras yo me alejaba cada vez más y más. Entretanto, ella me seguía en mis excursiones hasta la misma linde del bosque. Allí permanecía en pie mirándome mientras yo desaparecía por los campos —como aquella vez en que ella se marchó hacia el sur con la manada y yo me quedé entre los últimos troncos. Se me ocurrió pensar que nuestros papeles se habían intercambiado. La rueda de la vida volvía las tornas.

—¿Qué dicen las gentes de la aldea sobre mí? —pregunto al herrero mientras a nuestro alrededor se cierne la oscuridad entre los árboles.

—Que cazas en el bosque —responde—. Que comes crudas tus presas. Y que puedes transformarte en un lobo si quieres.

Me observa como si contara con que yo iba a reconocer las acusaciones, aunque parece abrigar la esperanza de que al menos pueda refutar alguna de ellas.

—Una persona no puede convertirse en lobo.

Mi voz suena ronca por el enojo, pues los dioses tienen que saber que yo lo había intentado, y que todo habría sido más fácil si lo hubiera logrado.

—Puede que no —dice sin parecer persuadido—, pero los rumores acerca de la presencia de un hombre lobo en el bosque se han extendido. El ealdorman ha

pedido a los monjes que investiguen si es así.

Desconozco lo que es un hombre lobo, sin embargo la referencia a los monjes me hace pensar en el hermano Jarvis y sonrío de forma espontánea.

—No hay nada de gracioso en ello. —Alton lanza todavía una mirada temerosa a su espalda, hacia las negras siluetas de las casas en las cuadrículas de los campos espolvoreados de nieve—. Los monjes no pararán hasta aclarar el asunto. Si te atrapan, te colgarán. Es el castigo para un wicca.

El enorme hombre barbudo está verdaderamente preocupado por lo que me pase.

—No soy un wicca —digo.

Conozco la expresión y sé con total seguridad que no soy un hechicero que con su magia desbarata el orden natural y resucita a los muertos. Si yo hubiese tenido ese tipo de facultad, mamá habría regresado hacía ya mucho.

—Quizá no exactamente un wicca —dice el herrero—, pero sí hijo de una hechicera extranjera.

La acusación me deja sorprendido.

—¿Y tú por qué sabes de quién soy hijo?

Se yergue como si la pregunta le hubiese desazonado. Da un par de pasos hacia atrás en dirección a la aldea, pero se arrepiente. En el semblante barbudo se desarrolla un combate que no entiendo.

—Es una larga historia —comienza—, y no tenemos demasiado tiempo.

—¿Tiempo para qué? ¿Qué va a pasar?

Se oye un grito en la aldea. Algunas figuras se mueven en la oscuridad entre las casas. Una llama anaranjada que alumbra. Las antorchas se encienden una a una. Mientras miramos, los pequeños círculos de luz se van desplegando sobre los campos.

Con los primeros signos de la primavera, los habitantes de Teurintone empezaron a pasar más tiempo en el exterior y así pude observar mejor la vida que llevaban.

Cuando los hombres se reunían en corrillos y, desalentados, miraban fijamente los campos helados, escuchaba cómo hablaban del inusual alargamiento del invierno, de la tierra endurecida que no iban a poder arar.

Pero fue de las mujeres, que en grupo se encaminaban al arroyo para agujerear el hielo, de las que aprendí la multitud de banalidades que conformaban la vida de las gentes en la aldea. Desde mi escondite en la espesura de los arbustos las oía hablar de algunos hombres que pegaban palizas a esposas y vástagos, de los que a escondidas rezaban a los antiguos dioses, y de que quienes se escaqueaban de los tres días de trabajo semanal estaban obligados a cultivar la tierra del ealdorman. Obtuve la confirmación al hecho de que Eldrid era el líder de la aldea. Me enteré de que si gozaba de tanta estima se debía a su capacidad para sortear tanto a los sacerdotes como a los ealdormen con una humildad que los hacía receptivos al sentido común. Aprendí que el mozalbete de pelo rubio, cabecilla de los chavales cuando se peleaban con los gamberros de la aldea vecina, se llamaba Holl, y supe que la hija del herrero, Bella, era la joven más solicitada de la comarca y que estaba prometida al hijo del ealdorman.

De forma natural, mi atención se concentraba cada vez más en la pequeña familia del herrero, pues yo no dejaba de ser como el resto de los adolescentes, y la hermosura de Bella también me fascinaba. Ver su largo cabello moreno, su esbelta silueta y sus grandes ojos azules me quitaba la respiración. El día que no la veía aunque fuera de pasada era un día desperdiciado. Si se considera la cantidad de tiempo que invertí espiando la aldea y a sus habitantes, resulta verdaderamente notable que nadie me pillase in fraganti antes de que Alton me agarrase con fuerza de la nuca aquella tarde. Pero siempre fui precavido. Y creía que nadie había reparado en mí. Ahora esa creencia se revelaba ilusa. Y muy pronto la situación empeoraría.

—¿Qué hacen? —pregunto mientras observo cómo los portadores de antorchas se despliegan sobre los campos en el crepúsculo.

—Ojeadores separados entre sí por algunos brazos de distancia —responde Alton—. Cuando lleguen al lindero del bosque harán huir a la presa por delante de ellos hasta que en un lugar sin escapatoria la acorralen y neutralicen.

—¿Qué presa?

Me mira y niega con la cabeza.

—El hombre lobo, por supuesto.

Entiendo al fin lo que quiere decir y señalo estupefacto mi caja torácica.

Asiente en silencio.

—Yo debería acompañarlos —prosigue—. Seguro que les extraña que no esté.

—¿Por qué me ayudas?

Bajo las sombras del bosque, el rubor en la piel de su rostro entre la barba y el cabello no se percibe sino como un débil tono violeta.

—Te lo explicaré más tarde. Porque ahora lo importante es que te vayas corriendo por ese camino. —Señala hacia el este, donde el cielo se está oscureciendo por completo con la caída de la noche—. Por ahí es más corto. Puedes rodearlos y ponerte a sus espaldas antes de que alcancen el lindero del bosque.

Asiento y me lanzo a correr agachado.

—¿Y qué hay de ti? —se me ocurre de pronto.

—Les diré que he salido más temprano para reconocer el terreno. Encaja. Así es como te descubrí. Luego me uniré a ellos y los acompañaré hasta la choza.

Asiento y empiezo a deslizarme furtivamente hacia el este.

—Espera —prorrumpo—. ¿Qué choza?

—La del bosque —explica—. La choza de Ingrith.

—¿Quién es Ingrith?

Me contempla con una mirada incrédula.

—¡Tu madre!

Recuerdo vagamente que mi madre tenía un nombre con el que se presentaba a los monjes cuando venía de visita al monasterio. Para mí siempre había sido sólo mamá. De nuevo pasa un instante antes de que me dé cuenta de lo que la respuesta implica.

—¿Conociste a mi madre? —pregunto al herrero.

—¿Que si conocía a tu madre? —Sacudió con lentitud la cabeza—. Por supuesto que sí.

—¿Cómo?

Ahora empieza a irritarse.

—¿Nunca te habló de mí?

Niego con la cabeza. Suspira y mira por encima de su hombro.

—Soy tu padre.

Los portadores de antorchas comienzan a golpear con sus palos en la tierra, vanean el bosque, rascan en la nieve. Mientras sigo paralizado por su revelación, se da la vuelta para alejarse rápidamente de allí.

Con ojos abiertos como platos lo veo unirse a los demás. Los hombres se arremolinan a su alrededor. Explica su ausencia y recibe una antorcha encendida.

Lanza una sola e intensa mirada en mi dirección antes de darles unas breves instrucciones.

Entretanto se me presenta una buena ocasión para colarme por detrás de la fila de hombres y salir al campo. Pero no lo hago. Estoy convencido de que en las ruinas de la choza de mamá en el bosque se halla Hrow durmiendo.

Y hacia allí se dirigen los oteadores.

CUARTA PARTE

Invierno de 866-867

—¡Agárrate fuerte!

Bajo el cielo azul oscuro los gritos cortaban la lluvia y la espuma del mar. Un relámpago iluminó las crestas de las olas y durante un largo instante convirtió el mar y la nave en una visión helada de luz y sombra. Muy por encima de la popa, se alzó una ola, enorme como una montaña. Ante la proa, se abría un abismo de oscuridad. El instante pasó y, acompañados por el bramar de los truenos, caímos con brusquedad hacia las profundidades hasta que la quilla volvió a tener apoyo y fuimos arrojados brutalmente al interior sobre la tablazón mojada. El agua salada cayó sobre nosotros; nos aferramos a cuerdas y cajones. Mercancías arrancadas de sus sujeciones y remos flotaban por el casco; los hombres gritaban y vociferaban. Trepé a la borda, me apoyé entre los escudos y vacié el estómago. Restos de vómito me golpearon en la cara cuando el viento los envió de vuelta. A mi lado, Ubbe reía.

—No podemos quejarnos del impulso.

La cara redonda casi imberbe sonrió jovial. Su media melena era azotada por el viento.

—¡Hala, vamos a achicar!

Era Ivar Sin Piernas el que lo ordenaba con voz tronante. Con su capa azul revoloteando alrededor del cuerpo, se encaramó al banco. La pequeña cubierta de popa se elevaba por encima de las cuadernas de la nave, y desde allí tenía mejor panorámica que los demás de las nuevas pruebas que el mar nos preparaba. Tras golpear una ola más tranquila agarramos cubos y cascos y comenzamos a sacar el agua que se agitaba en el fondo del barco y que poco a

poco fue desapareciendo por la borda.

—¿A que te gustaría oír hablar de la época de mi padre en Frisia? —dijo Ubbe.

No le faltaba razón. Aquella misma mañana, cuando la nave había salido al mar de Irlanda y con tiempo despejado habíamos dejado la costa oeste de Northumbria a nuestras espaldas, una vez recogidos los remos e izada la enorme vela cuadrada para aprovechar el viento del este, le había preguntado por qué, en la reunión en la sala del trono, Ivar Sin Piernas lo había llamado Hijo de Cortesana ante los otros hermanos.

Durante la mayor parte de la travesía Ubbe había permanecido sentado en el banco que había delante del mío entreteniéndome a quienes estábamos cerca con ingeniosos comentarios e historias. Se había mostrado agradable y jovial, pero mi pregunta lo había hecho volverse con una mirada aguda en sus ojos de color barro.

—Hay que reconocer que haces todo lo posible para estar a la altura de tu nombre, Rolf Lenguaraz —había observado, cerrándome la boca.

Estaba claro que había tocado un punto delicado. No entendía que ahora el propio Ubbe se ofreciese a contármelo, pero en mi estado no tenía energías para preguntar.

—En realidad es una historia bastante insustancial.

—¿Es eso lo mejor que tienes en tu arsenal?

El bramido que interrumpió a Ubbe procedía de Halfdan Camisa Blanca. El hijo más joven de Lodbrog estaba de pie en la proa del barco gritando con voz ronca hacia el cielo oscuro mientras se aferraba a la cabeza de lobo tallada. Durante la parte tranquila del viaje había estado sentado con una jarra y un pequeño barril de hidromiel que había ido vaciando mientras los nubarrones negros se juntaban y empezaba a soplar el temporal.

Era a Thor a quien se dirigía.

—¿Y tú te llamas dios del trueno? ¡Vamos, déjanos oír un auténtico fragor!

Los cincuenta hombres de la tripulación aferraron en sus puños el martillo de Thor que llevaban al cuello. No les gustó que uno de sus líderes desafiara a los dioses, pero al timón se encontraba Ivar Sin Piernas, que sacudió complaciente la cabeza ante la ocurrencia del hermano pequeño, por lo que no pudieron hacer ninguna objeción.

—Engendrados ya dos hijos, Ivar Sin Piernas y Sigurd Ojo de Serpiente, con su esposa, Aslaug —comenzó Ubbe adoptando un tono de escaldo—, estaba Ragnar Calzas Peludas saciado de vida familiar y partió a una campaña. Como siempre, desapareció durante tres años.

—*¡Y tú, Njord!* —Ahora era el dios del mar del que Halfdan se burlaba—. *¿No es ya hora de que vayas moviéndote?*

La tormenta aullaba en nuestros oídos. La espuma del mar entraba por las bordas. Todos estábamos empapados hasta los huesos.

—Pues a mí me parece que tanto Njord como Thor están esforzándose —murmuró Hastein, que estaba sentado junto al remo detrás de mí. Apartó el flequillo húmedo de los ojos y sacó un cubo de agua de mar.

—Lo peor que se les puede hacer a los dioses —le instruyó Ubbe— es aburrirlos.

—Entonces Halfdan debe de estar muy bien considerado en Asgård.

—Eso parece. Ha enviado tantos combatientes al Valhalla que se podrían completar veinte escuadras.

—No sabía —observó Hastein con brusquedad— que si eras torturado hasta la muerte ibas al Valhalla.

Ubbe miró a su hermanastro más joven en la proa.

—Es cierto —dijo— que muchas de las víctimas de Halfdan han perecido en el banco de tortura, pero cuando se trata de hombres con reputación, siempre intenta ponerles un arma en su mano antes de que expiren, para que estén en el banquete de Odín.

—¿Y qué saca Odín de *Einherjer* con los pies abrasados y desollados?

Ubbe sonrió ante unas palabras que a otros les habrían hecho perder los estribos.

—No escuches tanto a tu padre adoptivo —le reprendió—. Bjørn Costado de Hierro no es imparcial en los asuntos familiares.

—Sí, suele decir que conoce demasiado bien a sus medio hermanos como para preocuparse realmente por vosotros.

Una ola se precipitó sobre el barco. Todo el casco tembló cuando la proa golpeó el fondo de un valle de olas y desapareció entre la espuma.

—*¿Crees que me da miedo mojarme?*

—Ragnar emprendió viaje a lo largo de la costa de Frisia —continuó Ubbe,

sin preocuparse de la voz de Halfdan, que llegaba a nosotros entrecortada a través de la tormenta—. Vestido como un comerciante, pronto se enamoró de una bellísima mujer que se acercó a su puesto para mirar sus productos. Durante la breve conversación, quedó tan extasiado que olvidó cualquier cosa relativa al pillaje. Al preguntar por la muchacha descubrió que era la hija del jefe local, vasallo del rey franco.

—Entonces, ¿Ragnar también hablaba frisón? —interrumpí.

—Mi padre tuvo la virtud de aprender el idioma de todos los países a los que viajó. —Ubbe me lanzó una mirada, como si yo fuera un perro que había ladrado demasiado alto—. De esa manera podía obtener información fiable sobre dónde realizar el mejor saqueo. Pero, en lugar de irrumpir con el hacha, solicitó humildemente una cita con el padre de la chica, como si el hombre fuera un rey distinguido al que le trajese generosos regalos como prueba de su amistad. Elogió el salón del frisón, diciendo que era el más bello y hermoso que había visto, y que había recorrido un largo camino para honrar a su dueño.

—Conozco esa historia —sonrió Hastein.

—Es muy posible, pero ahora estoy contándola yo —dijo Ubbe con brusquedad, porque no quería más interrupciones—. El conde frisón conocía suficientemente bien el efecto que su hija tenía en los hombres como para darse cuenta de que no era ni su insignificante salón ni sus modestos méritos lo que hacía que Ragnar lo honrara de aquella manera, así que envió a la muchacha a una granja en el interior del país, y Ragnar tuvo que abandonar, decepcionado, la ciudad sin haberla vislumbrado siquiera. Pero pocos días después recibió un mensaje indicándole dónde se encontraba la chica y que a ella le gustaría verlo.

El barco volvió a caer contra un valle de olas. El agua nos embistió.

Tuvimos que utilizar todas nuestras fuerzas para aguantar.

—*¡Me decepcionáis! ¿Y vosotros os llamáis dioses? ¡Sois unos flojos!*

—¿No va demasiado lejos?

Hastein contempló la figura en la proa del barco. También los demás hombres cuchichearon nerviosos.

—Ragnar compró caballos —continuó Ubbe en voz alta—, y junto con un puñado de sus mejores sirvientes se dirigió al interior del país para encontrar a la joven y presentarle sus respetuosas atenciones. —El tono de escaldo de la exposición hizo que los hombres prestaran atención.

Comprendí la razón del celo de Ubbe al cantar a su famoso padre. Mantenía la atención de la tripulación en algo distinto de la ira de Halfdan contra los dioses. Prevenía el miedo y, en último término, el motín.

—Cuando Ragnar llegó a la granja, vio que estaba vigilada por más hombres de los que su pequeña fuerza podía abarcar. Por eso se dirigió solo a un campesino de las cercanías y le pagó con generosidad su ayuda. Al día siguiente fue a la granja del jefe llevando un vestido, un delantal y un pañuelo que había pertenecido a la anciana madre del granjero.

Los hombres se rieron de la astucia de Ragnar. Los habitantes del norte no tienen nada en contra de ruines artimañas, siempre y cuando conduzcan al éxito. Recordé una de las muchas historias de mi madre, en la que el dios del trueno, Thor, se disfrazó una vez de mujer para recuperar su martillo de un gigante que se lo había arrebatado.

—Los sirvientes no se dieron cuenta de que una anciana venía hacia la granja y, con su disfraz, Ragnar pudo observarlo todo sin problemas. Halló a su amor hilando, y para no delatarse, a pesar de que sus manos no eran duchas en este arte, tuvo la astucia de ponerse manos a la obra con esta labor femenina, y el resultado fue muy notable. Por la noche, cumplió su voluntad con la muchacha y pudo estrecharla en sus brazos.

Una sucesión de salvajes masas de agua agitó el barco. Todo el mundo comenzó automáticamente a achicar.

—A medida que se acercaba el momento en el que la hija del jefe daría a luz, y su creciente pesadez revelaba que había regalado su castidad, el padre, que no estaba seguro de quién había empuñado a su hija, se dirigió a ella para que le dijera quién era su seductor. Pero como ella tercamente afirmaba que no había tenido a nadie más en su cama que a su doncella, él se dirigió airado hacia la sirvienta. Sin embargo, Ragnar no podía soportar que dos mujeres se convirtieran en inocentes víctimas de sus actos, y cuando se enteró del brete en el que las había puesto, se presentó ante el rey, como hombre de honor que era, y confesó. Reconoció al niño y dijo que si su cortesana frisona paría un niño se llamaría Ubbe. Y fue un niño. Y ese niño soy yo.

Los hombres asintieron con admiración. En torno a la nave parecía que la tormenta hubiera remitido ligeramente, y todos levantaron la mirada sorprendidos cuando Halfdan rugió:

—*¡Bueno, ya era hora de que despertarais y sacaseis a vuestros mejores hombres, culos gordos!*

Frente a nosotros, un resplandor se alzaba hasta las oscuras nubes del cielo. Alcancé a ver un brillo de espuma antes de que un estrépito zarandease el barco y nos arrojase unos sobre otros. La oscuridad me devoró cuando las cuadernas fueron quebrándose en rápida sucesión, la quilla se rompió contra un duro bajío y el agua se abalanzó contra nosotros también desde abajo.

Me desperté lentamente con el sonido de olas perezosas y de gritos roncós y penetrantes. Pasado un tiempo, identifiqué los gritos: eran gaviotas. El terreno debajo de mí era duro y ondulado. Con los dedos comencé a cavar. Guijarros y conchas de playa rodaron por mis palmas.

Entonces sentí dolor de cabeza. A regañadientes, levanté los ojos y protesté cuando los brillantes rayos del sol se me metieron hasta la parte posterior de mi cráneo. A mi lado, un cuerpo se acercaba por la playa rocosa.

—Bebe.

Era Hastein. El agua que me ofreció era dulce y fresca. Me quitó buena parte del dolor, pero me quedó una herida superficial en la frente. Suavemente posé los dedos sobre la sangre coagulada.

—Mejor déjala que cicatrice —me dijo—. Te golpeaste la cabeza contra una cuaderna. Has estado inconsciente durante medio día.

Detrás de él sobresalían los restos de la nave larga. Estaba tumbada sobre un costado. Tenía la quilla enterrada entre los gujarros de la playa y el casco destrozado. No volvería a navegar. El mástil estaba inclinado en un ángulo oblicuo y descansaba sobre las colinas que había a nuestras espaldas. La vela había sido colocada sobre él de modo que protegiera contra el sol.

—¿Dónde están los demás?

—Somos los únicos supervivientes.

Hastein me miró sombrío, con las comisuras de los labios hacia abajo. No pudo aguantar la máscara más que un instante. Se retiró el largo flequillo rubio de los ojos y sonrió abiertamente.

—¡Mira que eres fácil de engañar! —se rio—. Eres el único que se ha hecho daño. Por lo demás, se trata sólo de moratones y magulladuras.

—¿Dónde están todos?

Hastein cerró los ojos y volvió la cara hacia el sol.

—Ivar Sin Piernas dice que los dioses han estado con nosotros. Estamos varados en una isla llamada Deilginis. En su día estuvo habitada. Ahora sólo quedan cabras salvajes. Los demás han ido a cazar algunas y yo me he quedado contigo.

—Gracias.

Sonrió guiñando un ojo.

—Prefiero holgazanear en la playa que correr por ahí matando cabras.

Al reír volvió el dolor. Me dio más agua. Poco después se oyeron unos pesados pasos acercarse por las piedras de la playa. Los hombres volvían en pequeños grupos, varios de ellos con una cabra recién cazada sobre los hombros. Comenzaron a hacer fuego. Ubbe Hijo de Cortesana vio que yo ya estaba consciente y se acercó.

—Bueno, estás de nuevo con nosotros —constató.

—A pesar de las burlas de tu medio hermano a los dioses —murmuré, mirando a Halfdan Camisa Blanca, que estaba sentado con los hombres tranquilamente. Una breve mueca recorrió su rostro. En su mentón asomaba la pelusa de la barba.

Ubbe Hijo de Cortesana se arrodilló y, con un movimiento de la cabeza, le pidió a Hastein que fuese a ayudar a los hombres con el fuego. Cuando estuvimos solos bajo la lona, Hijo de Cortesana continuó:

—Si yo fuera tú, no me burlaría demasiado de Halfdan. Es conde e hijo de Calzas Peludas, y aunque quizá pienses que fue irresponsable desafiar a los dioses, está claro que a Thor y Njord les ha complacido que les hablase con dureza.

—¿Cómo que está claro? —El dolor de cabeza me había agriado el carácter—. Estamos varados en una isla desierta. La nave está destrozada.

—Es posible que no volvamos a navegar en *El lobo de mar*, pero a cambio estamos todos vivos. Podemos construir una balsa de madera, ya que no hay mucha distancia hasta tierra firme. Desde la costa hay medio día de marcha hasta Dyflin, y allí nos está esperando Olav *el Blanco* con todos sus hombres.

—Eso no me lo contó Hastein.

—Se pueden llenar bolsas y sacos con todo lo que Hastein no cuenta. Deberías reconsiderar tus amistades, Rolf Lenguaraz.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso no oíste cómo calumniaba Hastein a Halfdan Camisa Blanca durante la tormenta?

—No es calumniar quejarse de que alguien se burle del dios del mar estando a bordo de un barco.

Ubbe se encogió de hombros. En su mirada había algo más que preocupación por mi bienestar.

—En cualquier caso, el muchacho está influido por su padre adoptivo. Y la relación de Bjørn Costado de Hierro con sus medio hermanos es difícil. La madre de Bjørn era una escudera de baja cuna, mientras que Aslaug es la hija de un rey.

—Tu propia madre ni siquiera era danesa.

Una sombra se deslizó por la cara redonda con la barba rala.

—Por eso es normal que Ivar Sin Piernas, Sigurd Ojo de Serpiente y Halfdan Camisa Blanca consideren que no estoy a su altura. Pero Bjørn Costado de Hierro piensa que es mejor que todos los demás y está cansado de obedecer. Nadie lo dice en voz alta, pero cuando Inglaterra sea conquistada, habrá un enfrentamiento entre los hermanos. Ya veo los indicios.

—A Bjørn Costado de Hierro no le preocupa Inglaterra. Sólo desea viajar a Hispania.

—Lo que dice y lo que hace Bjørn Costado de Hierro a menudo son dos cosas diferentes. Cuando él e Ivar Sin Piernas se enfrenten, los demás tendremos que haber elegido ya el bando.

Cuando Hijo de Cortesana vio que había despertado mi mente, se levantó para unirse a los demás.

—Hay algo en tu historia que no he entendido —le dije cuando ya estaba de espaldas.

Dio media vuelta, puso su mano sobre el mástil tumbado y, haciendo un esfuerzo, me miró con paciencia.

—He oído que tu madre era una esclava, pero ayer me dijiste que era la hija de un jefe. Ambas cosas no pueden ser ciertas.

El comentario le hizo inclinarse hacia delante y susurrarme.

—¿Quién te ha dicho que mi madre era una esclava?

Es la supervivencia en la posteridad lo que determina la reputación de un hombre. Si Ubbe era recordado como el hijo de una esclava y no como el hijo de un distinguido salvador de Frisia, su importancia pronto sería incluso menor.

—Ragnar Calzas Peludas me reconoció como su hijo —continuó, mostrando el cuchillo largo bellamente decorado que llevaba en una vaina al cinto—. Cualquiera que diga lo contrario es un mentiroso. Dime quién fue para que pueda probar este sax que Ragnar me dio cuando me puso sobre sus rodillas en el trono.

Los nudillos de la mano derecha de Hijo de Cortesana se tensaron en torno a la empuñadura de hueso del cuchillo. Los músculos de la mandíbula se movieron con fuerza bajo la barba. No valía la pena mencionarle que fue Bjørn Costado de Hierro quien me habló de su madre esclava. Dije que lo había olvidado.

—¡Ubbe! —gritó Halfdan Camisa Blanca—. Me hace falta un afeitado.

Se produjo un cambio notable en el rostro redondo. Con una sonrisa jovial, Ubbe se unió al grupo junto al fuego, desde donde comenzaba a extenderse el olor a humo y a carne asada. Algunos se habían puesto a peinarse unos a otros con peines de hueso.

Ubbe soltó un comentario jocoso que hizo reír a los hombres y sacó la navaja de afeitar.

Los monjes irlandeses que de vez en cuando visitaban Creca siempre ensalzaban su tierra natal y decían que era el lugar más hermoso del mundo. Entre los habitantes del norte se decía que la gran isla debía su nombre a su verde paisaje, que recordaba los colores del bronce que ha pasado mucho tiempo a la intemperie. Por eso quedé decepcionado cuando a la mañana siguiente navegamos en nuestra balsa desde los acantilados cubiertos de musgo de Deilginis. La tierra firme era gris, fangosa y sombría. Los árboles de los vastos bosques que se extendían bajo el cielo nublado parecían sombras oscuras con su desnudez invernal.

Al alcanzar la playa rocosa, los hombres estaban en silencio y nerviosos. Miraban a su alrededor mientras se colocaban las cotas, las sayas de cuero y los cascos, como si fueran conscientes de una amenaza inminente. Cuando abandonamos la costa y nos adentramos en el país, el ambiente era tenso. Caminábamos en dos filas con los escudos vueltos hacia el exterior, con la misma disposición que habíamos mantenido a bordo de la nave. Las hachas y espadas iban fuera de los cinturones y vainas.

—¿Corremos peligro? —le pregunté a Ubbe Hijo de Cortesana. Los dos caminábamos detrás de Ivar Sin Piernas, que avanzaba solo a la cabeza de la comitiva.

—Yo diría que no —respondió rascándose la barba—. Cincuenta daneses fuertes, armados hasta los dientes, nunca están en peligro. Pero, para ser sinceros, los pueblos gaélicos tienen pasión por la guerra, y nunca está de más mantenernos en guardia cuando se viaja a campo abierto.

—¿La pasión por guerrear de los nativos tiene algo que ver con eso?

Señalé unas ruinas incendiadas a unos cien pasos de distancia. Obviamente, no hacía mucho tiempo que había sido un lugar habitado, con granjas y viviendas. Las paredes quemadas se habían derrumbado hacia dentro, las vigas del techo sobresalían negras contra el cielo entre los hundidos tejados vegetales. Alrededor de las ruinas había cadáveres de ganado diseminados. No se veía gente.

—Olav *el Blanco* ha tenido problemas con los lugareños desde que nos fuimos. Por eso hemos regresado. Probablemente le habrá parecido necesario castigar a los rebeldes.

—¿Viajasteis a Inglaterra *desde aquí* y no desde vuestro propio país? —pregunté sorprendido.

—Tanto Ivar Sin Piernas como Halfdan Camisa Blanca y yo consideramos Irlanda como nuestro hogar —respondió Ubbe Hijo de Cortesana—. Los nativos están divididos en cinco reinos, en guerra entre ellos, así que un guerrero despierto puede hacer aquí un buen dinero. Un año puedes luchar con uno de los reyes, el siguiente al lado de otro. Y por aquí hay muchísimos monasterios ricos, aunque han aprendido a defenderse desde que el noruego Thorgils fundó Dyflin.

—¿Es ésa la ciudad a la que nos dirigimos?

Él asintió.

—Más que una ciudad es una fortificación grande. La hostilidad de los gaélicos hace necesario que las personas decentes se protejan.

—Y que se castigue la rebelión —dije señalando los restos de otro incendio un poco más adelante.

—Exactamente. Y aun así son incapaces de quedarse quietos.

Como para enfatizar sus palabras, llegó volando una flecha que perforó el escudo de Ivar Sin Piernas. El conde de barba roja se arrodilló y gritó:

—¡Muro de escudos!

Los escudos se juntaron con sonidos broncos. Los cincuenta hombres de la tripulación conocían su lugar en el cuadrado de la fortaleza de escudos. Cada uno de sus lados estaba formado por doce portadores de escudo. En el cuadrilátero abierto que quedaba en el centro sólo estábamos los tres hijos de Lodbrog y yo.

—¿No me vais a dar un sax y un escudo? —pregunté mirando con envidia a

Hastein, que se deslizaba entre sus camaradas de forma rutinaria.

—No tienes suficiente práctica. —Un hacha de mango largo descansaba sobre el hombro de Ubbe Hijo de Cortesana—. Un solo eslabón débil en una fortaleza de escudos puede ser fatal. Pero tranquilo, los irlandeses compensan su afán por la batalla con la falta de coraje. Probablemente ya se están marchando.

El rugido resonante de numerosas voces se elevó sobre el paisaje macilento. En una colina a la derecha del sendero apareció un grupo de hombres. Los tatuajes de sus rostros y pechos desnudos brillaban azules contra su pálida piel. Su largo cabello negro iba recogido en trenzas y moños. Un segundo grito de guerra se elevó desde la colina del otro lado del camino. Una fuerza similar emergió de allí. Habría un total de doscientos gaélicos. Nos rodearon rápidamente.

—Desde luego, es más fácil tener coraje —dijo Ubbe Hijo de Cortesana— cuando estás en un grupo.

Aquellos hombres salvajes medio desnudos y pintados se acercaron como lobos rodeando a la presa. Se detuvieron fuera del alcance de nuestras armas y con largas lanzas intentaban pinchar las caras y los pies de los portadores de los escudos.

—¿Ves? Lo que yo decía. Ahora se quedan ahí, nos amenazan un poco y seguro que luego desaparecen.

—¡Ubbe, cierra el pico!

Fue Halfdan Camisa Blanca el que susurró a su medio hermano. Una serie de tics recorrieron su rostro. Ubbe Hijo de Cortesana calló.

Uno de los atacantes se decidió y se abalanzó con un arma que parecía un hacha en el extremo de una lanza. Su cabeza cortó el aire y rebotó contra el borde de un escudo. El gaélico no llegó a retirar el arma pues uno de los miembros de la escolta de Ivar Sin Piernas levantó su sax y le perforó el vientre. Con una expresión que era mezcla de odio y dolor, el salvaje se derrumbó. Sus compañeros permanecieron paralizados por un momento.

Entonces, se volvieron locos.

Atacaron por todos lados a la vez. Hordas de salvajes gritando casi sobrepasaron a los escudos, que temblaban bajo el peso de la carne y los músculos. La barrera cedió ligeramente, pero se mantuvo, los hombres rugieron a su vez hacia el enemigo y se agruparon. Con sus hachas de mangos largos, los

tres hijos de Calzas Peludas infligían heridas mortales a los nativos que llevaban la cabeza descubierta. Vi una lanza que se dirigía a la espalda de Ivar Sin Piernas y agarré su mango mientras Halfdan Camisa Blanca lanzaba un fuerte mandoble a su dueño. Una cara ensangrentada desapareció entre la multitud. Tiré de la lanza hacia mí. Ya tenía un arma.

Ataqué al azar entre las cimas arqueadas de los escudos. Casi siempre encontraba oposición. A menudo, debía girar la lanza para liberarla. Una de las veces llevaba un ojo ensartado por la mitad de la pupila, pero cuando lancé la punta de nuevo regresó sin el colgante. El tiempo corría igual que la sangre, los gritos y el ruido de las armas. Percibía el mundo a través de una niebla rojiza y no sentía miedo; las figuras danzantes al otro lado de los escudos se movían tan despacio que no podía fallar aunque quisiese, y las deformadas caras tatuadas pasaban ante mi vista, y supe sin lugar a dudas que estaba peleando; nunca me había sentido mejor y no quería que aquello se detuviera.

Los gaélicos lucharon como dementes. Muchos cayeron sin sentido por su propio e indisciplinado espíritu de lucha, pero su superioridad numérica les daba una gran ventaja. Sus múltiples hachas y lanzas encontraron las debilidades de nuestra defensa. De la espalda de un escolta vestido de cuero que se encontraba frente a mí salió una larga lanza que se dirigió a mi rostro y, aunque su recorrido me parecía anormalmente lento, fui incapaz de moverme. Estudié los grabados ondulados del metal, que parecían esmaltados con sangre roja oscura, y sólo cuando la punta de la lanza se detuvo a una pulgada de la punta de mi nariz me di cuenta de que estaba en peligro de muerte. Para entonces el arma ya estaba regresando. Me lancé al suelo donde el guardia había caído muerto, sus compañeros se juntaron, dejaron el cuerpo donde había quedado y restablecieron la unidad del muro de escudos. La maniobra fue más fácil por la respuesta de los nativos; en lugar de penetrar a través del agujero que habían creado, se arrojaron sobre el caído y, con feroz furia, convirtieron su cuerpo en un musgo de color marrón rojizo. Observé la masacre entre las piernas de los portadores de los escudos, hasta que una mano fuerte me asió y tiró de mis piernas.

—¿Estás herido? —rugió Ivar Sin Piernas.

Negué con la cabeza.

—¡Entonces, lucha!

El área de la fortaleza de escudos se había reducido. Ya no era un cuadrado,

sino un círculo irregular. Muchos de los miembros de la guardia de Ivar habían caído y sus cuerpos desaparecieron entre los gaélicos. Los heridos se juntaron. Nos apoyábamos unos en otros mientras nos protegíamos de la furia de aquellos salvajes. Hastein tenía una profunda herida en el muslo. Debería estar tumbado, pero Ubbe Hijo de Cortesana, que a su vez había recibido un corte en el brazo, lo mantenía en pie. Cuando Hastein movió la cabeza para apartar el largo flequillo de los ojos, su mirada se cruzó con la mía. Se dibujó una breve sonrisa en sus estrechos labios antes de que viera con el rabillo del ojo que lo atacaban y levantara la espada. La boca de Hijo de Cortesana se movía silenciosamente, como la de los monjes cuando rezaban. Otro hombre de la guardia cayó. El pequeño anillo de nórdicos se cerró aún más.

Me di cuenta de que estábamos a punto de ser derrotados. Había muy pocos portadores de escudos para resistir la presión. No había nadie que pudiera reemplazar a los caídos. El combate final sería duro, y el resultado estaba decidido de antemano. Los irlandeses no hacían prisioneros. Habían venido a aniquilarnos. Si alguno de nosotros cayera con vida en sus manos, sería torturado hasta la muerte antes de la noche. Me preguntaba qué podría haber causado un odio tan brutal.

Al mismo tiempo, el balido de un cuerno recorrió el paisaje.

—Cuéntalo de nuevo.

Hastein yacía con los otros heridos en una tienda, uno al lado del otro sobre la paja. Algunos todavía estaban inconscientes, otros estaban lo suficientemente sanos como para andar a saltos. A Hastein le habían dicho que se moviera lo menos posible ya que su herida podía abrirse. Lo había pasado mal, y para poder distraerlo le había contado varias veces nuestro rescate. La historia nunca le parecía suficiente.

—Sonó el cuerno —comencé de nuevo— y ochenta caballos llegaron galopando a la cima de la colina. En cada uno de ellos iba un nórdico con escudo y hacha; atravesaron las filas de los gaélicos y rápidamente pusieron en fuga a los aterrados salvajes tatuados. Menos mal, porque sólo quedaban dieciocho hombres armados en el muro de escudos, y de ellos sólo tres ilesos.

Cada vez que contaba la historia controlaba mejor las palabras y mejoraba el ritmo de la narración.

—Recuerda a Olav *el Blanco* —dijo Hastein.

—Al frente de los jinetes, Olav montaba un semental blanco como el yeso. La única nota de color eran las manchas de su lomo, rojas de la sangre de los salvajes, pues el conde noruego manejaba el hacha de guerra con destreza y derribaba a un irlandés cada vez que la levantaba.

—¿Qué aspecto tenía?

—Olav *el Blanco*, enjuto y de mejillas hundidas, se sentaba en la silla, y llevaba suelto el largo cabello rubio claro que le había dado su apodo, pues no había tenido tiempo de atarlo, ya que un explorador que había salido de

reconocimiento había informado a su regreso de que a sólo unas pocas millas de la fortaleza de Dyflin un grupo de daneses estaba siendo atacado por los belicosos gaélicos que luchaban cobardemente veinte contra uno, sin refrenarse en matar y mutilar a los heridos.

Había olvidado los números exactos y me detuve. Hastein me ayudó de nuevo.

—¿Cuántos quedaban en el campo de batalla cuando llegó el auxilio?

—Sólo los poderosos hijos de Ragnar, Ivar Sin Piernas y Halfdan Camisa Blanca, y yo podíamos mantenernos aún en pie cuando Olav *el Blanco* detuvo su caballo y nos dio la bienvenida a Irlanda. «Sois una agradable visión —dijo—, aunque los refuerzos para luchar contra estos malditos follaovejas podrían haber sido algo mayores.» Ivar Sin Piernas me alabó por mi valor y dijo que había contado al menos veinte gaélicos caídos por el arma que les había arrebatado y que mi habilidad con la lanza larga mostraba que con el tiempo me convertiría en un gran guerrero.

Hastein se apartó el flequillo y me sonrió desde la paja.

—Todavía podemos convertirte en un buen escaldo, Rolf Lenguaraz, aunque nunca podrás medirme conmigo o con Brage Hijo de Bodda. Pero deberías hacer que Olav *el Blanco* hablase más educadamente.

—Es que habla así.

Olav *el Blanco* maldecía como un tratante de caballos. Eso ya lo podía decir de él, a pesar del breve trato.

—Es el héroe de tu historia, así que debe sonar como un héroe. Y puedes dejar que Ivar te elogie algo más.

De hecho, los elogios de Ivar Sin Piernas se limitaron a un gesto de reconocimiento cuando Ubbe le contó los gaélicos que había abatido. Pero Hastein me había enseñado que un auténtico escaldo siempre embellecía su historia. En cualquier caso no recordaba mucho de la batalla. Estaba como en una nube y todavía me mareaba cuando pensaba en ello.

—Si quieres ganar reputación —me explicó Hastein—, no sirve de nada ser modesto. ¿Crees que Ragnar Calzas Peludas ha hecho que todos hablen de él restándose méritos? Venga, vete ya, que llega la muchacha irlandesa con sus hierbas y vendas, y contigo como espectador no puedo lanzarme sobre ella.

La rubia y pecosa esclava que cuidaba a los heridos era joven y exuberante,

justo como le gustaban a Hastein. Ciertamente es que en su estado difícilmente podía hacer nada, pero no le apetecía que lo viera dolerse cuando ella le lavase las heridas. Salí de la tienda a una noche excepcionalmente suave para aquella época del año.

Dyflin es la pronunciación nórdica de la palabra gaélica Dubh-Linn, que significa «laguna negra». El nombre está bien elegido, pues la ciudad se encuentra en una península al norte de una cuenca fluvial formada por la corriente de un afluente que se llena con la marea alta antes de desembocar en el río principal, An Ruirthech, y, debido al lodo de su lecho, el agua es oscura como la brea. Las tiendas de los heridos se habían levantado sobre una pequeña colina en el extremo noreste de la península, y desde allí se podía contemplar la mayor parte del asentamiento, cercado por altos terraplenes con empalizadas de madera. Las casas estaban espaciadas, y cuando observé los tejados de paja pensé que Ubbe Hijo de Cortesana no había sido justo con el lugar al describirlo como una fortificación grande. Para mí se trataba de una ciudad de verdad, aunque no tenía ni la mitad del tamaño de Jorvik. Numerosos caminos de tablones se extendían entre los terrenos vallados en los que el ganado pastaba y donde las niñas y esclavas cultivaban los huertos domésticos. En esa noche apacible, las columnas de humo se elevaban pacíficamente hacia el cielo desde los agujeros de los techos de paja, que estaban cubiertos de musgo debido a la humedad del clima. Las mujeres se sentaban a charlar en los poyos fuera de las casas, y no pocas de ellas me observaban al pasar. Los niños jugaban descalzos sobre el polvo de los patios mientras las gallinas rebuscaban gusanos en el suelo. Dyflin no daba la impresión de estar en guerra, y yo sentía una libertad diferente que en Jorvik. El nudo de mi estómago había desaparecido por completo.

La población de Dyflin estaba formada tanto por noruegos como por daneses, y como la mayoría había tomado mujeres irlandesas como esposas, también había un numeroso grupo de personas de sangre mestiza. Se los llamó *gall-gaedhil*, que en el extraño idioma de los nativos significaba «gaélicos extranjeros». Los auténticos irlandeses no querían tener nada que ver con ellos, pero entre los nórdicos eran bienvenidos siempre y cuando lucharan con bravura. Todo esto me lo contó Ubbe Hijo de Cortesana. También supe por él que Ivar Sin Piernas iba a celebrar un consejo esa noche en el gran salón en el centro de la ciudad.

Al acercarme al salón, cuyo tejado se combaba hacia el cielo, miré el campo que se abría más allá de la empalizada. Tanto al sur, donde *El lobo de mar* había encallado, como al otro lado del río, al norte, brillaban hogueras en el crepúsculo. Gaélicos de todo el país se habían reunido alrededor de Dyflin. Temblé pensando que habían venido a expulsarnos, y una vez más surgió la pregunta sobre lo que habrían hecho los nórdicos para ser tan odiados.

A las puertas del salón había una multitud, pero cuando me acerqué se abrió un pasillo. Transcurrió un momento antes de que me diese cuenta de que había sido reconocido como uno de los hombres de Ivar Sin Piernas, uno de los guerreros que habían resistido largo tiempo hordas de salvajes muy superiores en número hasta que llegó la ayuda. Por primera vez, experimenté la sensación de ser un hombre con reputación. Además, el beneficio inmediato de tener acceso al salón sin dificultades provocó un cosquilleo en mi pecho. Me erguí tanto que a punto estuve de golpearme la frente en el marco de la pequeña puerta.

En el interior, las antorchas y el fuego en el centro de la estancia calentaban la sala. En el extremo más alejado de la alta mesa estaba Ivar Sin Piernas con Halfdan Camisa Blanca en el lado de la mano de la espada y el delgado Olav *el Blanco* en la del escudo. Sólo los tres condes tenían platos y jarras frente a ellos. Los demás hombres, que superarían la centena, de pie o sentados en bancadas que llegaban a la altura de las rodillas dispuestas a lo largo de las paredes, eran espectadores, no invitados. En el espacio entre la mesa alta y el fuego, Ubbe Hijo de Cortesana estaba de pie narrando el combate contra los gaélicos.

—Y así fue como nos defendimos de las hordas irlandesas —concluyó—. Y te damos las gracias, Olav *el Blanco*, por venir a nuestro rescate, pues, aunque nos las hubiéramos arreglado sin vosotros, vuestra ayuda fue bienvenida.

El propio brazo de la espada de Ubbe, todavía vendado y en cabestrillo, mostraba claramente lo bienvenida que había sido la ayuda. Olav *el Blanco* asintió y gruñó.

Hijo de Cortesana había hecho superflua mi propia historia, porque después de él no habría casi nadie que quisiese escucharme. Me tragué la decepción mientras él continuaba:

—Si estamos reunidos aquí esta noche no es para hablar de las acciones de Olav *el Blanco*, sino para saber cómo en un solo año, el tiempo que Ivar Sin Piernas ha permanecido en Inglaterra, ha conseguido poner en riesgo la paz que

se concluyó con los gaélicos antes de que partiésemos de aquí.

Olav *el Blanco* se puso de pie para rebatirlo. Ivar Sin Piernas lo obligó a sentarse en el banco poniendo una mano pecosa en su hombro y levantó la otra para apaciguar los murmullos de descontento en la sala.

—Las duras palabras de mi medio hermano Ubbe se deben a su herida durante el combate —comenzó Ivar—. Yo, por mi parte, salí ileso y, tal vez por eso, menos inclinado a juzgar. Pero debo admitir que también me pregunto a qué se debe la ira de los irlandeses.

—Esos follaovejas son como animales inmundos —se burló Olav *el Blanco*—. Y los animales muerden a sus señores, porque, por todos los diablos, no saben hacer otra cosa.

Ivar Sin Piernas volvió a levantar la mano para que Olav *el Blanco* guardara silencio. Su expresión concentrada indicaba que no estaba interesado en la respuesta. Quería establecer una estrategia. Lo primero era recordar a los presentes las insensateces de antaño.

—Durante los últimos veinticinco años —dijo Ivar Sin Piernas—, desde que Thorgils fundó Dyflin, los cinco reinos gaélicos han sido demasiado débiles para evitar que nosotros, daneses y noruegos, diésemos cuenta de una buena parte de su isla. Cuando nuestra existencia se ha visto amenazada, siempre ha sido por nuestras propias desavenencias. Hemos luchado constantemente entre nosotros por el poder y el derecho al comercio de esclavos. Por eso fue bueno que Thorgils fuera asesinado hace diez años por los irlandeses. Esto nos permitió tomar el control. Y no nos fue mal hasta que el año pasado acordamos seguir cada uno nuestro camino. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Olav *el Blanco* asintió con la cabeza y su largo cabello pálido le golpeó los hombros recubiertos de cuero.

—Entonces, ¿por qué nos amenazan ahora los nativos? —Ivar Sin Piernas observó al hombre del norte con las cejas levantadas. Luego, lo cogió por los hombros y recorrió la sala con la mirada—. Si Olav *el Blanco* no es capaz de responderme, ¿hay algún otro que pueda hacerlo?

Los participantes de la reunión se miraron. Observé que en la sala sólo había unos treinta. Se podría pensar que, con tranquilidad y una conducta razonable, la edad de los grandes hombres estaba asegurada. Obviamente no había ocurrido así en este caso, y nadie estaba dispuesto a explicar por qué.

Finalmente, un hombre de barba delgada y gorro de piel se levantó titubeando.

—Åskjell —exclamó Ivar, como si la iniciativa del hombre lo sorprendiese y agradase—, oigamos lo que tienes que decir.

—La ira de los gaélicos quizá tenga algo que ver con los pillajes del verano —dijo Åskjell.

—¿Pillajes? —repitió Ivar Sin Piernas, como si le resultara difícil creer lo que había oído—. Una de las condiciones del acuerdo de paz fue precisamente que debíamos dejar de saquear los monasterios de los nativos. ¿Y no estuvimos de acuerdo en que, de todos modos, no quedaba mucho que robar?

—No fueron los monasterios —respondió Åskjell—. Fueron las tumbas.

—¿Qué tumbas?

—Los túmulos.

Åskjell se quitó el gorro de piel y descubrió una cabeza en la que asomaba la coronilla entre el pelo fino y grasiento. Ivar Sin Piernas se inclinó hacia delante en su sitial.

—¿Saqueasteis los túmulos de los grandes reyes en la margen del Boyne?

Åskjell asintió en silencio.

—¿También la tumba de Máel Sechnaill?

Åskjell asintió de nuevo.

—¿Máel Sechnaill —continuó el conde de barba roja con ira contenida en su voz—, el gran héroe gaélico, que murió de viejo hace sólo tres años y al que todos consideran un semidiós? ¿Pensasteis que era razonable saquear su tumba?

El conde de barba roja se levantó. Los ojos aguamarina fulminaron a Åskjell con una mirada que hizo que el prohombre de pelo fino se hundiera silenciosamente en su asiento.

—El puñetero acuerdo de paz no hablaba de los túmulos —dijo Olav *el Blanco*, pero la expresión del conde danés hizo que volviera a callar.

—Es cierto —gritó Ivar Sin Piernas, y su voz resonó entre el entramado de vigas— que las tumbas no se mencionaban en el acuerdo de paz, pues nadie, ni yo ni los reyezuelos gaélicos, *nadie* se imaginó que alguien pudiera robarles a los muertos. Que *tú*, Olav *el Blanco*, despertarías el odio de toda la isla y la ira de los espíritus por un puñado de plata. ¡En *eso* no habíamos pensado!

La cara de barba roja de Ivar Sin Piernas enrojeció. En sus ojos aguamarina

brilló una cólera fría y calculada. Se hizo el silencio en la asamblea. El rostro de Olav *el Blanco* se volvió también rojizo. Los músculos de la mandíbula del conde noruego se movían con violencia bajo la piel, los ojos brillaban de furia. Se midieron con la mirada el uno al otro. La tensión en el salón era pesada y palpable.

—¿Al menos el botín fue bueno? —preguntó Ivar Sin Piernas con su voz normal.

Olav *el Blanco* se enderezó. Una sonrisa se dibujó en su cara de mejillas hundidas.

—Más que suficiente para todos nosotros —respondió.

—Brindemos por ello entonces. —Ivar Sin Piernas levantó la jarra—. Y por la victoria sobre esos malditos fornicadores de cabras, como siempre.

—Follaovejas —corrigió Olav.

—También por ellos. ¡Salud, mis valientes!

El último comentario iba dirigido a todos los de la sala. Los prohombres se levantaron aliviados. Los que habían traído sus propias jarras se afanaron en llenarlas en los barriles de cerveza. A los demás, los esclavos les trajeron jarras llenas.

El ambiente rápidamente se relajó y el ruido aumentó. Por eso al principio sólo unos pocos repararon en el hombre que, lanza en mano, entró y comenzó a gritar. Transcurrió un tiempo antes de que le prestaran atención.

—¿Qué dices, amigo? —Ivar sonrió y mandó callar.

El guardia tenía un estómago redondeado y no era muy alto. Parecía haber llegado a toda prisa, pues no se había atado la cinta del casco, que le golpeaba los hombros.

—¡Los irlandeses! —gritó el hombre jadeando—. ¡Están aquí!

Desde mi posición, cerca de la puerta, fui uno de los primeros en salir del salón y ver que la fresca noche de invierno estaba iluminada por un reflejo amarillento. Mi sombra sobre la tierra era larga y borrosa, como si tuviera cientos de pequeños soles a mi espalda. Cuando me di la vuelta y levanté la vista, descubrí por qué.

Bajo las estrellas del cielo del norte, una lluvia de flechas de fuego trazaba un suave arco en dirección a los techos de paja de Dyflin.

—Se están quedando cortos —gritó Ubbe Hijo de Cortesana.

—Por supuesto. —Olav *el Blanco* apareció a su lado—. Son unos asquerosos irlandeses. No puedes esperar que esos huevos pequeños sepan manejar el arco y las flechas. Bueno, ni cualquier otra maldita arma.

A nuestro alrededor estaban los grandes hombres del salón. Olav trató de mitigar con sus palabras el evidente miedo que se había extendido entre los presentes.

—Las flechas caen en el río —gritó Åskjell, que otra vez se había encasquetado la gorra de piel hasta las orejas.

—No, no. —Ivar Sin Piernas fue el primero en comprender el propósito de los gaélicos—. ¡Caen sobre el puerto y los barcos!

A la orilla del An Ruirthech, las empalizadas de Dyflin se abrían en un tramo de unos cien pies. Allí se había construido un muelle y estaban amarrados los barcos. En ellos, los nórdicos podían luchar al abrigo de los escudos colocados en las bordas y, en el peor de los casos, salir huyendo por el mar. Y allí estaban, inmóviles, paralizados.

Alrededor de cuarenta embarcaciones de diferentes tamaños se mecían suavemente en la corriente del río. Entre los mástiles y los aparejos brillaban reflejos de las hogueras del otro lado del río, desde las que, cuando llegamos, aún surcaban el cielo algunos hilos de luz. Siluetas lejanas se afanaban en encender y disparar los últimos proyectiles incendiarios mientras bailaban y vitoreaban por el éxito; a bordo de varias de las naves sin tripulación, el fuego había comenzado a avivarse. Los que ardían eran los cabos recién fabricados.

Condes y prohombres corrían en todas las direcciones para llevar a tierra la carga y otras piezas y echar agua sobre las llamas. En el tumulto, sólo Olav *el Blanco* se dio cuenta del fuego que ardía con fuerza en un espigón protegido por empalizadas.

—¿Quién ha encendido esa puñetera almenara? —bramó.

En el extremo opuesto del puerto, una fogata similar casi había arrasado el otro espigón.

—¿Por qué es importante? —preguntó Ivar. Por su posición, había llegado al puerto con los últimos.

—Porque es una señal para los follaovejas —gruñó Olav, señalando hacia la orilla norte.

Las dos hogueras marcaban con claridad la posición del puerto para cualquiera que estuviese al otro lado del río con la intención de lanzar flechas incendiarias. Un grito resonó desde uno de los barcos más cercanos. En él la tripulación había encontrado dos cuerpos flotando en el agua entre el casco y la sólida estructura del embarcadero. Ivar Sin Piernas, observando con frialdad, emitió órdenes que fueron obedecidas inmediatamente. Se apagaron las hogueras de ambos espigones y se rescataron los cuerpos de los guardias. Los dos tenían un corte profundo de oreja a oreja.

—Alguien los ha sorprendido —señaló Ivar Sin Piernas— y los ha matado. Ha encendido las hogueras y se ha largado.

Él mismo, Ubbe Hijo de Cortesana y Olav *el Blanco* regresaron al río.

No se veía huir ningún barco corriente arriba ni corriente abajo.

—Ese hijo de puta traicionero sigue esparciendo ponzoña por algún lugar de la ciudad —dijo Olav *el Blanco* sombríamente—. Y ha matado a dos de mis hombres.

—¿Dos guardias son todo lo que se te ocurrió para vigilar las naves? —preguntó Ivar Sin Piernas con frialdad.

—¿Es que no he dicho miles de veces que cada maldito jefe debe poner hombres suficientes para proteger sus puñeteras naves? —Olav *el Blanco* miró a los grandes de su alrededor.

—No se puede llegar al muelle desde el campo —defendió a sus iguales Åskjell con la gorra de piel—, y nadie se puede acercar por el agua sin que los guardias que están en la empalizada lo vean. No podíamos saber que teníamos

un espía entre nosotros.

Yo asentí, de acuerdo con sus palabras, y adiviné quién podría ser el espía. Me dirigía hacia Ivar Sin Piernas para contárselo cuando una larga señal del cuerno desde el extremo occidental de la ciudad resonó por encima de los tejados de paja. Muchos se detuvieron y escucharon. Mientras tanto, los hombres que estaban a bordo de los barcos lograron apagar el fuego. La oscuridad se extendió pesadamente sobre el puerto. También las hogueras de los nativos del otro lado del río se habían apagado, casi como una señal.

Fue Ivar Sin Piernas quien primero comprendió la situación.

—Las flechas incendiarias eran una maniobra de distracción.

El único tramo de la obra defensiva de Dyflin que no estaba protegido por el agua eran los muros que daban al oeste. Por lo general estaba bien vigilado, pero, a juzgar por la cantidad de hombres que habían bajado al puerto para salvar los barcos, no podían haber quedado muchos en la puerta oeste. Esa idea pasó al mismo tiempo por la mente de todos los que estaban allí, haciéndolos correr mientras se gritaban los unos a los otros. En medio del pánico, sólo Olav *el Blanco* pensó con la cabeza fría.

—¿Y qué pasa con los puñeteros barcos? —les gritó a los demás.

—No eran el objetivo de los gaélicos —respondió Ivar Sin Piernas volviendo la cabeza—. Es el muro oeste lo que les interesa.

—¿Cómo puedes estar seguro?

El conde de barba roja se detuvo sin responder. Olav *el Blanco* vaciló por un momento. Entonces me vio.

—Quédate aquí —me dijo poniéndome un cuerno de aviso en la mano—. Si los follaovejas entran en el río, sopla este maldito cuerno todo lo que puedas. ¿Entendido?

Asentí, y de pronto me quedé solo en el muelle mientras Olav *el Blanco* seguía a los demás entre las casas. De repente me asaltó la inseguridad. ¿Con el ruido de la batalla alguien de la puerta oeste podría oír el sonido del cuerno? Y si no lo hacían, ¿qué resistencia podría ofrecer a los atacantes?

Mis dudas desaparecieron ante la importante tarea que el conde de Dyflin me había confiado. Agarré la lanza con una mano y el curvo cuerno óseo con la otra. Me quedé apoyado en el interior de la empalizada, desde donde había una buena vista del puerto y los barcos. Todo estaba tranquilo. Únicamente desde el oeste

llegaban gritos y alaridos.

Cuando repasé los caóticos acontecimientos de la noche, me alegré de no haber podido confiar a Ivar Sin Piernas la identidad del espía, porque ya no estaba seguro. ¿Los hechos de aquella tarde eran el resultado de una planificación cuidadosa, como yo creía, o sólo una serie de coincidencias? Casi me había convencido de lo último cuando un reflejo de la luz de la luna en un casco hizo que todo se derrumbara. Mi instinto no había fallado.

A través de la abertura en la muralla de la ciudad, un hombre se escabullía cuidadosamente hacia el puerto. Llevaba un jubón de cuero y un casco sobre la ropa de lana. Era el guardia que había venido al salón para advertir a los señores del ataque de los gaélicos. Su complexión se caracterizaba por lo que el hermano Jarvis habría llamado gran volumen corporal.

Dejó la lanza, buscó entre los barcos más pequeños y comenzó a soltar una amarra. En la oscuridad, esa tarea le requirió toda su atención y no se detuvo hasta que sintió la punta de mi lanza en la espalda. Lentamente, se levantó y se dio la vuelta.

Era media cabeza más bajo que yo. El miedo a la muerte ardía como candelas en el fondo de sus ojos.

—Has atacado a los dos guardianes del puerto —dije— y los has matado antes de que pudieran dar la alarma. Así que no voy a correr ningún riesgo contigo.

Coloqué la punta de mi lanza contra el pequeño hoyuelo bajo la nuez y lo obligué a dar unos pasos a un lado para que yo pudiera tirar su lanza por el borde del muelle. Desapareció en el río con un plop.

—Has arrojado los cuerpos de los guardias al agua y encendido las almenaras como señal para los gaélicos. Luego has ido corriendo al salón a dar la alarma y has atraído a todos al puerto. En medio del revuelo, sólo Olav *el Blanco* se ha parado a pensar.

Pasé la lanza por su cara y con la punta le quité el casco, que golpeó el muelle con estrépito.

Por debajo de la línea del cabello, en el lado derecho de la frente, se podía ver una contusión. Sólo quedaba un ligero tono morado, porque ya habían pasado varios meses desde que Ragnar Calzas Peludas le había lanzado un taburete a la cabeza. Sin embargo, el chichón todavía le debía de doler, y por eso

no se había ajustado la cinta del casco.

—Eres sajón —constaté—. Te llamas Ældfric. Y estuviste presente cuando murió Ragnar Calzas Peludas.

Ældfric no se sorprendió, más bien estaba un tanto confundido por que la verdad se presentara con tal dramatismo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—He hablado con Egbert —respondí en el idioma nórdico—. Me dijo que en tu juventud pasaste un par de años junto a un comerciante danés y que por eso hablas el idioma.

—¿Un comerciante? —murmuró Ældfric en sajón—. Ese cerdo era un esclavista. Lo engañaron las pocas monedas que mi padre me había dejado. Me enseñó su idioma para poder darme órdenes. Me ató a un remo y usaba el látigo con diligencia. Sólo pude escapar porque la gente del rey lo pescó en el mercado de Eoforwic mientras vendía las mercancías que había robado de un barco sajón.

—Y desde entonces has servido a Osbert fielmente.

—El rey me tomó al servicio en su guardia personal. Siempre me ha tratado bien. Hasta el día en que apareció el usurpador Ælla.

El odio que había en su mirada me sorprendió, pero al menos ahora no podía negar que entendía el idioma de los nórdicos. Ya podía plantearle mi siguiente pregunta.

—¿Qué dijo Ragnar Calzas Peludas antes de morir?

Ældfric no vio la necesidad de arriesgar la vida por mantener en secreto las palabras de un muerto.

—Si los cerdos supiesen lo que el verraco tiene que padecer —respondió—, llamarían a la lucha y asaltarían la pocilga.

Traduje mentalmente el significado de la frase.

—Los cerdos son los hijos de Calzas Peludas —dije—, y el verraco es el viejo jabalí, el propio Ragnar. La pocilga es Northumbria. Comprendiste que los hijos de Ragnar Calzas Peludas querrían vengarlo. Por eso huiste de la ciudad y te uniste de nuevo a Osbert.

—¿A Osbert?

Parecía obvio que era el exrey de Northumbria el que había enviado a Ældfric a Dyflin a instigar una rebelión irlandesa y desviar la atención de Ivar Sin Piernas de la invasión de Inglaterra, y que el asunto con los túmulos sólo había hecho más fácil la tarea de los sajones. La sorpresa en su voz me hizo dudar. Mi teoría se derrumbó por completo con la incredulidad de sus ojos.

Mi siguiente pregunta nos tranquilizó.

—¿Has cambiado a tu señor después de matar a Ragnar Calzas Peludas?

Ældfric comenzó a sonreír. Había supuesto que yo conocía el mensaje, que había contemplado todo y conocía las respuestas. Ahora se daba cuenta de que tan sólo había adivinado la mitad de la verdad.

—Todavía sirves a Osbert —me corregí—, pero *no* fuiste tú quien mató a Ragnar Calzas Peludas.

No hay serpientes en las ciudades. Ældfric, que siempre había vivido en Eoforwic, no tenía posibilidades de reunir tantas serpientes. Todo lo que hizo fue abrir la trampilla de la prisión subterránea de Ragnar Calzas Peludas al verdadero asesino.

—¿Quién trajo las serpientes? —le pregunté—. ¿Quién se las arrojó a Ragnar? ¿Un sajón o un nórdico?

—¿Realmente crees que un auténtico cristiano podría haber ideado una muerte tan cruel, ni siquiera para su peor enemigo? Las serpientes no mordieron a Ragnar Calzas Peludas la primera vez. Tuvimos que sacarlo, desnudarlo y volver a intentarlo. Estaba aterrorizado, a pesar de que trató de mantener un gesto altivo. Casi me dio lástima.

Dudé de nuevo. Las informaciones llegaban más rápido de lo que yo era capaz de asimilar. Tuve que comenzar de nuevo.

—El invierno pasado, Osbert envió un heraldo a Ivar Sin Piernas y Halfdan Camisa Blanca en Anglia Oriental con un mensaje falso sobre la muerte de Ragnar Calzas Peludas. El mensajero eras tú.

Ældfric sonrió desdeñosamente ante mi ignorancia.

—No has dado ni una. Ragnar vivía a cuerpo de rey. Eso es lo que les dije a sus hijos.

Si el objetivo de Osbert al enviar a Ældfric a Anglia Oriental no había sido conseguir que los hijos de Calzas Peludas vengaran la muerte de su padre a manos de su rival, el rey Ælla, sólo había otra opción. Y era, me daba cuenta, mucho más simple.

—Osbert ofreció pagarles a los hijos de Calzas Peludas por quitar de en medio al rey Ælla. El ejército nórdico invadió Northumbria en respuesta a su llamada. Tu rey jugaba con fuego y se ha quemado.

Los ojos de Ældfric brillaban de ira. No conseguiría nada más de él a menos que pudiera sorprenderlo.

—El precio de Ivar Sin Piernas fue de veinte mil monedas de plata —continué—. Osbert llevaba el dinero a Eoforwic dentro de un arca en un carruaje tirado por caballos cuando dio el golpe para intentar recuperar el poder.

Ahora Ældfric se puso de nuevo en guardia. «¿Cómo puede saberlo?», se preguntaba a sí mismo.

—Osbert aceptó pagar el precio a los nórdicos —admitió— e incluso les ofreció recuperar a su padre con vida. Sin embargo, los hijos de Calzas Peludas engañaron a sus guerreros diciéndoles que su padre estaba muerto. Nunca lo he comprendido.

Un *fyrð* sajón está formado por hombres reunidos para luchar bajo el mando de un rey, y se les paga en monedas contantes y sonantes por las molestias. Es cierto que Ældfric hablaba el idioma de los nórdicos, pero el odio y la sed de venganza le habían impedido comprender su mentalidad. No lograba imaginar un ejército de guerreros orgullosos cuya principal motivación era ganarse una reputación.

Él siguió mis reflexiones con una mirada maligna en sus pequeños ojos.

—¿Qué piensas hacer conmigo, *chaval*?

El énfasis de la última palabra mostraba la recuperada confianza en sí mismo. Yo ya no era una figura enemiga en la oscuridad. Era un niño que había asumido la tarea de un adulto.

—¿Crees —continuó— que podrás conducirme con la punta de tu lanza a través de Dyflin para arrojarme a los pies de tu conde?

Yo era más alto que Ældfric, pero él era más fuerte y experimentado. Si

quieres amenazar a un hombre para que te obedezca, elige un arma más práctica y manejable que una lanza.

—Tendrás que caminar de espaldas —continuó—, y el muelle es irregular. ¿Qué ocurrirá si tropiezas?

Traté de dar un paso atrás. Mi talón tocó el cabo de una cuerda.

—Por supuesto puedes matarme. Pero, entonces, ¿quién creará tu historia? Quién crees que...

Sin terminar la frase, Ældfric agarró con ambas manos la lanza. Cierto es que él estaba en la punta peligrosa del arma, pero su férrea tenaza me impedía clavársela. Por un momento nos quedamos como dos luchadores antes de un combate. Luego comenzó a empujarme hacia atrás.

Evité el primer poste a la altura del tobillo y salté sobre el siguiente golpeándome la rodilla. Gracias a su mayor peso, Ældfric pronto ganó ventaja. No fue ninguna sorpresa para ninguno de los dos que yo tropezara en una pasarela irregular. Su bota me golpeó en el diafragma incluso antes de que yo tocara el suelo de madera. Jadeé buscando el aire e intenté alejarme. Se quedó sobre mí con la lanza en la mano y una sonrisa en los labios.

—No tienes ninguna razón para matarme —exclamé.

—No estoy de acuerdo —respondió—. Le prometí al nórdico que no rebelaría a nadie las últimas palabras de su padre.

—¿Al nórdico? ¿Las últimas palabras de su padre? ¿Estás hablando de uno de los hijos de Calzas Peludas?

La irritación por aquella conversación oscurecía el rostro de Ældfric.

—No tendrás la oportunidad de rebelárselas a nadie.

Ésas fueron sus últimas palabras. Una lanza salió volando de la oscuridad y atravesó su redondo estómago de un lado a otro.

Se tambaleó cuando el dolor lo golpeó un instante después. Con su mano libre, asió el asta y se volvió hacia la ciudad, donde una figura salía entre dos casas. Era Halfdan Camisa Blanca. Una breve contracción recorrió el rostro lampiño del hijo de Lodbrog cuando la pálida luz de la luna lo alcanzó. Su mirada ardiente se clavó en Ældfric mientras se acercaba con una lanza en cada mano.

—¿Has oído hablar de mis hermanos mayores, Erik y Agnar? —preguntó en un tono como el del que charla con un viejo amigo ante una jarra de cerveza

caliente.

Con la punta de una de sus lanzas frotó el asta que atravesaba a Ældfric. El sajón gritó y cayó de rodillas. Sin esfuerzo, Halfdan Camisa Blanca le quitó mi lanza y la arrojó al muelle cerca de mí.

—¡Responde a mi pregunta!

Ældfric asintió con la cara deformada por el horror. Claro que había oído hablar de Erik y Agnar. Incluso en ese momento estaba mejor informado que yo.

—Entonces sabrás lo que ocurrió cuando intentaron atacar al rey Øystein de Uppsala. Agnar cayó muerto y Erik fue capturado.

No eran sólo las nuevas sobre otros hijos de Calzas Peludas que yo no conocía; toda la situación era extraña. Halfdan Camisa Blanca me había salvado la vida y me había devuelto mi arma. Ahora me ignoraba. Se dirigía sólo a Ældfric.

—El rey de los suecos ofreció a Erik una compensación por su hermano muerto. Le ofreció un salvoconducto para regresar a casa. Incluso le ofreció la mano de su hija. Erik dijo que no a todo ello. Lo único que quería era una muerte de la que se hablara. Y lo consiguió. Se colocaron cien lanzas en el suelo con las puntas hacia arriba. Erik saltó sobre ellas y permaneció allí hasta que murió. Se dice que, mientras tanto, les cantaba a los cuervos.

Otra contracción recorrió la cara de Halfdan Camisa Blanca cuando puso el pie sobre el abdomen del sajón. Un desesperado grito de dolor se elevó sobre el río.

—Es algo que siempre me ha fascinado. No creo que uno pueda concentrarse en componer versos en esa situación. ¿Tú qué piensas?

El sajón sollozó y gimió.

—Sólo tengo dos lanzas —se quejó Halfdan Camisa Blanca levantando las armas—. Pero probaremos de todas formas.

Empezó a clavárselas al sajón, al principio descuidada y superficialmente, pero pronto con mayor decisión. Cada pinchazo producía un sonido de succión, como cuando introduces la cuchara en un plato de gachas.

Ældfric gritaba y aullaba. Desde mi posición, tumbado sobre la cubierta del muelle, la borda del barco me impedía verlo. Mejor así. No deseaba contemplar lo que el hijo de Calzas Peludas le hacía al sajón.

Finalmente, se hizo el silencio. Halfdan Camisa Blanca arrojó las lanzas

sanguinolentas.

—Lo que yo pensaba —dijo—. Es sólo una leyenda.

Con manchas de sangre hasta las rodillas de los pantalones de lana, pasó por encima de mí y continuó hacia las casas. Todavía se comportaba como si no me hubiera visto. Ya estaba a punto de creer que así era.

Entonces se detuvo.

—Si yo fuera forastero y hubiera visto esto —dijo—, tendría mucho cuidado de a quién se lo contaba. Ældfric no era un asesino digno de Ragnar Calzas Peludas.

Me miró directamente por primera vez. El horror que me atravesó al ver la locura en sus ojos marrones me impidió hacer la pregunta que tenía en la punta de la lengua.

Dio media vuelta y desapareció entre las casas.

Me quedé en el muelle durante un largo tiempo, escuchando el lejano fragor procedente del oeste, que se fue debilitando y por fin se extinguió. Las piernas me temblaban cuando finalmente pude levantarme.

Evité cuidadosamente mirar hacia el cuerpo de Ældfric mientras me tambaleaba camino de la ciudad.

—¡Por todos los ardientes infiernos, cómo es que tardan tanto, maldita sea!

Olav *el Blanco* oteó la pantanosa llanura del otro lado del puerto de Dyflin desde la empalizada.

El ataque nocturno de los irlandeses había sido rechazado con tales pérdidas por ambos lados que Ivar no había despedido a los delegados nativos que poco antes de la misa cristiana se habían acercado a la puerta bajo una rama de aliso para indicar que querían negociar. El conde de barba roja llevaba ya tres horas dialogando con los cinco reyes gaélicos bajo un roble desnudo que se alzaba a cierta distancia entre la niebla húmeda de la llanura costera. Un viento frío del este soplaba desde el océano. Hacía rato que había comenzado a oscurecer.

—Ese idiota debería haberme llevado —continuó Olav *el Blanco*—. Conozco a esos follaovejas y sé cómo tratarlos.

—Ha sido una buena idea que Ivar fuera solo —dijo Ubbe Hijo de Cortesana—. Los irlandeses saben que estaba en Inglaterra cuando se saquearon los túmulos.

—¿Y qué maldita diferencia habría?

Los monarcas de los cinco reinos de Irlanda estaban de acuerdo en el deseo de vengarse de los ultrajadores de tumbas. Si el conde noruego hubiese aparecido bajo el roble, difícilmente habría sido posible negociar, de modo que la guerra continuaría y probablemente los habitantes del norte tendrían que abandonar Dyflin. En cambio Ivar, que evidentemente no era culpable, podría tratar mejor con los reyes. Olav lo sabía, pero no le gustaba que lo hubieran dejado al margen.

—Sólo espero que ese bastardo no les prometa devolverles los tesoros —murmuró Olav.

—¿Qué has dicho?

Una mueca recorrió la cara de Halfdan Camisa Blanca. Estaba más abajo en la empalizada y lo había oído todo.

—Quería decir —explicó Olav— que sería una lástima perder el escudo con incrustaciones de plata de Máel Sechnaill y su espléndida espada.

—Puedes perder mucho más que eso.

La expresión de los ojos pardos de Halfdan Camisa Blanca hizo que Olav *el Blanco* callase y se atusase los bigotes. Una llovizna fría comenzó a caer. Debajo del árbol, que dibujaba su desnudo contorno contra el cielo oscuro, las seis figuras se levantaron y se separaron. Ivar Sin Piernas regresó cojeando a la ciudad.

—Los reyes están indignados por el robo de la tumba —comenzó en cuanto cruzó la puerta—, pero evidentemente eso no es ninguna sorpresa. Dicho esto, creen necesario que nosotros y nuestro comercio desaparezcamos por completo de Dyflin. Y los saqueos deben terminar.

—Era puñeteramente previsible —dijo Olav *el Blanco*—. ¿Qué es lo que no te atreves a decir?

Ivar Sin Piernas se rascó la barba roja y carraspeó.

—Los reyes quieren que se les devuelva el escudo y la espléndida espada de Máel Sechnaill. Junto con las otras reliquias sagradas que robaste de su tumba.

—Pueden seguir cagando deseos hasta el Ragnarok. —Las mejillas hundidas de Olav se habían tornado rojas, y su bigote se había humedecido—. ¡Por todos los ardientes infiernos! Ellos solitos se han buscado que desaparezcan los tesoros al enterrarlos y levantar un montículo de modo que cualquiera pueda encontrarlos.

—¿Qué dirías si los gaélicos saquearan las tumbas de tus antepasados en Noruega? —preguntó Ivar.

Olav *el Blanco* no veía la relación entre los dos casos.

—Que lo intenten esos borregos hijos de puta.

—De todos modos —continuó Ivar—, no te vas a librar de devolver a los irlandeses sus reliquias. Y una cosa más.

—¿Qué? Dilo, bastardo pelirrojo.

Ivar Sin Piernas pasó por alto el insulto, pero su mirada se tornó dura. A la espalda de Olav *el Blanco*, Halfdan Camisa Blanca gruñó siniestro.

—Los irlandeses te quieren fuera del país, Olav. Les he preguntado quién gobernaría entonces Dyflin. No quieren a nadie que haya ayudado a saquear las tumbas reales, pero por fin han aceptado a Åskjell.

El cuerpo delgado de Olav se tensó como la cuerda del arco. Se volvió hacia el hombre mayor con gorro de piel y lo miró como si la exigencia de los gaélicos hubiese sido una idea del propio Åskjell.

—Voto a Thor, Åskjell también estaba en la correría a la tumba —murmuró.

—No he encontrado ninguna razón para mencionarlo, teniendo en cuenta que los reyes no lo sabían. Åskjell es miembro de tu guardia, Olav. Si él se hace cargo de Dyflin, aún tendrás algo que decir, incluso estando fuera. Y no pasarán más de un par de años antes de que los gaélicos se peleen nuevamente entre sí y puedas regresar.

Olav *el Blanco* no dominaba bien el arte del compromiso. Clavó la mirada en su anciano lugarteniente como si estuviera dispuesto a apuñalarlo hasta la muerte en aquel mismo instante, pero no presentó más objeciones.

—No hace falta decidir nada hasta después de Navidad —dijo Ivar—. Los gaélicos no pelearán en los días que rodean el nacimiento del Cristo Blanco. Pero debo decir que si Olav *el Blanco* está aún en Irlanda para entonces, pronto será mucho más difícil vivir aquí. Y cualquiera que sea de la misma opinión será libre para viajar conmigo a Inglaterra, donde ya controlamos Jorvik y pronto dominaremos el resto del país.

La oferta interesó mucho a los presentes más jóvenes, mientras que los prohombres de más edad murmuraron que allí ya sabían lo que había, pero desconocían qué se podía sacar en otras ciudades y países. Ivar sonrió abiertamente sin atender a nada, porque ahora había que brindar por la fiesta de Yule.

Durante todo el día se había extendido un delicioso aroma a cerdo a la brasa procedente de la zona de cercados junto a la casa comunal, en el centro de la ciudad, y se habían llevado rodando sobre tablones barriles llenos de cerveza.

En la gran sala se colocaron largos bancos al lado de mesas de tablas y caballetes. Había espacio para setenta de los prohombres de la ciudad y, por supuesto, también para aquellos del séquito de Ivar Sin Piernas que estaban lo suficientemente recuperados de las heridas sufridas durante la caminata a Dyflin.

—¡Aquí, Rolf! —Hastein ya estaba sentado en el salón cuando entramos—. Te he reservado sitio.

Sólo cuando estuve a su lado me di cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. En el último mes no había podido disfrutar de su alegría. Desde que los irlandeses nos atacaron, las guardias habían sido férreas y el entrenamiento diario duro. Fui a parar a una compañía de jóvenes locales, que estaban tan maravillados de tener entre ellos a uno de los miembros de la tropa de Ivar Sin Piernas que apenas notaron que yo manejaba todas las armas, a excepción de la lanza, para la que parecía tener talento, peor que ellos. Practicaba todos los días para mantenerme caliente en el húmedo clima de Irlanda, y cuando no estaba entrenando, montaba guardia.

Llené la jarra de Hastein en el barril de cerveza del final de la mesa mientras los demás huéspedes conversaban alegremente sobre la astucia de Ivar Sin Piernas y el nuevo acuerdo de paz con los gaélicos. Sólo Olav *el Blanco*, que pálido y flaco se mordía el bigote, guardaba silencio. Se había sentado a la mesa entre Ivar Sin Piernas y Halfdan Camisa Blanca.

—Cualquiera diría que tiene un menú completo escondido en ese mostacho —susurró Hastein.

Las armas se habían quedado en el vestíbulo, para que un comentario a la

ligera no pudiese desencadenar en el salón nada peor que una pelea a puñetazos. Había, sin embargo, un amplio consenso en que las fiestas de Yule serían un fracaso si no terminaban con ruido de armas. Pero nadie pensaba en eso ahora, porque el agradable aroma que llegaba de la hoguera del exterior se extendía por todo el salón.

—Qué bien volver a saborear cerdo asado —suspiró Hastein—. En la tienda de convalecientes sólo nos sirven gachas de avena y guiso de oveja.

—En el entrenamiento hay cerveza —dije— y pan con salchichas.

—Vosotros, los guerreros, debéis moveros y ser útiles. Nosotros, los pobres heridos, sólo podemos reposar y recuperarnos. Afortunadamente, ahora ya me puedo mover y arrimarme a la muchacha en cuanto nos quedamos solos.

Sirvieron la carne porcina en grandes fuentes. Los hombres aullaron y golpearon la mesa con los puños. Muchos se soltaron los cinturones al instante para no tener que tocar luego con los dedos grasientos la hebilla. El mozo comenzó el reparto por la mesa alta. Dejó que los grandes hombres y condes eligieran primero las mejores piezas. Después nos tocó a nosotros, los supervivientes del barco de Ivar, y sólo al final se sirvió a los locales. Otro chico vino con morcillas. Hastein arrambló con todo ansiosamente. En grandes fuentes humeaban nabos asados. Para las celebraciones de invierno, incluso lo mejor no era suficiente.

Se hizo el silencio en el salón. Durante un buen rato no se oyeron más sonidos que los de los hombres masticando y eructando. Junto a la mano de la espada de Ivar Sin Piernas, Olav *el Blanco* jugueteaba con la comida. También el conde de barba roja comía con frugalidad, mientras que Halfdan Camisa Blanca se cuidaba a conciencia. La grasa corría por su barbilla. A medida que la cerveza y el cochino iban entrando, el ambiente se fue relajando. Los prohombres irlandeses chasqueaban la lengua, asentían satisfechos y se aseguraban los unos a los otros que aquello era lo mejor que habían probado en mucho tiempo.

—Ivar, cuando hayas conquistado toda una ciudad en esa mierda de Northumbria —Olav *el Blanco* rompió su largo silencio—, es posible que necesites un regente.

Yo estaba sentado lo suficientemente cerca de los dos condes como para escuchar la conversación y agucé los oídos para salvar el creciente ruido.

—El poder no me interesa —respondió Ivar con modestia.

La cara de ojos hundidos de Olav *el Blanco* se iluminó.

—En ese caso, estaré encantado de ayudarte a llevar esa carga.

—Será un sajón quien se sienta en el trono de Northumbria, Olav. Esta experiencia de Irlanda me ha enseñado que es mejor que los lugareños creen estar gobernados por uno de los suyos y no nos consideren a nosotros, los habitantes del norte, culpables de cualquier cosa que no los satisfaga. Aquí es demasiado tarde para cambiar, pero en Inglaterra será diferente.

Olav *el Blanco* se atusó de nuevo la barba.

—Por todos los infiernos, alguien tendrá que controlar al rey sajón.

—Eso es verdad —asintió Ivar—, y los hijos de Calzas Peludas vamos a tener bastante trabajo. Es posible que incluso Ubbe Hijo de Cortesana tenga su parte en la faena. Pero no hay lugar para nadie más en el trono de Northumbria, porque, aunque alto es su espaldar, angosto es el asiento.

Olav digirió el cortés rechazo mientras a su alrededor se brindaba y bebía.

—¿Y dónde piensas que permaneceré hasta que los follaovejas se hayan calmado?

—¿Dónde pienso yo que debes permanecer? —Ivar arqueó las cejas y por primera vez miró directamente al conde de pelo blanco—. Eres un hombre libre, Olav. Puedes ir a donde quieras.

—¿Pero a Inglaterra no?

—Bien puedes decidir ir allí —dijo Halfdan Camisa Blanca—, pero probablemente es mejor para tu salud que te busques otro lugar.

Olav *el Blanco* miró de soslayo al hijo menor de Calzas Peludas, que sin pestañear le devolvió la mirada. Estaba claro que el conde noruego alimentaba un respeto, que rayaba en el terror, hacia el danés más joven. Tragó saliva y observó rabioso la mesa. Åskjell, que lo había escuchado todo desde su puesto al otro lado de la mesa, se inclinó hacia delante y le susurró algo.

—¿Te atreves a decir eso? —exclamó Olav—. Qué puñeteramente generoso eres, Åskjell.

Ivar Sin Piernas se volvió de nuevo con una expresión interrogante en el rostro.

—Åskjell me ofrece su parte del tesoro de Máel Sechnaill —dijo Olav *el Blanco*—. Como si yo necesitara regalos de mi propia escolta.

Ivar Sin Piernas no hizo ningún comentario sobre la oferta, y la mirada de

Olav *el Blanco* no soltaba al guerrero de la gorra de piel.

—Tal vez confías en que no vuelva, Åskjell —gruñó Olav—. Quizá esperas que con tu dinero me mate a comer y beber para poder quedarte con Dyflin.

Åskjell aseguró que no era así.

El noruego canoso bebió un largo trago de su jarra.

—¿Sabes que fue Åskjell —continuó Olav *el Blanco*, vuelto otra vez hacia Ivar— quien me propuso visitar la tumba de Máel Sechnaill?

Åskjell miró a Ivar Sin Piernas en busca de una ayuda que seguramente sería necesaria. Olav *el Blanco* estaba a punto de convencerse de que todas sus miserias eran culpa del guerrero.

—Fue un mal consejo, Åskjell —dijo Ivar Sin Piernas—, y por eso no deberías ser recompensado con el condado. Pero lo hecho hecho está, y los irlandeses te quieren a ti, y así será.

—Pero —exclamó Åskjell sorprendido— fuiste *tú* quien...

—No culpes ahora a otros de tus propios errores —interrumpió Ivar Sin Piernas—. Sólo he venido aquí para ayudaros con los problemas que vosotros mismos os habéis creado. El resto lo tenéis que solucionar vosotros solos.

Se volvió de nuevo y dejó a los dos hombres mirándose fijamente. A mi lado, Hastein eructó y se recostó. Había estado ocupado con la comida y no había escuchado la conversación de los condes.

—Ahora me sentaría bien soltar la panza —suspiró—. Tal vez debería volver a la tienda de los heridos y lanzarme sobre la muchacha.

—Pues harías muy bien —dije—, porque dentro de poco aquí va a hacer demasiado calor.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sin previo aviso Olav *el Blanco* se levantó y, para júbilo de todos los presentes, le soltó un puñetazo a Åskjell en la cara.

El enfrentamiento llegó en el momento justo, porque todos se habían hartado y necesitaban algún entretenimiento para la sobremesa. En cuanto Olav saltó encima de la mesa, gritaron y jalearon, y cuando lanzó a Åskjell al suelo del salón y comenzó a golpearlo con su jarra de cerveza, los prohombres se pusieron en pie y formaron un círculo.

—Si Åskjell y Olav insisten en pelear —Ivar Sin Piernas alzó la voz y se levantó—, que sea como los dioses mandan.

Llevaron al salón las hachas y escudos de combate de los dos gallos de pelea y retiraron los bancos y mesas de una zona de la sala. Åskjell hizo una mueca y escupió uno de sus dientes de oro. Tomó el escudo, pero lanzó el hacha al suelo.

—No quiero pelear —declaró—, sólo quiero saber cómo te he afrentado, Olav.

—Has ido tejiendo intrigas para privarme de mi condado, cuervo infecto —masculló Olav con su magra cara distorsionada por el odio—. Me aconsejaste saquear las malditas tumbas reales.

—Coincidí contigo en que podría ser provechoso —respondió Åskjell—. Lo que decidiste luego es sólo responsabilidad tuya.

Los hombres que los rodeaban murmuraron y asintieron, aunque les molestaba darle a Åskjell la razón y perderse el combate. Olav *el Blanco* se dio cuenta de que la rabia no le permitía discutir y se puso aún más colérico.

—¡No te voy a permitir que hables así, maldito bastardo!

Olav *el Blanco* hizo volar el hacha sobre Åskjell, pero éste se apartó a un lado, desvió el impacto y golpeó al conde de pelo blanco con el umbo del

escudo. Para júbilo general, Åskjell se acercó a su hacha y la levantó antes de que Olav *el Blanco* pudiera ponerse en pie. Sin embargo, se limitó a rozarle el hombro izquierdo, porque su intención no era hacer daño. Únicamente intentaba hacer meditar a Olav.

El dolor sólo sirvió para espolear al conde de pelo blanco. Su hacha refulgió y se hundió tan profundamente en el escudo de Åskjell que tuvieron que romper una parte para soltarla. Mientras tanto, Åskjell, cuya paciencia se había agotado, soltó un potente golpe en la canilla de Olav, pero éste la llevaba protegida por hierro bajo las cintas.

Olav *el Blanco* consiguió liberar el hacha y volvió a golpear. Åskjell dio un paso atrás e hizo que su arma centelleara a una pulgada del escudo. Olav perdió el equilibrio y Åskjell lo hirió en un costado, esta vez en serio. Olav *el Blanco* se tambaleó, palpó la herida con la mano del escudo y miró asombrado la punta de sus dedos, pues estaban empapados en sangre. Los dientes de Åskjell brillaron amarillos al resplandor del fuego.

—Tal vez ahora quieras escuchar con calma —dijo—. Como intentaba decirte, fue Ivar Sin Piernas el que...

No pudo decir más. Olav *el Blanco* rugió como un animal herido, se abalanzó hacia él y descargó el golpe. De nuevo lo esquivó el más mayor y mesurado guerrero. Åskjell retrocedió y apoyó el talón en el suelo.

O eso pensaba.

Pues cuando cargó el peso sobre su pie, no encontró un suelo firme, sino una jarra de cerveza que había rodado bajo su suela. Åskjell perdió el equilibrio y se tambaleó. Olav *el Blanco* aprovechó para levantar de nuevo el hacha. Con un crujido, perforó profundamente el pecho del guerrero de pelo grasiento.

Åskjell parpadeó incrédulo y bajó la vista. La mancha de sangre se extendía rápidamente por su pecho abierto. Cuando trató de hablar, un torbellino de color rojo oscuro se le escapó por una de las comisuras de la boca. Dio media vuelta y vio a Ubbe Hijo de Cortesana. La expresión en la cara redonda con perilla era inescrutable.

Varias manos agarraron a Åskjell cuando cayó y lo colocaron suavemente en el suelo. El noruego, que aun entre convulsiones aferraba el hacha, levantó el brazo y apuntó el arma hacia Ivar Sin Piernas. Luego mantuvo la mirada fija en él hasta que exhaló por última vez y el hacha cayó al suelo con un golpe.

—Ya ves —dijo Olav *el Blanco* al cadáver— quién de los dos argumenta mejor.

El comentario hizo que los grandes hombres de Dyflin estallaran en vítores. Rodearon a su conde y le palmearon los hombros. También Åskjell, cuya ira aún permanecía en su rostro sin vida, recibió su parte de los aplausos, pues había caído con las armas en la mano y ya se dirigía al Valhalla.

—Mostremos a Åskjell el honor que merece —gritó Ivar, extendiendo sus largos brazos—, pues es el único de nosotros que festejará Yule en la mesa de Odín.

El cuerpo de Åskjell fue levantado y sacado del salón a hombros de seis hombres. Los demás llenamos nuestras jarras en el tonel de hidromiel y los seguimos.

Los gritos de los prohombres hacia el cielo nocturno atrajeron a los demás residentes de Dyflin. Jóvenes, mujeres, niños y sirvientes acudían de todos lados y seguían la procesión que llevaba el cuerpo de Åskjell a un lugar cercado en el extremo sudeste de la ciudad. Allí había preparada una gran pira. Alrededor, postes tallados con figuras de dioses de bocas distorsionadas y mirada fija. Cuatro esclavos que estaban preparados para encender la pira introdujeron las antorchas en la leña húmeda. Seguramente se sorprendieron de que la alegre procesión llegara tan temprano, pues todavía faltaba bastante hasta la medianoche, cuando la ofrenda de Yule debería haber tenido lugar. La buena señal que suponía la gloriosa muerte de Åskjell no podía, sin embargo, ser ignorada. Mientras las ramas más bajas seguían humeando, los seis hombres colocaron el cuerpo en la parte superior de la pira.

—¿Quién hará la invocación a los dioses? —comenzaron a preguntar, porque el chamán de Dyflin había caído durante el ataque de los gaélicos.

Ivar se colocó su capa azul y dio un paso adelante.

—Rolf Lenguaraz es hijo de una pitonisa —gritó Hastein, sosteniéndome el brazo en alto de modo que casi pierde el equilibrio a causa de su pierna herida. Miré sorprendido sus ojos alegres y su sonrisa maliciosa.

—Hijo de adivina y matador de irlandeses —gritaron los jóvenes con los que yo había entrenado y que se sintieron honrados de conocerme.

Otros, que no sabían nada de mí, salvo que formaba parte del séquito de Ivar Sin Piernas, asintieron y entrechocaron sus jarras, considerando que a él le complacería.

A menudo había escuchado a mi madre invocar a sus dioses y sabía que todas las personas podían dirigirse a los Ases con palabras comunes, a diferencia del Cristo Blanco, que sólo escuchaba a unos pocos elegidos. Sin embargo, miré dudoso al conde de barba roja y me contuve, porque todavía recordaba lo que había sucedido la última vez que había herido su orgullo.

Ivar Sin Piernas entendió la razón de mi reserva y sonrió. Luego mostró con un gesto que sería bienvenido a hacer la invocación.

Con las piernas temblorosas, me acerqué al fuego y levanté los brazos.

—Odín —le grité al cielo oscuro—, soy yo, Rolf Lenguaraz, quien te habla y pide que recibas a nuestro deudo Åskjell, que ha muerto para gloria tuya.

Aparte de esta introducción, mis palabras fueron una repetición de las que mi madre había exclamado en Yule cuando le cortó la garganta a una cabra y derramó su sangre sobre nuestros postes de dioses. Mientras hablaba, los hombres volvieron a agachar la cabeza, se llenaron la boca con hidromiel y escupieron la fuerte bebida sobre las jóvenes llamas que chisporroteaban y brillaban, mordían y roían ramas y ramitas, y pronto envolvieron el cuerpo.

A la luz de la hoguera, trajeron un caballo.

—Si nuestras ofrendas te agradan, Odín —grité—, danos felicidad y fortuna en el nuevo año.

Le cortaron el cuello al caballo. Mientras la sangre caía en los cubos colocados debajo, el animal coceaba de terror con los ojos vueltos. La sangre fresca del caballo fue arrojada sobre los postes de los dioses, que refulgieron de rojo al resplandor del fuego.

—Frej y Freja —continué—, aceptad nuestros sacrificios y dadnos frutos y cosechas en abundancia.

Mi ánimo creció y mi lengua se hizo ágil como un pájaro. Mi propia voz, que resonaba más allá de la hoguera, me parecía extraña, como el sonido de un animal desconocido en el bosque. Las palabras llegaban a mí desde un lugar y un tiempo distantes, desde labios de otros, a través de incontables generaciones y siglos. Mientras tanto, los hombres comenzaron a salpicarse mutuamente con la sangre del caballo. También las mujeres se acercaron, sumergieron las manos en los cubos y frotaron de rojo las mejillas de los niños, luego cada una localizó a su marido entre la multitud, lo abrazó amorosamente y bebió de su jarra de hidromiel.

—Thor, danos buen tiempo y buen viento. Tyr, danos fortuna en la guerra y ánimo en la batalla. Njord, permítenos surcar con bien los océanos. Heimdal, permite que regrese la luz.

Al calor del fuego los rostros brillaban. Los niños bailaban felices alrededor de las llamas. Terminé mi retahíla y lentamente volví a mi ser. El gesto de asentimiento de los hombres me hizo sonreír. El frío de la noche invernal me aclaró la mente. El silencio cayó sobre la asamblea. Felices, caminamos hacia las llamas. Sólo un par de jóvenes permanecieron quietos siguiendo con la vista el cortejo, con rostros apesadumbrados.

El éxito no mejoró el humor de Olav *el Blanco*. Estudió su mano ensangrentada y, cojeando, se dirigió hacia la salida del lugar de las ofrendas. Allí el más alto de los jóvenes con caras serias se interpuso en su camino.

—Mi hermano pequeño y yo —comenzó el joven— queremos saber cuándo tienes la intención de pagar el desagravio por la muerte de nuestro padre.

Olav retiró su larga melena de la cara con su mano libre mientras carraspeaba y escupía en la hierba. Con satisfacción, constató que no había sangre en el esputo.

—La parte de vuestro padre del tesoro de Máel Sechnaill será suficiente, por todos los dioses. Áskjell era ya viejo y apenas se le podía considerar un hombre. Aunque debo admitir que ese cerdo murió con suficiente honor como para dar brillo a nuestra ofrenda de Yule.

Los hijos de Áskjell se miraron tensando los músculos del mentón de sus jóvenes rostros.

—Si son éstas tus últimas palabras sobre este caso —dijo el más joven—, te arrepentirás.

—¿Y quién va a conseguirlo? —sonrió sombrío Olav *el Blanco*—. ¿Tú, imbécil?

—El caso será visto en la asamblea de la primavera —respondió el mayor alzando la barbilla, desafiante. Estaba tan asustado que temblaba, sin embargo no iba a renunciar a sus derechos.

—Soy Olav *el Blanco*. ¡Soy el *dueño* de la asamblea de Dyflin! Si queréis un consejo, cerrad vuestras bocas y portaos bien. De lo contrario, mequetrefes, podría iros tan mal como a vuestro padre.

—Ya veremos —respondió el más joven— cómo se toman esta respuesta

nuestras familias de Cork y Lymrek.

—Mándamelos a todos, y ya verás cómo les dejo el culo.

El hermano mayor sujetó la mano derecha del más joven, que se dirigía a la empuñadura de su espada, y se lo llevó con él. Los ojos del pequeño no se apartaron de Olav hasta que los dos jóvenes alcanzaron la oscuridad del otro lado de la puerta del espacio de las ofrendas. El conde blanco los siguió con la vista, suspiró y estudió nuevamente su mano ensangrentada. Su mirada era oscura.

—Si no les pagas a los chavales —dijo Ivar sin Piernas—, pronto tendrás a toda la estirpe de Åskjell persiguiéndote para tomar venganza de sangre.

Olav *el Blanco* se enderezó y sonrió abiertamente.

—Pues que vengan. Veremos si esos barrigones me encuentran.

—¿No estarás aquí para entonces?

—He considerado mi posición en Dyflin —Olav *el Blanco* hizo una mueca de dolor— y pienso que probablemente haya otros lugares donde pueda hacer más cosas. Aquí apenas puedes moverte sin que esos malditos follaovejas se revolucionen. Los monasterios están vacíos desde hace mucho, como dijiste. Escocia y las islas del sur, allí sí que un hombre puede hacer fortuna.

—Si tú lo dices, Olav...

—Lo digo. Y por mí puedes quedarte con este agujero húmedo que es Irlanda.

Ivar Sin Piernas observó al nórdico hasta que desapareció en la misma oscuridad que había engullido a los dos hijos de Åskjell. Cuando se volvió de nuevo hacia el fuego, me vio.

—Puede que tengamos que llamarte Rolf Conjurador.

El cumplido inesperado hizo subir el calor a mis mejillas. Ivar Sin Piernas sonrió y continuó hacia la hoguera, donde la multitud había disminuido. Muchas parejas se habían escabullido en la oscuridad para llegar a una cama caliente. Engendrar nueva vida en la noche del solsticio era un importante signo de felicidad.

—Los cinco reyes gaélicos no mencionaron a Åskjell —dije a las espaldas de Ivar Sin Piernas—. Eso te lo inventaste.

Se detuvo y meditó sobre mis palabras.

—¿Y por qué iba a inventarme tal cosa?

—Para obligar a Olav *el Blanco* y a su guerrero a pelear, para que uno quitara de en medio al otro. Por la misma razón, conseguiste que Åskjell apoyara a Olav en el saqueo de las tumbas de los reyes, como intentó explicar. Ahora te dejan solo como conde de Dyflin.

En el contraluz de la hoguera, los ojos aguamarina brillaban vivos a la sombra de la cara de barba roja.

—Hay más —continué—. Fue un sajón llamado Ældfric quien les dijo a los gaélicos que habría unos fuegos señalando el muelle de Dyflin y que la puerta oeste de la ciudad quedaría desprotegida.

Podría haber dicho mucho más, pero pensé que no sería muy inteligente. Esperé la reacción de Ivar Sin Piernas. Una sonrisa comenzó a dibujarse en su cara.

—La puerta de Dyflin nunca estuvo desprotegida —respondió—. Los hombres de la ciudad que me son fieles tenían órdenes de defenderla hasta que llegáramos nosotros.

—Pero utilizaste a Ældfric. Mandaste a Halfdan Camisa Blanca a matarlo una vez que había sido de utilidad.

Ivar Sin Piernas no se molestó en evitar la respuesta.

—Ældfric era una serpiente. Fue a buscarme mientras estábamos en el campamento medio vacío esperando a partir hacia Jorvik. Me dijo que ya no creía en la causa de Osbert y que prefería servir a la parte ganadora. Me di cuenta al momento de que había sido enviado por éste para espiarnos. Por eso lo envié a Irlanda. No sólo para alejarlo, sino también para que me informara de lo que hacía Olav *el Blanco* por allá. Esa tarea la realizó concienzudamente, aunque es cierto que le envió la misma información a Osbert.

—Fue Osbert quien ordenó a Ældfric que visitara a los reyes irlandeses y propusiera una alianza contra vosotros, los del norte. Tú permitiste que lo hiciera.

—Lo tenía bajo vigilancia. —Ivar Sin Piernas se encogió de hombros, como sugiriendo que tenía innumerables confidentes en Dyflin, lo que probablemente era cierto—. Sólo utilicé las intrigas de Osbert para deshacerme de Olav *el Blanco*.

—Comprendo, conde Ivar. Y Halfdan Camisa Blanca me salvó la vida cuando quitó de en medio al espía. Me gustaría agradecerérselo a ambos y al

mismo tiempo asegurarte mi fidelidad. Eres el señor de Irlanda e Inglaterra, y yo soy tu deudo si aún lo deseas.

Ahora Ivar sonrió abiertamente, pero se sintió en la obligación de corregir un malentendido.

—Todavía hay resistencia tanto de los sajones como de los gaélicos. Inglaterra e Irlanda aún no han sido ganadas.

—Estoy seguro de que ocurrirá.

Me miró con la cabeza ladeada. Había logrado halagarlo, y ésa era justamente mi intención.

—Te confesaré algo, Rolf Conjurador —dijo—. Manipular a la gente es como hurgar en un hormiguero. Puedes prever que habrá una reacción, pero no en qué dirección correrán las hormigas. Ahora bien, si pones obstáculos o atraes con recompensas, puedes guiarlas hacia donde quieras.

Desde el fuego llegó caminando Ubbe Hijo de Cortesana con una jarra de hidromiel medio llena.

Acarició su barba rala y nos miró con una sonrisa jovial.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Puedes hablar tranquilamente —dijo Ivar—. Rolf lo ha descifrado todo y todo ha salido como estaba planeado. Ya no hay conde en Dyflin.

El Hijo de la Cortesana miró en la dirección en que había desaparecido Olav *el Blanco* y comprendió. La alegría y la esperanza se reflejaron en su rostro.

—¿Quizá quieras sacrificarte y ocuparte de nuestros intereses, Ubbe? —continuó Ivar.

Era una oferta generosa que sólo un gran tonto, o alguien muy astuto, rechazaría.

—Es tentador —Ubbe buscó las palabras—, pero creo que uno de los hijos de Åskjell podría ser una opción mejor. Especialmente el más joven, que siempre ha sido el más despierto.

—¿Y tú no deseas ser el conde de Dyflin?

—Puede ser, pero los hijos de Åskjell también, y no dejarían de revolverse. Si ahora se convierten en enemigos por este asunto y terminan matándose, será mucho más fácil para su sucesor.

Ivar no era el único que sabía dirigir a las hormigas. El conde de barba rojiza asintió y sonrió.

—Entonces, la cosa está clara.

También llegó Halfdan Camisa Blanca. A diferencia de sus hermanos, el lampiño hijo de Calzas Peludas parecía muy afectado y tuvo que apoyarse en Ubbe para mantenerse en pie.

—Si habéis terminado con vuestras intrigas —dijo con voz ronca y arrastrando las palabras—, volvamos a Jorvik.

—Esperaremos a la primavera —exclamó Ivar—. No quiero repetir la travesía que nos trajo, y nos falta tripulación. La mitad de nuestros hombres han caído y el resto todavía necesita descansar.

—Podemos preguntar entre los jóvenes de Dyflin, a ver si un puñado de ellos está dispuesto a ayudarnos en el viaje —sugirió Ubbe.

—Eso —dijo Ivar sonriendo—. No creo que sea un problema.

Durante todo el invierno se extendió por las aldeas y fortificaciones de Irlanda la fama del poder de Ivar Sin Piernas. A mediados de marzo, cuando el nuevo conde de Dyflin, el más joven de los hijos de Åskjell, hubo pagado el precio de su nombramiento entregándole al conde de barba roja una nueva nave larga, a los hijos de Calzas Peludas sólo les restaba elegir a los más fuertes entre quienes se presentaron. Muchos tuvieron que regresar a sus hogares desilusionados y comenzaron a trazar sus propios planes para partir.

Los treinta nuevos miembros irlandeses de la guardia tuvieron una tarea fácil. Tan pronto como las empalizadas de Dyflin desaparecieron entre la niebla y el barco llegó a la desembocadura del río, una brisa se elevó desde el oeste. Se izó la vela, los remos se recogieron y nos lanzamos al mar de Irlanda. Pequeñas nubes nos acompañaban en el cielo, el sol brillaba en las olas y la visibilidad era tan buena que se podía divisar claramente a babor la isla de Mon.

Con la tranquila navegación, sólo Ivar Sin Piernas tenía algo que hacer al timón; la tripulación yacía a resguardo tras las amuradas. Discutían con entusiasmo acerca de los bienes que iban a conquistar en Inglaterra y acordaban su distribución entre ellos. Halfdan Camisa Blanca y Ubbe Hijo de Cortesana permanecían cerca del banco y de Ivar. Hastein estaba sentado solo en la proa, mirando al frente, como si no pudiera esperar para ver Jorvik. Aproveché la oportunidad para hablar con él a solas.

—¿Echas de menos a tu padrastro? —pregunté dejándome caer a su lado. Él se animó y sonrió.

—¿Sabes —dijo— que este viaje a Irlanda es el más largo que he hecho sin

Bjørn Costado de Hierro?

—Te envié para vigilar lo que hacían sus hermanos —le dije.

La expresión de su rostro se volvió pensativa.

—No confía en ellos —dijo finalmente—. Seguro que ya te has dado cuenta.

—Bjørn Costado de Hierro no confía en mucha gente. Pero cada uno de los cinco hijos de Calzas Peludas tiene su propia agenda. Ahora deja que te cuente lo que sucedió en el muelle de Dyflin durante el ataque de los irlandeses.

Durante el invierno había meditado en silencio sobre los acontecimientos y había llegado a una conclusión que necesitaba compartir con alguien. Hastein me escuchó con seriedad y sin interrumpir.

—Si los cerdos supiesen lo que el verraco tiene que padecer —repitió cuando terminé—, llamarían a la lucha y asaltarían la pocilga.

—Ragnar predijo que sus hijos irían a Northumbria cuando se enterasen de su muerte. Por interés propio, como mínimo.

Gruñó, se frotó el largo y rubio flequillo y guardó silencio largo rato.

—¿Quiénes eran Erik y Agnar? —pregunté interrumpiendo sus pensamientos.

Quería saber algo más sobre los dos hijos de Calzas Peludas que había mencionado Halfdan Camisa Blanca mientras Ældfric agonizaba en el muelle de Dyflin.

—Eran los hijos que tuvo Ragnar con la hija del rey de los suecos, Thora —respondió Hastein—. Ya sabes, la de los dragones. Erik y Agnar eran más jóvenes que Bjørn Costado de Hierro, pero mayores que Ivar Sin Piernas, Sigurd Ojo de Serpiente y Halfdan Camisa Blanca. No sé nada de ellos excepto lo que cuenta la leyenda. Murieron mucho antes de mi tiempo.

—Pues cuéntamela.

—Como quieras. No es una historia que se cuente tanto como otras leyendas de Calzas Peludas, pues no favorece a ninguna de las partes. —Hastein se aclaró la garganta y comenzó—: Cada verano Ragnar Calzas Peludas visitaba a su amigo el rey Øystein de Uppsala, y en una de las visitas, Øystein le ofreció a su hija, Ingebjørg, como esposa. Ragnar no dudó ni un momento. El matrimonio fue concertado y él regresó a casa. Pero cuando se acercaba a su castillo, donde Kraka lo esperaba, se dio cuenta de que había actuado precipitadamente. Hizo jurar silencio a sus guerreros y dijo que cualquiera que revelara algo a su esposa

pagaría con su vida.

»Cuando aquella noche yacía junto a Kraka, ella le preguntó si había alguna nueva. Él respondió que no tenía nada que contar. “Entonces, déjame que yo te cuente una nueva, pues yo diría que una nueva es que un rey se comprometa con una mujer a pesar de estar ya casado”, dijo ella. Ragnar se levantó furioso, queriendo saber quién le había contado su trato con el rey Øystein. Kraka le contestó que podía dejar con vida y todas sus extremidades a sus hombres, pues habían sido tres pajarillos quienes le habían revelado el secreto. “Y antes de enviar un mensaje al rey Øystein de Uppsala pidiéndole que ejecute a las doncellas de su hija, escucha lo que tengo que decir.”

Mientras el barco cortaba las olas, Hastein contó cómo Kraka finalmente había confesado a su marido que ella era el fruto del amor de Sigurd Vencedor de Fafnir y la escudera Brunilda Hija de Budli, y que su verdadero nombre era Aslaug.

—¿Era Aslaug realmente hija de un rey? —le pregunté.

—Quién sabe. —Hastein se encogió de hombros—. Pero recuperó el amor de Ragnar, pues de repente era una reina respetable. Y es sólo esa parte la que les gusta contar a los hijos de Calzas Peludas, porque se benefician de ser descendientes de un rey y una escudera.

Hastein miró de soslayo a Ivar Sin Piernas, Halfdan Camisa Blanca y Ubbe Hijo de Cortesana, que estaban en el banco, como si temiera que le oyeran.

—¿Y cómo encajan Erik y Agnar en esa historia?

En respuesta, continuó en tono de escaldo:

—Como Ragnar Calzas Peludas no fue al Reino de Suecia el verano siguiente, el rey Øystein comprendió que su amigo había traicionado su pacto, y envió mensajeros para que le informaran de que daba por finalizada su amistad. Pero Ragnar había partido de expedición a París con Bjørn Costado de Hierro, por lo que fueron sus hijos mayores, Erik y Agnar, los que recibieron la noticia. Eran un par de jóvenes impetuosos y reunieron un ejército para asolar el Reino de Suecia ahora que los lazos de amistad de su padre ya no lo impedían.

Como Halfdan Camisa Blanca dijo en el muelle de Dyflin, Agnar murió en la batalla contra los suecos y Erik fue capturado. Un detalle que también había mencionado, según recordé.

—¿El rey Øystein no le ofreció a Erik un salvoconducto y a su hija como

esposa? —pregunté—. ¿Por qué preferiría morir? ¿Tan fea era?

Hastein rio sombríamente y luego miró de nuevo a los hijos de Calzas Peludas.

—Me imagino que tanto Erik como Agnar habrían medio enloquecido, como Halfdan Camisa Blanca, después de pasar tantos años junto a Ragnar.

—¿Es culpa de Ragnar Calzas Peludas que Halfdan sea como es?

—He oído cosas... —Hastein dejó que lo no dicho flotara en la brisa del océano y retomó la historia—. Erik prefirió sufrir la muerte en las lanzas que aceptar la gracia del rey de Suecia, y cuando estaba en la punta de las lanzas les cantó a los cuervos que venían a sacarle los ojos.

*Gritando, zumban las gaviotas de las heridas
alrededor de mi rostro.*

*El halcón de sangre busca sin motivo
a la niña de mis ojos.*

*Si de mi cara el cuervo
arranca los ojos,
mal me habrá pagado
su estómago lleno.*

Me inclinaba a darle la razón a Halfdan Camisa Blanca en que no era probable que alguien pudiera concentrarse en hacer tan hermosos versos clavado en unas lanzas. Una historia se vuelve mejor cada vez que se cuenta, y ésta probablemente se había repetido muchas veces desde que tuvieron lugar los hechos que la habían originado. Nadie podía saber ya qué era verdad y qué invención.

—Los suecos quemaron los cuerpos de Erik y Agnar en el campo de batalla. Cuando finalmente Aslaug conoció la suerte de sus hijos adoptivos, derramó una lágrima por primera y única vez en su vida. Reunió a sus propios hijos y los instó a que vengaran a sus medio hermanos con dureza. Ivar Sin Piernas, Sigurd Ojo de Serpiente y Halfdan Camisa Blanca valoraron el caso. Fue Ivar el que más dudó, ya que se sabía que los habitantes de Uppsala eran guerreros formidables y que el rey Øystein tenía un toro que enviaba, a la cabeza de sus tropas, a luchar contra los ejércitos extranjeros, y que este toro había matado a

innumerables hombres y nunca había sido herido. Pero por fin se decidieron y reunieron a sus hombres.

—Tenían que ser unos niños —intervine.

—Ivar Sin Piernas tenía quince años, Sigurd Ojo de Serpiente doce y Halfdan Camisa Blanca nueve. Por eso, Aslaug en persona participó en la guerra, y para tal ocasión tomó otro nombre. Se llamó la escudera Randalin. A su lado, los hijos de Calzas Peludas vencieron al rey Øystein y vengaron a sus hermanos. Aslaug regresó a casa, pero los chicos se quedaron en Suecia para compartir el poder. Cuando Ragnar Calzas Peludas volvió de París se puso furioso.

—¿Por qué?

Con su voz habitual, Hastein respondió que a Ragnar le había resultado difícil aceptar que la muerte de sus queridos hijos hubiese sido vengada sin él, pero tampoco podía perdonarles a Ivar Sin Piernas, Sigurd Ojo de Serpiente y Halfdan Camisa Blanca que, a tan corta edad, hubieran logrado mayor reputación que él mismo; pues si bien se hablaba mucho acerca de las hazañas de Ragnar, como es más fácil tratar de los hechos que suceden cerca que de las conquistas en países lejanos se habló mucho más de la victoria sobre los suecos que de la caída de París.

—Ragnar se negó a apoyar a sus hijos con hombres y naves cuando los suecos los expulsaron de Uppsala y eligieron a uno de los suyos como rey. Tampoco quiso acogerlos en su casa, y les dijo que, puesto que eran tan independientes, bien podían buscar su fortuna en otro lugar. Y para avergonzarlos aún más, declaró a Ubbe, que había llegado a sus propiedades reales junto con su familia, como su único hijo verdadero.

Guardé silencio mientras imaginaba cómo el viejo y amargado tirano había expulsado de su lado, por puro orgullo, a sus hijos pequeños. La altivez que desde el principio me había deslumbrado en los habitantes del norte tenía un lado oscuro.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunté.

—Diez años —respondió Hastein—, y fue entonces cuando Ivar Sin Piernas y Halfdan Camisa Blanca se unieron a Olav *el Blanco* para gobernar en Dyflin. Ragnar aún soportaba la compañía de Bjørn Costado de Hierro porque había estado con él en el reino de los francos durante el conflicto con el rey Øystein. A

través de su hijo mayor, se mantuvo informado de las hazañas de los demás. Perdió su interés por Ubbe cuando se enteró de los planes de Ivar Sin Piernas para conquistar Inglaterra. Hijo de Cortesana no estaba a la altura, por mucho que se esforzara, y al final Ragnar revocó su paternidad. Lo expulsó de su castillo y juró matarlo si volvía a aparecer. Poco antes de que Ivar Sin Piernas y Halfdan Camisa Blanca partiesen hacia Inglaterra, Ubbe apareció en Dyflin y se ofreció a prestarles sus servicios. Fue así como terminó siendo el barbero y lavadero de Halfdan Camisa Blanca. En casa, Ragnar Calzas Peludas bebía cada vez más, y embellecía las historias sobre sus propias hazañas cada vez que las contaba. Incluso pagó a un escaldo para difundirlas.

—¿Brage Hijo de Bodda?

Hastein asintió. El nombre del maestro escaldo, que se mencionaba a menudo a la hora de destacar el talento narrativo, me recordó algo que había oído a través de la puerta del cobertizo del campamento cuando Sigurd Ojo de Serpiente contaba a los guerreros junto al fuego cómo había sido herido en la frente.

—Bjørn Costado de Hierro me dijo —comencé— que el hombre que curó a Sigurd Ojo de Serpiente después de la batalla de Uldager no se llamaba realmente Roster, como cuenta la leyenda, sino Boddi.

—¿Bjørn dijo eso? —Hastein frunció la frente—. Normalmente no habla de ello.

—Estaba borracho.

Él se rio y se retiró el flequillo.

—Vale, así sí se entiende. Pero ¿por qué lo mencionas ahora?

Ni yo mismo lo sabía.

—Si el maestro escaldo se llama Hijo de Bodda —le expliqué—, su padre se debía de llamar Bodda, que es casi igual que Boddi.

—Te equivocas. —Hastein se había puesto serio de repente—. Es *exactamente* lo mismo. Boddi se convierte en Bodda en genitivo. ¿No lo sabías? El padre de Brage *se llamaba* Boddi. Perteneecía a la guardia de Ragnar Calzas Peludas y bien pudiera ser que estuviera presente en Uldager.

Aprendí la lengua nórdica de mi madre, que era muy joven cuando se la llevaron lejos de su tierra natal, y por eso no conocía todas las declinaciones. De lo contrario, podría haber visto antes la conexión.

—Entonces, ¿fue el padre de Brage Hijo de Bodda el que curó las heridas de Sigurd Ojo de Serpiente? —pregunté.

Hastein se encogió de hombros.

—Sólo sé que Boddi no estaba muy contento de que su hijo eligiera el oficio de escaldo. Fue idea de Ragnar Calzas Peludas cuando descubrió el talento del niño para contar historias..., y Ragnar hacía realidad sus deseos. Pero Brage ha sido compensado. Al final ha resultado ser tan conocido como Ragnar.

Recordé lo que Sigurd Ojo de Serpiente había dicho junto al fuego esa noche en el campamento, casi un año antes.

—Roster, es decir, Boddi, exigió que Sigurd consagrara los cuerpos de todos sus enemigos a Odín como agradecimiento por la curación.

—Muchos ofrecen los cuerpos de sus enemigos caídos al rey de los dioses, pero otros ofrendan los derrotados en el combate a su padre. O padre adoptivo. Yo mismo le he hecho ese juramento a Bjørn Costado de Hierro.

Tardé un momento en comprender la incompleta información de su rostro.

—¿Boddi salvó la vida de Sigurd Ojo de Serpiente y a cambio recibió en adopción al hijo mediano del poderoso Ragnar Calzas Peludas?

—Es, desde luego, una posibilidad —asintió con la cabeza Hastein—. Había comenzado la guerra contra el rey Øystein de Uppsala, y Sigurd Ojo de Serpiente, que tenía siete años, se fue a vivir con Boddi y su familia. También volvió con él cuando Ivar Sin Piernas y Halfdan Camisa Blanca se marcharon a Irlanda.

Aquella tarde, en la proa de la nave larga que el viento empujaba a la costa oeste de Northumbria, donde otros acontecimientos iban a arrojar una nueva luz sobre quién y por qué había matado a Ragnar Calzas Peludas, conseguí colocar muchas de las piezas del intrincado puzzle que constituía su historia familiar. Por el momento, Hastein me había dicho todo lo que sabía, y la imagen aún seguía incompleta.

—Creo que podemos estar contentos de no tener familia —dijo. Asentí y, con un nudo en la garganta, pensé en mi madre—. Cuando Ragnar oyó que sus hijos habían invadido Anglia Oriental —continuó— equipó dos naves para hacerse a la mar y arrebatárselas el reino.

—¿Sólo dos? —pregunté, pues la tripulación de dos barcos no llega ni a los cien hombres, y el ejército de los hijos de Calzas Peludas de más de tres mil

guerreros fuertemente armados aún no había podido acabar la tarea.

Hastein lo comprendió y sonrió.

—Ragnar Calzas Peludas siempre fue impetuoso. Y en ese momento ya no era capaz de comprender la realidad. Naufragó en las costas de Northumbria. El resto ya lo conoces.

INVIERNO DE 866

Corro por el bosque. Troncos oscuros y arbustos espolvoreados de nieve pasan veloces por mi lado. Detrás de mí, los ojeadores golpean la tierra con sus palos. Poco a poco, el sonido se torna más débil. Cuando alcanzo el claro en el lugar donde el tejado destruido de la choza dibuja la silueta de una V contra la luna, ya no los oigo.

De pie en medio del escandaloso revoltijo de tarros reventados, deyecciones y restos de cadáveres de animales se me ocurre pensar en cuánto se parece el interior de la choza a la guarida de una fiera, y en lo cerca que he estado de cumplir mi sueño. Tras el breve encuentro con otro ser humano lo único que siento es repugnancia ante lo que veo y huelo. Entre las pieles de la plataforma donde dormimos yace Hrow con sueño intranquilo. En otros tiempos no habría podido acercarme sin que me detectasen sus agudos sentidos. Ahora tengo que zarandearla para que despierte.

Me lame la mano. Su cuerpo magro vuelve a la vida lentamente. La agarro por piel floja de debajo del pelo y tiro de ella con ambas manos. No está muy por la labor de salir a la nieve. Le gruño mientras señalo hacia el bosque. Intento hacerle entender que están viniendo los ojeadores. También ella los habría oído si hubiese sido más joven. Se queda quieta con la cabeza ladeada y las orejas erguidas. Percibe mi angustia, pero escapa a su comprensión.

—¡Lárgate! —bufo finalmente.

El sonido de mi voz le hace saltar algunos pasos hacia atrás. Eso me invita a seguir.

—Desaparece antes de que te cacen. ¡Vete!

Corre, pero sólo hasta llegar al lindero del bosque. Se para de nuevo. Exaltado agito los brazos. Ella desaparece entre los troncos.

Mi caña de junco cuelga por su cordón de cuero de un clavo junto a la cama. No la he llevado durante meses. Las botas de piel de cabra ya las llevo puestas. Una vez reúno todas mis posesiones, me quedo quieto de espaldas al vano de la puerta mirando por última vez el hogar de mi infancia. Entonces noto una pesada mano sobre mi hombro.

—¿Por qué no has hecho lo que te he dicho?

Sobre mí, la ira ilumina el rostro barbudo de Alton.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Se vuelve y señala hacia fuera. Desde el lindero hasta la choza, mis huellas sobre la nieve recorren una línea recta. No le había resultado difícil seguirme.

—He dicho a los demás que yo me adelantaría —susurra Alton enojado—. Tienen miedo de este lugar, por eso ninguno ha protestado.

—¿Aún puedo escapar? —pregunto.

—Han formado un círculo alrededor del claro.

Por un instante, ambos permanecemos igual de irresolutos.

—¿Crees que podrías ocultarte aquí mismo? —pregunta mientras echa un vistazo alrededor—. ¿Debajo de la cama quizá? Tengo una idea.

—¿Cómo puedes ser mi padre? —Es una pregunta que ha ocupado mi pensamiento volviéndome imprudente.

Los anchos hombros de Alton se hunden. Me mira desarmado. Busca las palabras que expliquen lo inexplicable.

—Mi esposa murió al dar a luz a mi hija —comienza.

—¿Bella? —le interrumpo.

Levanta la vista sorprendido.

—Sí, Bella. —Por vez primera sonrío, una sonrisa amable, llena de calidez—. ¿Conoces a mi hija?

—Sólo... de vista.

Temo que se enfade si le digo algo más. No he de preocuparme por eso. Es otra verdad incómoda la que él se esfuerza por expresar.

—Mi hermana mayor no tiene hijos. Se encargó de Bella. Bueno, aún lo sigue haciendo. Porque yo no podía dejar de pensar en mi esposa. No servía de mucho justo después de su muerte. Entonces un día pasó por aquí un grupo de

nórdicos. En esa ocasión no venían a saquear, sino a comerciar. Adornos y tallas en madera. Telas refinadas de países lejanos. Cosas que no me interesaban. Sin embargo, traían una sierva con ellos. Una joven.

—¿Mamá?

Asiente evitando encontrarse con mi mirada.

—Un hombre tiene necesidades naturales. Tú no sabes nada de esas cosas, pues no eres más que un niño.

Alton venía del exterior cuando me sorprendió con el rostro pegado a la grieta de la pared de la herrería. No sabe que estaba espiando a su hija mientras se bañaba. Podría contarle que conozco todo acerca de las necesidades naturales, pero sospecho que no le gustaría oírlo.

—Compré a Ingrith —prosigue—. Dejé que viviera aquí en la choza, donde yo mismo había crecido, y la visitaba de vez en cuando.

Observa las ruinas a su alrededor con una mirada llena de nostalgia.

—¿Cómo es que no estuve nunca contigo? —pregunto—. ¿Por qué mamá jamás te nombró?

Nuestra situación es crítica. Los ojeadores deben de estar cerca. En todo caso, su deseo de explicarse es más fuerte que el miedo. Habla rápido por medio de pequeñas frases.

—Ingrith no era como las demás mujeres. Su madre había sido pitonisa en Jutlandia, su lugar de procedencia, pero con su hechicería perjudicó a un gran señor, que la mató y vendió a su hija como esclava. Ingrith soñaba con volver allí para vengarse. Se negó a enseñarte sajón. Me recibía cuando venía por la choza y me mandaba de vuelta cuando se cansaba de mi compañía. Algunas veces pensé que más bien era yo su esclavo.

En la aldea, a Alton se le consideraba un viudo respetable. Él y la tía de Bella gozaban de la simpatía del resto de los habitantes. En el bosque, con mi madre, llevaba una vida distinta.

—Eras tú quien traía regalos —le interrumpo—. Tú eras el hombre que la visitaba cuando ella me enviaba al bosque.

Empieza de nuevo a explicarse, o más bien a excusarse. Se siente culpable, pero a mí me da igual. Hay algo más importante.

—¿Dónde está mamá? —pregunto—. ¿Qué ha sido de ella?

Alton se yergue al oír una voz que lo llama desde el bosque. Escruta el

exterior a través del hueco de la puerta. Entre los troncos, la luz de las antorchas disuelve la oscuridad.

—Más tarde —susurra—. Escóndete.

Ha salido de la choza antes de que yo pueda decir algo. Escondido tras el marco de la puerta sigo su enorme silueta con la mirada. Los demás aparecen.

—La choza está vacía —dice Alton mientras se reúnen a su alrededor—. Las huellas llevan hasta ahí, pero no hay nadie en el interior.

¿Era ése su plan? ¿Hacerles creer que me había esfumado en el aire? Repto al interior de la plataforma situada debajo de la cama y a la altura de la rodilla. Desde ahí veo una mano con una antorcha pasar a través del vano de la puerta para arrojar luz sobre el desorden de la pequeña estancia. Me hundo contra el suelo deseando poder hundirme en él.

—Parece la guarida del diablo —dice el portador de la antorcha.

—Registra la casa —ordena una voz que conozco pero que no puedo decir a quién pertenece. Fuera se inicia una discusión amortiguada.

De repente alguien grita:

—¡Huellas de lobo! Se adentran en el bosque.

Los hombres siguen las huellas de Hrow en dirección al lindero. Allí se encuentran con otro grupo de ojeadores. Ninguno ha visto un lobo. Sonríe al comprender que Hrow se ha debido de deslizar por su lado logrando escapar. Juntos vuelven a seguir las huellas hasta la choza. Deben de ser unos treinta o cuarenta hombres, toda la población masculina de Teurintone.

—Aquí hay también huellas de persona —dice el reeve Eldrid—. Parece que ha venido corriendo desde la aldea y entrado en la choza. Luego ha salido y ha estado paseándose alrededor del claro. Y las huellas de lobo continúan hacia el bosque.

Reconozco que así pueden interpretarse las huellas que Hrow y yo hemos dejado. Los acobardados aldeanos empiezan a cuchichear. «Hombre lobo» es la conclusión general. La palabra se repite con diferentes modulaciones de pavor.

—El hombre lobo se ha vuelto invisible. —dice Alton. Los demás no notan que el temor en su voz es fingido, pero yo sí, e intuyo su plan—. ¡Mediante hechicería!

Sin decir palabra, mi padre ha dejado que los hombres lleguen a la conclusión a la que quería conducirlos y ahora interviene él mismo en el coro

sobresaltado. Resulta mucho más convincente que si hubiera intentado inculcarles la idea.

—Lo mejor que podemos hacer es ir a casa, atrancar las puertas y cuidar de nuestras familias.

Los demás le dan la razón.

—Cuando el ealdorman se acerque por aquí hablaré con él sobre qué debemos hacer —dice el hombre de antes con una autoridad que sólo puede provenir de un importante cargo público.

No obstante, también se trasluce su irritación. Se ha dado cuenta de que no hay nada que hacer con esa tropa de aldeanos refractarios y despavoridos. Éstos, aliviados, le dan la razón; la brujería es asunto del ealdorman. Ahora debía ser alguien con mayor poder quien se hiciera cargo de la cuestión.

—Dejadnos, queridos amigos. —El tono del desconocido se vuelve solemne—. Marchad a casa para cuidar de vuestras familias. Que se quede sólo el herrero, el hombre más fuerte de la ciudad, para protegernos mientras nosotros bendecimos este lugar, así el demonio no podrá regresar. Adiós y gracias por vuestro apoyo.

Empieza a fastidiarme no ser capaz de saber a quién pertenece esa voz. La palabra «nosotros» indica que al menos hay otro con él al que todavía no he escuchado decir nada.

Reina el silencio mientras los aldeanos se retiran y desaparecen. Al final únicamente la luz de dos antorchas entra por la puerta abierta.

—Y bien, Alton —comienza la voz—. ¿Dónde está?

—¿Quién, señor?

El herrero parece vacilar. Sabe que lo van a acorralar contra la pared.

—Todo este lío es culpa tuya. Déjanos acabar con esto.

—¡Wulf! —grita otra voz. También ésta la he oído antes—. Sal de una vez y afronta tu castigo.

—Ya os he dicho, venerables señores, que no está ahí.

Los dos hombres esperan en silencio. Supongo que contemplan a Alton confiando en que estalle y confiese. Como esto no ocurre, el primero vuelve a tomar la palabra.

—Como quieras. No puedo sacarte la verdad por la fuerza, pues la Iglesia es una institución pacífica que no recurre a medios violentos. Personalmente, tengo

la esperanza de que alguna vez los santos padres nos permitan hacer uso de la tortura, pues no hay duda alguna de que resulta necesario cuando debemos salir al paso de la maldad hereje y descreída. Pero eso pertenece a un futuro más dichoso. Hasta ese momento habré de conformarme con «dejar que el fuego purifique esta guarida del mal», como dice el Redentor.

Ahora ya sé de quién es la voz.

—¡No! —grita Alton cuando una antorcha pasa volando a través de la puerta abierta para aterrizar sobre un montón de paja del tejado derrumbado.

Desde mi escondite bajo la cama presencio desvalido cómo el fuego prende y sube por la pared del fondo de la choza.

QUINTA PARTE

Primavera de 867

Jorvik parecía la misma, aunque había cambiado mucho. Los edificios, las calles y callejuelas sinuosas eran los mismos de antes, pero el bullicio despreocupado de la vida del pueblo había sido reemplazado por un vaho silencioso de temor oprimido que penetraba la ciudad como una neblina. Unas pocas siluetas asustadas se apresuraban a desaparecer pegadas a los muros. Aunque sólo habían sido quemadas algunas casas, muchas tenían la puerta derribada de una patada, así como muebles y enseres diseminados en el exterior.

A lo largo de los tres días de marcha desde la costa en los que atravesamos Northumbria, ya era patente que se había operado un cambio. Los campos estaban sin labrar, repletos de malas hierbas y brotes silvestres. Donde antes se levantaban granjas había ahora ruinas consumidas por el fuego. Los hombres de la escolta de Ivar Sin Piernas miraban a su alrededor perplejos, mientras que los jovencitos de Dyflin no veían nada anormal porque Irlanda tenía también ese aspecto. Ivar Sin Piernas asimilaba lo que veía con una expresión sombría en el semblante, al tiempo que no perdía de vista a los exploradores sajones que seguían nuestro desplazamiento a lo lejos. Cuando cruzamos el puente de piedra desde la ciudad romana a la Puerta de Usan y vio las escasas naves largas que quedaban a lo largo de la ribera del río, resopló. Mientras pasábamos a través del portón sin vigilancia y subíamos por la calle de piedra, sus ojos verde azulado comenzaron a centellear de ira.

Hicimos una parada en la plaza de la iglesia. Estaba desierta, a excepción de cuatro daneses que, con sus gastadas sayas de cuero, se sentaban apoyados en el campanario. Cantaban una tonadilla de monótona melodía y cuyo texto era

ininteligible debido a su balbuceo de borrachos. Ivar saltó del caballo y se colocó con sus piernas torcidas separadas y las manos en jarras.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó sin dirigirse a ninguno en particular. El cuarteto dejó de cantar levantando con extrañeza la vista hacia él.

—¿Que qué pasa? —Un joven de largo pelo rubio se levantó vacilante para, apoyado con una mano en las vigas del campanario, dar una explicación—. Aquí no pasa nada. Nada de nada. Llegáis demasiado tarde.

—¿Cómo que demasiado tarde?

—Ya han robado todo lo que había de valor. Han limpiado de plata a los sebosos comerciantes, violado a sus esposas y secuestrado a sus hijas. Los habitantes que quedaban en la ciudad huyeron al bosque. La mayoría de los bravos guerreros se han marchado a los alrededores para conseguir los bienes que ya no encuentran aquí.

—¿Y qué creéis vosotros que Ivar Sin Piernas va a decir de todo esto? —preguntó Ivar Sin Piernas, pues era evidente que ninguno de los cuatro lo había reconocido.

En respuesta, el joven danés sacó la lengua para ponerla entre los labios y hacer una prolongada pederreta.

—Ivar Sin Piernas, ¡aquí está mi culo! —dijo desvergonzado—. Fue lo bastante espabilado como para llegar el primero y luego desaparecer con sus bienes antes de que a los hombres de verdad nos diera tiempo a agarrarle por el pito y llevarlo de ahí a rastras.

Los compañeros del joven danés rieron y brindaron. Ivar permaneció en silencio un instante, observándolos, para a continuación plantear su siguiente pregunta con una voz que temblaba de furia reprimida.

—¿De manera que se han marchado todos?

El jovenzuelo, que aún luchaba por tenerse en pie, respondió:

—Sigurd Ojo de Serpiente permanece con su escolta de trescientos hombres en el palacio episcopal, donde abundarán los conflictos. Bjørn Costado de Hierro cuenta su plata en el salón del rey, y eso parece ser actividad suficiente para él. Pero ninguno de ellos sale a la ciudad, de modo que aquí cualquiera puede hacer lo que le apetezca.

—¿Y ninguno de ellos ha hecho nada por detener los saqueos?

—¿Por qué iban a hacerlo? Ellos también están aquí para ganar plata, ¿no?

Los tres hombres que continuaban sentados en el suelo rieron ladinamente.

—Desde luego, Ojo de Serpiente no se ha quedado atrás —comentó uno de ellos—. Sobre todo si hablamos de bienes en especie.

—¿Qué quiere decir eso?

—Sigurd Ojo de Serpiente se ha agenciado una concubina. Una joyita joven y bella. Dicen que es la hija del rey Ælla.

Ivar había oído suficiente. Distraídamente desenvainó su espada.

—¿Qué vas a...? —empezó a decir el joven, aunque no llegó a terminar la frase pues Ivar le rajó el cuello. Con un estertor cayó de rodillas. Su sangre empapó su saya y el empedrado.

Tampoco los tres compañeros tuvieron tiempo de moverse. Ivar Sin Piernas retuvo a dos en el suelo con la espada y el sax, mientras que Halfdan Camisa Blanca, con un gruñido siniestro, apoyaba la punta de su lanza contra la garganta del tercero. Ahora eran los jovenzuelos de Dyflin quienes no entendían lo sucedido, mientras los hombres de la escolta de Ivar observaban la sangre del joven danés tranquilos y con aire de suficiencia.

—Voy a pedir os un favor a cambio de vuestra vida —dijo Ivar tranquilamente—. Id a la ciudad para contar que Ivar Sin Piernas ha regresado y que se han terminado las gamberradas. Después volved a casa. Si alguna vez os vuelvo a ver, no contéis con sobrevivir al encuentro.

Los tres daneses reconocieron su equivocación, asintieron pálidos y se dispusieron a apartar a su compañero muerto.

—¡Dejadlo ahí! Quienes quieran saber lo que le sucede a aquel que rompe la paz de Jorvik que pasen junto al campanario.

Ivar se volvió hacia los hombres de su escolta y les dio el mismo recado. Éstos, con su moneda de plata en la mano, desaparecieron en la ciudad.

—Vamos *ya* al encuentro de mis hermanos —dijo Ivar volviéndose hacia la fea sala del trono con las torres cuadrangulares.

Los cuatro hombres de la plaza no tuvieron mucha fortuna al elegir sus palabras, pero no habían mentido. Bjørn Costado de Hierro estaba sentado en el centro del mal iluminado salón, bajo las bóvedas de piedra, contando su plata. Las monedas apiladas se acumulaban sobre la mesa frente a él. Varios tesoros relucían en el

arca que el *ealdorman* Osbert había traído en su carro. Sin precipitación, Costado de Hierro se puso en pie cuando Ivar Sin Piernas, Halfdan Camisa Blanca y Ubbe Hijo de Cortesana entraron en el salón.

—Habéis vuelto —constató el gigante de la barba gris.

—A poner orden en tu caos —dijo con aspereza Ivar Sin Piernas.

La expresión en la mirada gris pálido de Costado de Hierro era neutra. Entonces se fijó en Hastein y se iluminó con una inusual sonrisa.

—Qué alegría verte, cachorro —ronroneó.

—Igualmente, viejo chucho.

Ambos golpearon las palmas entre sí, apretaron los puños y juntaron sus frentes. Después, Bjørn Costado de Hierro soltó a su pupilo, quien se sentó en el borde de la tarima de la silla del trono. Costado de Hierro cruzó los brazos sobre la panza y contempló tranquilamente a su hermanastro menor de la barba roja. Halfdan Camisa Blanca y Ubbe Hijo de Cortesana se situaron cada uno a un lado de la salida de la sala. Ninguno reparó en mí.

—Espero una explicación —dijo Ivar Sin Piernas.

—¿Una explicación de qué? —ronroneó Bjørn Costado de Hierro—. ¿De lo inútil que resulta meter en cintura a guerreros libres de conducta irregular? ¿De lo complicado que es alimentar a un ejército en un cuartel de invierno cuando las provisiones no son suficientes? ¿De la imposibilidad de retener a hombres ávidos de rapiña cuando hay un monasterio cada dos colinas? No necesito explicártelo. Bien lo sabes tú.

Ivar Sin Piernas rechinó los dientes. Bjørn Costado de Hierro no movió un músculo.

—¿Y eso es también motivo para soltarlos entre la población de la ciudad?

—Yo no he soltado a nadie. Nuestros hombres son muchachos resueltos que toman decisiones por sí mismos.

—No los has detenido.

—La única manera de detener a un hombre libre es matándolo. ¿Debería haber matado a los nuestros para proteger a los sajones?

Ivar agitó la mano tirando uno de los montones de monedas.

—Pero su plata sí que te viene bien.

—Desde luego —asintió Costado de Hierro mientras contemplaba las monedas que rodaban por el suelo—, y puedo asegurarte que todos han pagado

una tercera parte de lo que han robado. ¿Acaso no vinimos aquí para enriquecernos?

—¡No de este modo!

—No conozco ningún otro.

Ivar reconoció que no servía de nada censurar a su hermanastro mayor por haber actuado de acuerdo con su naturaleza.

—¿Dónde está Sigurd? He oído que ha encontrado una concubina.

—No es una concubina. Mi hermano se ha casado con ella a la manera cristiana.

—¿*Sigurd* se ha hecho *bautizar*?

Bjørn Costado de Hierro respondió a la consternación de Ivar con un argumento irrefutable:

—Tú también.

—Yo tenía un buen motivo.

—Pues a Sigurd también le pareció que lo tenía.

—¿Por pertenecer ella a la realeza?

—¿A la realeza? —repitió Bjørn Costado de Hierro.

—He oído decir que es la hija de *Ælla*.

Una fisura de diversión apareció en la coraza emocional de Costado de Hierro.

—La gente habla. El nombre de la chica suena a «real» y rima con *Ælla*. Acerca de lo que ella es, no quiero pronunciarme. Pero puedes encontrarlos en el palacio episcopal. En la casa donde los sajones tuvieron encerrado a papá. Esa que todos llaman ahora la estancia de Ragnar Lodbrog. Allí podrás enterarte también de adónde se han marchado nuestros hombres. Sigurd es quien está al corriente de esos menesteres. Como puedes ver, yo me ocupo de las cuentas. Por el bien de todos nosotros.

Ivar Sin Piernas dio media vuelta, hizo una señal a Ubbe Hijo de Cortesana y Halfdan Camisa Blanca para que lo acompañasen y juntos desfilaron a través del vano abovedado de la puerta. Me quedé allí un instante. Bjørn Costado de Hierro y Hastein me contemplaban a la espera.

—Será mejor que te vayas —dijo Hastein finalmente—. Bjørn y yo tenemos mucho de que hablar.

Seguí en la distancia a Ivar Sin Piernas, Halfdan Camisa Blanca y Ubbe Hijo de Cortesana a través de la calle empedrada y sus fachadas cerradas con madera desgastada y carcomida. Los jardincillos de las casas y corrales estaban desiertos tras los cercos de listones a la altura de la cadera. El cadáver del joven danés yacía aún en medio de un charco de sangre en la plaza de la iglesia, bajo el campanario. Los tres hijos de Calzas Peludas cruzaron en diagonal la gran plaza enlodada para entrar por el portón del palacio episcopal.

Los diez noruegos situados junto al portón habían formado parte de la escolta de Ylva durante el saqueo del monasterio de San Cuthbert. Me reconocieron y me dejaron entrar al santo lugar sin poner pegas.

Las zonas verdes del palacio episcopal también estaban desiertas. Cuando llegué a la estancia de Ragnar Lodbrog, cerca de la cara interna de los muros grises de la ciudad, encontré a un sajón de escasas carnes con casco, cota de malla y lanza montando guardia en la puerta. Reconocí su rostro sin afeitado y su gran nariz grumosa.

—¡Alto! —gruñó al acercarme.

—¿No me reconoces, Egbert? —pregunté.

El sajón se relajó y bajó el arma.

—Eres el joven señor que estuvo en otoño con el escribiente del abad.

—Ahora acompaña a Ivar Sin Piernas.

—Y también eso supondrá mayor ganancia. ¿Sabes que la Iglesia ya no tiene suficiente para pagar mi sueldo? Créeme que es bastante duro. Pero el dinero va a regresar a las arcas del obispo. Durante todo el invierno, los nórdicos han

gastado su plata en los mesones de la ciudad. Ahora que se han marchado para arrasarlo el resto del país se exigen impuestos eclesiásticos a todos los sajones que han acumulado monedas gracias a su estancia.

—Luego ¿Æthelbert sigue siendo obispo? —pregunté.

—Ya lo creo. —Egbert emitió su risa hueca—. Si ha logrado que uno de los aristócratas hijos de Lodbrog sea correligionario suyo, ¿por qué habría de preocuparse por nada?

Había sido un golpe de suerte para la Iglesia la conversión de Sigurd Ojo de Serpiente, y casi podía adivinar cómo se había producido. Egbert me informó de los detalles.

—La muchacha de Sigurd Ojo de Serpiente es cristiana, claro. Jarvis, el escribiente del obispo, empleó muchas tardes de invierno para convencerle de que era preciso que se convirtiera si deseaba casarse con ella. Al conde Sigurd le llevó su tiempo comprender la idea, pero al final venció la fe. Así que ahora la Iglesia se ha procurado un fuerte aliado. —Se encogió de hombros y sonrió con sus dos dientes—. ¿Acaso vienes a ver al conde como sus hermanos? Cuido de su vida y la de su esposa, sin embargo son demasiado finos para hablar conmigo. Créeme que es bastante duro. Y últimamente la plata también ha flojeado.

Estudió con una mirada expresiva mi ropa, de un tejido muchísimo mejor que la última vez. Saqué una moneda y se la di.

—Te lo agradezco, joven señor. Puedes entrar, pero bajo tu responsabilidad. Los hijos de Lodbrog se pelean, y la escudera que ha tomado como guardaespaldas la esposa de Sigurd tiene la orden de mantener alejados a los curiosos. Como si nadie supiera lo que pasa.

—¿Ylva cuida de la esposa de Sigurd Ojo de Serpiente? —pregunté sorprendido.

Egbert volvió a encogerse de hombros.

—¿Es así como se pronuncia el nombre? Llevo todo el invierno probando a subirle la temperatura, pero no hace más que echarme un jarro de agua fría cada vez que lo intento. Créeme que es bastante duro. Ella no está tan mal. Me gustan un poco rudas.

De pie en medio de la sala de guardia con las dos camas nicho en los muros exteriores se hallaba Ylva, embutida en su ajustada túnica de cuero. Sobre sus brazos cruzados refulgían diferentes esclavas de plata. Asintió sonriendo con sus

grandes dientes irregulares cuando me reconoció. Tras la puerta cerrada que conducía a la estancia de altos techos, los hijos de Calzas Peludas vociferaban a la vez de forma que las palabras se amalgamaban en un griterío ininteligible. Intenté captar de qué se trataba, pero ninguno de los cuatro hermanos parecía tener verdadero interés en convencer a los demás, sólo en alborotar lo máximo posible. Al final, Ivar Sin Piernas zanjó la cuestión dirigiéndose a Sigurd Ojo de Serpiente con un oscuro reproche en la voz.

—La ciudad ha sido arrasada y el comercio devastado. Te encomendé la responsabilidad de cuidar nuestra conquista, pero tú te has limitado a yacer aquí con tu concubina. ¡Y ahora me entero de que has soltado a nuestros guerreros por todo el país!

Sigurd Ojo de Serpiente no respondía, probablemente porque las cosas se desarrollaban demasiado rápido para él. En su lugar, una mujer empezó a protestar en sajón.

—No soy una entretenida, sino hija de...

—Es evidente —interrumpió la temblorosa voz ronca de Halfdan Camisa Blanca— que has engañado a nuestro hermano para que se casara contigo, muchacha. Pero todos sabemos que eres tan hija de rey como nuestra madre, así que ahórrate la molestia.

La apreciación, que subrayaba claramente que los hermanos conocían el bajo estatus de Aslaug —o, mejor dicho, de Kraka—, hizo que me detuviese. Dicha conversación no parecía admitir a testigos profanos. Hice ademán de irme. Ylva me retuvo con una pesada mano sobre mi hombro y una mirada expresiva de sus ojos juntos.

—Os comportáis como verdaderos insensatos —prorrumpió Sigurd, que al fin había recuperado el habla—. Mi esposa no me ha engañado en nada de nada. Yo deseaba casarme, y no tenéis que mezclaros en eso. ¿Cuándo habéis regresado?

—Ahora mismo —respondió Ivar Sin Piernas.

—¿Hoy? ¿De Irlanda?

—¿De dónde si no? —gruñó Halfdan Camisa Blanca.

Los demás callaron para concederle a Sigurd Ojo de Serpiente un instante que le permitiera aclimatarse a la nueva situación. Ubbe Hijo de Cortesana fue el primero en perder la paciencia.

—¿Dónde está el ejército?

—Se encuentra fuera saqueando.

—Ya lo sabemos—dijo Ivar Sin Piernas—. ¿Y por qué? ¿No os encargué a Bjørn y a ti conservar Jorvik?

—Bjørn está en el salón del rey —informó Sigurd.

—Ya lo *sabemos* —repitió Ivar Sin Piernas—. ¿Dónde está *el ejército*?

—Fuera, saqueando.

Los otros dos suspiraban y gruñían impacientes mientras el conde de la barba roja aclaraba a su hermano menor que no deseaba conocer las actividades del ejército sino su paradero, y que por otro lado le gustaría saber por qué Sigurd no había hecho que el ejército permaneciera en Jorvik.

—De otro modo, la ciudad ya no existiría —respondió Sigurd Ojo de Serpiente en un tono que hacía pensar que era él quien llevaba todo el peso de la injusticia del mundo sobre sus hombros.

—No se trata solamente de que Jorvik *exista*. —La frustración de Ivar Sin Piernas por la lentitud de su hermano era manifiesta—. Supongo que entenderás que si *el comercio* no prospera, de nada sirven los edificios y los muros.

—Intenta *tú* hacer prosperar el comercio con un grupo de ladrones codiciando plata en cada esquina. ¿Por qué habría yo de encargarme de semejante tarea? Mejor agradéceme que no hubiera más muertes de las que hubo.

Ivar Sin Piernas comprendió sin duda el dilema, pero no se había parado a reflexionar que la realidad pudiera afectarle.

—¿Y qué hay del rey Ælla? —preguntó—. Sus exploradores nos han seguido todo el camino desde la costa. Habrá visto también a nuestro ejército por Northumbria. Debe de saber que Jorvik está desprotegida.

—El rey Ælla está en el monasterio de Creca, rabiando. No posee una tropa que pueda atacarnos. He conservado suficientes hombres de confianza como para defender sus muros.

—Tú cuentas con trescientos hombres. Los sajones pueden presentarse con millares.

La necesidad de defender las medidas tomadas por su marido llevó a la mujer a inmiscuirse de nuevo.

—Sigurd lo ha hecho lo mejor que ha podido —dijo en sajón, aunque era

evidente que había entendido la conversación en la lengua de los nórdicos.

—*¡Tú te callas, muchacha!* —gritó Halfdan Camisa Blanca—. No pintas nada en esto. Tiene un pase que te acuestes con ella, Sigurd, pero ¿cómo has podido *casarte* con semejante ramera?

—No es ninguna... —comenzó Sigurd Ojo de Serpiente.

—Soy *yo* la que me he casado con *él* —interrumpió la mujer, que parecía convencida de poder defender su honor por sí misma—. Y si crees que tu hermano ha olvidado lo que me hiciste, será mejor que cambies de parecer.

—¿Lo que *yo* te hice? —repitió Halfdan—. Hacen falta *dos* para follar, moza. Si no recuerdo mal, tú misma te abriste de piernas.

—Entonces es que tus recuerdos son tan flojos como tus polvos, sucia picha flácida.

La esposa de Sigurd tenía voz de ángel, pero un léxico de experimentada mujer de la calle.

—Cuídate de difamar mi honor, lianta —gruñó Halfdan Camisa Blanca, que por una vez parecía de verdad resuelto a no dejarse provocar.

—Lo gracioso de ti, Halfdan —respondió la mujer sin atisbo de diversión—, es que hablas mucho del honor ¡y no lo tienes en absoluto!

—¿Qué sabrás tú, que vas de unos brazos, a otros del honor?

—Más que tú, que confundes violación con prestigio.

—*Basta* —terció Ivar Sin Piernas—. ¿Adónde vamos a llegar si empezamos a pelearnos entre nosotros por tan poca cosa?

—Poca cosa —dijo la mujer— son las palabras adecuadas para referirse a la manguera de Halfdan Camisa Blanca.

Al margen de quién fuera ella, desafiar al menor de los hijos de Calzas Peludas era un juego peligroso. El silencio tras la puerta se notaba cargado y amenazador.

—Enhorabuena, Sigurd —dijo Halfdan después de una larga pausa—. Sí que te has agenciado una buena tarasca.

—Lo que mi esposa sea no te incumbe —respondió Sigurd Ojo de Serpiente—, y no tienes motivo para estar descontento. Desperdiciaste tu oportunidad. Ahora es mía.

—Si todavía no has comprendido que la muchacha te miente, entonces no sirve de mucho añadir nada. —La voz de Halfdan traslucía sombrías amenazas

—. Y los perros cristianos no tienen motivos para confiar en mí.

—Ragnar Calzas Peludas se regocijaría si pudiera escucharos —dijo Ubbe Hijo de Cortesana metiéndose de nuevo en la discusión.

—¡No quiero escuchar ni una *palabra* acerca de Ragnar! —Fue el nombre de su padre lo que al fin sacó de quicio a Halfdan Camisa Blanca—. El puto viejo está muerto y es mejor así.

—Entonces hay una cosa en la que estamos de acuerdo —dijo Sigurd Ojo de Serpiente.

Escuché con la cabeza ladeada mientras intentaba encontrarle un sentido a las palabras. Los hijos de Lodbrog, que habían reunido al mayor ejército de nuestra época para vengar a su padre, ¿*se alegraban* de que estuviese muerto?

—Sí, al menos en eso somos de la misma opinión —dijo Ivar Sin Piernas—. ¿No es suficiente para mantenernos unidos?

—De momento —afirmó Halfdan Camisa Blanca reacio.

—Por ahora —admitió Sigurd Ojo de Serpiente.

También Ubbe Hijo de Cortesana contestó afirmativamente con un gruñido.

—Bien, entonces no hablemos más de ello. —Ivar Sin Piernas cambió de tema—. Tenemos que defender un reino, y toda prisa será poca pues lleva su tiempo. Sigurd, marcha de inmediato para hacer que el ejército regrese a Jorvik. Halfdan y Ubbe cabalgaréis con él. Bjørn y yo nos quedaremos a fin de organizar la defensa.

—Eso es *muy* injusto —interrumpió Sigurd, que seguía sin comprender por qué el ejército había de regresar—. No tenéis ni *idea* del enorme conflicto que supondrá traer de vuelta a tres mil guerreros para tenerlos desocupados en Jorvik.

—Ya me cuidaré de darles trabajo.

Pareció que iban a abandonar la estancia e Ylva me hizo señas de que desapareciera. Salté al interior de una de las camas nicho en la pared exterior. Desde mi escondite vi a Halfdan Camisa Blanca salir por la puerta. Una corriente de convulsiones recorría su rostro rasurado. Le siguieron Ivar Sin Piernas y Ubbe Hijo de Cortesana, que se dirigieron una mirada cómplice. Sigurd Ojo de Serpiente esperó hasta que los otros se hubieron ido.

—Temo que Halfdan quiera vengarse por haber sido desdeñado, aunque carezca de fundamento —dijo a Ylva mientras toqueteaba el aro labrado

noblemente con las dos serpientes de plata retorcidas que portaba en el brazo de la espada—. Será mejor que cuides de mi esposa mientras estoy fuera.

—Será un placer, conde Sigurd.

Por lo visto, Sigurd decidió que la esclava de serpientes era un pago demasiado elevado y le tendió a la escudera otro adorno más ligero antes de reunirse con sus hermanos en el exterior de la casa.

—Hay alguien a quien debes conocer, Ivar —dijo, sin acordarse aparentemente de la injusticia que acababa de sufrir—. Brage Hijo de Bodda ha venido a Jorvik.

Ylva cerró la puerta y me indicó por señas que abandonara la casa en silencio cuando los hermanos hubieran desaparecido.

—Mañana en El Jabalí Cojo —me comunicó gesticulando antes de entrar en la estancia de altos techos con la esposa de Sigurd Ojo de Serpiente, de cuya seguridad era ahora responsable.

—¿Qué haría yo sin ti, Ylva? —estalló la mujer con un teatral llanto en la voz.

—Qué situación tan complicada, señora —respondió Ylva en un sajón que había mejorado significativamente con el paso del invierno.

—¿Piensas quizá que fue culpa *mía* que Halfdan Camisa Blanca malinterpretara por completo mis intenciones?

—De ninguna manera, señora.

—No hice sino lo que cualquier otra mujer habría hecho en mi lugar. Bueno, tú no, Ylva. Con ese aspecto sería casi imposible que pudieras seducir a dos hombres al mismo tiempo. Y seguro que tampoco a uno solo alguna vez.

—Evidente, señora —dijo Ylva escuetamente.

Una grieta en la pared del fondo del nicho me permitió ver un pequeño sector de la estancia del otro lado. Los muebles estaban igual que el día en que visité la casa con Egbert y Jarvis, a excepción del enorme espejo de plata que había sido colocado sobre la mesa junto a la pared más alejada. Delante de él se sentaba la esposa de Sigurd.

—Pero, a pesar de todo —reconoció ésta mientras se peinaba delicadamente su larga cabellera oscura con un peine de hueso tallado—, he de admitir que la higiene de Halfdan me agrada, aunque él no tenga ni por asomo la buena apariencia de Sigurd. Tampoco es tan malo en la cama como he dicho antes. Son

ese tipo de cosas que nosotras las mujeres a menudo necesitamos decir para gobernar a los hombres.

Satisfecha con el resultado de sus afanes dejó el peine.

—Y ya habrás visto que funcionó, ¿no? —prosiguió—. Tendrías que haber visto lo boquiabierto que se ha quedado Halfdan cuando lo he dicho. ¿Puedes imaginarte a otros hablándole como yo sin que él se sulfure y los mate? Créeme, sigue deseándome. Y si he de ser sincera, estoy empezando a cansarme de oír a mi marido quejarse de lo injustamente que lo tratan todos.

Suspiró y se volvió hacia la escudera, así que pude ver por fin su rostro. En la oscuridad de la cama contuve una exclamación de sorpresa.

—¿Sabes, Ylva? Si Halfdan Camisa Blanca no se hubiese marchado a Irlanda, bien podría haberlo preferido a él.

La esposa de Sigurd tenía un rostro ovalado proporcionado con una pequeña nariz, labios gruesos y enormes ojos azules.

Era Bella, la hija del herrero Alton.

—No lo entiendo —decía yo una y otra vez sentado con Ylva en el mesón de El Jabalí Cojo al día siguiente.

No todos los habitantes de Jorvik habían huido. Por ejemplo, el mesonero bigotudo vivía días dorados. Su cerveza siempre había sido de gran calidad, y un buen servicio era algo que todos los nórdicos valoraban mucho. Por si eso fuera poco, había captado la naturaleza de los nuevos tiempos, agenciándose cinco espaldudos noruegos para que custodiasen su establecimiento. Estaban sentados junto a la barra, donde charlaban y brindaban.

—Tampoco es tan difícil —dijo Ylva acercando la taza a los labios mientras sus antebrazos refulgían a la luz de la lumbre.

—Pero vi a Halfdan matar a Bella y su cadáver arder sobre la pira funeraria de Ragnar Lodbrog.

—Yo vi algo muy diferente. —Apoyó la taza vacía sobre la mesa dejando escapar un largo eructo. Los noruegos aplaudieron espontáneamente junto al mostrador—. Yo vi a cuatro hermanos entrar por turnos en la misma tienda. El último, Halfdan Camisa Blanca, ayudó a Bella a entrar en un agujero practicado en la plataforma sobre la que se asentaba la tienda para que luego ella continuara por un túnel bajo tierra. A través de él escapó reptando mientras la hoguera ardía. No creo que fuese divertido, pero sí mejor que permanecer junto al cadáver de Ragnar. Regresó a mi tienda mientras todos los demás estaban entregados a la celebración.

—Pero... —Todavía me costaba entender—. ¿Por qué?

—Porque todo el ejército había escuchado hablar de la hermosa virgen

sajona que iba a marchar con Ragnar Lodbrog al Reino de la Muerte. La representación debía completarse. Por la moral de la tropa.

El tono de su voz indicaba que ese día mi rapidez mental era menor que de costumbre. Sin duda, ella tenía razón. Cuando lógica y sentimientos se entremezclan cualquiera se aturde.

—Quiero decir —precisé—, ¿por qué los hijos de Lodbrog dejaron vivir a Bella?

—Sigurd Ojo de Serpiente se enamoró de la joven en cuanto la vio. Y ella de él, si puede uno fiarse de lo que diga una joven condenada a muerte. Pero, tal como oíste, también se fijó en Halfdan. Durante los diez días que duró el luto y en los que ella pudo andar libremente por el campamento, tuvo encuentros con cada uno de ellos por separado. Siempre en mi tienda. Por eso rondaba yo tu cárcel como si fuera un pobre sin hogar.

—Luego, ¿ya no era virgen cuando fue a la hoguera?

—Créeme, tampoco lo era antes.

Yo había observado a Bella a distancia cuando atravesaba Teurintone llevando dos cubos de agua del pozo, y una sola vez la vi desnuda en el baño. Creía que era tan inocente como parecía. Mi apasionamiento por ella se había revelado inmaduro y sin esperanzas. Sobre todo, por un motivo concreto.

—Bella es mi hermanastra —dije—. Tenemos el mismo padre.

Ylva se irguió fijando la vista en mí.

—¿Lo sabe ella?

—No, y no creo que le gustara enterarse de ello ahora. Ni siquiera lo creería.

Ylva hizo señas al mesonero para que nos trajera otra ronda. Nos quedamos un rato en silencio bebiendo a sorbitos la cerveza que había sido templada a la temperatura idónea, y luego ella prosiguió:

—Sé que Bella no abrió las piernas ante ninguno de sus dos pretendientes hasta no estar segura de que habían convencido a sus hermanos mayores de que la dejaran vivir. Sabe cómo manejar a los hombres.

—Entonces, ¿te cae bien? —pregunté.

—Hace lo necesario para sobrevivir. —Ylva vaciló un instante antes de continuar—: Ya me habría gustado ser tan despierta cuando tenía su edad.

Caviló un rato sobre episodios de su pasado que sólo mucho más tarde llegaría yo a conocer. Finalmente se irguió.

—Puede que Halfdan Camisa Blanca violase a Bella en la tienda. Puede que ella se ofreciese por voluntad propia. No lo sé. Lo que sé es que desde entonces lo ha usado para sembrar discordia entre los hermanos.

—¿Por qué no me contaste antes todo esto? —pregunté—. Creí que éramos amigos.

—No es fácil mantener la amistad con alguien que no cumple sus promesas.

Débil como una campana de iglesia en el horizonte resonó un recuerdo en la parte posterior de mi cabeza.

—¿Aún sigues tras la plata de San Cuthbert?

Asintió sombría.

—No podía traicionar al hermano Jarvis —dije—. Las reliquias son importantes para su posición.

—Lo comprendo. Pero también son importantes para la mía. He prometido plata a mis noruegos. Confían en mi generosidad. Confían en que yo sea dadora de riquezas.

Sus palabras, que había oído emplear varias veces a otros, me hicieron pensar en los semblantes satisfechos de los noruegos de la escolta cuando Ylva rompió sus últimas esclavas y repartió los pedazos. ¿Realmente las alianzas mutuas de los nórdicos se regían sólo por el lucro personal?

—¿Y qué hay de la lealtad? —pregunté—. ¿La simpatía? ¿Los lazos de stirpe? ¿Ninguno de tus hombres de confianza estuvo al servicio de tu abuela Ladgerd?

—Sí, y de otros dos condes después de ella. Con el último hubo un tremendo descontento. De hecho, era avaro. Por eso hace diez años pude persuadir a un puñado de ellos para que partieran conmigo de expedición. Encontramos el monasterio por casualidad. Hice una fortuna y los rumores se extendieron rápidamente. Después hubo más expediciones con la misma buena suerte. Frisia, Vironia y el reino de los francos. Me creé fama de hallar monedas con facilidad y repartir generosamente las riquezas. Ésa fue la base de mi poder. Últimamente escasean. Aquí, en Inglaterra, la cosa se ha torcido por completo. Aquel que tiene a los dioses de su lado reúne grandes multitudes de seguidores. Nadie sigue a un conde sin suerte para hallar monedas. Ahora diez de mis hombres de confianza vigilan el palacio episcopal para Sigurd, y otros cinco se sientan aquí por dos monedas de plata al día y toda la cerveza que puedan beberse.

Asintió en dirección a los hombres de la barra.

—¿Está realmente tan amenazada la posición de un conde nórdico? — pregunté.

—Todo puede cambiar de un día para otro —afirmó—. Sin embargo, Sigurd Ojo de Serpiente no confía en ningún hombre para que vigile a su esposa, así que vuelvo a ser útil. Y poco a poco voy ganando aquello de lo que tú me has privado.

Yo observaba las esclavas de sus brazos y pensé que si un conde puede llegar a caer tan fácilmente, también otro podrá hacerlo.

—Ylva, prometo que te ayudaré a recuperar tu posición y tus hombres si es eso lo que deseas.

Una sonrisa torcida asomó en su tosco rostro.

—¿Y cómo te las arreglarás para lograrlo, Rolf Lenguaraz?

Nos interrumpió un mendigo harapiento que entró en el mesón con el pestazo de su cuerpo sin lavar y de su sucio aliento y, para asombro de todos, gritó:

—¡Los sajones están aquí!

Los cinco noruegos de la barra se irguieron mirándose fijamente mientras digerían la noticia. Entonces se pusieron en pie violentamente y salieron corriendo por la puerta. Ylva y yo los seguimos calle abajo hasta terminar junto a las ruinosas torres del portón este. Trepamos por la escala que conducía a los parapetos para mirar junto a los demás el llano paisaje.

Una larga columna de hombres vestidos para la guerra, caballos y carros se acercaban a la ciudad desde el este por la calzada romana. Ya desde la distancia nos pareció que su equipamiento y vestuario eran abigarrados y de diversa índole. Algunos portaban armas pesadas como hachas o espadas largas, otros llevaban únicamente cuchillos, horcas o guadañas. Sólo unos pocos vestían cotas de malla y cascos, y todos iban en silencio y decididos. Era un *fyrð*: un ejército de campesinos que habían sido llamados a defender el reino y que estaba comandado por un grupo de aristócratas sajones. Sobre los jinetes, que cabalgaban a la cabeza de la tropa con el hierro pulido refulgiendo, ondeaba una bandera con un hacha de guerra roja sobre fondo blanco: el estandarte del *ealdorman* Osbert.

Ylva entrecerró los ojos y contó en silencio.

—Apenas mil hombres —dijo.

—¿Podremos mantenerlos fuera?

—Quiero creerlo. Son suficientes para sitiar la ciudad, pero no para tomarla con trescientos defendiéndola. Entonces, ¿qué es lo que pretenden?

Un griterío se elevó en la cara norte de los muros, detrás de las casas y árboles del palacio episcopal. Nos costó abrírnos paso a lo largo del parapeto. Nos detuvimos junto a la esquina más septentrional de un baluarte de piedra en la muralla y estiramos el cuello, ya que otros muchos se hallaban reunidos sobre su plataforma semicircular.

Los nórdicos miraban fijamente la calzada romana que como una flecha señalaba desde el bosque en dirección al noroeste. Por ella se aproximaba a Jorvik una nueva columna de soldados. Un grupo de hombres de diferente procedencia, tan diversos y porfiados como sus compañeros de la primera tropa. Sus estandartes eran una cruz blanca sobre fondo negro.

—El rey Ælla —dijo Ylva—. Al menos mil doscientos hombres.

El ejército de Ælla se unió al de Osbert fuera de la zona de tiro. Los dos reyes avanzaron cabalgando y se encontraron en la linde del bosque bajo los brotes verde claro que apuntaban al cielo neblinoso. Se saludaron comedidamente para ignorarse a continuación. La multitud de hombres y jinetes se repartió por tierras y campos como si de antemano hubiesen acordado cuál iba a ser su posición, de manera que el asedio sobre Jorvik ya era una cuestión meramente formal.

Clavaron estacas en la tierra separadas por una distancia corta. Formaron parapetos y fosas para impedirnos contraatacar. En el transcurso de una hora se dispusieron como un cinturón parduzco alrededor de la ciudad. Incluso para un profano como yo era evidente que un ejército de más de dos mil doscientos hombres bastaría para que Jorvik volviera a manos sajonas.

—Y así cambia la suerte de un día para otro —constató de forma escueta Ylva.

Verdaderamente, la fortuna de la guerra había cambiado a favor de los sajones. En las primeras horas de la tarde habían rodeado Jorvik con un semicírculo que se extendía desde la ribera del Usan, cruzaba oblicuamente la pradera en dirección norte y bajaba hasta los campos situados al este. Sobre el puente junto a la Puerta de Usan habían formado una barricada de piedras de modo que nadie pudiera escapar por ese lado. Al sur de la ciudad establecieron el campo base a la sombra de un enigmático óvalo de ruinas romanas en mitad de un terreno con bueyes y ovejas pastando, atrincherándose tras los muros de piedra a la altura de la cadera. Los esclavos intentaban encender fuego con ramas verdes mientras los guerreros pulían las armas levantando la vista hacia la ciudad, ceñudos y con las mandíbulas apretadas. Por lo que parecía, los dos reyes sajones preferían lanzar el ataque desde el sur. Un misterio, pues ahí la fortificación era más resistente que en el este, donde los huecos de la mampostería en largos tramos se habían rellenado con cascotes de las casas de piedra romanas, apuntalados por madera medio podrida. Sin embargo, cualquiera tenía claro que muy probablemente sus propósitos serían coronados por el éxito.

Desde las dos torres de la sala del trono, el lugar más elevado de la ciudad, Ivar Sin Piernas y Bjørn Costado de Hierro se formaban una idea de la situación y sacaban conclusiones a fin de diseñar una estrategia. No le contaron a nadie lo que se proponían, pero las instrucciones de Ivar fueron acatadas de manera incondicional. Varios equipos de trabajo se pusieron a derribar las casas más próximas a la Puerta del Rey y antes del anochecer se había abierto un solar de sesenta pasos de ancho por cuarenta de profundidad detrás de la mole de piedra.

Se utilizó la madera de las casas para cercar el espacio y rápidamente se levantaron barricadas y terraplenes. Sobre el lugar enfangado se perfilaban las casas y el extremo más meridional de la calle de Pedro como si fueran innumerables agujeros en la tierra, grandes y pequeños, en torno a una estrecha superficie plana. Si bien se respetaron las casas que había subiendo a la plaza de la iglesia, en el centro de la ciudad, la calle estaba cercada con empalizadas y terraplenes. Una pequeña fortaleza provisional, algo más estrecha hacia el noroeste, apareció en pocas horas tras la Puerta del Rey.

Todas estas disposiciones no daban la impresión de estar pensadas para oponer resistencia, más bien delataban que de antemano sospechábamos —como reconocieron Ivar Sin Piernas y Bjørn Costado de Hierro— que no íbamos a poder mantener fuera al enemigo y por ello nos preparábamos para la defensa en las calles una vez que los muros hubieran sido tomados al asalto. Al caer la noche, cuando la oscuridad obligó a detener los trabajos, se extendió el desánimo.

Extenuado y hambriento, daba vueltas entre las hogueras que los agotados hombres de confianza de Sigurd Ojo de Serpiente habían encendido con los restos de madera. Ylva regresó con Bella al palacio episcopal y yo buscaba en vano rostros conocidos mientras oía fragmentos de conversaciones.

—¿Qué piensa hacer el conde Ivar con todo esto? —preguntó uno.

—Ni idea —respondió otro—, pero si cree que con este montón de astillas va a mantener fuera a los sajones, será mejor que lo piense de nuevo.

—Vamos a tener que defendernos en las calles.

—Luchando de casa en casa.

—Mañana por la noche habremos muerto.

—Igual que Ragnar Calzas Peludas.

Todos los que estaban junto a la hoguera miraron a aquel que había nombrado al famoso danés. El hombre era pequeño, compacto e insignificante. Tenía labios abultados y una nariz como un tapón en su semblante barbudo. Sobre una de las mangas de su saya de lana refulgía una esclava de plata retorcida, pesada y noblemente labrada, que representaba dos serpientes entrelazadas sacando sus lenguas.

—¿Qué sabes tú de la muerte de Ragnar Calzas Peludas? —preguntó uno de los otros hombres.

—Más de lo que necesito guardar ahora que todos vamos a morir.

El hombre de la esclava de serpientes se irguió.

—Seguro que muchos de vosotros —comenzó— habéis venido a Inglaterra recientemente sin otro pensamiento que enriqueceros. Pero los que marchamos con los hijos de Calzas Peludas hace casi dos años sabemos que el motivo era otro: vengar la sangre.

Miré al narrador con detenimiento. Durante el año que llevaba entre los nórdicos jamás lo había visto. En un ejército tan grande e indómito podíamos fácilmente confundir a unos con otros, no obstante me parecía demasiado delicado para haber estado guerreando tanto tiempo.

—Ragnar Calzas Peludas —continuó— marchó de expedición el año anterior para conquistar el país del rey Ælla con tan sólo dos barcos, pues como le dijo a su reina Aslaug antes de partir: «No se gana la fama conquistando un nuevo país con muchos barcos, y si pierdo, es mejor que sólo prive a mi reino de unos pocos hombres». Entonces sucedió que Ragnar tropezó con un viento tan fuerte que ambos navíos se estrellaron contra las costas de Northumbria, pero consiguió llegar a tierra con su ejército, conservando ropa y armas. Entonces avanzó a través de aldeas, ciudades y fortalezas, y siempre salía vencedor.

El insignificante hombre había cautivado de inmediato a sus oyentes. Su salmodia tenía un efecto hipnótico. No se oía un ruido aparte del crepitar de la hoguera.

—El rey Ælla dijo a su ejército: «Si descubris que se trata de Ragnar Lodbrog, no debéis atacarlo con armas, porque si él cae sus hijos nunca nos concederán la paz». Durante el combate Ragnar se introducía solo entre las escuadras de los sajones, su mandoble era tan violento que rompía tanto cascos como escudos, y ninguno podía resistir su ataque. Pero él no recibió mandobles ni flechazos, no hubo arma alguna que le dañara, ni fue herido, a pesar de que todos sus hombres cayeron y él mismo quedó atrapado entre los escudos, momento en que fue capturado. Sin embargo, cuando le preguntaron quién era, guardó silencio.

»Entonces dijo el rey Ælla: “Echad a este terco guerrero en un pozo de serpientes. Si se expresa de forma que descubráis que se trata del rey Ragnar, debéis subirlo de nuevo”. Sin embargo, Ragnar permaneció largo tiempo entre las serpientes sin sufrir daño, y al fin el rey sajón se impacientó y dijo: “Quitadle

la ropa”. Y cuando lo hicieron, las víboras le atacaron desde todos los flancos; los saurios glotonearon de sus vísceras, corroyeron su hígado, y una serpiente especialmente gruesa y mortífera royó como un cruel verdugo su corazón.

Se veía a los hombres respirar entrecortadamente a la luz de la hoguera. También yo sentí un estremecimiento, pero era de indignación por que un desharrapado, que a todas luces no tenía ni idea de lo que hablaba, se diera importancia gracias a su falsa explicación.

—Entonces, el rey Ælla manda recado a los hijos de Lodbrog de la muerte de su padre. Los mensajeros llegan hasta el salón en Dyflin, donde justamente se celebra un festín, y avanzan hasta el sitio donde descansa Ivar Sin Piernas. Sigurd Ojo de Serpiente y el duro Halfdan Camisa Blanca juegan ante un tablero, mientras Bjørn Costado de Hierro talla el mango de una lanza.

El cambio del pasado al presente en el relato sirvió para que los oyentes se pusieran en situación. La hoguera ante nosotros se transformó en la lumbre del salón en Dyflin. De las sombras aparecían los hijos de Calzas Peludas y el contorno impreciso de los hombres de su escolta. Comprendí que sólo un maestro escaldo podía dominar sus recursos de forma tan noble.

—Entonces, los mensajeros de Ælla saludan respetuosamente a Ivar y éste devuelve el saludo. Pregunta de dónde vienen y qué nuevas traen. Responden que el rey Ælla les envía con el recado de la muerte de Ragnar y a continuación cuentan todo lo sucedido. «Justo antes de morir —concluyen—, vuestro padre recitó largamente sus muchas heroicidades y dijo para terminar: “Si los cerdos supiesen lo que el verraco tiene que padecer, llamarían a la lucha y asaltarían la pocilga”.»

En torno a la hoguera asentimos en señal de aprobación, pues de inmediato coincidimos en que dichas palabras eran dignas de un rey. También yo pendía ahora de los abultados labios del escaldo.

—Cuando los hermanos oyen eso reaccionan de modo muy distinto: para soportar el dolor por la muerte de su padre, Sigurd Ojo de Serpiente clava hondo en su mano el sax con el que estaba limpiándose las uñas. Halfdan Camisa Blanca, que sostiene una pieza del juego, la aprieta con tanta fuerza que salta sangre de sus uñas, y Bjørn Costado de Hierro estruja el mango de lanza de tal modo que su mano deja una huella en la madera. Sin embargo, Ivar Sin Piernas no se inmuta. Conversa sosegado con los mensajeros y les pregunta sobre los

pormenores, y cuando su hermano menor Halfdan Camisa Blanca quiere torturar y ejecutar a los hombres del rey Ælla, el conde de la barba roja le interrumpe y dice que los hombres no deben ser molestados y que pueden marchar libremente a donde deseen. «Aunque no estaréis seguros —concluye— en caso de que vayáis a vuestro hogar, pues habréis comprendido por lo que habéis visto y oído que semejante fechoría no quedará sin venganza por mucho tiempo.» Cuando lo escuchó más tarde el rey Ælla, dijo que Ivar Sin Piernas era aquel de los hermanos con el que se debía tener más cuidado, puesto que había sobrellevado la muerte de su padre con mayor sangre fría.

En ese momento reconocí que tanto las diferencias como las semejanzas con los sucesos reales tenían su sentido. Me adentré en las sombras esperando la conclusión que pronto había de llegar.

—Y desde luego que Ivar Sin Piernas prefirió la astucia antes que la temeridad cuando marchó a Inglaterra para encontrarse con el rey Ælla. A cambio de que hubiese paz entre ellos, no exigió al rey sajón más que el trozo de tierra que abarcase una piel de buey, y se le concedió, porque como dijo Ælla: «Es una petición bien modesta y me complace que un enemigo tan poderoso pida poco en lugar de mucho». Sin embargo, Ivar Sin Piernas cortó la piel de buey en delgadas tiras y rodeó con ellas un trozo de terreno tan grande que sobre él podía edificarse una ciudad. Y esa ciudad era Jorvik, de la que aún es señor Ivar Sin Piernas. Y aquí hay un regalo de su parte.

El escaldo sacó de su alforja un tonelito y empezó a verter en las tazas. El dorado hidromiel que fluyó de la espita fue más que bienvenida. Los hombres brindaron por la cordura de Ivar Sin Piernas.

—Tengo que reconocer —dijo aquel que antes había criticado las empalizadas de Ivar llamándolas montón de astillas— que merece la pena luchar por un conde tan astuto.

—Si es tan generoso con sus tesoros como con el hidromiel —le apoyó otro—, no es mal negocio vengar a su padre.

Poco después, el escaldo se escabulló. Los hombres junto a la hoguera lo habían olvidado por completo, pues ya sólo hablaban de la inteligencia de su líder, de su causa justa y de la fácil victoria sobre los sajones con que los dioses iban a obsequiarle. El escaldo se afincó junto a otra hoguera donde también cundía el desánimo, y allí volvió a contar su relato, tras el cual hizo aparecer

como por arte de magia un nuevo tonel de hidromiel. Un total de cinco veces repitió la función, hasta que se hizo tan tarde que los hombres exhaustos roncaban más alto de lo que él podía hablar.

Lo seguí de vuelta a casa por el adoquinado de la calle empedrada. Poco antes de llegar a la Puerta de Usan se deslizó entre los edificios para detenerse en la esquina de una casa de dos pisos que destacaba en el fango de las callejuelas. En ese punto comenzó a subir una escalera empinada. Cuando sus pies llegaron a la altura de mi cara, los quité de los peldaños. Con una exclamación de sorpresa el escaldo cayó en mis brazos.

—Podrías hacerte daño fácilmente —dije.

—Sería por tu culpa, jovenzuelo. ¿Qué pretendes?

—Sí que soy joven —respondí poniendo mi sax en su cuello—. Pero es evidente que recuerdo mejor que tú lo que ocurrió aquí, en Northumbria.

Comprendió que yo era un guerrero del ejército de Ivar Sin Piernas descontento con su creativa explicación de los acontecimientos estivales. Su rostro entero, con la nariz de tapón, mostró su pesar y puso sus abultados labios en punta.

—Ay, no soy más que un escaldo —dijo—, y es cierto que partí demasiado tarde para vivir tales fatigas en mi propio cuerpo. Pero siempre estoy dispuesto a escuchar lo que otros tienen que decir y pago gustoso aquellas experiencias que hacen que mi relato sea más fiel a lo sucedido.

Sacó un par de monedas y las puso delante de mi cara, algo que sin duda le había servido en situaciones similares. En todo caso no parecía inquieto antes de que yo respondiese:

—Mantén tu propia versión, Brage Hijo de Bodda.

—¿Conoces mi nombre?

A pesar de las circunstancias se sintió halagado.

—Creo que todos aquellos que me han contado cosas sobre Ragnar Calzas Peludas en el último año han comparado sus propias capacidades narrativas con las tuyas. Y no han sido pocos.

El escaldo dudó mientras reflexionaba si eso era bueno o malo.

—Es cierto —dijo lentamente— que mucho de lo que he relatado aquí esta noche era una ficción necesaria. En muchas ocasiones, la tarea del escaldo al servicio de los grandes señores implica no ajustarse a la verdad.

—Entonces, ¿se puede confiar siquiera en uno solo de los relatos acerca de Ragnar Calzas Peludas que han pasado por tus labios?

—Mejor no confiar jamás ciegamente en un buen relato. Muchos adornan los hechos para mantener el interés del público.

—Mi interés se ciñe por lo general a las hazañas de Ragnar, sin embargo, me resulta difícil formarme una imagen coherente de él.

En realidad, no contaba con una impresión favorable del gran héroe de los nórdicos, pero deseaba poner el foco en una cuestión.

—Mi amigo Hastein veía a Ragnar Calzas Peludas como un golfillo atractivo para las mujeres. Una escudera que conozco lo denomina vejiga de cerdo hinchada. Según la versión de Sigurd Ojo de Serpiente era un guardián de la justicia, y en aquello que relata Ivar Sin Piernas sobre su padre aparece como un inteligente poeta en ciernes. Bjørn Costado de Hierro apenas puede ocultar su desprecio, Ubbe Hijo de Cortesana hace que Ragnar parezca un noble defensor de las damas, y Halfdan Camisa Blanca prefiere evitar hablar de él.

Los nombres intranquilizaron al escaldo, que comprendió que yo no era un tipo cualquiera, aunque seguía sin poder adivinar mi identidad. Con dos dedos tomó cuidadosamente el filo del puñal para apartarlo de su cuello.

—Es cierto que Ragnar Calzas Peludas constituye una figura en la que muchos pueden verse representados. Pero lo fundamental es mantener la esencia del relato, ¿no?

—Llevas razón, sin duda —dije empujando el cuchillo para que volviera a su sitio—. Y tu versión de la muerte de Ragnar Calzas Peludas mantiene intacta su esencia. Sus últimas palabras eran asombrosamente precisas en comparación con el resto. Según un testigo, sólo el rey Ælla y un guardia sajón presenciaron la muerte de Ragnar, sin embargo ninguno de ellos entendía la lengua de los nórdicos, de modo que no pudieron repetir a otros las palabras exactas. El testigo tampoco, puesto que murió en Dyflin.

Brage Hijo de Bodda comenzó a gimotear. Tomé su muñeca y sujeté la esclava de las serpientes en el aire.

—Ésta la he visto antes —dije—. Ayer estaba en el brazo de la espada de Sigurd Ojo de Serpiente.

El hospedero de El Jabalí Cojo me saludó con un movimiento de cabeza tan animado que se agitaron los extremos de su bigote. De todos los que nos hallábamos en la ciudad sitiada, posiblemente era él el menos preocupado por el día siguiente. Entre los muchos clientes que estaban en la sala de techos bajos del mesón, que habían sido llamados a gastarse en cerveza sus últimas monedas, encontré a Hastein. Estaba colgado de su jarra y me saludó con una expresión torcida. Sin embargo, no era la perspectiva de la derrota lo que le torturaba.

—¿Te has enterado de que Sigurd Ojo de Serpiente me ha robado mi muchacha? —suspiró—. ¡Él siempre tan preocupado por que todo se haga con justicia!

—¿Ha sido Bjørn Costado de Hierro quien te lo ha contado?

—En ninguno de los otros hijos de Calzas Peludas se puede confiar.

Se apartó el rubio flequillo de los ojos. No caí en la cuenta de lo borracho que estaba hasta que vi cómo intentaba enfocar.

—¿Recuerdas las últimas palabras de Ragnar Calzas Peludas que te repetí a bordo del barco cuando volvíamos de Irlanda? —pregunté.

Comenzó a citar vacilante:

—Con que los cerdos supiesen lo que tiene que padecer el verraco...

—Acabo de escuchar a Brage Hijo de Bodda recitar esos mismos versos.

Hastein se iluminó al escuchar el nombre que tan bien conocía.

—Ya me dijo Bjørn Costado de Hierro que Brage se encontraba en la ciudad. Es un escaldo muy relevante, aunque dentro de poco no va a poder competir conmigo.

Alcé la pesada esclava de serpientes y le expliqué que su dueño había repetido las últimas palabras de Ragnar a Brage Hijo de Bodda, pagándole con ella para que las difundiera. Pasaron unos instantes antes de que Hastein reconociese la distinguida joya.

—¿Quieres decir que fue Sigurd Ojo de Serpiente quien asesinó a Ragnar? ¿Tiene la suficiente astucia como para hacer eso?

—Sigurd es lento, no tonto.

Fue una revelación que Hastein no descartó. Se levantó de un brinco y fue tambaleándose hasta la puerta del mesón. Lo alcancé fuera, en la oscuridad de la plaza de la iglesia.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—A la estancia de Ragnar Calzas Peludas —respondió mientras señalaba el portón del palacio episcopal—. Es hora de que el puto Sigurd Ojo de Serpiente responda.

—Se marchó cabalgando con Halfdan Camisa Blanca y Ubbe Hijo de Cortesana el día antes de que los reyes sajones sitiaran la ciudad.

Hastein había olvidado nuestra peligrosa situación. Se detuvo como si hubiese recibido un golpe en el rostro.

—¿De qué va a servir realmente todo esto? —gangueó con los hombros caídos—. Mañana atacarán los sajones y entonces estaremos perdidos.

Le expliqué de qué podía servir todo eso.

Los diez noruegos que había junto al portón del palacio episcopal estaban medio borrachos y llenos de optimismo, pues también habían escuchado las historias de Brage Hijo de Bodda y bebido su hidromiel. Me contaron que el conde Ivar había entrado por la tarde en el lugar sagrado y aún no lo había abandonado. No era precisamente a Ivar Sin Piernas a quien estaba buscando, pero su presencia me convenía. Para ser sincero, durante mucho tiempo había considerado la posibilidad de que el conde de la barba roja hubiera matado a su propio padre, aunque nunca llegué a comentar mi sospecha con nadie. El hecho de que ahora Sigurd Ojo de Serpiente pareciera un culpable más verosímil me alegraba y aliviaba, al tiempo que anhelaba confiarle la verdad a Ivar Sin Piernas.

Hastein se había dirigido a la sala del trono, donde se hallaba Bjørn Costado

de Hierro con su plata, pues era muy probable que necesitásemos la ayuda del gigante de barba gris para convencer al resto de los hijos de Calzas Peludas de la culpabilidad de Sigurd. Así que continué caminando entre los edificios del palacio episcopal. Llegué a la estancia de Ragnar Lodbrog, pero nadie respondió cuando golpeé la puerta. Al menos no desde el interior.

—No sirve de nada, joven señor —se oyó una voz detrás de mí—. La joven atranca la puerta por la noche.

Egbert, que yacía al abrigo de un arbusto, se levantó con dificultad. Bajo la sombra del casco sobresalía una gran nariz abollonada en el rostro sin afeitar.

—¿Dónde está Ylva? —pregunté.

El sajón se encogió de hombros y emitió un ronroneo hueco.

—De reconocimiento en los muros. Podría haberlo hecho cualquier otro, pero no, la señora sólo confía en su fiel escudera —dijo enseñando los dos dientes en una mueca de fastidio—. Y aquí estoy yo, expuesto al frío, mientras la señora se arrellana en su cama caliente. Créeme que es bastante duro.

Le hice prometer que le diría a Ylva que había preguntado por ella.

—¿Y qué pasará mañana? —prosiguió—. Me gustaría saberlo. ¿Me tomarán por un nórdico cuando los reyes sajones nos asalten? ¿Seré derribado por mis propios compatriotas? ¿Así se me agradece que me quede en mi puesto mientras todos los demás se largan? Es bastante duro.

—Desde luego que lo es. Recuerda el recado para Ylva.

Regresé a través del oscuro palacio episcopal y de la paja que colgaba del caballete de las casas como un desgredado pelaje. Por encima de los tejados se alzaba la iglesia de piedra de San Pedro, semejando el cuerpo durmiente de un animal poderoso. Aunque me sentía seguro andando de noche por el bosque, el paisaje urbano se me antojaba ahora insólito y peligroso. Mientras me deslizaba a lo largo de los muros con entramados de vigas y bajo los aleros, la noche penetró en mí en la forma de una fría y monótona llovizna. Apresuré el paso, doblé la esquina de un edificio cuyo techado de paja llegaba casi al suelo y me topé con una silueta alta de barba roja.

—Vaya, eres tú —dijo Ivar Sin Piernas—. Iba a abandonar el palacio episcopal cuando los guardias me han informado de que habías preguntado por mí. ¿Qué quieres?

Su voz sonaba tensa e impaciente. Tenía aún mucho que hacer antes del alba

y no deseaba perder el tiempo.

Sin embargo, se mostró cercano cuando le expliqué lo que previamente le había contado a Hastein.

—¿Brage Hijo de Bodda repitió exactamente las palabras de papá? —preguntó.

—Hasta la última sílaba.

Me enojó haberle dado la esclava de serpientes a Hastein como prueba ante Bjørn Costado de Hierro, pues ahora sólo podía agarrarme a mis propias palabras.

—Sigurd Ojo de Serpiente debió de hablar con Brage Hijo de Bodda antes de irse cabalgando a buscar al ejército. Ambos se han criado como hermanos. Seguramente practicaron lo que el escaldo tendría que relatar para infundir ánimos al ejército. Las palabras de Ragnar Calzas Peludas le delatan. Ældfric las repitió sólo al asesino.

—Y a ti —objetó Ivar mientras entrecerraba sus ojos azul verdoso—. Que evitaste decírmelas a *mí*.

—Simplemente porque Ældfric reveló que el asesino era nórdico e hijo de Calzas Peludas —balbuceé jadeante.

—Luego pensaste que era yo. —Me hizo señas para que no intentase negar mi sospecha—. Te comprendo. En tu lugar también habría creído lo mismo. Pero ¿de qué nos sirve esa información en este momento?

—Podrías ir a visitar a los reyes sajones y decirles que ahora que se ha probado su inocencia abandonarás Jorvik voluntariamente y te dirigirás al sur para que haya paz en Northumbria. La alianza de Ælla con Osbert es frágil. No se fían el uno del otro. Competirán por llevarse la gloria de una victoria obtenida sin derramamiento de sangre.

El rostro de la barba roja de Ivar Sin Piernas adoptó una expresión obstinada.

—Si lo hago, perderé el respeto de mis hombres.

El conde danés se decantaba más por probar suerte en el asalto del día siguiente que por demostrar irresolución proponiendo la paz.

—Si revelas las intrigas de tu hermano menor, conservarás el honor y el mando intactos. Y habrá paz para Jorvik.

Si bien yo era un cierto tipo de nórdico, no me agradaba ver los padecimientos que la ocupación de la centenaria ciudad había supuesto para la

población de la que también yo era parte. Estaba tan absorbido por impedir la confrontación entre nórdicos y sajones que no vi los defectos de mi propia teoría.

Enseguida Ivar Sin Piernas me haría consciente de ello.

—Vamos a ponernos a cubierto de la lluvia —dijo abriendo una puerta al extremo del edificio.

Pasamos al interior y nos sacudimos la lluvia. Al fondo de la habitación, unas brasas ardían en el hogar. Bajo una hilera de rejas de hierro, el suelo desaparecía en agujeros negros como la pez.

—Ésta es la prisión de Ragnar Calzas Peludas —exclamé.

—Extraña casualidad —Ivar tomó una antorcha apagada de un soporte en la pared—, pero muy adecuada considerando de qué estábamos hablando. ¿Te has parado a pensar si Sigurd tuvo alguna posibilidad de cometer el crimen? Tú mismo dijiste que la rigidez mortuoria de papá probaba que encontró su final menos de doce horas antes de que Ælla trajera su cadáver. ¿Y dónde se hallaba mi hermano menor en ese momento?

Ivar Sin Piernas introdujo la antorcha en las brasas del hogar y la revolvió hasta que la brea prendió. Yo había levantado la mano para rebatir sus objeciones, pero volvió a caer desprovista de intención. Recordaba con claridad haber visto a Sigurd Ojo de Serpiente a través del hueco dejado por un nudo en el cobertizo en que estaba prisionero, sus joyas refulgiendo junto a la hoguera mientras contaba cómo se había hecho su cicatriz durante el combate de Uldager.

—Sigurd se encontraba en el campamento circular con todos nosotros.

La luz de la antorcha iluminaba la mitad del rostro de Ivar Sin Piernas. La otra mitad quedaba en una oscuridad completa.

—Entonces no podía estar aquí, en Jorvik, lanzando serpientes sobre la cabeza de papá, ¿verdad? ¿Qué has hecho con Brage Hijo de Bodda?

El cambio de tema me dejó confuso por un instante. Entonces me apresuré a asegurar que el escaldo seguía con vida y atado a su cama.

—Bien —dijo el conde de la barba roja—, pues tendrías problemas con Sigurd si hubieses matado al hermano con el que se crio. Ten en cuenta que está más unido a Brage que a sus propios hermanos. ¿Y sabes por lo demás cuál es la razón?

Había escuchado la versión de Hastein durante el viaje desde Irlanda y pensé que lo demás podía esperar. Sin embargo, parecía que Ivar Sin Piernas ya no

tuviera nada que hacer. La crispación había desaparecido de su voz.

—En pago por sanar la herida recibida en Uldager —dije—, el padre de Brage, Boddi, se quedó a Sigurd como hijo.

—Ésa es la versión que Boddi le contó a Sigurd para no herirlo. En realidad, papá había contado ya con que el mediano muriera a causa de su herida. No se lo confió a Boddi en pago, sino como castigo por haberlo salvado. Sigurd fue afortunado por crecer con el cariño de una familia que lo cuidaba bien. Aun así, siempre se siente menospreciado. Papá sólo quería deshacerse de él. De hecho, opinaba que ya tenía hijos de sobra y que eran un gran incordio para él.

—¿Eso también valía para ti? Porque se dice que luchaste como un adulto contra los de Escania cuando sólo tenías diez años.

Ivar sonrió al darse cuenta de lo mucho que yo sabía sobre la historia de su vida, si bien en la versión embellecida del escaldo.

—Es cierto que papá vio alguna cosa en mí aquel día en Uldager. Pero no fue nada que le agradase. Comprendió que su prole podía terminar logrando mayor renombre que él mismo, así que empezó a pensar qué hacer para impedirlo. Bjørn Costado de Hierro ya era más alto que él, pero Bjørn estaba más preocupado por conseguir plata que menciones. Erik y Agnar terminaron su vida en el intento de vencer al rey de Uppsala. Al benjamín papá lo maltrató, de modo que poco a poco se convirtió en la bestia que conoces como Halfdan Camisa Blanca. A mí intentó dejarme inválido al romperme ambas piernas.

—Creí que te habías partido las piernas al saltar desde un tejado.

—Yo no salté. Papá me lanzó.

Entre las muchas interpretaciones del carácter de Ragnar Calzas Peludas que había oído, no era ésta la menos realista. El renombrado danés deseaba fervientemente conquistar un lugar entre los mitos, había empleado toda su vida en preparar el camino y nadie, ni siquiera sus hijos, iba a interponerse.

Si ésta era la verdad definitiva sigo sin saberlo, aun cuando pasé muchos años reflexionando sobre el asunto. De tarde en tarde oigo una de aquellas viejas historias al amor de la lumbre, contadas por un viajero o algún escolta recién llegado. Escucho de buena gana y asiento sonriendo ante los consabidos temas, pero también ante las variaciones que van surgiendo a lo largo del tiempo. Por ejemplo, la narración de Brage Hijo de Bodda acerca de cómo los hijos de Lodbrog se enteraron de la muerte de Ragnar fue hace mucho la más extendida.

Hoy ya nadie se acuerda de que Ivar Sin Piernas y Halfdan Camisa Blanca habían invadido Anglia Oriental meses antes de la incursión de Ragnar Calzas Peludas. El pasado pertenece a los escaldos que le dan forma como mejor les parece, haciendo que sus palabras reemplacen a la verdad.

—Y basta ya de la vida de Ragnar —se interrumpió a sí mismo Ivar Sin Piernas—. Es su muerte la que nos ha traído hasta aquí. Y en relación con ese asunto, es preciso que veas a alguien.

Llamó a la puerta situada al fondo de la alargada cárcel.

—Maestro —dijo en sajón con fingida respetuosidad mientras me sonreía como si participáramos de cierta complicidad—. Maestro, soy tu amigo, el conde Ivar. ¿Puedo pasar? Llevo una antorcha.

A pesar de lo tarde que era, una voz gruñona respondió:

—Entra pues si no queda más remedio.

Ivar Sin Piernas me hizo señas para que me acercase.

—El hombre que se halla ahí dentro está delicado —cuchicheó—. Tuvo un accidente que hace que no tolere bien la luz.

—Pero tras esa puerta... —comencé.

El conde de la barba roja impuso silencio y desapareció en el interior. Metí la cabeza por la abertura y vi a la luz de la antorcha la escalera con los quince peldaños, a cuyos pies se hallaba la pequeña superficie, el cabrestante, el columpio y la trampilla en el suelo. Junto al pozo donde Ragnar Calzas Peludas encontrara su final, había una silueta sentada en una silla de respaldo alto. Llevaba una venda negra en los ojos.

—¿Quién es? —pregunté por mímica a Ivar, que se había quedado en el rellano del peldaño superior de la escalera.

—Un piadoso monje —susurró— que con su dilatado saber nos puede ayudar a desentrañar los entresijos de la muerte de papá.

Di unos pasos y estudié la figura de la silla. Ivar cerró la puerta tras de mí.

—¿Quién te acompaña? —preguntó el monje.

Me detuve en el último peldaño de la escalera no tanto por miedo como por incredulidad.

—Un viejo amigo —respondió Ivar Sin Piernas—. Ciertamente lo conoces desde hace más tiempo que yo, maestro.

—Deja que me vaya —dije sin poder apartar la vista de la magra silueta en la

silla.

—¿Wulf? —sonrió el hermano Waltheof inclinándose hacia delante—. Así que, a pesar de todo, el Señor mi creador no me ha abandonado, como dice el Redentor.

—¿Cómo puedes seguir con vida? —pregunté—. Vi tu cadáver yacer en el monasterio junto al de los otros monjes.

—Sí, hiciste que tu monstruita los asesinara. Eres culpable por igual del asesinato, Wulf. ¡Un pecado mortal! Pero el Señor me salvó, así podré vengarme.

La coronilla de Waltheof aparecía tirante e irregular debido a las fracturas de debajo de la piel. Debía de haber sobrevivido a duras penas del mazazo que había hecho pedazos su cráneo y del que no había escapado sin secuelas. Al erguirse se le resbaló la venda negra y la luz de la antorcha le dio en los ojos. Jadeó a causa del dolor mientras ponía sus dos grandes manos delante de la cara.

—Un grupo de monjes que viajaba desde Lindisfarne encontró a Waltheof entre las ruinas del monasterio de San Cuthbert —relató Ivar Sin Piernas—. Lo transportaron hasta Jorvik. Tu amigo Jarvis lo cuidó y Waltheof se fue reponiendo lentamente. Pero con frecuencia ha confiado a todo aquel que quisiera oírle el odio que te profesa. Y yo sé prestar oídos.

Le tendió la venda a Waltheof, quien volvió a ponérsela al tiempo que con sumo cuidado evitaba rozar su coronilla hundida.

—Después de la fe, lo que impulsa a los hombres es el odio —dijo el magro monje—. Y yo he mimado con esmero mi odio hacia ti durante mi convalecencia. Todo el verano postrado en una cama de una habitación oscura he soñado con la venganza. Toleré estar al cuidado de ese monicaco de Jarvis, aunque él hubiera ocupado el cargo que me correspondía. Incluso enseñé la lengua sajona a este pagano por mandato del rey, a pesar de ser Ælla un espurio

sin derecho hereditario al trono. Tenía mis motivos.

Waltheof no sabía que Ivar hablaba sajón desde siempre. Su relación no descansaba, pues, en la confianza mutua. Alguna otra cosa los mantenía ligados.

—El vikingo me prometió venganza —prosiguió el monje— una vez que ya no te necesitara.

Un chirrido me hizo estremecer. Ivar Sin Piernas resollaba por el peso de la trampilla en el suelo.

—No ha sido una casualidad —prorrumpí— que nos tropezáramos tú y yo ahí fuera.

—Con sinceridad, creía que hacía tiempo que lo sospechabas. A lo mejor no eres tan avisado después de todo. —El conde de la barba roja se irguió—. Cuando me hablaste de las mazmorras de aquí abajo pensé que sería un buen lugar para instalar a mi nuevo aliado. Waltheof estuvo de acuerdo en que su venganza no podría llevarse a cabo en un sitio mejor. Aquí ha estado esperando en la oscuridad desde entonces.

Me estremecí al pensar en el tipo de venganza de Waltheof.

—No moriré por estar metido en el pozo —objeté sin gran convencimiento—. Los sajones me sacarán cuando hayan tomado la ciudad.

—Yo no estaría tan seguro de que los sajones vayan a tomar Jorvik. Pero quién sabe, a lo mejor las hormiguitas corren en una dirección distinta de la que espero.

Ivar Sin Piernas me tendió la maroma con el columpio y me dio un fuerte empujón de forma que me precipité hacia atrás. Cuando el profundo agujero del pozo se abrió bajo mis pies no tuve otra elección que sujetarme bien al asiento de madera.

—En cualquier caso —continuó pausadamente mientras contemplaba cómo me balanceaba en el aire—, será mejor que sepa dónde te encuentras en todo momento.

—Fuiste *tú* quien asesinó a Ragnar —grité sin aliento.

—Por supuesto que no. —Apartó mi pierna de una patada cuando intentaba apoyarse en el borde del pozo—. Piénsalo. Yo estaba en Anglia Oriental con la mayor parte del ejército. Cien millas al sur. Por lo demás, tú no eres quién para decir nada a nadie. El monje me ha hecho entender el motivo de que te preocupen tanto los parricidios.

—Es cierto. —Waltheof se animó en su silla de respaldo alto—. Vi cómo matabas a tu propio padre, Wulf. ¿Lo has olvidado? ¡Te vi!

Tenía razones para obstinarme en no hablarle a los nórdicos de mi pasado. Ahora mi secreto había sido revelado. Debería haber sabido que a la larga no me sería posible ocultar la verdad. Aparté la vista del magro monje para ponerla en los ojos verde azulado de Ivar Sin Piernas y comprendí que el conde de la barba roja hacía mucho que la conocía.

—Ten coraje —dijo mientras empezaba a girar el cabrestante—. Si ganamos la batalla de Jorvik, regresaré. Entonces veremos si puedes volver a ser útil.

—Espera un momento, nórdico —prorrumpió Waltheof—. Me prometiste venganza.

—Esa cuestión corresponde decidirla a otros, monje. —La voz de Ivar Sin Piernas retumbó contra los muros que me rodeaban, pues ya me encontraba lejos del borde del pozo—. Si tu dios cruel, que mató a su propio hijo, se sale con la suya, las serpientes se encargarán de Rolf.

Ahora no veía más que la oscuridad viviente que se arqueaba debajo de mí aproximándose con lentitud. Ningún pecador escapa al castigo del Cristo Blanco, y el parricidio es el peor de todos los crímenes.

Mi destino me había dado alcance.

INVIERNO DE 866

Me retuerzo en la estrechura de la cama. Por encima de mí prende la paja. A pesar del crepitar del fuego sigo oyendo las voces de fuera. Alton grita. No identifico las palabras. El tono de su voz es desesperado.

Por fin consigo salir de mi escondite y febrilmente me sacudo las brasas de encima. Un fardo de paja ardiendo cae delante del vano de la puerta. El marco, cuyo hielo se ha deshecho, recibe el fuego como un regalo. Brilla por todos lados un ardor anaranjado. Las llamas consumen el oxígeno del aire. Me pongo de rodillas luchando por respirar.

Bajo la pequeña ventana, el fuego aún no se ha adueñado de las ramas trezadas de la pared. Mediante una patada incrusto el pie entre ellas. La capa seca de arcilla salta hacia todos lados. Desgarro y arranco el trezado, que cruje como el sonido de la lluvia contra una superficie dura. Mientras hago el agujero más grande caen trozos de paja ardiendo sobre mi espalda. Grito de dolor y frustración. Al fin ceden también las barras verticales de la pared trezada. Saco la cabeza al exterior. Después los hombros. Me impulso con los pies para empujarme a través del hueco y salir del todo. Me veo rodeado por la fría nieve húmeda y me rebozo en ella, notando el dolor que produce el escozor de las quemaduras y respirando ávidamente el aire fresco de la noche.

Sólo después me doy cuenta del silencio reinante; el fuego alborota a mis espaldas mientras los hombres callan. Alzo la vista y veo al magro monje Waltheof así como al desconfiado hermano Selwyn hecho una mueca.

—Por si necesitábamos más pruebas —dice Waltheof—, ésta debería ser concluyente. Sólo un pecador confabulado con el diablo podría escapar del

infierno.

Me levanto vacilante. Alton se halla detrás de los dos monjes. Su rostro barbudo está congelado. Su mirada, llena de reserva y miedo. Su aspecto hace que una llama de ira prenda en mí.

—Muchas gracias por la ayuda —digo de forma sarcástica, y añado—: ¡Papá!

Los monjes se vuelven hacia el herrero.

—Mira por dónde. —Selwyn entorna sus ojos miopes—. Eso explica algo tu conducta, Alton.

—¿Tiene tu madre otros bastardos que debemos conocer? —me pregunta Waltheof.

—Yo no soy ningún bastardo —digo—. ¿Y qué sabes tú de mi madre?

Sus desastrosos dientes relucen amarillos a la luz del fuego. Se aproxima y susurra para que los demás no puedan oírle.

—Que eres bastardo no ofrece ninguna duda, puesto que tus padres no están casados. Y sé todo lo que hay que saber de esa ramerita. Sé por ejemplo que es danesa, que es una pitonisa y que la última vez que fue a visitarte al monasterio le pediste que me echara una maldición.

—¿Cómo es posible que tú...? —comienzo a decir, pero me doy cuenta de que el monje no ha hablado en sajón.

—Sí, conozco la lengua de los nórdicos —confirma—. Entendí cada palabra que dijisteis tú y la ramera de tu madre cuando os acompañé durante la visita.

Pasó un instante antes de que recordara el comentario de mamá acerca de lograr que Odín lanzara una maldición sobre Waltheof, y mi propia respuesta de que bien podría ser su último acto pagano antes de ingresar en el convento.

—¡No hablarás en serio! —estallo—. Era una broma.

—No se bromea con ese tipo de cosas. —Waltheof habla de nuevo en sajón—. No resulta fácil suprimir el paganismo en estas tierras. Cuando mujeres como tu madre usan hierbas para curar enfermedades y calmar los dolores de la gestación, esposas e hijas se apegan a los antiguos dioses, lo cual dificulta nuestra misión. Pero ya ha dejado de hacer daño.

—¿La habéis matado?

Miro a uno y a otro. Waltheof se regodea en silencio de mi desgracia. Es el hermano Selwyn quien se encarga de explicar la ausencia de mamá.

—Por supuesto que no —dice—. El asesinato es un pecado mortal. Tu madre ha vuelto a ser vendida a los infieles que la trajeron aquí.

Me volví hacia la enorme silueta encorvada del herrero.

—¿Los monjes han vendido a mi madre?

Alton evita mi mirada. Como en un destello veo ahora lo que ha intentado contarme desde que me atrapó con la nariz contra la pared de la herrería. No han sido los monjes los que han vendido a mi madre. Lo ha hecho él mismo. La asustada mirada de reojo que dirige al hermano Waltheof me dice que el magro monje lo ha presionado. La excomunión es una amenaza que ningún cristiano puede tomarse a la ligera. Pero en el gesto convencido del semblante barbudo compruebo además que Alton no se siente culpable. Mamá se había convertido en un lastre para él. Su hermosa hija estaba prometida con el hijo del ealdorman, y esa boda elevaría su estatus en Teurintone de manera significativa.

Sin embargo, él no podría buscarse una nueva esposa mientras todos en la aldea conociesen su relación con la bruja del bosque. Mamá ya no era tan joven, y siempre había sido difícil. De cualquier modo, lo mejor para él era que ella desapareciese.

—Vendí a Ingrith a un comerciante de Ripa —dijo al fin—. Ella siempre soñó con regresar a su país.

—No como esclava —bufé.

Su mala conciencia le hizo apartar la mirada. Debía de haberle prometido a mamá la libertad por tenerla durante todos estos años. Y había faltado a su promesa.

—La cuestión es que ella está lejos —interrumpe el hermano Waltheof—. Y ahora hemos de considerar qué va a pasar contigo.

Waltheof se tomó en serio la maldición de mamá y teme que yo haya heredado sus facultades. Contemplo a los tres hombres a la luz de las llamas y, de pronto, comprendo lo que tengo que hacer.

—¡Escúchame, Odín! —grito hacia el cielo oscuro—. Lanza tu ira sobre estos hombres.

Las palabras acuden a mí de forma espontánea. Sólo Waltheof las comprende. Palidece de pavor. Sin embargo, la intención es clara también para los demás.

—Crux sacra sit mihi lux! —grita el hermano Selwyn mientras alza una

mano manchada de tinta contra mí—. Non draco sit mihi dux.

El monje escriba continúa con su fórmula de abjuración a coro con mi propia parrafada.

—¡Haz que tus cuervos les saquen los ojos!

—Vade retro satana!

—Hel, haz que los monjes se hielen en las profundidades del Niflheim.

—Numquam suade mihi vana.

—Thor, haz que tu martillo haga añicos a los hombres dañinos.

—Sunt mala quae libas.

—¡Loke, haz que sufran por sus crímenes!

—Ipse venena bibas!

El tiempo se detiene. Nuestras voces se entrecruzan y ascienden con las ascuas como serpientes danzantes hacia las estrellas.

Entonces Alton se lanza hacia delante.

—Calla, muchacho. —Pone su enorme mano sobre mi boca—. ¿No comprendes que así sólo consigues cavar más profundamente tu propia fosa? ¡Los monjes te colgarán por herejía!

¿Por qué el herrero teme por mí cuando no le importó nada el destino de mamá? ¿Por qué ha intentado salvar mi vida durante toda la noche? Miro su semblante barbudo en busca de respuestas y comprendo que quiere atarme a él. Quiere lo único que siempre ha echado en falta: el heredero varón que su esposa no llegó a darle.

El enojo por su hipocresía bulle en mí. Me retuerzo en su abrazo gruñendo como un lobo.

Un eco procedente del lindero hace que los cuatro nos quedemos en silencio.

Por el extremo del claro aparece una silueta blanca a cuatro patas. Hrow arquea el lomo y eriza el pelo. Los dientes que deja al descubierto brillan amarillos a la luz de las llamas. Alton grita, no al ver el lobo sino porque le muerdo el dedo. Mi boca está libre. Ladro indicando que necesito ayuda, gruño de modo salvaje, Hrow lo entiende y viene a la carrera; los monjes gritan presas del pánico, pero la amenaza inminente y objetivo de la loba es el gigante barbudo que me tiene sujeto con su abrazo de hierro. Ella no comprende que los enemigos aparentemente menos agresivos, el monje magro y su acompañante, son los más peligrosos, pero ya es demasiado tarde. Noto estremecerse el cuerpo

de Alton. La sangre gotea sobre mí cuando Hrow le rasga el cuello. Las manazas me sueltan. El herrero resbala hacia atrás para aterrizar pesadamente sobre la tierra cubierta de nieve. Le birlo el cuchillo que lleva en la funda junto al cinto.

—Vade retro —gritan los monjes a coro como si eso pudiera salvarlos.

Hrow y yo nos aproximamos a las lastimeras siluetas con hábitos. Con el ardor de las llamas detrás de nosotros arqueamos el lomo, gruñimos y enseñamos los dientes.

Hrow toma impulso. Waltheof emite un chillido estridente. La loba salta y cuando está en el aire le clavan una lanza que me deja paralizado. Ella tumba al magro monje, da vueltas con él sobre la nieve y se queda tendida mientras él rueda más allá.

—¡Hrow!

Caigo de rodillas. El cuerpo de Hrow se ha relajado. La sangre de la loba tiñe de rojo la nieve. Con un gemido y una expresión interrogante levanta su mirada amarilla hacia mí. Un instante después está muerta. A mis espaldas se oye un griterío. Los aldeanos han regresado.

—Amigos míos, mis queridos amigos.

Waltheof se ha puesto en pie recobrando la serenidad. El hermano Selwyn sigue petrificado. Debajo de él un charco amarillo se extiende por la nieve.

—Que el Señor bendiga vuestro valor, como dice el Redentor. Habéis regresado en el momento justo. ¿A quién he de agradecer la muerte del hombre lobo?

Un hombre en la treintena vestido de negro de forma distinguida se adelanta.

—Noble ealdorman —Waltheof cae de rodillas—, mi agradecimiento no tiene límites.

—Puedes guardarte tu agradecimiento —dice el ealdorman con expresión de asco en el rostro—. Me conformo con que recuerdes nuestro pacto.

Sus intrigas me traen sin cuidado. Entierro mi rostro en el pelaje ceniciento y aspiro el fuerte olor a tierra y almizcle. Noto unas manos que me agarran y tiran de mí para ponerme en pie. Los acompaño sin oponerme. Al pasar junto a mi padre, que se ha desangrado sobre la nieve, no siento nada. Es Hrow quien me entristece.

—El chico es un wicca peligroso —oigo que le susurra Waltheof al reeve Eldrid, que se ha callado respetuosamente ante la amistad del monje con el ealdorman—. Ha recitado versos extraños, ha hecho aparecer al hombre lobo y ha matado al herrero. ¡Hay que colgarlo cuanto antes!

El reeve pide a los aldeanos que me lleven al salón para encerrarme allí hasta que la sentencia pueda ser ejecutada.

SEXTA PARTE

Primavera de 867

Aunque sea ya un anciano, aquellos sucesos virulentos que tuvieron lugar hace mucho tiempo siguen presentes en mi recuerdo. La memoria funciona de un modo tan sorprendente que a mi edad uno recuerda mejor su lejana juventud que lo ocurrido pocos días antes.

A pesar de que mi punto de partida era humilde, no lo hice mal, si se me permite decirlo. Me siento en una agradable silla forrada con piel de carnero frente a la lumbre del salón de mi poderoso castillo construido en piedra. Junto a la puerta, un sirviente espera en pie dispuesto a obedecer la más mínima señal por mi parte, mientras que en la cocina el cocinero y sus ayudantes trabajan preparando mis platos preferidos. Desde las ventanas abovedadas alcanzo a ver las fértiles tierras y el trabajo de mis siervos de la gleba. A lo lejos se extienden los bosques, de los que saco madera para mi flota, hasta la misma costa, donde las naves largas están listas para defender las incursiones en mis dominios marinos. Tengo todo lo que un hombre puede desear. Soy un privilegiado al que la fortuna ha sonreído como a pocos. Sin embargo, sufro la particular maldición de la vejez: extraigo la sabiduría de mis experiencias cuando ya es demasiado tarde para despertar el interés del presente.

Mi hijo, a pesar de sus muchas cualidades, no está en absoluto interesado en la palabra escrita. Apenas si le apetece leer una sucinta carta, y no porque sea analfabeto, sino por ser un espléndido mozo, alto y espaldudo, además de jovial. No hay hijo que haya llenado nunca de mayor orgullo a su padre. Por supuesto, está henchido de la intrepidez propia de la juventud y afronta riesgos innecesarios que habrían conducido a su madre, bendito sea su recuerdo, al

borde de la desesperación, pero sé que lo hemos instruido bien y que está preparado para enfrentarse a los retos de la vida. Con su espada larga hiende cráneos y cajas torácicas como si fueran cercas trenzadas, aunque también es capaz de mostrar piedad. Su arrojo está impregnado de la cauta reflexión que me ha llevado a mí tan lejos, pero también de una previsión fría y calculadora que, de vez en cuando, me hace pensar en Ivar Sin Piernas.

Jamás un caudillo ha alcanzado el verdadero respeto de sus subordinados haciendo un uso premeditado y desaprensivo de todo y todos los que le rodean. El soberano hábil gobierna con una mezcla de sabiduría, misericordia, astucia y cálculo. Aquellos que están bien provistos de las dos primeras cualidades raramente medran en el poder, pero los que sólo poseen las dos últimas están condenados a ser temidos y aborrecidos mientras congregan hombres en torno a ellos cuyo único objetivo en la vida es ocupar su puesto. Los primeros no suelen durar mucho en el trono. Los últimos encuentran siempre un violento final. Ivar Sin Piernas nunca fue capaz de ponerse en la piel de los demás en lo que respecta a sus sentimientos, sólo en lo que pensaban y ambicionaban, para ver cómo podía usarlo en la consecución de sus propias metas. Esas carencias mentales invisibles fueron más decisivas en su caída que las físicas y perceptibles.

Podría hablar de ello durante horas, y a menudo lo hago con la esperanza de que en alguna medida calen las amargas experiencias que conforman mi sabiduría de la vida. Hace apenas un año mi hijo asumió, con mi bendición, el mando del ejército que durante tantos años me he esforzado por constituir y mantener unido. En cuanto tiene ocasión marcha a la guerra para ampliar las fronteras del reino y, de paso, alejarse de casa ahorrándose tener que escucharme.

Pero así debe ser.

El privilegio de la juventud radica en tratar con desprecio el pasado para poder vivir sus propias experiencias en el presente. Posiblemente eso significa que los jóvenes están condenados a repetir nuestros errores. Pero basta ya de hablar de ello. Mucho peor es para mí tener que confiarme únicamente a mi pergamino.

Quizá alguna vez, en un tiempo muy lejano, alguien se pregunte de qué manera los acontecimientos del pasado han contribuido a conformar su vida;

entonces mis papeles podrían despertar interés. Por esa razón me esfuerzo en dar amplia cuenta de los muchos sucesos de mi larga vida. Sólo los dioses saben si alguna vez tendrán sentido para algún otro que no sea yo mismo. Una cosa sin embargo es segura: cuando miro atrás, unas pocas experiencias destacan nítidamente entre la gran cantidad de sangrientas luchas y aventuras, engaños y heroicidades, muertes y matanzas. Una de ellas es mi estancia en el pozo de la cárcel de Jorvik.

Demasiado tarde me di cuenta de que debería haber sujetado el columpio. Cuando se me ocurrió, Ivar Sin Piernas ya había empezado a izarlo. Al cerrarse la trampilla pesadamente por encima de mí y cernirse el silencio, el miedo hizo que me desmayase. Sólo muy lentamente logré recuperar mi entidad en la completa oscuridad. Me apoyé en la pared de piedra esforzándome por controlar mi propia respiración. Prestaba oídos al más leve ruido de reptiles. No se oía nada en la profundidad del pozo.

Me quedé quieto de pie tanto tiempo que empecé a sentir calambres en las piernas. Con cuidado desplacé la suela de mi bota por el suelo rugoso y rocé algo blando. Del sobresalto reculé. Sudaba y, a pesar del frío, la espalda de mi saya estaba empapada.

De nuevo reinaba el silencio.

Quien nunca haya estado encerrado en completa oscuridad, privado de cualquier sensación que no sea la de la piedra áspera bajo las yemas de los dedos y el regusto a vómito en la boca, apenas comprenderá mi pavor. Era mucho peor que el miedo antes de una batalla. Más arrollador que el horror vivido en un muro de escudos cuando la escuadra del enemigo se aproxima con los semblantes crispados ávidos de sangre.

Lo que me invadió fue temor del mismísimo temor.

La conciencia de que había serpientes hizo que mi miedo borboteara hasta alcanzar el pánico como una olla que hubiera estado demasiado tiempo al fuego. Ahora sabía lo que Ragnar Calzas Peludas debía de haber sentido cuando estuvo en ese mismo lugar. Su presencia me parecía más acusada en la oscuridad que cuando me hallaba bajo la lona junto a su cuerpo inerte. Con un año de diferencia, nuestras circunstancias comunes crearon un vínculo entre nosotros. Casi sentía que podría tocarlo si soltaba la pared y extendía el brazo. No era una sensación tranquilizadora.

Mi garganta se encogió como si las serpientes ya me hubieran mordido. Aspiraba superficialmente, sin que el aire llegase a mis pulmones. El estrecho cilindro del pozo comenzó a rotar en torno a mí y la mole de las paredes me aplastaba, mantuve el equilibrio apoyándome en las piedras húmedas, pero aun así tuve que hundirme de rodillas, porque cuando logré respirar de nuevo, me encontré sentado en el suelo con las manos relajadas a los lados. Y bajo una de mis palmas noté la espalda escamosa de una víbora.

No me atreví a moverme.

Los impulsos golpeaban el interior de mi cráneo.

Sólo paulatinamente me di cuenta de que la serpiente no se movía, de que su cuerpo plano estaba rígido como un palo. Aun así tardé mucho tiempo en decidirme a tocarla con precaución, deslizando las puntas de los dedos por su espalda. Con náuseas en la garganta percibí las pequeñas vértebras a través de la piel escamosa.

La serpiente seguía quieta.

Por fin, en un arrebato temerario, agarré el extremo de la cola y la alcé. Se partió emitiendo un sonido seco apenas audible. Me quedé con un trozo entre los dedos.

No me enteré de lo que pasaba enseguida, pero al caer en la cuenta me resultó difícil parar de reír. Cuando Jarvis y yo vimos arder la antorcha en el fondo del pozo desde el borde del agujero las serpientes seguían vivas, pero había transcurrido todo un invierno desde entonces. Ahora únicamente quedaban pequeños cadáveres resacos.

Poco a poco, la alegría desapareció. Continuaba preso en un profundo agujero, sin comida ni agua y vigilado por un monje desquiciado sediento de venganza.

Quizá las serpientes habrían sido, después de todo, la más benigna de las alternativas.

Cuando la trampilla chirrió al abrirse tuve que ponerme una mano delante del rostro para proteger los ojos de la luz de la antorcha. No esperaba ya nada bueno del mundo de arriba y me acurruqué pegado a la pared curva. No sabía cuánto tiempo llevaba dentro del pozo. Mi percepción del mismo había desaparecido en la oscuridad y el silencio.

Un hombre llamaba en sajón. Pensé que la ciudad habría caído y que era algún soldado de Osbert o Ælla. Entonces reconocí la voz.

—¿Hermano Jarvis? —respondí levantándome.

Se oían varias voces hablando a la vez. Los sonidos retumbaban en las piedras. El columpio daba golpes contra el muro al bajar. Me quedé con él entre las manos un buen rato antes de comprender qué debía hacer. Pasé el nudo corredizo por el cuerpo y empujé el asiento debajo de mí. La maroma se tensó cuando alguien en la parte de arriba hizo girar el cabrestante. El suelo desapareció bajo mis pies.

Iba camino de la luz.

—¿Quién te ha metido ahí? —preguntó Hastein en cuanto mi cara apareció por el borde del pozo.

La antorcha me deslumbró, pero reconocí el movimiento con el que se apartó el rubio flequillo de los ojos. Detrás de él estaba Ylva inclinada sobre la cabria.

—A éste no hemos podido sacarle ni una palabra —dijo ella señalando con la cabeza al hermano Waltheof.

Con los ojos llorosos intenté enfocar la vista en el contorno impreciso del magro monje. El reflejo de la hoja de un cuchillo parpadeaba en la pequeña

mano de una silueta encorvada junto a la alta silla. Sonreí al hermano Jarvis y presentí que él asentía de forma mesurada en respuesta.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—He bajado a la sala del trono sobre la Puerta del Rey para ir al encuentro de Bjørn Costado de Hierro —respondió Hastein—. Por desgracia estaba borracho e intratable, de modo que he considerado que lo más sensato era no molestarlo. Al volver al palacio episcopal en tu busca he visto a Ylva frente a la estancia de Ragnar Lodbrog y le he contado lo de Brage Hijo de Bodda y su pulsera. Hemos empezado a buscarte y nos hemos topado con tu amigo monje, quien nos ha traído a las mazmorras.

Miré a Jarvis. Mi vista ya había mejorado.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Tuve un sueño —respondió el pequeño hermano lego—. Te vi bajo tierra en una silenciosa oscuridad. Me desperté con el fuerte presentimiento de lo que ello significaba.

Las profecías nocturnas de Jarvis solían ser motivo de reflexión después de que el tiempo y los acontecimientos hubieran revelado su significado. Era la primera vez que un sueño le había permitido intervenir en una cadena de sucesos mientras aún se estaba desarrollando. Agradecí en silencio al dios o los dioses que le enviaron la visión, aunque no había tiempo de considerarlo con detenimiento.

—¿Han tomado la ciudad los sajones? —pregunté.

—Para ello tendrían que haberse dado una prisa vertiginosa —respondió Hastein—. Aún no ha amanecido.

Sólo había estado en el pozo un par de horas. La información me dejó un gusto desleído en la boca, como si hubiera bebido una taza de algo que pensaba que era venenoso para enterarme después de que se trataba de agua salada.

—Sé quién asesinó a Ragnar Calzas Peludas —dije.

La revelación me llegó en la oscuridad. Rigurosa y metódicamente había ido recordando todo lo sucedido desde la primavera, más para mantener la calma que por que esperara sacar provecho de mi saber. Cuando al fin lo entendí, todo me pareció muy simple.

—Fue Sigurd —dijo Hastein a los demás, ansioso por contribuir. Desde su silla Waltheof resopló con desprecio.

—No fue Sigurd Ojo de Serpiente —dije.

—¿Quién entonces?

Las miradas interrogativas me hicieron dudar, no de la identidad del criminal, sino de si era prudente desenmascarar al culpable antes de tiempo. En lugar de ello me volví hacia Jarvis.

—Sé que has cuidado a Waltheof desde que llegó aquí. Seguro que te ha contado todo tipo de cosas sobre mí, y ésa es la razón de que estuvieses tan distante cuando nos volvimos a ver en El Jabalí Cojo.

El pequeño hermano lego batallaba con la respuesta. Apartó de mí la mirada para dirigirla al magro monje de la silla.

—Waltheof se encontraba en un estado espantoso. Pero siempre ha sido más celoso que fidedigno, así que confiaba en que exagerara.

—Wulf es un adlátere del diablo —dijo Waltheof con un chillido estridente—. Intentó matar al hermano Selwyn, que en paz descansa, pero dejó que lo hiciera su diabólica mujer en vez de él. ¡Tienes que creerme, querido hermano, ésa es la verdad del Señor, como dice el Redentor!

Jarvis me contemplaba a la espera. Como no respondía, mi antiguo mentor prosiguió con una inusitada dureza en la voz:

—No tuve noticias tuyas en todo el invierno. Cuando nos encontramos ibas en compañía de ladrones y querías hacerte con las reliquias de plata, pero entonces empezaste a indagar la muerte de Ragnar Lodbrog. Yo ya no sé lo que buscas.

Las alianzas que Jarvis y yo nos habíamos visto obligados a contraer, cada uno por su lado, se interponían entre nosotros. No podía reprocharle su desconfianza y no me sentía capaz de explicarle mis decisiones. De manera que preferí intentar obtener respuesta a otra cuestión sobre la que había reflexionado en el pozo.

—La noche en la que ardió la choza del bosque —le dije a Waltheof—, el *ealdorman* mencionó que él y tú teníais un acuerdo: te prometió su apoyo cuando llegase el momento de elegir un nuevo abad en el monasterio de San Cuthbert.

—No pedí más de lo que merecía —escupió Waltheof en su defensa—. Primero participé en la caza del hombre lobo, y después Selwyn y yo nos ofrecimos voluntariamente a cuidar del monasterio durante la ausencia del resto.

Nos expusimos a un gran peligro.

—Y una vez que fueras abad le devolverías al *ealdorman* los terrenos que su padre había donado al monasterio antes de morir.

—Ésa es una acusación completamente disparatada —bufó Waltheof, de forma que nadie pudiera plantearse la verosimilitud de la teoría. La ancha boca bajo la venda negra se torció en una mueca de desprecio. El cuerpo magro parecía estar sentado sobre un hormiguero.

—¿Por qué hablas la lengua de los nórdicos? —seguí preguntando.

—Waltheof es de origen danés —respondió Jarvis—. Su padre lo dejó de jovencito en un monasterio de Anglia Oriental.

—Si hay que contar mi historia —interrumpió el hermano Waltheof—, prefiero hacerlo yo mismo. No me dejaron, sino que yo elegí quedarme tras haber visto la luz y entregarme al Señor. En Anglia Oriental fui educado con gran severidad y mortificación, hasta que mi abad decidió enviarme al norte, donde él pensaba iba a encajar mejor.

Jarvis sonrió y puso el cuchillo contra el cuello de Waltheof.

—¿Y qué es lo que tu abad en Anglia Oriental le escribió al hermano Offa? «En las tierras del norte es posible que no exista tanta inquietud por el bienestar de los adolescentes como aquí en Anglia Oriental, pero lo dejo a tu criterio, querido amigo.» ¿No eran ésas las palabras?

A causa de la ira y la frustración sexual, Waltheof estaba al borde del llanto. Tuvo la mala suerte de acabar en el monasterio de Creca, donde el escribiente del abad Æthelbert se tomó tan en serio el bienestar de los novicios como el abad de Anglia Oriental. Aún hoy sigo estándole agradecido al hermano Offa por ello.

—Yo también velé por los novicios —prosiguió Jarvis— hasta aquel día de invierno en el que oímos hablar del asalto de los nórdicos; entonces empaquetamos las reliquias y pusimos rumbo a Eoforwic.

—Ahora la ciudad se llama Jorvik, anciano —dijo Ylva.

—Ya veremos cuánto dura eso —respondió Jarvis.

—Que el Señor te oiga —añadió Waltheof, subrayando con dicha observación la profusión de intereses contrapuestos que nos unían y separaban.

Sajones, nórdicos, cristianos, paganos, amigos, enemigos, nuestro grupito era una edición en miniatura de los millares que se preparaban para matarse los unos a los otros en la ciudad, fuera del sótano de la prisión.

—¿Y ahora adónde vamos? —preguntó Jarvis bajo la débil luz del amanecer que se colaba por encima de la muralla de Jorvik cayendo sobre el jardín del palacio episcopal.

El pequeño hermano lego, Hastein, Ylva y yo estábamos detrás de la iglesia de piedra de Jorvik, considerando las opciones. A pesar de que Jarvis nos había asegurado que Waltheof no podía salir a la luz del día sin que el dolor lo inmovilizase, cerramos tanto la puerta de la escalera que conducía al sótano de la prisión como la entrada al edificio alargado.

—Bjørn Costado de Hierro —respondí.

Aún seguía pareciéndome que el padrino de Hastein era el mejor aliado que podíamos encontrar para la desproporcionada tarea de desenmascarar a un asesino y salvar una ciudad de la destrucción.

—Sería un detalle —dijo Hastein— que nos contaras quién es *entonces* el asesino. Estoy convencido de que Bjørn va a exigir saberlo.

—Seguro que Rolf tiene algún motivo para mantenerlo en secreto —dijo Jarvis.

A decir verdad, no estaba seguro de que mis amigos fueran a creerme. Miré a Jarvis con agradecimiento, tanto por su apoyo como por el reconocimiento que hacía a mi nueva identidad. Nuestros intereses contrapuestos habían hecho que nos separáramos, pero en el día postrero de nuestra amistad nos mantuvimos unidos con la esperanza de que así consiguiéramos sobrevivir.

—¿Está Bjørn Costado de Hierro en la sala del trono? —preguntó Ylva.

—Allí es donde se halla su plata —respondió Hastein.

Ya no había nadie de guardia junto al portón del palacio episcopal. También la plaza de la iglesia se encontraba desierta. Las hogueras de la noche en vela dejaron dibujados sobre la tierra círculos de madera carbonizada. Por un instante creímos que la ciudad había sido abandonada. Entonces oímos gritos procedentes del extremo sur de la calle de Pedro. Los defensores estaban reunidos sobre la muralla, muy pegados a ambos lados de la sala del trono y sus dos angulosas torres de vigilancia.

—Instigan a los sajones para que ataquen —dijo Ylva.

—¿Se han vuelto locos? —preguntó Jarvis.

—Nos hemos perdido el discurso de Ivar Sin Piernas al alba —dijo Hastein—. Lo que les ha dicho ha debido encender su espíritu de lucha.

Corrimos a lo largo de las empalizadas provisionales que cercaban la calle de Pedro. A la luz del día semejaban vallas de un hombre de altura construidas de mala manera. Es posible que sirvieran para mantener en la calle a ovejas o vacas sueltas, pero no parecía que pudieran evitar la entrada del enemigo; ni siquiera a pesar del terraplén que se construyó a los lados de las barreras, de forma que uno podía mirar desde arriba el cercado.

En la zona despejada tras el portón el día anterior, a la sombra de la parte posterior de la sala del trono, se hallaba una fuerza de cincuenta guerreros poderosamente armados. Desconocíamos sus intenciones.

—Vamos al encuentro de Bjørn para oír cuál es la estrategia —dijo Hastein.

—Podéis hacer lo que queráis —dijo Ylva—. Yo voy a ver lo que ocurre en el campo.

Ivar Sin Piernas permanecía con los hombres de su escolta sobre la muralla al este de la sala del trono, de modo que corrimos hacia el oeste para rodear la rancia mole, pasamos junto a los cincuenta guerreros y subimos por una escalera hasta el parapeto donde los nórdicos se hallaban hombro con hombro. Tuvimos que empujar y apretujarnos para avanzar y lograr ver las tropas de los sajones en formación, que se mantenían a la distancia de un disparo de flecha de la ciudad. Una multitud de soldados a pie y campesinos se acurrucaban detrás de un muro de escudos. Más allá, los jinetes refrenaban sus caballos bajo una infinidad de estandartes. Los dos de mayor tamaño eran bien conocidos: la cruz blanca sobre fondo negro y el hacha de guerra roja sobre fondo blanco. Ælla y Osbert habían reunido el apoyo de *thegns* y *ealdormen* de toda Northumbria.

—¿A qué esperan? —pregunté.

—Puede que a eso —dijo Ylva mientras señalaba.

Desde la ribera del río se elevaba hacia las nubes una débil columna de humo. Mientras la mirábamos se tornó negruzca. El silencio se extendió entre los nórdicos del parapeto ansiosos por luchar.

—Son los barcos —dijo uno.

—¡Los sajones están prendiendo fuego a las naves largas! —gritó otro.

Entre empujones, apretujones y confusión, los alterados hombres nos obligaron a desplazarnos con ellos hacia la esquina del bastión. Desde allí pudimos ver cómo tres de las siete naves largas que había junto a la orilla del río ya estaban en llamas. Los sajones de las barricadas levantadas sobre el puente de piedra no eran soldados de a pie sino arqueros. Una nube de flechas incendiarias subía desde allí, describía una curva en el cielo y caía en los cascos despejados de los navíos.

Más allá, otros defensores de la ciudad pegados a la muralla se dieron cuenta de que pasaba algo en el río. Entre los que acudieron, reconocí el pelo y barba rojos sobre el manto azul de Ivar Sin Piernas. Un hombre pequeño, cuadrado e insignificante, con nariz de tapón y labios abultados en su rostro barbudo se mantenía muy próximo a él. El conde danés había liberado a Brage Hijo de Bodda antes de ocuparse de la defensa de la ciudad. El maestro escaldo devoraba con ojos bien abiertos los dramáticos acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor. Sin duda estaba registrando todo lo que ocurría para usarlo posteriormente en un relato. Al igual que todos los demás, la desigual pareja estaba absorta en los barcos que ardían en la ribera del río y no miraban hacia nuestro lado. Algunos de los nórdicos pasaban sus piernas por encima del parapeto y se colgaban de los brazos para dejarse caer al foso de la muralla desde la menor distancia posible, y así llegar hasta el río para salvar los preciados barcos.

No debería habersele escapado a nadie que justo en ese instante de tumulto y completa confusión los sajones atacarían. Los portadores de escudos se hicieron a un lado para dejar avanzar dos filas de hombres que se habían mantenido ocultos. Amarrado por cuerdas de cuero llevaban entre ellos un grueso tronco de roble. Al abrigo de una lluvia de flechas, corrieron a lo largo de la pendiente de la calzada romana para golpear el martinete contra el pilar central del doble

portón. La vibración se difundió por la mampostería hasta el bastión donde nos encontrábamos.

—¿Por qué golpean el pilar en lugar de forzar el portón para que se abra? — pregunté.

—La sala del trono tiene cientos de años —dijo Jarvis—. Es mucho más vieja que la puerta. Osbert conoce los puntos débiles.

Entre gritos y chillidos los sajones hicieron retroceder el ariete veinte pasos y, tras recibir una orden estridente, avanzaron de nuevo a la carrera. Esta vez no nos alcanzó el temblor, pero a cambio hicieron más daño a la sala del trono. Del muro posterior de la construcción cayeron piedras y fragmentos. Los cincuenta hombres situados en el solar despejado detrás del portón tuvieron que apartarse para no ser alcanzados. El grueso de las fuerzas se mantenía a distancia, esperando a que llegase el momento preciso.

Los ojos verde azulado de Ivar Sin Piernas alcanzaron los míos sobre las numerosas cabezas cubiertas con yelmos justo en el instante en que un nuevo temblor se extendía por la vetusta mampostería. Sonrió con ironía y saludó. Después se volvió hacia sus hombres.

—Bajad de la muralla, mis hombres —gritó—. Defended las empalizadas.

La maniobra parecía acordada de antemano. Los guerreros más jóvenes bajaron ágilmente por la cara interna de la muralla a lo largo del herboso terraplén, mientras que los de más edad y experiencia usaban las escaleras y escalas. Un pesado runrún recorrió el suelo y el parapeto.

Mi mirada buscó de nuevo la sala del trono de los reyes sajones.

La vetusta construcción de piedra romana y sus dos torres desgarradas había empezado a inclinarse hacia fuera. Se ladeó lentamente hasta sobrepasar su centro de gravedad. Con un estrépito ensordecedor, que parecía proceder del interior mismo de la tierra, la mampostería se desintegró, derrumbándose y provocando una nube de polvo sobre la hierba del campo, la calzada romana y los pocos edificios que había al otro lado de la Puerta del Rey.

Se elevó un poderoso bramido. El ejército sajón empezó a moverse en dirección al amplio agujero que la sala del trono había dejado en la muralla de Jorvik. Los estandartes con la cruz y el hacha ondulaban sobre sus astas. Los jinetes espolearon los caballos.

Comenzaba el asalto de los sajones a Jorvik.

—¿Bjørn? —La voz de Hastein temblaba. Su rostro se volvió blanco como la harina. Se pasó una mano por el rubio flequillo.

Hasta el último guerrero había desaparecido de la muralla. Ylva, Jarvis, Brage Hijo de Bodda y yo nos quedamos en silencio junto al parapeto. Incluso Ivar Sin Piernas pareció por un instante paralizado por la impresión de haber perdido a su hermanastro mayor al venirse abajo la sala del trono. Sin embargo, no era pena lo que leí en su mirada aguamarina, sino un frío cálculo.

—Si quieres vengar la muerte de tu padrino —le dijo a Hastein—, ya es hora de que te unas a tus compañeros en las empalizadas.

Hastein miraba indeciso al conde de la barba roja y a la nube de polvo de los escombros que se aproximaba lentamente. Bajo ella se ocultaban las primeras filas sajonas, pero su colectivo y confiado bramido victorioso se oía con claridad. La pena empañaba la mirada de Hastein. Desenvainó su espada, saltó para bajar por el terraplén de hierba y desapareció de la vista entre las casas de la ciudad.

—Ylva —prosiguió Ivar Sin Piernas—, no has escuchado mi discurso, así que ignoras que he prometido a todo guerrero superviviente una pieza de plata por cada muerto sajón. Eso vale también para ti.

La escudera tardó un momento en decidirse. Después se encogió de hombros y desapareció por el mismo camino que Hastein.

—De mí no vas a librarte —dijo el hermano Jarvis enderezando la espalda.

—No deseo librarme de nadie, monje. Sólo procuro que todos estén en su puesto cuando irrumpen los sajones. Es asunto tuyo si eliges a Rolf o a

Æthelbert. Pero si cuentas con que Osbert le perdone la vida a tu obispo, eres más ingenuo de lo que creía.

El hermano Jarvis apartó la vista de mí para dirigirla a Ivar Sin Piernas y a los guerreros sajones.

—Protege a tu obispo —dije asintiendo.

Jarvis se había arriesgado ya mucho por mi culpa. No podía pedirle que tirase por la borda aquello en lo que creía y el porvenir de la Iglesia en Northumbria. De todas formas, su mirada estaba llena de reservas cuando se marchó por el mismo camino que Hastein e Ylva.

—¡Fue él! —Brage Hijo de Bodda, que ya no podía ver a los sajones a causa del polvo en suspensión que se acercaba cada vez más, se había vuelto en el parapeto y fijado en mí—. ¡Me maltrató, me ató!

—Lo sé, Brage. —Ivar no apartaba su mirada de mí—. Creo que deberías unirte a los demás en las empalizadas.

—¡Un malvado como él merece ser azotado por haberme ultrajado!

El cuerpecito compacto del maestro escaldo vibraba iracundo y escandalizado. Se sentía seguro al lado de su conde.

—Rolf no dejará de recibir su castigo, Brage. Ahora reúnete con los demás.

—Pero, conde Ivar, se llevó la esclava que tú me diste. Quiero que me la devuelva.

—¡Brage Hijo de Bodda! —bramó Ivar Sin Piernas—. Lárgate. Haz aquello por lo que te pago y reúne material para un poema sobre la caída de Northumbria.

Cariacontecido, el maestro escaldo bajó por entre las casas para desaparecer en dirección a la calle de Pedro. No quedaban más testigos sobre la muralla.

—Sé quién asesinó a Ragnar Calzas Peludas —dije mientras miraba a Ivar Sin Piernas.

El conde de la barba roja desapareció en la nube de polvo que avanzaba por encima de la muralla. Me quedé quieto y dejé que me tragara a mí también.

—¿Esta vez no te equivocas?

Perseguí su voz adentrándome en la nada. El grueso polvo escocía en los ojos, la gravilla crujía entre los dientes. En un instante mi boca se secó. Me envolvió una nada opaca, onírica. El bullicio del combate se me antojó más débil, los gritos menos molestos. Oía el tintineo arrítmico de unas armas contra

otras como si yo tuviese alrededor de la cabeza varios trozos de tela.

—Has de saber que todo lo que está ocurriendo hoy aquí estaba planeado al detalle. —Oí la voz del conde de la barba roja a lo lejos, delante de mí.

—Bobadas —respondí apretando el paso—. No previste que los sajones fueran a destruir su propia sala del trono.

Su risa sonó a tan sólo unos pasos de distancia. Si en un momento dado me pareció soleada y llena de alegría despreocupada, ahora me dejó helado.

—Admito —dijo— que no conozco lo suficiente los edificios de piedra como para saber si son o no sólidos. Pensaba que tendríamos que atacar para atraer a las hormigas al interior de la ciudad.

Eso explicaba la presencia de los cincuenta guerreros que esperaban detrás de la Puerta del Rey, pero no cambiaba nada. Deseaba ver la expresión del semblante de Ivar Sin Piernas cuando reconociese su derrota. Me merecía esa alegría, aunque hubiese de ser la última.

Un soplo de viento hizo que el ambiente se despejase de pronto. Delante de mí, junto al agujero de la muralla, había una silueta alta y clara. Su manto estaba gris de polvo, el pelo y la barba casi blancos. Observaba el espectáculo debajo de nosotros.

Desde las empalizadas provisionales en torno al solar y la calle de Pedro, los nórdicos incitaban al enemigo a atacar. Los sajones les complacieron. Una compacta horda de hombres y metal se lanzó sobre las débiles barreras, que eran lo único que impedía su entrada a la ciudad. Sus fuerzas atacantes eran al menos de mil hombres contra trescientos.

—Viendo todo esto —sonrió Ivar Sin Piernas—, ¿cómo puedes creer que tenga alguna importancia quién mató a Ragnar Calzas Peludas? Nosotros los nórdicos somos lobos y osos. Los dioses decidieron hacernos más fuertes y listos que los sajones. Estamos en nuestro derecho de tomar su país y hacer nuestras sus riquezas. No se las merecen. Nosotros sí.

—Northumbria gozaba de vitalidad y abundancia mucho antes de que vosotros llegaseis —dije—. El rey y sus *ealdormen* acaparan mucho poder, pero cuidan de que haya ley y orden, así como de que los campesinos no pasen hambre. Los depredadores sólo saben matar. De camino aquí viste los campos de cultivo asolados. Igual que en Irlanda. Tú mismo te indignaste por ello.

—Bien sabes —objetó— que no era eso lo que yo quería.

—No podías impedirlo. Tus nórdicos hacen lo que les place con independencia de lo que tú digas. Si alcanzas el poder por el que te afanas, será el fin de Inglaterra. Y entonces te verás obligado a seguir adelante. ¿Qué conquistarás la próxima vez? ¿El reino de los francos? ¿Hispania? Nunca lograrás tener un imperio. Destruyes todo lo que tocas.

Mis palabras hicieron que su sonrisa palidiera. Los últimos tiempos habían demostrado que la acusación no carecía de fundamento.

—¿Y tú crees —dijo pausado y grave— que puedes detenerlo desenmascarando a un asesino?

—Ya da lo mismo. Tras la derrota en Jorvik lo que quede de tu ejército se dividirá en pequeñas bandas que serán destruidas con facilidad.

—¿Derrota? —repitió—. Te equivocas, Rolf. Vamos a ganar esta batalla.

La sonrisa altanera en su rostro lleno de polvo me llevó a reconocer que mi franqueza había sido un error. Ahora Ivar Sin Piernas sabía cuál era mi posicionamiento. Avanzó un paso al frente con una mirada amenazadora en sus ojos azul verdoso. Yo di el correspondiente paso hacia atrás. En ese momento sonó un cuerno por oriente. Los dos nos volvimos en dirección al sonido.

A la cabeza de una tropa de al menos quinientos jinetes cabalgaban Sigurd Ojo de Serpiente, Halfdan Camisa Blanca y Ubbe Hijo de Cortesana, rodeando el bastión situado más al este de los muros de la ciudad. Delante de ellos huían los sajones que mantenían el asedio de norte a este. Los reyes sajones se habían esmerado al escoger los hombres que habrían de formar el grupo de asediadores entre los alfeñiques acobardados e inseguros que constituyen la retaguardia de todo ejército. Estos hombres aguardaban a que sus compañeros con mayor valor llevaran a cabo el asalto para poder entrar y participar en el saqueo. Ahora los hijos de Lodbrog los empujaban hacia el agujero de la muralla.

Ivar me contemplaba con la cabeza ladeada mientras me daba cuenta lentamente de lo que aquello implicaba. Cuando estuvo seguro de que yo había comprendido la catástrofe en toda su dimensión avanzó hasta mí.

—No me toques —dije sacando mi sax.

Demasiado tarde. Ivar Sin Piernas me había agarrado con ambas manos de mi saya.

Intenté pincharlo, pero sus largos brazos me mantenían a distancia. Con el cuchillo rayé los aros de plata de sus brazos. Todo inútil. No eran meramente

decorativos.

Mediante un largo paso hacia atrás utilizó su enorme peso y el impulso que el movimiento le proporcionaba para lanzarme al agujero abierto en la muralla.

A través del aire, denso todavía por el polvo de los escombros.

En dirección al suelo y el montón de ruinas de la sala del trono.

Hacia abajo, con los sajones que afluían para morir en las calles de la ciudad.

Rodé sobre la irregular montaña de escombros, que me recibió con dureza y me arrojó como un guijarro plano que va golpeando la superficie de un lago. Mientras intentaba levantarme, varios pies apresurados pasaron a mi lado. Nadie se fijó en mí. Los sajones estaban demasiado ocupados corriendo, luchando y muriendo.

Desde esa perspectiva, las empalizadas de madera de la calle, de la altura de un hombre, parecían un obstáculo insuperable. Muchos intentaron trepar, pero, mientras escalaban no podían protegerse de los golpes de hachas y espadas que venían desde arriba. Después de algunos intentos, los sajones caían y quedaban tendidos en el suelo. La tierra estaba pegajosa de sangre. Los campos estaban sembrados de cadáveres y de heridos. Los hombres gritaban, las armas cantaban, el polvo penetraba en ojos, nariz y boca. Fue una pesadilla de sangre y muerte. Aquellos que se adentraron más, en la calle de Pedro, cayeron en una trampa mortal. La calle entre las empalizadas se había transformado en una estrecha senda de lanzas y hachas.

Los más inteligentes intentaron agruparse, pero se vieron obligados a avanzar por la presión de sus compañeros de la retaguardia. Me mantuve a los pies de las empalizadas mientras buscaba rostros conocidos. Una larga lanza bajó volando hacia mi cara y sin duda me habría atravesado la frente si no hubiera sido derribado por un caballo aterrorizado, cuyo flanco recibió en mi lugar el afilado mordisco de la punta.

El caballo relinchó y se encabritó. Rodé por el suelo y apenas pude evitar ser aplastado por sus patas delanteras. El jinete me vio. Una sonrisa de incredulidad

se extendió por su orondo rostro. Osbert se volvió en la silla y les gritó a sus hombres:

—Éste ha traicionado a su patria. ¡Está con los nórdicos!

El exrey se encontraba frente a un traidor al que podría culpar de su desesperada situación. Si pudiese llevarme consigo, su propia muerte parecería menos absurda.

—Ayudó a los bárbaros a tomar la ciudad —gritó Osbert—. Aconsejó a su líder. ¡Salvó la vida de Ivar Sin Piernas!

Los hombres del rey formaron un semicírculo y me empujaron contra la empalizada. Los habitantes del norte sostenían sus armas sobre mí. No entendían lo que estaba sucediendo, pero sabían reconocer una buena posición cuando la veían. Aunque la masacre continuó, quedó una zona libre de la batalla a mi alrededor.

—Estoy con vosotros —les grité—. Soy el intérprete del conde Ivar.

Nadie podía oírme con el ruido. El polvo de los muros se me había pegado a la piel, lo que llevaba a mimetizarme: en cierta manera me parecía a cualquiera de los sajones que habían penetrado entre los escombros y las ruinas del salón del trono.

—Mató a dos de vuestros compañeros —espoleó Osbert a su gente— que intentaron liberarlo de la esclavitud en el campamento de los nórdicos.

La grasienta cara le brilló de sudor y me miró con una expresión malvada. Por si tenía dudas, ya sabía quién estaba detrás del intento de secuestro la noche posterior al funeral de Ragnar Calzas Peludas. No tuve tiempo de reflexionar sobre los motivos del exrey. Una lanza penetró un buen trecho en su pecho.

El rostro de Osbert se quebró en una mueca, como si hubiera probado algo amargo; emitió un estertor y resbaló por la espalda del caballo.

—Esto por Bjørn Costado de Hierro —sonó una voz—, gordo grasiento. —Hastein saltó frente a mí—. Seguro que pensabas que tenías a todos los sajones para ti solo. —Extrajo la lanza del cuerpo de Osbert y me la arrojó—. Pero no quiero perderme toda esta diversión.

Otra figura aterrizó con estrépito detrás de mí. Ylva se levantó y le alcanzó un escudo a Hastein.

—Adelante, cachorrillo —gruñó.

—Adelante tú, perra —se rio él.

Con un estruendo, los escudos se juntaron ante ellos. Instintivamente puse la lanza en el valle que conformaban las rodelas. Hastein sostenía a Enviudadora en la mano derecha, Ylva su espada en la izquierda. Formamos una unidad efectiva: una escuadra.

Los hombres de Osbert se habían recuperado de la sorpresa. Tenían un rey al que vengar. Con brío desesperado, se lanzaron al ataque. El primero murió rápidamente. El joven y la escudera trabajaban duro. Yo bailaba a sus espaldas pinchando los rostros iracundos de los atacantes. Una nueva figura saltó a nuestro lado. La cabeza de un hacha voló cerca de mi oreja y aterrizó pesadamente en medio de la frente de un sajón sin casco; la sangre chorreó. El puño afilado del hermano Jarvis liberó el hacha con cabello y restos de cerebro y se lanzó contra un nuevo atacante.

—¿Qué ocurre con Æthelbert? —grité.

—Dudo que algún sajón consiga llegar al palacio episcopal. Tu conde es astuto —respondió Jarvis.

—Ya no es mi conde.

Los ojos de la cara arrugada se hicieron eco de mi respuesta, pero inmediatamente se dirigieron a otro enemigo que se derrumbó en el suelo entre gritos con la hoja del hacha en el hombro.

Varios nórdicos se lanzaron ahora al barro sanguinolento a combatir. Eran hombres orgullosos a los que no les importaba salir de su seguridad si había un puñado de los suyos adelantados y dando ejemplo.

En todas partes las empalizadas fueron abandonadas para dar paso a un combate cuerpo a cuerpo. A unos veinte pasos, un grupo de habitantes del norte avanzaba hacia los hombres del rey Ælla, que se agrupaban en torno a su señor.

Uno a uno, los valientes sajones fueron cayendo en un vano intento de proteger al rey de Northumbria. Los sudorosos, ruidosos y sonrientes nórdicos derribaban a un hombre tras otro; también el rey luchaba con bravura: su rostro de perilla negra estaba contraído por la ira, su espada volaba de un lado a otro, su caballo se encabritaba y relinchaba por el terror. La lucha era en vano, un sax derribó al animal, que cayó sobre el polvo, y Ælla desapareció bajo una multitud de anchas espaldas y cabezas cubiertas de cascos.

El rey había caído. El combate había terminado. La masacre continuó aún durante un tiempo.

—¿No os había prometido la victoria? ¿Y no he cumplido mi palabra?

Los guerreros, reunidos en la explanada bajo la sala del trono derrumbada, estaban cansados, sudorosos y rebozados en barro y sangre. Los bañaba la luz dorada de la tarde mientras golpeaban con sus armas los escudos y rugían su entusiasmo hacia Ivar Sin Piernas. Éste había cumplido todas las promesas que había hecho al amanecer. La pequeña y prieta figura de Brage Hijo de Bodda se presentó en el círculo de exhaustos guerreros. El maestro escaldo, con ojos atentos, reunía material para su cantar sobre la caída de Northumbria.

—¿No prometí que Ragnar Calzas Peludas sería vengado?

Ivar agarró el cabello del hombre que estaba arrodillado frente a él en el centro del gran círculo; tiró de su cabeza hacia atrás para que todos pudieran ver su rostro. La perilla del rey Ælla había sido medio arrancada en el fragor de la batalla. Su oscuro cabello estaba despeinado y manchado de sangre. Con el torso desnudo y evidentemente aturdido, estaba con las manos atadas a un poste clavado en el suelo. Le costaba mantenerse erguido, pero se hallaba milagrosamente vivo y consciente.

—Ahora —continuó Ivar Sin Piernas— nosotros, los hijos de Ragnar Calzas Peludas, juzgaremos a éste cuya falsedad no tiene parangón.

Levantando una nueva oleada contra los escudos, soltó al rey y se dirigió a sus hermanos. Halfdan Camisa Blanca, cuya mandíbula aparecía áspera, con alguna pelusa, estaba de pie a diez pasos de Sigurd Ojo de Serpiente, que había encontrado tiempo para peinar y trenzar su cabello negro, que brillaba compitiendo con sus brazaletes de plata. Junto a ellos estaba Ubbe Hijo de

Cortesana con una expresión de satisfacción en la cara redonda y barbada. Entre los hijos supervivientes de Calzas Peludas ya no había resistencia a considerar al Hijo de Cortesana como legítimo. Su mera presencia confirmaba su estatus.

Los cuatro condes simularon deliberar. Ni el rey Ælla, que apoyaba la frente en las muñecas, ni los nórdicos reunidos tenían dudas sobre cuál sería la sentencia.

—¿Vamos a dejar que maten al rey sajón? —preguntó Ylva. Ella y yo estábamos junto con Hastein y Jarvis detrás de la multitud.

Mientras retiraban los cadáveres del campo de batalla, nos habíamos mantenido escondidos por las casas. Desde una distancia segura, había observado cómo Ivar Sin Piernas me buscaba entre los muertos. En cuanto pudimos ocultarnos detrás de los guerreros reunidos nos atrevimos a acercarnos para poder escuchar.

—¿Cómo crees que reaccionarán los hombres si me presento allí y digo que Ælla es inocente? —le pregunté—. No hace ni un año que lo señalé como el asesino.

—Han pasado muchas cosas desde entonces.

Ylva ni siquiera conseguía convencerse a sí misma. La verdad no aclararía nada. Desde luego no ahora.

—Si al menos Bjørn estuviera aquí... —dijo Hastein con una voz controlada, pero con un poso de llanto.

—Como si hubiera ayudado —dijo Ylva con acritud.

—¿Ayudado a qué?

Detrás de nosotros había un gigantón gris cuyo cabello y barba revueltos formaban un aura en torno a su cabeza. La sangre de los rasguños y heridas en brazos, piernas y cuerpo empapaba los escombros que cubrían a Bjørn Costado de Hierro de pies a cabeza.

Lo miramos, incapaces de decir una palabra.

—Abre la boca, cachorrillo —le dijo a Hastein—. Si me cuentas algo bueno puede que me olvide de que no has estado dispuesto a excavar entre los escombros para buscarme.

Mucho más tarde oí cómo Bjørn Costado de Hierro había estado inclinado sobre el mayor de los matacanes de la sala del trono, esperando a los atacantes con aceite hirviendo y brasas. Cuando el edificio se derrumbó sobre él, saltó por

el agujero con las piernas por delante, pero a mitad de camino quedó atrapado. La sólida bóveda amurallada de la entrada se había mantenido en pie y lo protegió de la lluvia de piedra y mortero, pero podría haber sido fácilmente su tumba. Podía agradecer a su propia fuerza bruta haber sobrevivido, ya que había quedado enterrado bajo la montaña de escombros. Debía su rescate a una feliz coincidencia. En ese momento, a todos nos parecía un milagro.

Costado de Hierro estudió a sus medio hermanos, todavía ocupados en su discusión, y al rey Ælla, atado a su palo.

—Rolf ha descubierto quién asesinó a Ragnar Calzas Peludas —dijo finalmente Hastein.

—¿No fue el rey de los sajones?

La mirada tranquila del gigante de barba gris contrastaba con su aspecto salvaje. Negué con la cabeza.

—Siempre pensé que era poco probable —concluyó—. Sígueme.

Los guerreros de la parte posterior se hicieron a un lado. Se abrió una cuña entre la concurrencia cuando Costado de Hierro avanzó sujetándome firmemente por el brazo. Al hacerse un repentino silencio, los otros hijos de Calzas Peludas levantaron la vista y divisaron a su hermano mayor. Bjørn me soltó y se paró con los brazos cruzados sobre la barriga.

—Entiendo que estáis decidiendo el destino del rey sajón.

Por una vez, Ivar Sin Piernas estaba perplejo. El conde de barba roja se quedó con la boca abierta y los ojos como platos. El varonil rostro de Sigurd Ojo de Serpiente mostró un gran interrogante y Ubbe Hijo de Cortesana, que rápidamente había tomado conciencia de la situación, se alejó unos pasos. Sólo Halfdan Camisa Blanca parecía feliz por el reencuentro.

—Qué bien que estés aquí, Bjørn —dijo el hijo más joven de Calzas Peludas, y sonó como si lo sintiera de verdad—. Se me ha ocurrido un fantástico método de ejecución, pero no me dejan usarlo.

—Ciertos métodos son demasiado crueles para ser vistos —dijo Ivar Sin Piernas, que había recuperado el control—, incluso para guerreros vengativos.

—Entonces, ¿vuestra reserva no se debe —preguntó Bjørn Costado de Hierro— a que tengáis dudas sobre la culpabilidad del rey Ælla?

Los ojos de Ivar Sin Piernas se encendieron cuando me vio detrás del gigantón. Yo no duraría mucho si me tuviese a solas en una habitación, pero la

disensión a la vista de todos no beneficiaba a nadie. Los hermanos bajaron la voz de modo que los guerreros no pudieran oírlos.

—Pero ¿no dejó definitivamente claro Rolf Lenguaraz la cuestión de la culpabilidad? —susurró Halfdan Camisa Blanca con voz ronca.

—Ha cambiado de opinión —respondió Bjørn.

Me encogí bajo la mirada de los hijos de Calzas Peludas.

—No hay ninguna razón para crear confusión ahora —dijo lentamente Ivar Sin Piernas.

—Entonces, lo que Rolf tiene que decir cuenta sólo si confirma tu opinión —afirmó Bjørn—. ¿La verdad no tiene importancia?

—Parece razonable dejar que Rolf se explique —intervino Sigurd Ojo de Serpiente—. Y si puede ayudar a aclarar todo esto, creo que deberíamos escucharlo.

Bjørn Costado de Hierro miró interrogante a Halfdan Camisa Blanca.

—Estoy dispuesto a escuchar cualquier cosa —respondió el hermano menor — siempre que termine con una ejecución.

—Entonces estás en minoría, Ivar. —Costado de Hierro ignoró de manera manifiesta a Ubbe Hijo de Cortesana, que apretaba los dientes tras los hilos de su barba—. Habla, Rolf.

Preferiría haber salido huyendo, pero ahora no me quedaba otro remedio.

—Antes de que Halfdan Camisa Blanca matara a Ældfric en el puerto de Dyflin —comencé—, el sajón me reveló que fue uno de los hijos de Ragnar Calzas Peludas quien asesinó a su padre.

—No podemos confiar en lo que dijo un carcelero cualquiera —repuso Ivar Sin Piernas.

—Ældfric no era un carcelero cualquiera, porque si así fuera, tú no sabrías ni su nombre, conde Ivar. Y tampoco Halfdan Camisa Blanca, que en Dyflin lo conocía.

Ivar Sin Piernas estaba molesto por su desliz.

—Osbert utilizó a Ældfric como mensajero —continué— porque hablaba ambos idiomas. Por eso fue él quien llevó el mensaje del exrey a vuestro campamento en Anglia Oriental el año pasado a mediados de invierno. Su mensaje fue que Ragnar Calzas Peludas vivía y que podríais recuperarlo quitando de en medio al rival de Osbert, el rey Ælla.

Bjørn Costado de Hierro miró en silencio a Halfdan Camisa Blanca y a Ivar Sin Piernas. Por una vez, el normalmente lento Sigurd Ojo de Serpiente entendió todo de inmediato.

—¿Significa eso que papá aún vivía cuando nos llamasteis a la guerra contra Northumbria? —preguntó el conde de barba negra.

—Si no hubiéramos difundido a lo largo y ancho la muerte de Ragnar Calzas Peludas —respondió Ivar Sin Piernas con tranquilidad—, nunca habríamos podido reunir un ejército tan grande. Tú mismo, Sigurd, ¿habrías venido desde Jutlandia? ¿Y Bjørn habría abandonado su isla en la costa del reino de los francos?

—Pero nos *mentisteis* —continuó indignado Sigurd Ojo de Serpiente—. No está bien por vuestra parte. Especialmente tú, Halfdan, que tanto te preocupas por tu honor.

Espasmos musculares recorrieron el rostro de Halfdan Camisa Blanca.

—El padre merecía morir —susurró con voz ronca—. Acepté el plan deshonesto de Ivar porque me prometió que podría ocuparme del vejestorio.

—¿Habrías matado a nuestro padre?

—Hubiera sido demasiado fácil. Le habría obligado a comer gusanos. Le habría golpeado las plantas de los pies. Le habría arrancado las uñas. Le habría dejado dormir en sus propios orines y mierda. Le habría hecho todo lo que él me hizo.

Los otros hijos de Calzas Peludas callaron al recordar los tormentos que su hermano menor tuvo que padecer siendo un crío. Ninguno de ellos lo había ayudado. Ninguno de ellos se había atrevido. En una familia violenta, todos bajan la cabeza y se la protegen. Mientras la furia del tirano se dirige hacia otro, no te golpea a ti.

—Ragnar Calzas Peludas murió antes de que el canje pudiera realizarse —continuó—. Pero Osbert estaba ansioso por llegar a un nuevo acuerdo. Por eso, él e Ivar Sin Piernas se encontraron en el claro la noche posterior al funeral. Vi a las dos figuras desde el terraplén y la luz de la hoguera de los sajones que se reflejaba en los brazaletes de Ivar. Tal vez habría sacado alguna conclusión si dos hombres de Osbert no me hubieran atacado e intentado secuestrarme.

—Es una lástima —dijo Ivar Sin Piernas sarcásticamente—. ¿Y qué se supone que acordé con Osbert en esa ocasión?

—Un plan para atacar al rey Ælla. Tenías que ganarte la confianza del rey y entregárselo a Osbert cuando asaltase el obispado. El día acordado, Ælla y tú os ocultaríais en algún lugar cerca de la estancia de Ragnar Lodbrog. Vi a Osbert y a sus hombres rastrear la zona.

—Osbert podría haber estado buscando cualquier cosa en esa casa.

—Desde luego —admití—, pero ¿cómo sabías que su arca contenía veinte mil monedas de plata, como le dijiste después al rey Ælla en El Jabalí Cojo?

Bjørn Costado de Hierro gruñó con desconfianza. El gigante de barba gris recordaba perfectamente el arca que Osbert había traído en el carro. También recordaba otro detalle que lo hizo entrecerrar sus ojos gris claro.

—Nos dijiste que el arca contenía diez mil monedas de plata. ¿Apartaste la otra mitad para ti, hermano?

Ivar nos miró a Bjørn Costado de Hierro y a mí. Consideró su respuesta un largo rato.

—La plata de Osbert se ha destinado a la conquista de Inglaterra —dijo finalmente—. Ha comprado a monjes y sacerdotes y la fidelidad de trescientos guerreros.

—Y todo para cumplir tu sueño de un imperio —interrumpió Bjørn—. En lugar de llenar nuestros bolsillos.

Halfdan Camisa Blanca y Sigurd Ojo de Serpiente miraban también a Ivar Sin Piernas con mirada inquisitiva. El silencio era opresivo.

—*No tenéis visión de futuro* —dijo de repente el conde de barba roja—. Tú, Bjørn, sólo piensas en el dinero. Sigurd no entiende nada. Halfdan sólo quiere masacrar sajones.

—¿Y qué problema hay en eso? —preguntó Halfdan Camisa Blanca.

—Sois una especie de rebaño de condes —continuó Ivar—. He intentado enseñaros a pensar por vosotros mismos. A mirar hacia delante. Planificar. ¡Pero sois demasiado imbéciles y egoístas, demasiado asesinos, *demasiado estúpidos!* Tenía que *llevaros* a la luz. Tomé una decisión. Nos ha traído a Jorvik. El resto del país también es nuestro. ¿Seréis capaces de conservarlo?

Bjørn Costado de Hierro, Sigurd Ojo de Serpiente y Halfdan Camisa Blanca contemplaron al hermano al que habían seguido durante más de un año de conquistas. La verdad de sus palabras era manifiesta. La ira de sus ojos aguamarina era evidente. Ninguno de ellos quería preguntar, porque no les

importaba la respuesta.

—Creo que nos alejamos del tema —dijo Bjørn Costado de Hierro volviéndose hacia mí—. ¿Quién asesinó a nuestro padre? ¿Fue Ivar?

—De acuerdo, escuchemos a Rolf Conjurador —se burló Ivar.

Dudé y respiré profundamente. Ahora era todo o nada.

—Ragnar Calzas Peludas —comencé— en realidad había muerto sólo doce horas antes de que el rey Ælla os entregase su cuerpo bajo la tienda del claro del bosque. En el momento de la muerte, Ivar Sin Piernas seguía en el campamento. Lo vi en su semental blanco saludando a guerreros, condes y prohombres. También Sigurd Ojo de Serpiente.

—Tanto Halfdan como yo también estábamos en el campamento —dijo Bjørn Costado de Hierro—. Me parece que te has quedado sin hijos de Calzas Peludas, Rolf Lenguaraz.

—Hay uno más con el que ninguno de vosotros contáis.

Todos se volvieron hacia Ubbe Hijo de Cortesana.

—¿Ese alfeñique barbudo? —Costado de Hierro se rio—. Imposible.

Lo ignoré y me dirigí a Sigurd Ojo de Serpiente, cuyos ojos verdes revoloteaban en un intento de seguirme.

—¿Le has hablado a tu hermano adoptivo, Brage Hijo de Bodda, de las últimas palabras de vuestro padre? —le pregunté.

El conde de barba negra buscó entre la multitud la cara redonda de nariz de tapón del maestro escaldo. Por fin había una pregunta a la que podía enfrentarse con facilidad. Asintió.

—¿Y de quién las *escuchaste*?

Una vez más, todos se volvieron hacia Ubbe, esta vez porque siguieron la mirada de Sigurd Ojo de Serpiente.

—Nadie contaba con Ubbe para nada —continué—. Por eso fue él quien tuvo el dudoso honor de esperar la señal del cuerno que indicaría que Bjørn y Sigurd habían atraído a los sajones hasta el campamento. También fue Ubbe quien viajó hasta la frontera de Anglia Oriental donde Ivar Sin Piernas y Halfdan Camisa Blanca esperaban con el resto del ejército.

Ninguno de los hijos de Calzas Peludas negó que hubiera sucedido así. Todos habían desempeñado su papel en el plan que les había dado la victoria sobre los sajones sin bajas. Sólo uno de ellos sabía lo que había sucedido después.

—De camino a Anglia Oriental, Ubbe realizó una visita a Eoforwic. Ældfric abrió la puerta de la mazmorra de Ragnar Calzas Peludas, y Ubbe arrojó una cesta llena de serpientes al pozo. Unos días después, cuando se había obtenido la victoria, galopó de nuevo a Eoforwic para asegurarse de que Ragnar estaba realmente muerto. Cuando supo que las prendas de piel habían protegido al viejo, Ældfric y él le quitaron la ropa y lo volvieron a meter desnudo en el agujero. Ubbe dejó caer una nueva cesta de serpientes sobre él.

—¿Y por qué iba a matar yo a Ragnar Calzas Peludas? —protestó Ubbe—. Papá me honró y me reconoció como su hijo.

—Simplemente para fastidiar a tus medio hermanos. Él te echó de su palacio en cuanto se enteró de la invasión de Anglia Oriental por parte de Ivar Sin Piernas y Halfdan Camisa Blanca. Luego equipó dos barcos y zarpó para arrebatárselos el país. Ragnar Calzas Peludas apenas era capaz de percibir la realidad, pero temías que te repudiara de nuevo. Tenías que evitarlo. De lo contrario nunca serías reconocido como un auténtico hijo de Calzas Peludas: un conde con poder y reputación.

Ubbe Hijo de Cortesana apretó los dientes y sacó el sax que, según se decía, Ragnar le había regalado.

—Acércate, Lenguaraz, y verás que pronto sientes más adentro a mi estirpe de lo que te gustaría.

Un murmullo se levantó entre la multitud de guerreros que nos rodeaba. Habían observado confusos la discusión de los hermanos, pero sólo ahora que había salido a relucir un arma se daban cuenta de que era algo distinto.

—Hiciste tu propio trato con Osbert —me apresuré a contar.

—Lo convenciste de que no se puede confiar en Ivar Sin Piernas y de que entregar vivo a Ragnar Calzas Peludas a sus hijos sólo podría empeorar las cosas. El propio Osbert lo dijo en la tienda durante la reunión: el vengativo viejo habría devastado Northumbria para desquitarse de su humillación. Prometiste que si Ældfric te permitía acceder al palacio episcopal, harías que pareciera que Ragnar había muerto por causas naturales, y así nadie podría vengarse. Por eso elegiste las serpientes, que no son, por otra parte, los más fiables de los verdugos.

—Entonces, ¿hay que ejecutar al Hijo de Cortesana? —concluyó Halfdan dirigiendo una sonrisa sombría a su antiguo barbero.

—Ivar Sin Piernas adivinó lo que Ubbe pretendía —continué—, pero no hizo nada para evitar el asesinato. Esa noche en el campamento, cuando Ubbe estaba arrodillado en la hierba afeitando a Halfdan Camisa Blanca, Ivar incluso le agradeció haber realizado un gran servicio para todos vosotros. La muerte de Ragnar Calzas Peludas le venía muy bien para sus propios planes.

—Entonces, ¿es a *Ivar* a quien hay que ejecutar? —preguntó Halfdan Camisa Blanca sorprendido, pero no sin cierta esperanza.

Ivar Sin Piernas guardaba silencio. Su figura larga y torcida quedó congelada en su posición. Los ojos aguamarina estaban vivos mientras hacía sus consideraciones. ¿Podría hacerme callar antes de que intervinieran los demás? ¿Supondría eso alguna diferencia? ¿Podría aún dar un giro a la situación a su favor?

—Ivar Sin Piernas escogió a Ubbe para gobernar Dyflin —continué— cuando la rebelión de los gaélicos, que mandó preparar a Ældfric, hubiera arrebatado el poder a Olav *el Blanco*. Ubbe, en cambio, propuso que gobernaran los hijos de Åskjell. Eso hizo que Ivar se diese cuenta de que su astucia podría ser más útil en Jorvik.

—Es verdad. —El rostro de Halfdan Camisa Blanca reflejaba ahora muecas de impaciencia—. Y yo maté a Ældfric por orden de Ivar. Todo era parte de su plan. ¿No merece morir por todas esas intrigas?

—Espera un momento. —Sigurd Ojo de Serpiente agitó las manos, haciendo sonar todos sus brazaletes—. ¿Ivar *estuvo* involucrado en la muerte de papá?

—No, Ubbe Hijo de Cortesana se le adelantó.

—Entonces no es justo que muera por eso.

—Estoy de acuerdo con Sigurd —dijo Bjørn Costado de Hierro—. Es cierto que ha tratado de engañarnos, pero nadie podría ocupar su lugar. Además, es nuestro hermano.

—Pero los guerreros están esperando —susurró Halfdan Camisa Blanca exaltado, señalando el círculo de hombres que nos rodeaba—. Están aquí para compartir la reputación de nuestro padre y llevarse a casa una historia de venganza. ¿Los vais a decepcionar?

—Mejor no —admitió Bjørn Costado de Hierro—. Pero Ælla es el legítimo rey de Northumbria. Con él en el trono como hombre de paja, los sajones no volverán a atacar Jorvik.

Halfdan Camisa Blanca lanzó un quejido de frustración, alzó las manos al cielo y se volvió de espaldas. Ivar Sin Piernas contempló a Bjørn Costado de Hierro y comenzó a sonreír lentamente mientras imaginaba la conclusión a la que conducían las objeciones del medio hermano mayor.

—Entonces, ¿Ubbe? —preguntó, como si juzgar fuera tarea del gigante de barba gris.

—Décelo tú mismo, Ivar. —La voz de Costado de Hierro era anodina, como si de repente hubiera perdido cualquier interés en el asunto—. Si puedes explicarle al ejército cómo encaja todo este lío, por mi parte no hay problema. Tengo planes en Hispania.

Ivar Sin Piernas se dio la vuelta y sonrió con confianza a Ubbe, que lo miró asombrado.

—Le pediré a Halfdan que lo haga rápido, querido hermano, para que no sufras demasiado.

La cara redonda con perilla tenía una mueca de incredulidad. El brazo con el cuchillo largo colgaba flácido. Hijo de Cortesana ya se había dado por vencido cuando un nuevo murmullo recorrió la multitud que nos rodeaba. Esta vez no estaba provocado por nuestra conversación, y miramos a nuestro alrededor. A diez pasos de distancia, Halfdan Camisa Blanca estaba inclinado sobre el rey Ælla. Ya había dejado caer el hacha una vez. Mientras lo observábamos, volvió a balancearla. El grito del rey cortó el aire.

—¿Qué está haciendo ese loco? —bramó Bjørn Costado de Hierro.

—El águila de sangre —suspiró resignado Ivar Sin Piernas, porque, aunque Halfdan aún no había terminado, ya era demasiado tarde para intervenir—. El nuevo método de ejecución que ha inventado nuestro encantador hermanito: con un hacha le separas a la víctima las costillas de la columna vertebral. La teoría de Halfdan es que la caja torácica se debería abrir como los pétalos de una flor, dejando dos grandes agujeros. Por ellos, metes las manos en el cuerpo del desdichado, le arrancas los pulmones y los colocas sobre sus hombros.

Con una fascinación mezclada de terror, los guerreros allí congregados miraban fijamente a Halfdan Camisa Blanca, que se enderezó, se frotó en la saya limpia las manos ensangrentadas y, con rostro de satisfacción, contempló su trabajo. A sus pies estaba el rey Ælla gritando desesperado de dolor.

Pronto se convirtió en un espectáculo insoportable. Los guerreros

comenzaron a alejarse, intimidados por los sufrimientos del rey y profundamente avergonzados por la crueldad sin par de la que eran testigos activos.

Finalmente, el grito de Ælla se convirtió en pequeños jadeos agónicos.

Cuando por fin calló, sólo quedaban unos pocos hombres en la explanada entre las empalizadas.

A veinte pasos de allí, Brage Hijo de Bodda estaba arrodillado. El pequeño y compacto maestro escaldo se inclinaba y se sostenía con un brazo en el suelo mientras vomitaba.

—Brage —dijo Ivar Sin Piernas con un susurro que resonó claro en el silencio.

El escaldo levantó los ojos bañados en lágrimas hacia él.

—No quiero oír ni una palabra sobre eso —continuó el conde de barba roja—. Puedes cantar la muerte de nuestro padre, pero el sufrimiento del rey Ælla lo cubrirás de silencio. ¿Entendido?

El escaldo asintió y se puso de pie. Con lentitud, su insignificante figura desapareció entre las casas. Por fin sólo el silencio permaneció en la hermosa tarde de primavera.

—La sed de venganza del ejército ha sido saciada —señaló Bjørn Costado de Hierro secamente—. Vaya, Ubbe, parece que te vas a librar.

—Es evidente que Ivar Sin Piernas tenía razón —dijo Jarvis con una mueca que podría ser tanto de alivio como de lamento—. Ciertas formas de morir son demasiado crueles para ser vistas, incluso para hombres vengativos.

Estábamos al sol en los campos al sur de Jorvik observando la preparación de las naves largas en la margen del río. Le había repetido mi explicación sobre la muerte de Ragnar Calzas Peludas al pequeño hermano lego, cuyo escaso conocimiento del idioma nórdico lo había privado de los detalles.

—¿Y cómo consiguió Ubbe Hijo de Cortesana las serpientes? —preguntaba ahora.

—Probablemente no vamos a obtener la respuesta de sus propios labios.

Ubbe Hijo de Cortesana había sido enviado hacia el sur con varios cientos de hombres para conquistar Mercia. Sin embargo, no sacaría mucho partido a su milagrosa salvación. Pocos años después moriría durante una batalla en Wessex contra el nuevo rey del país, Alfredo.

—Ubbe tuvo que permanecer al menos catorce días solo en el campo mientras esperaba la señal del cuerno desde el campamento —continué—. Debí de emplear ese tiempo en planear la muerte de Ragnar Calzas Peludas. Las serpientes viven entre la hierba alta y junto a las corrientes de agua, muy abundantes en estos contornos. En la primavera, cuando salen después del aletargamiento invernal, están aturdidas y son fáciles de atrapar.

Juntos vimos cómo los hombres levantaban por encima de la borda el arca del dinero de Osbert, que había sido desenterrado de entre las ruinas de la sala del trono, y la colaban bajo el banco de la nave larga de Bjørn Costado de

Hierro, la *Vindhug*.

—Podríamos haber destinado ese dinero a la reconstrucción de la ciudad — dijo Jarvis molesto.

—Consuélate en que está comprando la paz con Bjørn Costado de Hierro. Puede que ayude también a que vuelva a haber un rey sajón en Jorvik.

Jarvis movió la cabeza. No sabía muy bien qué pensar del nuevo rey de Northumbria.

—También en este punto tenía razón Ivar Sin Piernas; parece que es irrelevante quién se sienta en el trono, siempre que sea un sajón.

La tripulación de la nave gritaba rítmicamente mientras colocaban la parte inferior del mástil sobre la sobrequilla y lo enderezaban.

—¿Te vas a quedar en Northumbria? —le pregunté.

—Seguramente. Está claro que el conde Ivar está utilizando al obispo Æthelbert para legitimar su gobierno, pero muchos de los habitantes de la ciudad han regresado. Volverán más. Y la paz es en interés de todos. Pero en realidad...

—El pequeño hermano lego vaciló—. En realidad, soñé que estaba a bordo de un barco que surcaba la mar.

Consideramos el significado de su visión, pues sus deberes como escriba del obispo no le permitían viajar. De hecho, desde la ejecución de Ælla había estado tan ocupado que habíamos tardado dos semanas en poder reunirnos.

El mástil de la nave larga se levantaba hacia las nubes dispersas en el cielo azul. La verga con la vela fue colocada en su lugar. La tripulación estaba de buen ánimo, deseosa de emprender el viaje y con ansias de aventura. El aire estaba lleno de sol y primavera.

—Entonces, vas a viajar con Bjørn Costado de Hierro y Hastein al imperio franco. —Jarvis miraba con ojos entrecerrados la punta del mástil—. ¿Quizá Hispania?

—Quién sabe —respondí.

—Me gustaría —continuó después de una pausa— que consideraras el monasterio en Bretaña del que te he hablado. Una vida en los brazos del Señor te traerá más felicidad que una existencia a la deriva por esos mares.

Hoy sé que él tenía razón. En ese momento no hice ningún comentario a sus deseos. Ya había probado la vida monástica, y la idea de ir a la aventura me hacía sentir libre y más vivo de lo que había estado en mucho tiempo. La sangre

lobuna bullía dentro de mí. Pensaba en mi madre y en el comerciante de Ripa que la había comprado.

—En cualquier caso, te deseo buena suerte —concluyó abrazándome.

Por encima de su espalda curvada vi a tres hombres acercándose desde el agujero de la muralla de la ciudad.

—No son aquéllos... —comencé.

—El obispo —interrumpió Jarvis, que había dado media vuelta—. El rey. ¡Y por Dios que es el hermano Waltheof!

La impaciente e inquieta figura del enjuto monje era fácilmente reconocible. Su amplia boca estaba retorcida y sus ojos apretados bajo la capucha marrón grisáceo del hábito, que llevaba puesta sobre su deforme coronilla. A la clara luz del día, se movía con cuidado, como si cada paso le provocara un gran dolor. Detrás de Waltheof, el obispo Æthelbert tropezaba inseguro sobre la hierba mientras su boca de pez se abría y cerraba. La tercera figura no se parecía a las otras e iba por delante.

—Su majestad —dije, inclinando la cabeza—. ¿A qué debemos el honor?

Egbert I de Northumbria sonrió con sus dos dientes y se encogió de hombros. Ivar Sin Piernas lo había elegido debido al nombre que compartía con la familia real de Wessex. Su ropa era elegante, pero, aparte de eso, no había nada real en él. El excarcelero aún no se había acostumbrado a su nuevo papel, pues su coronación había tenido lugar unos pocos días antes.

—¿Por qué ha abandonado Waltheof su cuarto oscuro? —preguntó Jarvis.

—El monje tiene un mensaje —dijo Egbert—. Debo ayudarlo a entregarlo.

—¿Un mensaje? ¿Para quién?

—Para su alteza, caballero.

—Egbert —le corrigió suavemente Jarvis—, *tú* eres su alteza y caballero, no yo.

—Ahh, sí.

El rey soltó una risa hueca y se pasó la mano por la pelusa de la barba.

El hermano Waltheof dio un paso adelante y sacó un trozo de pergamino.

—*Latae Sententiae Excommunicatae* —leyó, pero cambió al idioma sajón, ya que no dominaba el latín lo suficiente como para continuar—. Por secularismo, por ansia de poder, por intentar influir en un obispo en el Señor y por haber luchado junto a los enemigos de la santa Iglesia contra sus defensores

se le prohíbe al hermano laico Jarvis el derecho a recibir los Santos Sacramentos y es excomulgado a perpetuidad para la contemplación del Dios misericordioso nuestro Señor.

Siguió una larga profundización en los cargos, y finalmente un aviso de que cualquier persona que ayudara al infractor, ofreciéndole refugio o comida, o asistiéndole de alguna otra manera, sería castigada con la misma pena. Cuando el enjuto monje bajó el documento, sus entrecerrados ojos brillaron a la sombra de la capucha.

—Se ha clavado una copia en la puerta de la iglesia —dijo—. La bula se distribuirá por los condados de toda Northumbria. Tu régimen de terror ha terminado, hermano Jarvis.

—¿Y el tuyo puede comenzar? —le respondí, porque Jarvis guardaba silencio mientras sus ojos exploraban el paisaje que nos rodeaba—. Es una venganza cruel, Waltheof, y no tendrá éxito.

—No es venganza, es el juicio del obispo Æthelbert y no puede ser revocado —chilló el magro monje mirando la cara de pescado del obispo, que sonreía ausente. Æthelbert estaba fascinado por el barco y su tripulación.

—Tonterías. Una bula debe ser aprobada por el papa de Roma y puede ser revocada si el condenado se arrepiente.

Mis protestas eran provocadas por la ira. La reacción del hermano Jarvis, sin embargo, se debía a una consideración racional. Cuando su aguda mirada encontró lo que estaba buscando, me tocó ligeramente y señaló las murallas de Jorvik. En el bastión junto a la orilla del río había una figura alta observándonos. La capa azul se agitó con el viento entre las largas piernas torcidas.

Jarvis ignoró a Waltheof, caminó cinco pasos hacia delante y levantó su mano derecha con los dedos índice y corazón estirados. Lenta y claramente, bajó la mano y luego la llevó de derecha a izquierda, haciendo el signo de la cruz en dirección a la figura. El hombre del baluarte agarró el amuleto que llevaba en la cadena de plata que le colgaba del cuello, se estremeció y desapareció.

Fue la última vez que vi a Ivar Sin Piernas hasta que muchos años después lo volví a encontrar en circunstancias bastante diferentes.

—Puede que estés encantado con tu victoria —le dijo Jarvis a Waltheof—, pero muy pronto tendrás que saborear la amargura.

Aún no sé cómo podía saberlo el pequeño hermano lego, pero no había

pasado ni un año cuando Wulfhere, el legítimo obispo de Jorvik, recuperó su cátedra, y no permitió que sus decisiones fueran dictadas por un escriba. Æthelbert fue sentenciado como traidor y enviado a una casa de campo donde pasó el resto de sus días orando, lo cual, con toda seguridad, le satisfizo.

Para Waltheof, la venganza actual era menos dulce de lo esperado. Se agarró la cabeza entre dolores y se humedeció los resecos labios de su ancha boca.

—Los que vivan verán, como dice el Salvador.

Se agarró al brazo del obispo, dio media vuelta y regresó a la ciudad. Quién de los dos sujetaba al otro era difícil de determinar.

—Lo siento —dijo Egbert, encogiéndose de hombros—. Simplemente hago lo que me mandan.

—Sigue así —dijo Jarvis— y vivirás largo tiempo.

—Ésa es justamente mi idea. Me han alojado en la estancia de Ragnar Lodbrog. Tengo vino y comida abundantes, y dos esclavas para calentar mi cama.

—Parece bastante duro —le dije.

—¡Exactamente! Ese Ivar Sin Piernas es muy amable.

Egbert se despidió. Incómodo, me quedé de pie junto a Jarvis contemplando al rey. Por fin, el pequeño hermano lego enderezó su espalda y sonrió, de forma que una serie de arrugas se desplegaron por sus mejillas.

—Ahora mi sueño tiene sentido —dijo— y será conveniente seguir la voluntad del Señor. Me pregunto si habrá alguien por aquí dispuesto a enrolar a un pobre hermano lego.

Se lo pregunté a Bjørn Costado de Hierro cuando esa misma tarde llegó desde la ciudad con su guardia y avanzó por la pasarela.

—¿El monje sabe curar heridas? —preguntó el gigante de barba gris.

Le confirmé que el hermano Jarvis era capaz de curar la mayoría de los arañazos.

—Está bien, porque pronto puede ser de utilidad en Hispania.

Costado de Hierro bajó a la cubierta y metió los pulgares debajo del cinturón que le sostenía la panza.

—Jarvis sólo viaja a Bretaña —le dije.

—Ya veremos.

Apretó los ojos y aspiró el aire fresco por la nariz.

—El monje puede ser el confesor de Bella —dijo Sigurd Ojo de Serpiente sonriendo con sus filas de dientes perfectos.

Llevaba la barba negra bien recortada, el pelo trenzado y atado con una cinta con incrustaciones de perlas. Bjørn Costado de Hierro arrugó la nariz. ¿Ese aroma que flotaba alrededor de su medio hermano pequeño era de verdad perfume?

—¿Estás seguro de que quieres llevar a la muchacha? —preguntó.

Ambos miraron hacia la nave larga de Sigurd Ojo de Serpiente, *Veulf*, en la que estaba sentada Bella con ojos vidriosos y la cabeza alta. Ylva estaba de pie junto a ella con una expresión seria en los ojos.

—Es mi esposa. No puedo dejarla aquí.

Bjørn se encogió de hombros, resopló, carraspeó y escupió por encima de la borda. Sigurd Ojo de Serpiente podía hacer con su esposa lo que creyese mejor.

—Traed al monje a bordo —concluyó Bjørn— y colocad los remos en el agua. Ya hemos perdido mucho tiempo aquí.

A nuestro alrededor, cuarenta y seis de los mejores miembros de la guardia de Costado de Hierro se afanaban en estibar su bagaje, colocar los escudos en la borda y asegurar las armas y las cajas. Las esperanzas de futuras pillerías ardían como una llama en sus miradas. Hastein levantó la vista de su remo, me sonrió y se apartó el pelo de la frente.

Agarré la pasarela para subirla a bordo. Un pie con calzado de cuero la sujetó por el otro lado en la orilla del río. Mi mirada recorrió una pierna revestida con unos pantalones de lino hasta una saya recién lavada, un cuello firme y bien rasurado y un par de ojos marrones que brillaban con alegre imprevisibilidad.

—Voy con vosotros —anunció Halfdan Camisa Blanca.

Bjørn Costado de Hierro, que estaba estudiando la corriente del río, donde las otras naves largas ya se mecían con los remos desplegados, reconoció la voz áspera y se volvió. Se acercó y en silencio observó a su medio hermano pequeño.

—¿Y qué te hace pensar que quiero llevarte? —gruñó.

—Soy tu hermano —respondió airado Halfdan Camisa Blanca, como si hubiera esperado el rechazo— y no puedo quedarme aquí. ¡Aquí hay paz!

Bjørn sonrió ante el argumento, gruñó y se rascó la barba gris. Luego hizo señas a Halfdan Camisa Blanca desde el otro lado de la pasarela.

—¿Te lo vas a llevar? —preguntó Hastein cuando el hijo más joven de

Calzas Peludas se hubo alejado hasta uno de los remos traseros.

—Por el bien de Jorvik, y por el mío propio. Halfdan es un buen luchador y probablemente los necesitaremos en Hispania. —Bjørn sonrió y estudió de nuevo las aguas azules del río—. Y si empieza a desafiar a los dioses del mar, siempre podemos echarlo por la borda.

NOTAS HISTÓRICAS

«Gruñirían los cerdos si supieran el destino del verraco.»

Ésta es la versión que conoce mucha gente de las últimas palabras de Ragnar Lodbrog por la presentación que *De Danske Oldtidssagaers* (Sagas danesas de la Antigua Era) hace de los sucesos que tuvieron lugar en Inglaterra entre 866 y 867.

Sin embargo, en este libro he utilizado la versión de las palabras que aparece en Saxo de acuerdo con la traducción de Frederik Winkel Horn de 1911. No porque esté más cerca de la realidad (tanto la crónica de Saxo como las sagas antiguas fueron escritas más de doscientos años después de los acontecimientos y se basan en leyendas que difieren de forma importante de las fuentes escritas contemporáneas), sino porque creo que transmite mejor las expectativas que el rey de la leyenda tiene en la venganza de sus hijos. Independientemente de cuáles fueran las palabras, la batalla de Jorvik resultó ser crucial para el futuro del reino de Northumbria. Los nórdicos conservaron la ciudad como base sólida y toda Inglaterra del norte perteneció durante los siguientes noventa años (bajo el nombre de Danelaw) a daneses o noruegos, salvo breves interrupciones.

El reino de la Inglaterra del norte se había escapado hasta entonces milagrosamente del gran azote de su tiempo. Es cierto que el primer registro de un saqueo en suelo inglés tuvo lugar en Northumbria: el ataque al monasterio de Lindisfarne en 793, pero en un ataque posterior a Gyruum (Jarrow) el líder vikingo resultó muerto, varias de las naves de la armada de los vikingos naufragaron en Tynemouth durante una tormenta y los locales mataron a todos los náufragos. Posiblemente, los marineros vikingos supervivientes de aquel

episodio hicieron correr la fama de la sed de sangre de los habitantes de Northumbria, pues en los siguientes treinta años los habitantes del norte se concentraron en Escocia, Irlanda, las Hébridas y la isla de Man.

En 835 devastaron el sur de Inglaterra y Gales, y en 842 asaltaron Lundene por primera vez. Northumbria permaneció prácticamente intacta hasta que Ivar Sin Piernas llegó en la primavera de 866 con lo que más tarde se conocería como el Gran Ejército Pagano.

Con él iban supuestamente, además de muchos otros condes, sus hermanos Halfdan Camisa Blanca y Ubbe Hijo de Cortesana. Todos ellos habían invernado en Anglia Oriental, y recibieron caballos de monta como regalo del rey Edmund antes de dirigirse al norte, hacia la guerra civil de Northumbria, utilizando la antigua calzada romana, que en ese momento todavía estaba en buenas condiciones. *Saxo* describe la invasión como una campaña de venganza contra el rey Ælla, que permitió que las serpientes mataran al padre de los hermanos. Las sagas antiguas mantienen la misma versión, y según las dos leyendas los otros hijos de Ragnar Lodbrog, Bjorn Costado de Hierro y Sigurd Ojo de Serpiente, participaron también en la juerga.

La crónica anglosajona dice que los nórdicos capturaron York (entonces Eoforwic) en una sola campaña, mientras que según el cronista de Alfredo el Grande, el obispo Asser, se produjeron dos batallas separadas por pocos meses. El cronista inglés Simeón de Durham describe los hechos de la siguiente manera: «El ejército de los paganos tomó Eoforwic el primer día de noviembre y después devastó todo el territorio. Y en todos los lugares donde penetraban hubo baños de sangre y lamentos. Devastaron iglesias y monasterios con la espada y el fuego, y cuando partían, sólo quedaban paredes sin techo».

Simeón menciona que en esta ocasión los vikingos no llegaron al norte del río Tyne, y continúa: «Impulsados por la necesidad, los reyes de Northumbria se reconciliaron y reunieron un ejército no pequeño para combatir al enemigo. Los dos reyes abrieron la muralla de Eoforwic el 21 de marzo, y se luchó con dureza, tanto dentro como fuera. Al principio, los paganos fueron batidos por el miedo producido por la aparición inesperada de los atacantes, pero luego resistieron y en ambos bandos se luchó con fiereza. Los dos reyes sajones cayeron junto con la mayoría de sus hombres».

Ni *Saxo* ni las sagas antiguas mencionan a Osbert en sus descripciones más o

menos parecidas de cómo Ivar Sin Piernas ganó la confianza de los señores sajones con estratagemas, por lo que el rey Ælla sólo pudo reunir un pequeño ejército, que fue derrotado rápidamente.

La venganza de los hermanos consistió en «cortar un águila de sangre en la espalda del rey». Los expertos modernos dudan de la autenticidad de ese famoso método de ejecución, por eso he dejado que sea Halfdan Camisa Blanca quien lo invente para la ocasión.

Dado que el resto de las descripciones de las fuentes varían mucho, he elegido o combinado los sucesos que he encontrado más creíbles o dramáticos. Los hechos ocurridos en el campamento fortificado circular del páramo (hoy North York Moor) están inspirados en las descripciones que las sagas antiguas hacen de cómo Ælla en un primer momento hizo huir a los hijos de Lodbrog. El intento de golpe de Estado de Osbert contra Ælla es pura ficción, mientras que la batalla de Jorvik sigue a grandes rasgos la crónica anglosajona, que también menciona las obras defensivas danesas en las calles de la ciudad.

El pueblo de Teurintone se menciona por primera vez en el *Domesday Book* de 1086, pero ya debía de existir al menos doscientos años antes. Es idéntico al actual Terrington en las colinas al noreste de York.

El monasterio de San Cuthbert en Creca (Crayke) fue, según algunas fuentes, saqueado y quemado por el rey Ælla, que quería obtener suministros para luchar contra los nórdicos. Sin embargo, me parece poco probable que el rey pusiera en peligro de esta manera el apoyo de la Iglesia, y doy por ello una alternativa al fin del monasterio. Hoy en día, una iglesia de piedra ha reemplazado el asentamiento original de madera y paja.

Este libro es ficción, pero sus descripciones de lugares y sucesos se basan en lo posible en hechos reales. Esto se aplica, por ejemplo, a las revueltas de los gaélicos contra la presencia de los habitantes del norte en Dyflin (actual Dublín). Además, muchos de los personajes del libro vivieron realmente, aunque a menudo se mencionan sólo de pasada en las crónicas.

Los cinco hijos de Lodbrog son auténticos. Por supuesto, si sus personalidades individuales correspondían a mi interpretación, obviamente no lo sabemos. Las descripciones contemporáneas son escasas.

De Hastein sabemos bastante por las crónicas tanto inglesas como francas. Según algunas fuentes, era hijo adoptivo, aprendiz o ambas cosas de Bjørn

Jernside. Otros afirman que Jernside era el discípulo, pero teniendo en cuenta que Hastein vivió bien entrado el 900, resulta poco probable. Tal vez Hastein se encontraba en el reino de los francos en 866, pero como las fuentes no son claras, me he tomado la libertad de dejarlo participar en la invasión de Inglaterra ese año.

Egbert era el nombre del primero de una serie de reyes títeres sajones en Jorvik. No sabemos nada más de él, pero probablemente era un *ealdorman*, no un carcelero.

Brage Hijo de Bodda fue un escaldo de corte de varios reyes en el siglo IX. Se le menciona tanto en *Edda*, de Snorre Sturlason, como en la islandesa *Landnámabók*. Parece ser que compuso, entre otras obras, *Ragnarsdrápa*, un famoso poema sobre la muerte de Ragnar Lodbrog. No se sabe si alguna vez fue a Inglaterra.

Ylva es un personaje ficticio, pero está inspirada en la escudera Rusla de la crónica de Saxo sobre el rey Fridlev. La mayoría de los expertos coinciden hoy en que hubo guerreras en la época de los vikingos, y que algunas alcanzaron un alto estatus.

El hermano Jarvis, el abad Æthelbert y los monjes Waltheof y Selwyn son cien por cien ficticios, mientras que Rolf Lenguaraz es en gran parte auténtico. La historia de su origen y especialmente su apodo son, sin embargo, mi propia contribución a la historia.

Rolf recibirá muchos otros nombres en futuros libros.

Los hijos del rey vikingo. Venganza
Lasse Holm

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Lodbrogssønnernes Hævn*

Diseño e imagen de la portada, CoverKitchen

© Lasse Holm og JP/Politikens Hus A/S, København 2017

© por la traducción, Victoria Alonso y Rodrigo Crespo Arce, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición
Espasa Libros, S. L. U., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2018

ISBN: 978-84-670-5431-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NOVELA HISTÓRICA



¡Síguenos en redes sociales!



